



Keith Gessen

Un país terrible

Traducción del inglés de Amelia Pérez de Villar



UN PAÍS TERRIBLE

KEITH GESSEN

KEITH GESSEN

Un país terrible

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg



© Milan Malíček

KEITH GESSEN

Es profesor de Periodismo en la Columbia University y autor del libro *All the Sad Young Literary Men*, así como editor fundador de la revista *n+1*. Ha editado tres libros de ensayo y ha traducido del ruso al inglés, entre otros, el libro de Svetlana Aleksievic *Voces de Chernóbil: Crónica del futuro*. Colaborador habitual de *The New Yorker* y el *London Review of Books*, vive en Nueva York con su mujer e hijo.

Cuando el hermano mayor de Andréi Kaplan, Dima, insiste en que Andréi regrese a Moscú para cuidar a su abuela enferma, Andréi debe hacer un balance de su vida en Nueva York. Su novia ha dejado de devolver sus mensajes de texto. Su tutor de tesis tiene dudas sobre sus perspectivas de trabajo. Es el verano de 2008 y su cuenta bancaria se está agotando peligrosamente. Quizás unos meses en Moscú son justo lo que necesita. Así que Andréi empaca sus cosas de hockey y se muda al departamento que Stalin le asignó a su abuela, una mujer que ha sobrevivido a su esposo y a la mayoría de sus amigos. Sobrevivió también a los oscuros días del comunismo y fue testigo de la violenta transformación capitalista de Rusia, durante la cual perdió su amada dacha. Da la bienvenida a Andréi a su casa, incluso sin recordar quién es.

Andréi aprende a navegar por el Moscú de Putin, aún la ciudad de su nacimiento, pero con un café más caro. Cuida a su abuela, encuentra un lugar para jugar hockey, un café desde el que enviar emails y, finalmente, algunos amigos, incluida una hermosa joven activista llamada Yulia. A lo largo del año, la salud de su abuela declina. Andréi sabe que debe tener en cuenta su futuro y tomar decisiones que determinarán su vida y su destino. Cuando se enreda con un grupo de izquierdistas, la política de Andréi y sus lealtades se ponen a prueba, y se ve obligado a aceptar la sociedad rusa en la que nació y la estadounidense que ha disfrutado desde que era un niño.

Una novela sabia y sensible sobre Rusia, el exilio, la familia, el amor, la historia y el destino, *Un país terrible* cuestiona qué debemos al lugar donde nacemos y qué nos debe este. Escrita con gracia y humor, Keith Gessen nos ofrece una novela brillante y madura que seguramente lo marcará como uno de los novelistas más talentosos de su generación.

Título de la edición original: *A Terrible Country*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo de 2020

© Keith Gessen, 2018
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020
Imagen de portada: © Alexander Gronsky, 2017

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17971-96-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Rosalia Moiseyevna Solodovnik, 1920-2015

PRIMERA PARTE

1

ME TRASLADO A MOSCÚ

A finales del verano de 2008 me trasladé a Moscú para cuidar de mi abuela. Estaba a punto de cumplir noventa años y llevaba sin verla casi diez. Su única familia éramos mi hermano Dima y yo: su única hija, nuestra madre, había muerto hacía diez años. Baba Seva vivía sola en su viejo apartamento de Moscú: cuando llamé para decirle que iba me pareció que se alegraba mucho, pero que estaba algo confundida.

Mis padres, mi hermano y yo salimos de la Unión Soviética en 1981. Yo tenía seis años y Dima dieciséis, y ahí estaba la diferencia: yo me convertí en americano, pero Dima siguió siendo ruso. Cuando la Unión Soviética se vino abajo él regresó a Moscú a hacer fortuna. A partir de ese momento había hecho y deshecho varias fortunas, y yo no estaba muy seguro de en qué punto estaban entonces las cosas. Hasta que un buen día se puso en contacto conmigo por el Google Chat y me preguntó si podía ir a Moscú para cuidar de Baba Seva mientras él estaba en Londres: se marchaba allí para quedarse un tiempo que no especificó.

—¿Por qué tienes que ir a Londres?

—Ya te lo contaré cuando nos veamos.

—¿Quieres que lo deje todo y me vaya al otro lado del planeta sin que me digas por qué?

Aquel tono petulante me salía cada vez que hablaba con mi hermano mayor. Me fastidiaba, pero no podía evitarlo.

—Si no quieres venir, dilo claramente —dijo Dima—. Pero no voy a hablar de esto por un chat.

—Bueno —dije—. Ya sabes que hay una forma de hablar sin dejar rastro. Nadie lo verá.

—No seas imbécil.

Lo que quería decir era que estaba implicado en un asunto con *gente muy importante* y no sería tan fácil evitar que leyera sus mensajes. Puede que fuera cierto, puede que no. Con Dima la línea que separaba estos dos conceptos siempre se movía un poco.

En cuanto a mí, no es que fuera imbécil, pero tampoco puede decirse que no lo fuera. Había pasado cuatro largos años en la universidad y luego ocho, mucho más largos aún, en una escuela de posgrado estudiando historia y literatura rusa, bebiendo cerveza y ganando el torneo de hockey de estudiantes de posgrado (¡en cinco ocasiones!). Luego había tenido que salir al mercado laboral: lo intenté durante tres años seguidos, con resultados nulos. Cuando Dima me escribió ya había consumido todas las becas a las que podía optar con mi nivel de estudios y me había

inscrito como profesor en una iniciativa de la universidad para dar cursos *online* que denominaron PMOOC, siglas de *Paid Massive Online Open Course*: «curso *online* abierto y de pago». Aunque esto último se refería más a los estudiantes, que tenían que pagar por hacer esos cursos, que a los profesores, a los que pagaban muy poco. No había duda de que aquello no daba para seguir viviendo en Nueva York, ni siquiera en condiciones de austeridad. Dicho brevemente y para responder al comentario de si yo era imbécil, había pruebas por ambos lados.

Que Dima me escribiera en aquel momento fue, por una parte, providencial. Por la otra, Dima tenía la facultad de hacer que la gente se enredara en asuntos que no eran lo mejor para sus intereses: en una ocasión había convencido a Tom (su último mejor amigo), de que se fuera a vivir a Moscú y abriera una panadería. Por desgracia Tom abrió la panadería demasiado cerca de otra, y pudo decir que tuvo suerte de salir de Moscú sólo con un hombro dislocado. De todos modos, logré conservar la calma y le pregunté si podría alojarme en su piso. En 1999, tras la crisis económica rusa, Dima compró el piso que había frente al de mi abuela, en el mismo rellano: así podría ayudarla fácilmente si lo necesitaba.

—Lo tengo alquilado —me respondió—. Pero puedes quedarte en nuestra habitación de casa de Abuela. Está todo muy limpio.

—Tengo treinta y tres años —dije, aunque quería decir que era demasiado mayor para vivir con mi abuela.

—Si quieres alquilarte algo, tú mismo. Pero tendría que ser cerca de Abuela.

Nuestra abuela vivía en el centro de Moscú. Los alquileres allí eran casi tan caros como en Manhattan. Con mi sueldo del PMOOC podría alquilar, más o menos, un sillón.

—¿Puedo usar tu coche?

—Lo he vendido.

—Joder, tío. ¿Para cuánto tiempo te vas?

—No lo sé —dijo Dima—. Y ya me he ido.

—Ah —respondí.

Así que ya estaba en Londres. Tenía que haberse ido a toda prisa. Y yo, la verdad, también estaba desesperado por salir de Nueva York. El último de mis compañeros de departamento se había marchado, hacía poco, a trabajar a California y la que había sido mi novia los últimos seis meses había roto conmigo en un Starbucks. «Es que no veo adónde nos lleva esto», dijo. Supuse que se refería a nuestra relación, pero podía hacerse extensivo a toda mi vida. Tenía razón: hasta lo que más me había gustado hacer en otros tiempos —enseñar historia y literatura rusa y leer y escribir sobre ello— había dejado de gustarme. Me encaminaba hacia un futuro en el que tendría que corregir sin ganas unos ensayos escritos sin ganas de oír a estudiantes que lo eran sin ganas, y así hasta el infinito.

Moscú, sin embargo, era un sitio especial para mí: era la ciudad en la que habían crecido mis padres, donde se conocieron. Era la ciudad donde nací. Y era una ciudad grande, fea y peligrosa, pero también era la cuna de la civilización rusa. Incluso cuando Pedro el Grande la abandonó para trasladarse a San Petersburgo en 1713, o cuando Napoleón la saqueó en 1812, Moscú siguió siendo la capital de los rusos, como dijo Aleksandr Herzen: «La gente reconocía los lazos de sangre que les unían a Moscú por el dolor que les provocaba perderla». Sí. Y yo hacía años que no iba. Durante varios años de escuela de posgrado fui a pasar allí las vacaciones de verano y me cansé de la pobreza y la desesperanza que emanaban de ella. De los borrachos agresivos del metro; de los matones que iban por ahí en chándal y con cazadora de cuero sosteniendo la mirada

a todo el mundo; del tipo que comía lo que sacaba de los contenedores de basura del patio de mi abuela noche tras noche durante todo el verano de 2000: paraba de cuando en cuando y gritaba «¡Cabrones! ¡Chupasangres!» y luego volvía a comer. Desde entonces yo no había vuelto.

Tenía las manos fuera del teclado: esperaba que Dima hiciera alguna concesión, aunque sólo fuera por dejar mi orgullo intacto.

—¿Hay por allí algún sitio donde pueda jugar al hockey? —pregunté.

Mi pericia en el hockey mejoraba al mismo ritmo que decaía mi carrera académica. Incluso durante el verano iba a la pista de hielo tres veces por semana.

—¿Estás de coña? —dijo Dima—. Moscú es la meca del hockey. No paran de construir pistas por todas partes. En cuanto llegues aquí te meto en algún club.

Eso me bastaba.

—Ah: la señal de internet de mi casa llega hasta el otro lado del rellano —añadió—, así que tendrás wifi gratis.

—OK —escribí.

—¿OK?

—Sí —dije—. Perfecto.

Unos días después fui al consulado de Rusia, en el Upper East Side, estuve una hora en la cola para presentar la solicitud y me dieron visado para un año. Luego empaqueté todo lo que tenía en Nueva York: subarrendé mi habitación a un batería de rock de Minnesota, devolví los libros de la biblioteca y cogí los chismes de hockey de una taquilla que había en la pista. Fue un jaleo tremendo y no resultó barato, pero pasé todo el tiempo imaginando una vida diferente, la que estaría llevando en breve, y pensando en la persona, también diferente, en la que me convertiría. Me veía comprando la comida para mi abuela, llevándola de paseo por la ciudad, al cine (a ella siempre le había encantado ir al cine), caminando con ella del brazo por el viejo vecindario y escuchando sus relatos de la vida en tiempos del socialismo. Había tantas cosas que yo no sabía de su vida, y que nunca le había preguntado... Nunca había sentido curiosidad: era ajeno a todo aquello y había creído más en los libros que en las personas. Me imaginé protestando contra el régimen de Putin por la mañana, jugando al hockey por la tarde y haciendo compañía a mi abuela después de la cena. Quizá encontrase un modo de aprovechar la biografía de mi abuela como base para escribir un artículo. Me imaginé sentado en mi habitación como si fuera la celda de un monasterio, con las historias de mi abuela al alcance de la mano para añadir una nueva dimensión a mi trabajo. Quizá pudiera poner sus testimonios en cursiva y repartirlos por todo el artículo, como habían hecho en *In Our Time*.

La última noche que pasé en Nueva York mis compañeros de piso me organizaron una fiesta.

—¡Por Moscú! —exclamaron levantando las latas de cerveza.

—¡Por Moscú! —repliqué yo.

—¡Por que no te maten! —añadió uno.

—No me van a matar —aseguré.

Estaba emocionado. Y borracho. Se me ocurrió que había cierto glamur en marcharse una temporada a una Rusia cada vez más violenta y dictatorial, cuyas fuerzas armadas acababan de aplastar a la pequeña república de Georgia en una humillante derrota. A las tres de la mañana envié un mensaje de texto a Sarah: «Me marcho mañana», escribí, como si me fuese a un lugar muy peligroso. Sarah no respondió. Me desperté tres horas después, todavía borracho, metí lo que

quedaba de mis pertenencias en una enorme maleta roja, cogí el palo de hockey y me fui a JFK. Me metí en el avión y me quedé dormido enseguida.

Lo siguiente que recuerdo es el lúgubre sótano del Aeropuerto Internacional de Sheremétevo-2, donde me encontraba haciendo cola para el control de pasaporte. Aquello no cambiaba nunca. Cada vez que iba era lo mismo: te hacían bajar a aquel sótano y esperar en la cola antes de recoger los equipajes. Era como un purgatorio donde uno esperaba con la sospecha de que le podrían mandar a cualquier sitio que no fuera el cielo.

Pero los rusos sí tenían un aspecto distinto al que yo recordaba: iban bien vestidos, llevaban el pelo bien cortado y hablaban por teléfonos móviles nuevos y elegantes. Hasta los guardias, con sus uniformes azul claro de manga corta, parecían animados. Y aunque la cola era larga había unos cuantos agrupados a un lado, riéndose. El crudo estaba a 114 dólares el barril, y acababan de machacar a los georgianos... ¿se estarían riendo de eso?

La teoría de la modernización decía que la riqueza y la tecnología son más poderosas que la cultura. Dadle a la gente coches bonitos, televisiones en color y la posibilidad de viajar por Europa, y dejarán de ser tan agresivos. Dos países que tengan franquicias de McDonald's nunca entrarán en guerra el uno con el otro. La gente con teléfono móvil es más amable que la gente que no lo tiene.

No estaba yo tan seguro. Los georgianos tenían McDonald's, y los rusos los habían bombardeado de todos modos. A medida que me acercaba a la cabina de control de pasaportes un europeo muy bien vestido, holandés o alemán, alto y con gafas, me preguntó en inglés si me importaba que pasara antes: tenía que coger un vuelo de conexión. Le indiqué con la cabeza que pasase —de todos modos teníamos que esperar a retirar los equipajes—, pero el hombre que tenía detrás, que era más o menos de la misma altura que el holandés pero mucho más robusto, ataviado con un traje un poco mazacote pero no barato, por lo que me pareció, le espetó en un inglés con acento ruso:

—Póngase al final de la cola.

—Voy a perder mi vuelo —dijo el holandés.

—Póngase al final de la cola.

Entonces le dije yo en ruso:

—¿Y qué cambia?

—Cambia mucho —respondió.

—Por favor —rogó el holandés de nuevo, en inglés.

—Le he dicho que al final. Ya.

El ruso se giró ligeramente para dejar clara su postura, colocándose frente al holandés. Este último dio una patada a su bolsa con gesto de desesperación. Luego la cogió y se fue al final de la cola.

—Ese tipo ha tomado la decisión correcta —dijo el ruso dirigiéndose a mí, en ruso, haciendo ver que era hombre de principios y estaba dispuesto a machacar al holandés por saltarse la cola.

Yo no respondí. Unos minutos después llegué a la cabina de control de pasaportes. Allí sentado como un dios, bañado por la luz, había un guardia joven, rubio y serio con uniforme azul. Yo recordé de pronto que allí no tenía derechos, que en Rusia no existe tal cosa. Al entregarle el pasaporte me pregunté si no había desafiado en exceso a la suerte regresando tantas veces al país del que mis padres habían huido. ¿Sería esa la ocasión? ¿Me dejarían bajo custodia policial por

todas las cosas desagradables que había pensado de Rusia a lo largo de los años?

Pero el guardia se limitó a coger con ligero desagrado mi pasaporte americano, azul, muy desgastado. Era el pasaporte de una persona que vivía en un país donde uno no tenía que llevar el pasaporte a cualquier parte, donde uno podía no saber dónde lo tenía guardado durante meses, o años. Si aquel guardia hubiera tenido un pasaporte como el mío lo hubiera cogido con más cuidado. Contrastó mi nombre con el de la base de datos de terroristas y me indicó la puerta, con ademán apresurado, para que cruzase al otro lado.

Y eso fue todo. Ya estaba de nuevo en Rusia.

* * *

Mi abuela Seva vivía en pleno centro, en un apartamento que le había concedido Iósif Stalin a finales de los cuarenta. Mi hermano Dima sacaba a veces el tema cuando quería pontificar y mi abuela, cuando le entraba la vena autocrítica. Lo llamaba «mi apartamento de Stalin», como si quisiera recordar a todo el mundo, también a sí misma, el compromiso moral que había contraído. Aun así, en general, en nuestra familia se entendía que si te ofrecían un apartamento cuando estabas viviendo en una habitación con corrientes de aire, en un piso comunal, con tu hija pequeña, tus dos hermanos y tu madre, el apartamento se aceptaba sin que importara quién lo daba. No es que Stalin hubiera ido personalmente a darle las llaves o hubiera pedido algo a cambio. Mi abuela, una joven profesora de historia en la Universidad Estatal de Moscú, había sido asesora de un documental sobre Iván el Grande, abuelo de Iván el Terrible que en el siglo XV había unificado las tierras de Rus. A Stalin le gustó tanto que dijo que todo el que hubiera participado en el proyecto recibiría un apartamento. Así que además de «mi apartamento de Stalin» mi abuela lo llamaba también, a veces, «mi apartamento de Iván el Grande» o, si necesitaba ser más directa, «mi apartamento de Yolka». Lo decía por su hija, mi madre, por la que habría hecho cualquier cosa.

Para llegar hasta ese apartamento tuve que cambiar algunos dólares en un puesto que había junto a la recogida de equipajes —unos veinticuatro rublos el dólar, en aquel momento— y coger el expreso, recién estrenado, hasta la estación de tren de Savelovski. Atravesé muchos kilómetros de bloques de viviendas de la era soviética que se estaban cayendo a pedazos y el viejo cinturón industrial de fin de siglo (que también se estaba cayendo a pedazos) que rodea el centro. Durante el trayecto el tipo que iba sentado a mi lado, un tiarrón más o menos de mi edad, vestido con vaqueros y una camisa de manga corta, empezó a hablarme.

—¿Qué modelo es? —preguntó, refiriéndose a mi teléfono móvil.

Yo había comprado una tarjeta SIM en el aeropuerto y la estaba instalando en el teléfono para ver si funcionaba.

Allá vamos, pensé. Mi teléfono era uno corriente, con tapa, pero me imaginé que aquello era el prelude de un plan de aquel tipo para robarme. Me puse tenso. Mi palo de hockey iba en el portaequipajes, encima de nuestras cabezas, y de todos modos habría sido complicado pegarle con él en un tren.

—Es un teléfono corriente —dije—. Un Samsung.

Yo había crecido hablando ruso, aún lo hablaba con mi padre y con mi hermano, pero tenía un ligero acento difícil de ubicar. A veces cometía pequeños errores gramaticales o acentuaba la sílaba que no era. Y me sentía oxidado.

El tipo se dio cuenta, así como también de que mi piel olivácea me apartaba mucho de la mayoría de los eslavos que iban en aquel tren tan moderno.

—¿De dónde eres? —preguntó.

Utilizó la forma *ty*, familiar, en lugar de *vy*, lo que podía significar que quería ser agradable porque éramos de la misma edad e íbamos en el mismo tren, o bien dejar claro que tenía derecho a dirigirse a mí como le diera la gana, no sabría decirlo. Intentó averiguar de dónde era yo.

—¿Español? —preguntó—. ¿O turco?

¿Qué le respondía a eso? Decir «De Nueva York» sería igual que afirmar que tenía dinero aunque llevara puestos unos vaqueros viejos y unas playeras que habían visto tiempos mejores y aunque, en realidad, no tuviera un céntimo. A uno de Nueva York le podían robar dentro del tren o al salir de él, en medio de la confusión del andén. Pero si decía «De aquí», de Moscú, que técnicamente era la verdad pero al mismo tiempo era una mentira obvia, podría precipitar el desenlace. A fin de cuentas iba en un tren que salía del aeropuerto.

—De Nueva York —dije.

El tipo asintió con expresión solemne.

—¿Tienen ya allí el iPhone nuevo?

—Claro —respondí: no sabía muy bien adónde quería llegar.

—¿Cuánto cuesta?

Ah. Los productos occidentales siempre eran, en Moscú, mucho más caros que en Occidente, y los rusos siempre querían saber cómo de caros para poder amargarse la vida con razón.

Intenté recordarlo. Sarah tenía un iPhone.

—Doscientos dólares —dije.

El tipo abrió unos ojos como platos. ¡Ya lo sabía él! Era una tercera parte de lo que costaba en Rusia.

—Pero tienes que firmar un contrato —me apresuré a aclarar—. Son como cien euros al mes durante dos años. Así que no sale tan barato.

—¿Un contrato?

Aquel tipo no había oído nunca hablar de eso. ¿Estaba seguro? En Rusia uno se compraba una tarjeta SIM y pagaba por minutos.

—Sí, en Estados Unidos necesitas un contrato.

El tipo parecía enfadado. Estaba empezando a preguntarse si no me lo había inventado.

—Tiene que haber otra manera —dijo.

—No creo.

—No puede ser —insistió—. Tiene que haber una forma de conseguir el teléfono y saltarse el contrato.

—No lo sé —respondí—. Son muy estrictos con estos temas.

El tipo se encogió de hombros, sacó un periódico —el *Kommersant*, uno de los diarios financieros— y no me volvió a dirigir la palabra en el resto del viaje. Con una persona que no es capaz de averiguar cómo puede uno tener un iPhone saltándose el trámite del contrato no valía la pena establecer relación. Cuando llegué a la estación no había ninguna banda de ladrones esperándome y, desde allí, sin más incidentes, tomé el metro hasta el bulevar Tsvetnoi, a un par de paradas.

El centro de Moscú era otro mundo: habían desaparecido los bloques de pisos medio derruidos de la periferia, con muchas plantas de altura, y también las viejas fábricas medio derruidas. En lugar de eso, al salir de la prolongada escalera y tras franquear unas puertas de madera enormes y pesadas, me encontré en una calle ancha que imitaba el estilo de los tiempos de Stalin: imponentes edificios de apartamentos, restaurantes y obras por todas partes. El bulevar Tsvetnoi está justo al borde del enorme Anillo de los Jardines, una arteria de diez carriles que rodea el centro, con un radio de unos dos kilómetros desde el Kremlin. Pero tan pronto como empecé a caminar por Sretenka, la calle donde vivía mi abuela, vi que en las calles laterales, tranquilas y deterioradas, muchos de los edificios del siglo XIX, de dos o tres plantas, que se alzaban en ellas, estaban sin pintar y medio vacíos, porque era agosto. En un solar abandonado del callejón de Pechatnikov tomaban el sol unos cuantos perros callejeros: nos ladraron a mí y a mi palo de hockey. Y en unos minutos llegué a casa.

El apartamento de mi abuela estaba en la segunda planta de un edificio blanco de cinco alturas, en un patio de manzana formado por dos edificios más antiguos, también más bajos, de los que uno daba al callejón de Pechatnikov y el otro al bulevar Rozhdéstvenski. El cuarto lado lo formaba una pared de ladrillo rojo, detrás de la cual había una vieja iglesia. Cuando yo era un crío el patio estaba lleno de árboles y escombros con los que podía jugar; incluso, durante el invierno, había una pequeña pista de hockey. Pero tras la caída de la URSS los vecinos cortaron los árboles y desmantelaron la pista para aparcar allí sus coches. Aquel patio también fue durante un tiempo destino habitual de las prostitutas locales; los clientes entraban allí con el coche, apuntaban a la mercancía con la luz de los faros y hacían su selección sin salir siquiera.

Entré en el viejo patio. Las prostitutas se habían marchado hacía mucho tiempo y, aunque aquello seguía siendo básicamente un aparcamiento, los coches que había en él eran mucho más bonitos. También había algunos árboles más que la última vez que vine. Marqué el código en la puerta principal —no lo habían cambiado en una década— y subí la escalera con mi maleta. Mi abuela salió a la puerta. Era menuda —siempre había sido pequeña, pero ahora lo era aún más— y tenía el pelo gris menos espeso. Durante un momento temí que no me estuviera esperando. Pero dijo: «Andriushik, estás aquí». Parecía que mi presencia le provocaba sentimientos contradictorios.

Entré en la casa.

2

MI ABUELA

Baba Seva —Seva Efraimovna Gejtman, mi abuela materna— nació en una ciudad pequeña de Ucrania en 1919. Su padre era contable en una fábrica textil y su madre enfermera. Tenía dos hermanos. Poco después de la Revolución toda la familia se trasladó a Moscú.

Yo sabía que había sido una estudiante destacada en el colegio y que fue admitida en la Universidad Estatal de Moscú, la mejor y más antigua de las universidades rusas, donde estudió historia. Y sabía que allí en la Estatal de Moscú, no mucho después de la invasión alemana, había conocido a un joven estudiante de derecho: mi abuelo Borís (Baruch, en realidad) Lipkin. Se habían enamorado y se habían casado. Luego a él lo mataron cerca de Viazma en el segundo año de la guerra, sólo un mes después de nacer mi madre. Sabía también que después de la guerra mi abuela había empezado a dar clase en la Estatal de Moscú y que hizo de asesora en aquella película sobre Iván el Grande, que le dieron aquel apartamento y vivió en él con mi madre y una pariente anciana, Tía Klava; que el apartamento había provocado cierta conmoción en la familia no por el hecho de venir de quien venía, sino porque mi abuela se negó a que su hermano y la mujer de este se fueran a vivir con ella, porque la mujer bebía y también porque no quería sacar de allí a la Tía Klava; que no mucho después de recibir el apartamento la habían obligado a abandonar la Estatal de Moscú en el momento cumbre de la campaña «anticosmopolita» o, dicho de otro modo, la campaña contra los judíos, y que había salido adelante como tutora y como traductora de otras lenguas eslavas. Sabía que se había vuelto a casar, ya en la madurez, con un geofísico amable y despistado al que nosotros llamábamos Tío Lev y con él se fue a vivir a la ciudad de Dubná, donde había un centro de investigación nuclear. Dejó entonces el apartamento, primero a mis padres y después a mi hermano, y regresó a él cuando murió Tío Lev mientras dormía, pocos años antes de que llegara yo.

Pero había muchas cosas que yo no sabía. No sabía qué le había ocurrido a Tía Klava, ni qué había sido de su vida después de la guerra; ni si antes de la guerra, durante las purgas, había tenido conocimiento o, al menos, había sospechado, lo que sucedía en el país. Si no era así, ¿por qué no? Y si lo había tenido, ¿cómo pudo vivir sabiéndolo? ¿Cómo pudo vivir en este apartamento sabiendo todo aquello, una vez que todo aquello se supo?

Cuando llegué, mientras mi abuela hacía lo que fuese en la cocina, fui a dejar mis cosas en nuestro antiguo dormitorio —que, al contrario de lo que había prometido Dima, seguía lleno de porquerías suyas— y luego eché un vistazo rápido al resto del apartamento. No había cambiado nada: era un museo del mobiliario soviético organizado en capas, de la más nueva a la más

antigua, como un yacimiento arqueológico. En la habitación trasera se erguía majestuoso el viejo escritorio de madera de roble de mi abuela, de los años cuarenta o cincuenta, y su estantería de pie, con puerta y cerradura, de la misma época. De los tiempos que habían pasado allí mis padres era la mayor parte del mobiliario: el sofá cama verde, las estanterías colgantes acristaladas y el armario lacado, enorme. Y, naturalmente, en nuestro dormitorio, las literas que había construido mi padre no mucho antes de nuestra emigración y que Dima no había cambiado. Cuando vivió en el piso utilizó como dormitorio la habitación trasera, y nuestro cuarto como habitación de huéspedes. Había incluso algunos juguetes de cuando éramos pequeños, la mayoría coches chiquititos que ahora se apilaban junto a los libros y con los que Dima y yo habíamos jugado de niños. Luego vino la modernidad, y puso en la habitación de atrás un televisor de pantalla plana y en nuestro dormitorio una bicicleta estática que ocupaba muchísimo espacio. La mayoría de los libros eran clásicos rusos en ediciones íntegras de la era soviética —catorce volúmenes de Dostoyevski, once de Tolstói, dieciséis (!) de Chéjov— aunque también había estantes llenos de libros en inglés sobre economía y negocios que, según parece, había importado Dima. Y en la cocina, una mesa con sobre de linóleo, más o menos del año en que yo nací, a la que se había sentado mi abuela a esperarme.

No sé por qué razón yo era su favorito. Cuando era pequeño pasaba mucho tiempo, en verano, con ella y con Tío Lev en su dacha de Sheremétevo (no lejos del aeropuerto); también había ido a verlos muchas veces durante el año de estudios que pasé fuera, porque viví en Moscú. A finales de los noventa, cuando mi abuela estaba aún en condiciones de viajar, todos los años hacíamos un viaje por Europa Dima, ella y yo. Si juntara todos esos días habría pasado con ella apenas unos meses, pero era el más pequeño y el hijo favorito de su única hija. Y eso bastaba. Para ella, yo seguía siendo aquel niño.

Quería alimentarme. Lentamente, prestando mucha atención a lo que hacía, calentó un poco de sopa de patata, *kotleti* (albóndigas rusas) y patatas fritas en rodajas. Se movía por la cocina a paso glacial y no tenía buen equilibrio: afortunadamente en aquella cocina había muchos sitios a los que agarrarse, y ella sabía a la perfección dónde estaban. Pero no podía hablar y cocinar al mismo tiempo, y había perdido mucho oído. Así que esperé a que terminara y luego la ayudé a servir la comida. Nos sentamos. Me preguntó por mi vida en Estados Unidos. «¿Dónde vives? En Nueva York. ¿Cómo? En Nueva York. Ah, ¿en una casa, o en un piso? En un piso. ¿Cómo? En un piso. ¿Y es tuyo? Es alquilado: lo comparto con otros chicos. ¿Cómo? Que lo comparto, como si fuera un piso comunal. ¿Estás casado? No. ¿No? No. ¿Tienes hijos? No. ¿No tienes hijos? No: allí la gente tiene hijos más tarde...» Le dije esa verdad a medias y ella, satisfecha del todo o en parte, me preguntó cuánto tiempo pensaba quedarme.

—Hasta que regrese Dima —respondí.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Hasta que regrese Dima —repetí.

—Andriusha —dijo entonces—. ¿Tú conoces a mi amiga Musia?

—Sí —respondí.

Emma Abramovna, o Musia, era su mejor amiga, de toda la vida.

—Es muy amiga mía —explicó mi abuela—. Ahora mismo está en su dacha.

Emma Abramovna, profesora de literatura que había conseguido quedarse en la Estatal de Moscú a pesar de la campaña antisemita, tenía una dacha en Peredélkino, la antigua colonia de escritores. Mi abuela había perdido la suya en los noventa, en unas circunstancias que yo nunca

tuve claras.

—Creo que el verano que viene me va a invitar a ir con ella —dijo mi abuela.

—¿Ah, sí? ¿Te lo ha dicho ella?

—No —respondió mi abuela—. Pero espero que lo haga.

—Suena bien —le dije yo.

En agosto todos los moscovitas se van a sus dachas; estaba claro que a mi abuela le pesaba mucho no poder hacerlo.

Habíamos terminado de comer y de tomar un té, y mi abuela se llevó la mano a la boca como quien no quiere la cosa y se sacó la dentadura. La puso en una tacita que había sobre la mesa.

—Necesito descansar las encías —dijo, sin dientes.

—Claro —dije yo.

Sin los dientes sus labios parecían derrumbarse un poco y, como no estaban allí para contener la lengua, hablaba con un ligero ceceo.

—Dime —dijo mi abuela en el mismo tono inquisitorial de antes—. ¿Tú conoces a Dima?

—Claro —respondí—. Es mi hermano.

—Ah. —Mi abuela suspiró como si no se fiara del todo de cualquiera que conociera a Dima—. ¿Y sabes dónde está?

—Está en Londres —dije.

—Nunca viene a verme —dijo mi abuela.

—Eso no es verdad.

—Claro que es verdad. En cuanto consiguió que pusiera el apartamento a su nombre, yo ya no le intereso para nada.

—¡Abuela! —exclamé—. Eso no es verdad, en absoluto.

Era cierto que unos años antes Dima había puesto el apartamento a su nombre: con la fiebre de la gentrificación postsoviética a las señoras mayores que tenían una buena propiedad en Moscú les sucedían todo tipo de desgracias. Desde el punto de vista de la seguridad lo mejor era irse. Pero desde el punto de vista de mi abuela, yo era consciente de que aquello parecía sospechoso.

—¿El qué no es verdad? —preguntó.

—No es verdad que no le interese para nada. A mí me habla siempre de ti.

—Mmm...

No parecía muy convencida. Luego suspiró de nuevo e intentó ponerse en pie para retirar los platos, pero le rogué que se sentara, no tanto porque en ese momento quisiera ayudarla como porque todo lo hacía muy despacio. Yo quité la mesa rápidamente y me puse a lavar los platos. Cuando estaba terminando mi abuela se acercó y dio muestras de ir a preguntarme algo que le parecía un poco delicado.

—Andriusha. Tú eres una persona muy querida para mí. Para toda nuestra familia. Pero ahora no consigo acordarme: ¿cómo nos conocimos?

Me quedé sin habla.

—Soy tu nieto —respondí.

Mi tono de voz tenía un tinte de súplica.

—¿Qué?

—Soy tu nieto.

—¿Mi nieto? —repitió.

—Tenías una hija, ¿te acuerdas?

—Sí —no lo dijo muy convencida, pero luego lo recordó—. Sí. Mi pequeña. —Pensó un momento y luego dijo—: Se fue a América. Se fue a América y se murió.

—Exacto —dije yo.

Mi madre había muerto de cáncer de mama en 1992. La primera vez que la vio mi abuela, después de emigrar, fue en su funeral.

—Y tú... —dijo después.

—Yo soy su hijo.

Mi abuela pareció entenderlo.

—Entonces, ¿a qué has venido? —preguntó después.

Yo no entendía qué quería decir.

—Este es un país terrible. Mi Yolka os llevó a América. ¿Por qué has vuelto?

Parecía enfadada. Yo me había vuelto a quedar sin palabras. ¿Qué por qué había vuelto? Porque Dima me lo había pedido. Y porque quería ayudar a mi abuela. Y porque pensé que aquello era un buen tema, me permitiría escribir un artículo que serviría para encontrar un trabajo. Todo me daba vueltas en la cabeza, como si estuviese inmerso en un razonamiento; opté por la respuesta que me parecía más práctica.

—Por trabajo —le dije—. Tengo que investigar un poco.

—Ah —respondió entonces—. Ah, muy bien.

Ella también había trabajado en ese país terrible. Lo entendía.

Satisfecha, al menos de momento, mi abuela se excusó y se fue a su habitación a echarse un poco.

* * *

Yo me quedé en la cocina, tomando otra taza de té. Por todo el apartamento tenía fotos de la familia, sobre todo de mi madre: en las paredes, en las cómodas, en las estanterías. En Estados Unidos nuestra familia se había dispersado. En Moscú seguía siendo exactamente como siempre había sido.

La leche, pensé. No esperaba encontrarme a mi abuela en ese estado. Dima dijo que tenía que tomar medicación para la demencia, pero lo cierto era que yo no había entendido bien.

Lo primero que pensé fue esto: yo no estoy capacitado para cuidar de una mujer de ochenta y nueve años que no se acuerda de quién soy. Yo era el típico que se había entretenido mucho estudiando, pero no había rentabilizado esos estudios ni conseguido un trabajo de verdad. «No veo adónde nos lleva esto», había dicho Sarah en el Starbucks.

—¿Nos tiene que llevar a algún lado? —pregunté yo sin mucha convicción.

Ella movió la cabeza.

—Quizá me arrepienta —dijo—. Pero lo dudo.

Y estaba en lo cierto. Yo era un imbécil, como había dicho Dima. Y estaba en un callejón sin salida. Aquel primer día, en la cocina, decidí marcharme por primera vez. Sería la primera de muchas.

En mi cabeza todo empezaba redactando un correo. Diría así: «Dima: tengo la sensación de que me has ocultado las condiciones en las que se encuentra la abuela. O tal vez yo no te entendí bien. Pero no puedo manejar esto. Lo siento. Vamos a contratar a alguien que sepa lo que hace y yo te ayudo a pagarlo». Y entonces regresaría a Nueva York. No debemos avergonzarnos de reconocer nuestras limitaciones. Aunque era un misterio para mí cómo podría ayudar a pagarlo. Después de sacar el visado y el billete de avión me quedaban menos de mil dólares en la cuenta.

Mi abuela salió de su habitación, cruzó el vestíbulo y entró en el baño. Estaba claro que se había acostado y se había vuelto a levantar, porque tenía el pelo revuelto y aún iba sin la dentadura. Al verme me dedicó una sonrisa desdentada y me saludó con la mano: tuve la sensación de que en ese momento sí sabía quién era yo. Y entonces me tranquilicé un poco.

Así que había ido a hacerle compañía. Eso hasta un imbécil podría hacerlo. ¿Qué más daba que no pudiera recordar ciertas cosas? ¿Acaso había tenido una vida estupenda, un desfile de goces, como para esperar que se sentara a recordarla entera? Mi abuela no podría contarme la historia de su vida para que yo escribiera aquel artículo, pero ya escribiría de otra cosa. Quizá ella no supiera en ningún momento quién era yo. Pero yo sí sabía quién era yo, y me acordaba de ella. Yo era el hijo pequeño de su hija, su única hija, mi madre, la que se había ido a América y había muerto. Me levanté, lavé la taza en la que me había tomado el té y me fui a mi dormitorio.

En una esquina había un montón de archivadores de cartón, y la enorme bicicleta estática estaba apoyada en la litera de abajo. Tuve que saltarla para meterme en la cama. En ese momento estaba deseando conectarme para cantarle las cuarenta a mi hermano, pero cuando saqué el portátil e intenté hacerlo la señal del piso de al lado no llegaba. Eso podía no ser culpa de Dima —mi ordenador era tan viejo, tan viejo, que no funcionaba si no estaba enchufado a la red, y había muchos protocolos de wifi que no reconocía— pero a mí me seguía pareciendo que en ese punto también me había engañado. Me planteé ir al otro apartamento y ver si podía ajustar el rúter, pero no me pareció propio del cobrador de la renta (ese era uno de mis cometidos) chupar la wifi del inquilino. Estaban pagando un buen dinero por esa wifi.

Cerré el ordenador y me tumbé en la cama, con la bicicleta acechándome. Mi abuela había dejado una toalla vieja y unas sábanas rasposas que conseguí poner sin salir del cubículo que formaba la cama, no sé cómo. Entonces me volví a tumbar y pensé: joder joder joder joder joder joder joder joder. Y después: Vale. Vale. Estaba todo en orden. Mi abuela no estaba bien, pero podría con ello. Las sábanas eran rasposas, pero ya compraría unas nuevas. Y el dormitorio estaba hecho un desastre, pero aquello era una ventaja: era algo que podía reprocharle a Dima. Creedme: si uno no tenía nada que reprocharle a Dima, Dima tendría algo que reprocharle a uno.

Eran las ocho de la tarde y en Moscú aún era de día. Pero me sentía muy cansado, tremendamente cansado y no tardé en quedarme dormido con la ropa puesta.

3

UN PASEO POR EL BARRIO

Me desperté a las cinco de la mañana. Mi ventana daba a un callejón que se formaba entre nuestro edificio y el costado del de Pechatnikov. Como estábamos en una segunda planta, a finales de agosto y con la ventana abierta, y como los dos edificios de piedra formaban una minicámara de resonancia, me di cuenta de que podía oír claramente las toses, las palabrotas en ruso, portazos, coches que arrancaban o aparatos de radio que vomitaban música pop rusa de mierda tanto si sonaban en el callejón mismo como en las cercanías. Todos aquellos ruidos perturbaban mi sueño, y no sólo porque fueran ruidos: Dima no habría salido de allí tan deprisa si no hubiera estado en peligro, pensé yo. Y si Dima estaba en peligro era posible que el hermano plenipotenciario de Dima, encargado de cobrar el alquiler, también lo estuviera. Aunque podía ser que no. Estuve un rato tumbado en la cama dando vueltas al asunto y luego me incorporé: ya sabía lo que pasaba.

¿Y si mi abuela no se estaba tomando la medicación? Dima se había marchado hacía más de un mes. ¿Y si aquella falta de memoria, de la que yo había sido testigo, se debía únicamente a que no había tomado las pastillas? Fui a la cocina. Moscú es una ciudad del norte, y en verano se hace de día pronto. Ya había salido el sol. Yo había visto a mi abuela tomar unas píldoras después de la cena y dejar luego el frasco en un estante, a su espalda. Fui a cogerlas para leer los prospectos. Uno de los frascos estaba vacío. El nombre del medicamento no me era familiar, claro. Y no había indicación alguna de que fuese para la demencia, como tampoco de que no lo fuese.

Dima me había enviado una lista con las medicinas que tomaba Baba Seva, explicando para qué era cada una. Pero yo di por hecho que tendría wifi en el apartamento y no la había imprimido. Intenté de nuevo captar una señal, sin éxito. Tendría que buscar un sitio donde hubiera wifi, lo antes posible. Regresé a mi cuarto, cogí la toalla raída y me fui a la ducha.

El cuarto de baño de mi abuela —separado del retrete, que ocupaba un espacio propio y mucho más pequeño junto al vestíbulo— era enorme para ser de la era soviética. Puede que en otro tiempo hubiese formado parte de la cocina. En la pared había una repisa para los artículos de aseo. Dejé en ella los míos.

La primera vez que volví a Rusia, después de marcharnos de allí, ya estaba estudiando en la universidad. Había recibido una beca para estudiar «la situación postsoviética». Aquel viaje fue una conmoción: nunca había visto tanta pobreza. En Astracán, Rostov, Yalta, Odessa o Lviv, pero también en el mismo Moscú y en San Petersburgo, lo único que se veía eran ruinas —edificios en ruinas, calles en ruinas, gente en ruinas— como si el país hubiera perdido una guerra.

Yo había ido solo, y todas las noches, en los distintos albergues y hostales en los que me quedaba, sacaba mis artículos de aseo y sentía un alivio enorme. Tenían unos colores más vivos y agradables que cualquier otra cosa de cuantas me rodeaban: una maquinilla de afeitar Gillette Sensor en un moderno tono gris pizarra (tres cuchillas juntas, pero el mejor afeitado que hasta entonces había conocido la humanidad); mi gel de afeitar Gillette, en un esbelto envase azul; mi antitranspirante Old Spice en blanco y rojo (aquello funcionaba de verdad, y en Rusia no lo tenía nadie: se notaba en cuanto uno ponía un pie en un autobús atestado de gente); mis polvos para el eczema Gold Bond, amarillo intenso, mis cápsulas Advil de ibuprofeno, naranjas. Todos los días caminaba varios kilómetros entrevistando a gente y mirando por ahí, y con los calores del verano me aparecían erupciones en la entrepierna que el Gold Bond ayudaba a desaparecer. Y me dolían los pies. Y el Advil... ¡Los rusos seguían tomando aspirina! El único remedio que conocían para una resaca mañanera era empezar a beber otra vez. Yo, sin embargo, me tomaba unas cuantas píldoras de esas y me quedaba como nuevo. Me sentía como James Bond con aquel estuche de inventos ingeniosos. Pero todos esos milagros habían llegado ya a Rusia, aunque mi abuela no los utilizara.

Fue aquel viaje a Rusia lo que me puso en la pista que había seguido desde entonces. Acababa de terminar mi primer curso en la universidad: la universidad me había tomado por sorpresa, y no había sido una sorpresa agradable. Yo me lo había imaginado como los últimos años de instituto, pero más molón. Sin embargo, no tenía nada que ver: era un entorno enorme, hostil, y muy competitivo. Yo soñaba con jugar al hockey allí, pero a pocos minutos de poner un pie en el hielo, cuando fui a hacer la prueba para entrar en el equipo de la universidad, me di cuenta de que aquello no iba a suceder: el nivel de juego era muy superior al mío. Y tampoco logré sobresalir en los estudios. Quise dominar el Canon Occidental, pero cada vez que abría *La reina hada* me quedaba dormido.

En cuanto veía una clase de ruso en la descripción de un programa, me cambiaba. ¿Qué sentido tenía estudiar en la universidad una materia que podía aprender en casa sin hacer nada? Pero a la mitad del primer curso, después de dejar por fin el equipo de hockey (había logrado entrar en el equipo junior, pero no jugué ningún partido), sin saber muy bien qué hacer con mi vida y preguntándome si tomar una clase de ruso no sería una buena manera de honrar a mi madre, me dirigí al departamento de Lenguas Eslavas. Estaba en la cuarta planta del edificio de idiomas extranjeros y, a diferencia de cualquier otro lugar del campus, resultaba acogedor. Habían conseguido rusificarlo: tenían un enorme samovar en un rincón, tazas para el té por todas partes y libros antiguos en ruso, en ediciones soviéticas, como los que había en nuestra casa. Y un cartel irónico de Lenin. Mis padres nunca hubieran colgado en nuestra casa un cartel irónico de Lenin, pero Dima sí tenía uno en su casa cuando vivía en Nueva York. Y yo sentí, por primera vez y dentro de aquella institución enorme y prohibitiva, que había llegado a un lugar donde podía sentirme en casa.

Seis meses después me dieron una beca y me marché a pasar el verano a Rusia. Era la primera vez que iba desde que salimos de allí. Así que aquellas eran las calles por las que habían transitado mis padres. Aquella era la gente entre la que habían vivido. Y este era nuestro viejo apartamento (casi no lo recordaba), en el que estaba viviendo Dima. Empezaban a cobrar sentido muchas cosas que no lo habían tenido hasta entonces. Visité a mi abuela y a Tío Levin en Dubná; mi abuela tenía entonces unos setenta y cinco años, pero estaba increíblemente activa: traducía, leía, veía películas y hacía rutas de muchos kilómetros por el bosque, en el que había un inmenso

acelerador de partículas. Después me fui de Moscú y estuve recorriendo Rusia: la gente de fuera de Moscú era mucho más honesta en relación con sus sueños, y más directa respecto a lo que no sabían. Y más obvia y desesperadamente pobre. Recuerdo estar tomando algo en Astracán, una gran ciudad del mar Caspio dedicada a la pesca industrial que se estaba desmoronando bajo el peso de la competencia global, junto a un tipo al que conocí en el tren cuando salía de Moscú: era programador informático, como mi padre, pero en aquella época no había trabajo para los programadores informáticos, así que para llegar a fin de mes tenía que ir a Moscú, comprar ropa barata que venía de Turquía y venderla en un mercadillo callejero de Astracán. Estábamos tomando unas cervezas en el balcón desvencijado de un apartamento enano en el que vivía con su joven esposa y el niño de ambos, y en un momento dado él dijo: «Dime, Andréi. ¿Cómo son las cosas allí?». Se refería a Estados Unidos. «¿Está todo acabado, como aquí?»

Yo no supe qué responderle. Era lo mismo, sí, en cierto modo lo era. En Estados Unidos había humanos que vivían su vida, se enamoraban, tenían hijos y tenían que mantenerlos. Pero al mismo tiempo no, no era lo mismo. La abundancia, la mera comodidad de sus vidas... al menos para la gente como yo. La cantidad de opciones y la calidad de los artículos de baño... No, no era lo mismo. Mi dormitorio de la universidad, por ejemplo, que compartía con otro chico: era más grande y más agradable y estaba mejor construido que su apartamento de programador informático, que compartía con su mujer e hijo. Yo intenté explicarle eso de la manera más suave posible, pero sin paños calientes. Y entonces mi amigo, al que nunca volví a ver aunque nos dimos la dirección y prometimos mantenernos en contacto, dijo: «Bueno, quizá vaya un día a verlo con mis propios ojos». En aquel momento pensé que a mí, sin embargo, me gustaría quedarme. En Rusia, quiero decir. Al menos mentalmente. Intelectualmente. Aquello no se parecía a ningún otro sitio que yo hubiera conocido, aunque en otros aspectos era el lugar en el que había estado antes: era mi infancia, mi hogar.

Más de una década después, una década entera de libros rusos, de clases de ruso y de conferencias académicas en ruso, de un ensayo algo errático sobre literatura rusa y modernidad ante el que ninguna editorial reaccionó, yo salía de la ducha —que tenía una alcachofa de colgar, y ningún lugar para colgarla, de modo que tuve que sostenerla con la mano todo el rato— y me encontraba a mi abuela con su albornoz rosa, inclinada sobre una taza de café que bebía concentrada. Eché un vistazo a la cocina, esperando encontrar una cafetera de émbolo o, al menos, una de goteo, pero no vi más que un hervidor y una lata de Nescafé instantáneo. Qué decepción. Durante los últimos años la revolución del café había llegado a Brooklyn y yo me había habituado a tomar por la mañana un puto café cargadito. Decidí —mi lista de decisiones aumentaba— comprar una cafetera de émbolo y un poco de café en grano en la primera tienda que encontrase.

Mi abuela tenía puesta la radio. Había sintonizado «Eco de Moscú, que era la emisora de la oposición liberal, y estaba intentando comprender las noticias. El ejército ruso se iba de Georgia a regañadientes; el Kremlin decía que los georgianos habían provocado una crisis de refugiados; los más críticos con el Kremlin culpaban a Moscú de la guerra. La radio de mi abuela era pequeña, portátil, y funcionaba con pilas. Y aunque estaba a todo volumen se la tenía que acercar a la oreja para oírla, y aun así no parecía muy segura de entender lo que decían. Cuando me vio se espabiló un poco y dijo:

—Ah, ya te has levantado. ¿Quieres desayunar?

Dije que sí, y mientras yo me vestía frió unos huevos y los puso sobre una ración de *kasha*. Cuando regresé a la cocina alguien del Eco estaba despreciando con sarcasmo las acusaciones de

los rusos de que Georgia había disparado primero. «Es como decir “Me ha picado un mosquito. Tengo que matarlo a él y a todos sus parientes”. Pues claro que te ha picado un mosquito. Es un mosquito.» Yo había olvidado ese tono que los opositores rusos asumían siempre: «agraviado» no era la palabra idónea para calificarlo. Era un tono de superioridad, sarcástico, y lleno de desconfianza hacia esos idiotas que gobernaban el país y otros, aún más idiotas, que los apoyaban. Había un islote de decencia, decían esas voces, y la han encontrado ustedes en su emisora... Bueno, eso lo digo yo ahora. Pero podía resultar intoxicante. El Eco era la única voz de la oposición al régimen: en aquel momento todos los canales de televisión estaban bajo un firme control estatal, y ellos se despertaban todas las mañanas dispuestos a enfangarse en una batalla del bien contra el mal. Pero, naturalmente, uno no podía decir en la radio que el régimen era el mal, así sin más. Hubiera sido demasiado. Así que tenían que hacerlo en broma, con sarcasmos, mediante la subversión. Debían sonar muy parecidos a los disidentes soviéticos de los setenta: como si el régimen no fuera el único que sentía cierta nostalgia de aquella época.

Así que Rusia había invadido Georgia. O Georgia había invadido una parte de Georgia llamada Osetia del Sur, y los rusos habían mostrado una reacción excesiva. Y, naturalmente, cualquier persona decente estaría de acuerdo... Así que apagué la radio. Quería hablar con mi abuela de su medicación. Aunque primero quería comerme aquella *kasha* de mi abuela. Era perfecta. No hacía mucho había estado un tiempo intentando prepararla yo, pero siempre me quedaba babosa.

—Cuéntame, Andriush —dijo mi abuela mientras miraba cómo comía—. ¿Dónde vives?

—En Nueva York.

—¿Cómo?

—¡En Nueva York!

—Ah, en Nueva York. ¿Y vives en una casa o en un apartamento?

—En un apartamento.

—¿Cómo?

—¡En un apartamento!

Justo el día anterior llevaba puesto un aparato para sordos, pero en ese momento no oía ni mejor, ni peor.

—¿Y es tuyo el apartamento, o es de alquiler?

—¡De alquiler! —dije muy alto.

—No hace falta que grites —dijo ella.

—Vale.

—¿Estás casado?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Tienes hijos?

—No.

—¿No tienes hijos?

—No.

—¿Y por qué no?

—No lo sé —respondí—. Porque no tengo con quién tenerlos.

—Sí. —Mi abuela se mostró de acuerdo—. Eso es verdad. Tendrías que casarte.

—Abuela —dije—. ¿Puedo hacerte una pregunta? Quiero ayudarte a que te tomes las medicinas. ¿Tienes por ahí apuntado lo que hace cada una?

Mi abuela me miró, sin mostrar sorpresa.

—Pues la verdad es que no lo sé —respondió—. Pero sí, lo apunté en un cuadernito.

Y sacó una libreta pequeña. Había más de diez páginas de lista: había escrito en ella los nombres de las medicinas y, en algunos casos, para qué servían («corazón», «tos»). Su caligrafía siempre había sido grande y con muchos bucles, pero ahora era más grande y con más bucles aún. No había en la lista ningún medicamento para la demencia senil.

Dejé de mirar el cuaderno y vi que mi abuela había ido a la nevera y había sacado una botella de vino tinto. Estaba medio vacía, y tenía los restos de un corcho en el cuello. Se puso a forcejear con el corcho.

—Deberíamos celebrar que has venido, ¿no? Pero no logro abrirla.

Eran las siete de la mañana.

—Quizá luego —respondí—. Ahora tengo que salir un momento a resolver unas cosas. Volveré dentro de una hora.

Me pareció que se quedaba descorazonada.

—¿De verdad tienes que irte?

Me fui. Mi abuela volvió a meter el vino en la nevera, de mala gana. Yo me fui a mi habitación y cogí el portátil y mi bolsa de libros. Cuando estaba a punto de salir sonó el teléfono. Mi abuela estaba en el baño, así que lo cogí. Era una anciana que preguntaba por ella, le dije que no podía ponerse y que me dejara el recado si quería. La mujer dijo que era Alla Aaronovna. Mi abuela seguía en el baño. Escribí una nota diciendo que la había llamado Alla Aaronovna y la dejé sobre la mesa de la cocina. Luego me marché.

* * *

Mi abuela no podía vivir en un sitio más céntrico —a quince minutos andando del Kremlin— pero me llevó cuarenta minutos encontrar un sitio para revisar el correo electrónico.

El día anterior no había visto cibercafés ni locutorios en el trayecto del metro a casa. Así que lo primero que hice fue ir a la otra parada de metro, Estanques Limpios, justo encima del bulevar que quedaba cerca de nuestra casa. Siempre había sido el sitio más concurrido y animado del vecindario, y detrás de la estafeta de correos hubo un cibercafé lleno de rusos sudorosos adictos al juego. La zona seguía estando muy concurrida: junto a la boca de metro estaba la estafeta y había un McDonald's, un batiburrillo de quioscos que vendían teléfonos móviles, DVD y kebabs, y una estatua del poeta Griboyédov. Detrás de Griboyédov estaban los estanques limpios que daban nombre a la estación. En diagonal con este conglomerado se encontraba el edificio del gigante RussOil, sede de la empresa petrolera más grande del país: construido en mármol negro, parecía tragarse toda la luz que lo rodeaba. Pero el antiguo cibercafé había sido sustituido por un banco alemán. No había wifi.

Regresé a Sretenka y luego caminé en dirección norte, bordeando el centro comercial en que se había convertido Sretenka. Era una calle muy mona, como europea, más estrecha que la mayoría de las calles, con agencias de viajes y restaurantes y bares, un teatro experimental, una tienda de

Hugo Boss y una librería mierdera con los últimos superventas en el escaparate y que, según parecía, tenía un club de striptease en la segunda planta: colgando de la fachada había un luminoso de neón sin encender con la silueta de una mujer desnuda. A las siete y media de la mañana la calle se estaba despertando: coches extranjeros de un color negro reluciente salían del centro a toda velocidad y, de vez en cuando, un hombre o una mujer muy bien vestidos salían de uno de esos coches hablando por un teléfono móvil brillante. Aquella no era la Rusia que yo recordaba. Encontré varios cafés de estilo europeo, con mesitas y un cartel en la ventana que decía WIFI. Pero eran increíblemente caros. Lo más barato que tenían en la carta era un té, y costaba doscientos rublos: casi nueve dólares. Por una parte, necesitaba saber si mi abuela se había quedado sin medicinas para la demencia senil; por otra, tenía que gastarme nueve dólares. Los cafés estaban llenos de rusos elegantemente vestidos tomándose un capuchino a precio desorbitado. Qué cojones era aquello.

Regresé al cruce de nuestra calle: mi abuela vivía justo en la esquina de Sretenka y el bulevar, aunque al otro lado del bulevar Sretenka se convertía en Bolshaya Lubianka, que iba hasta la plaza Lubianka, donde estaba el cuartel general de la antigua KGB y ahora el Servicio Federal de Seguridad, FSB. Tomé esa ruta. Comparada con Sretenka, esa calle —a sólo un minuto de distancia— era un camino desolado, como si la organización que ocupaba el edificio —en sus sótanos habían matado de un tiro a miles de personas durante la época del terror, en los años treinta— hubiera espantado a todos los pequeños negocios. El que mi abuela viviera tan cerca de la KGB siempre había sido una rareza de su existencia moscovita... Porque el centro de Moscú era el lugar donde se encontraban los mejores locales y viviendas, y en ese sentido era muy afortunada. Pero también era donde estaban las cámaras de ejecución, y en ese sentido era como vivir en la calle por donde se va a Auschwitz.

Pero yo tenía que leer el correo.

Caminé por la calle ancha, tranquila, hasta llegar a la KGB. Era un edificio inmenso, hecho de granito oscuro, pesado. Se cernía sobre una enorme rotonda que antaño estuvo presidida por una estatua gigantesca del fundador de la KGB, Félix Dzerzhinski. Pero a Dzerzhinski lo desmontaron en 1991 y lo único que quedaba en el centro de la rotonda era el pedestal, convertido en una gigantesca maceta.

Para mi gozo y sorpresa, sin embargo, justo al lado de esta enorme y aún aterradora plaza había un pequeño café, muy agradable, El Molinillo de Café, con unas mesitas muy monas, wifi y un menú escrito en una pizarra en el que pude comprobar que había al menos una bebida —el capuchino que les daba fama— por un precio razonable: setenta y cinco rublos, unos tres dólares. Quizá lo subvencionaba la KGB. Bueno, bien. Nos lo debían. Me dirigí al mostrador. «¡Hola!», me dijo la camarera, muy guapa, como si se alegrara de verme. Pedí un capuchino y me senté.

Sólo disponía de quince minutos para consultar mi correo si quería estar de vuelta dentro de una hora. Encontré el mensaje de Dima con las instrucciones de las medicinas y lo copié rápidamente en una libreta; luego le escribí una nota preguntándole por qué había una bicicleta estática en mi habitación y también si sabía si la wifi de su apartamento funcionaba bien. Entonces puse en Google la palabra «demencia senil». Al parecer era una expresión general, que incluía el Alzheimer. ¿Tenía Alzheimer mi abuela? No me quedaba tiempo. Me concedí exactamente sesenta segundos para consultar en una web los empleos relacionados con la cultura eslava. Era una web anónima, donde la gente ponía ofertas de trabajo o quejas sobre sus desventuras en la búsqueda de empleo («Os puedo decir desde ahora mismo que este puesto ya está dado a un candidato de

dentro.» Otro decía: «Uno de los profesores más antiguos del comité de selección es un auténtico cerdo: se ha pasado toda la entrevista mirándome las tetas»). No era la única vía que conocía para encontrar un trabajo, pero era la más divertida. Ese día no había nada. Me concedí treinta segundos para echar un vistazo en Facebook. Mis antiguos compañeros de facultad estaban ya ocupando sus flamantes puestos de profesores universitarios. Había fotos de sus nuevos despachos, peticiones de consejos para elaborar sus programas (como si quisieran recordar a todo el mundo que eran profesores universitarios) y otras cosas que me pareció que, estando al otro lado del mundo, ya no podrían deprimirme. Pero me deprimían. Alex Fishman, mi némesis del departamento de Esloveno, había colgado una foto preciosa de Princeton, donde iba a empezar un posdoctorado. Menudo capullo. Cerré el ordenador, lo metí en la bolsa y volví a la calle.

Eran ya las ocho de la mañana y aunque soñolienta, la aterradora Bolshaya Lubianka empezaba a despertar a la vida. Por la rotonda aparecían coches alemanes muy caros que tomaban Sretenka o se metían en un enorme aparcamiento al aire libre que debía ser para el FSB. Algunos de aquellos coches se subían a la acera y aparcaban allí. Los conducían hombres y mujeres elegantemente vestidos, camino del trabajo, y los aparcaban sobre la acera como si eso fuera lo más normal.

No pude evitar fijarme en que las mujeres eran extraordinariamente atractivas. En las cuatro manzanas que separaban El Molinillo de nuestra casa creo que vi una docena de esas mujeres tan guapas. Y tenían algo... no sé: eran homogéneas. Todas delgadas, rubias, de treinta y tantos años, ataviadas con una falda de tubo negra y una blusa blanca y tacones altos. No sé por qué me gustó que todas tuviesen el mismo aspecto, pero me gustó.

Los hombres también estaban cortados por el mismo patrón. Grandes, alimentados con *kasha*, de un metro ochenta de altos y embutidos en trajes caros, guardando el equilibrio sobre unos zapatos relucientes de punta afilada y sin sonreír nunca. Diez años antes uno iba por una calle de Moscú y se encontraba con un montón de matones con cazadoras de cuero baratas. Aquellos tipos habían desaparecido, y estos otros eran sus sustitutos. ¿O tal vez eran los mismos? A fin de cuentas, estaban acaparando la acera, o circulaban a toda velocidad sin mirar si había algo en su camino y seguían andando los brazos colgando junto al cuerpo con el puño cerrado, como si estuvieran listos para usarlos. Y yo acababa de llegar de un lugar donde los tíos se dejan barba y andan en pantalón corto, siempre sonreían como si escucharan una melodía secreta que sonaba en su cabeza y se tomaban el café mientras conducían sus bicis por la avenida Bedford. Todo lo contrario.

Y me di cuenta de otra cosa: todo el mundo era blanco. Algunos eran rubios con los ojos azules, otros tenían el pelo castaño y los ojos color avellana y los había también algo más oscuros, armenios o judíos, pero blancos en todo caso. Las obras, por su parte, estaban llenas de orientales, hombres de Asia Central bajos y delgados; las mujeres de Asia Central, con sus chaquetas naranjas, eran las que limpiaban los patios.

Antes de regresar a casa me metí en una vieja tienda de comestibles que había en la esquina de Bolshaya Lubianka con el bulevar. Olía mal, y a las dos mujeres que había tras el mostrador parecía contrariarles que entrara un cliente. La cerveza ocupaba la mayor parte del espacio, pero también tenían alimentos frescos —de ahí debía proceder el olor— y, lo más importante, tenían lo que yo buscaba: *sushki*. Unos panecillos en forma de aro, crujientes, ligeramente dulces. Como eran un poco dulces podían tomarse con el té, pero no eran demasiado dulces para tomarlos con cerveza. Así que compré dos paquetes, uno con semillas de amapola y otro sin ellas. A diferencia

del resto de las cosas, seguían siendo baratos.

Cuando llegué a casa mi abuela estaba sentada en la cocina con cuatro listines telefónicos abiertos sobre la mesa. No me oyó llegar, y yo vi que estaba leyendo uno de ellos, despacio, repitiendo «Alla Aaronovna» como para sí, buscando el nombre.

—Andriush —me dijo cuando al fin me vio—. ¿Has dejado tú esta nota?

Asentí.

—No encuentro a ninguna Alla Aaronovna por ninguna parte. ¿Estás seguro de que era ella?

Estaba seguro. Pero tendría que haberle preguntado el número. Aunque me dio la impresión, por su tono, de que mi abuela tendría que saber perfectamente quién era.

Mi abuela miró sus listines de teléfono con expresión de impotencia.

—Andriushenka —me dijo, dándome uno de los listines como si fuese una ofrenda—. ¿Te importa mirar a ver si está aquí?

Me senté a la mesa con ella y comencé a repasar los libros. Estaban escritos con su caligrafía grande y redonda. Muchos nombres y números estaban tachados. Pregunté por algunos de ellos. «Murió.» «Emigraron.» «No lo sé.» Dejé de preguntar. De Alla Aaronovna sólo teníamos el nombre y el patronímico, y no el apellido. Así que tuve que repasar todos los listines enteros. Había dos Allas tachadas, pero ambas habían muerto (estaban las fechas) y ninguna era una Aaronovna.

—¿Estás seguro de que se llamaba así?

Cada vez estaba menos seguro, pero aun así lo estaba. Lo había escrito enseguida.

Mi abuela seguía mirando sus listines. Al final, dijo:

—Hay una Ella Petrovna. Quizá era ella.

—No era ella.

—Voy a llamarla. Quizá lo era.

Marcó el número. La persona que respondió no era ni Ella Petrovna ni Alla Aaronovna. Mi abuela pidió disculpas. Luego, con mucho cuidado, como hace quien trata con los muertos, tachó el nombre y el número de teléfono del listín.

—Ya ves —dijo mi abuela—. Todos mis amigos han muerto. Todos los que tenía cerca han muerto. No me queda nadie.

—Estoy seguro de que volverá a llamar —dije, intentando darle esperanzas.

Pero no llamó.

Cuando terminamos saqué mi libreta de la bolsa y contrasté la lista de medicinas que me había mandado Dima con las que había en la repisa. El frasco vacío resultó ser un suplemento de vitamina D. El de pastillas para la demencia senil estaba medio lleno. Así que no se trataba de la medicina. Se trataba de ella.

Abrí la bolsa de *sushki* con semillas de amapola y, allí sentado en la cocina, me la comí entera.

* * *

A la semana siguiente no perdí de vista a mi abuela. La acompañaba a hacer recados y me quedaba con ella mientras cocinaba. Cuando echaba la siesta de media mañana yo me escapaba a trabajar a la KGB y regresaba después. Me estaba costando mucho superar el desfase horario y

por la tarde me entraba mucho sueño, pero hacía todo lo posible por ir con ella a dar un paseo. Por la noche cenábamos, casi siempre mucho té con dulces, y veíamos las noticias.

Para tener ochenta y nueve años mi abuela estaba, físicamente, muy bien. Tío Lev y ella habían estado muchos años dando largos paseos por el bosque que tenía el acelerador de partículas, en Dubná, y haciendo senderismo por las montañas de la URSS. Eran actividades que estaban muy de moda en la comunidad científica, y él además tenía que viajar por todo lo largo y ancho del imperio, para comprobar si había petróleo bajo el suelo. Mi abuela todavía daba sus paseos por el apartamento: iba y venía de una punta a otra, como si estuviera prisionera. Pero le fallaba la cabeza. Después de intercambiar algunos correos con Dima y de pasar unas cuantas horas navegando por WebMD, llegué a la conclusión de que tenía una demencia senil estándar. Unas semanas después Dima consiguió una cita con un neurólogo, que lo confirmó. Tenía las hendiduras cerebrales destrozadas. Su personalidad estaba desapareciendo poco a poco. Pero durante todo ese tiempo el corazón le seguía funcionando como un motor diminuto y perfecto. Su cuerpo sobrevivía a su mente.

Sus días transcurrían con arreglo a un régimen perfectamente diseñado. Se despertaba todas las mañanas a las siete, rallaba una manzana (para la digestión), se tomaba las medicinas, hacía su cama y se vestía. Como todos los soviéticos, había pasado la vida dentro de un espacio limitado y seguía quitando las sábanas diariamente y colocándolas en unos cajones que tenía debajo de la cama, con lo que esta quedaba convertida en algo más parecido a un sofá. Seguía cuidando su aspecto físico, y rotaba dos pares de pantalones con pinzas en color verde claro, de estilo militar, y varias camisas en tonos pastel. Tenía un sombrero de algodón azul que se ponía para protegerse del sol. Esos toques femeninos eran los que le habían impedido sentirse sola mucho tiempo atrás, en los años de posguerra, cuando la mayor parte de los hombres no regresaban y los que volvían tenían muchachas de sobra para elegir. Era una situación un poco dura para que una mujer encontrase pareja, pero aun así mi abuela lo había hecho muy bien.

Seguía haciendo su compra para la casa, yendo de tiendas (o al «mercado», lo llamaba ella, que consistía en seis puestos de plástico en medio de un solar vacío) dentro de un radio de dos manzanas. La mayor parte del vecindario había sucumbido a la gentrificación radical, con restaurantes y tiendas de ropa y bancos que habían desalojado a las deprimentes tiendas de comestibles de la era soviética. Pero habían quedado algunas, y ella las recorría todas, de una en una. Los huevos eran más baratos aquí; el queso, allí; una ensalada de remolacha con demasiada mayonesa que a ella le encantaba, en la de más allá. Para conseguir artículos especiales teníamos que abrir un poco el cerco. «¿Quieres pollo para comer?», preguntó una mañana mi abuela. Le dije que sí. Así que tuvimos que caminar diez minutos por Sretenka, hasta la boca de metro de Sújarevskaya, porque allí había un puesto de pollos asados que regentaban unos azeríes. Mi abuela pidió medio pollo, y ellos se lo pusieron en una bolsa de papel.

El recorrido de los puestos de comestibles no siempre se daba bien. Una vez pillé, o creí haber pillado, a una de las vendedoras intentando engañar a mi abuela con el cambio. Le daba ochenta rublos de menos. Además, la mayoría de esos puestos eran de estilo soviético, es decir, uno tenía que pedir lo que quería desde el otro lado del mostrador y luego pagar en caja, volver con el tique y recoger la mercancía. Pero como mi abuela iba de puesto en puesto buscando el mejor precio, y como lo hacía todo muy despacio, la tarea nos llevaba mucho, mucho más tiempo de lo normal. Al final tenía que ayudarla a subir las escaleras hasta la segunda planta, pero que fuera capaz de hacer tantas cosas sola era un triunfo.

Aparte de Emma Abramovna, que seguía instalada en su envidiable dacha, mi abuela no tenía amigos. Me lo había dicho una y otra vez: había perdido el contacto con ellos, se habían ido a vivir con sus hijos a Israel o habían muerto. En un patio que había cerca de nuestra casa se sentaban normalmente unas cuantas ancianas unos cuantos años más jóvenes que ella, y mucho más recias, más gruesas y más ordinarias, vestidas con ropa deportiva barata, mientras mi abuela seguía vistiéndose con ropa de oficinista barata. Cuando pregunté a mi abuela por ellas, en un intento de sacar el tema de una posible relación de amistad, tiró de mí (justo pasábamos por donde estaban las mujeres) y me dijo de modo que ellas no lo oyeran: «Antes me sentaba con ellas, pero ya no. Son antisemitas». Así que lo de acompañar a mi abuela quedaba enteramente en mis manos.

Las noches eran muy tranquilas: veíamos las noticias y jugábamos a los anagramas: se escoge una palabra larga de un libro, se escribe en una hoja de papel y se intenta formar con sus letras el número máximo de palabras distintas. Uno consigue un punto por cada palabra de cuatro letras, dos por una de cinco, y así sucesivamente. A mi abuela le encantaba el juego y no tenía piedad: solía ganarme por sesenta a ocho puntos. Eso estaba bien. Pero antes de llegar a los anagramas y a las noticias de la noche teníamos que sobrevivir a la última hora de la tarde, la hora bruja. Era el momento que a mi abuela más le costaba llenar. Ya no podía leer durante mucho rato seguido, como había hecho siempre: sentarse en una silla y mirar hacia abajo hacía que le dolieran la espalda y el cuello, y tumbarse en la cama y sujetar el libro en alto le cansaba mucho. Había llegado a arrancar capítulos enteros de los libros para que le fuese más sencillo sostener las hojas cerca de los ojos estando tumbada en la cama, pero su memoria era ya tan mala que le costaba mucho disfrutar de cualquier cosa, fuese lo larga que fuese. Durante esas primeras semanas la vi leer el mismo cuento de Chéjov —que había arrancado de una edición en rústica de sus obras completas— una y otra vez. Aparte de leer no había muchas cosas que mi abuela pudiera hacer dentro de la casa para entretenerse. Había vivido una vida difícil, y no había aprendido nunca a manejar el ocio. Siempre tenía demasiadas cosas que hacer. Y ahora que ya no, aquellas tardes tan largas se aburría y se desesperaba si no tenía algún sitio adonde ir. Pero ir a algún sitio no era fácil.

Moscú era enorme. Siempre había sido enorme. Stalin había ensanchado las avenidas hasta tal punto que uno tenía que cruzar de una acera a otra por un paso subterráneo. Mi pobre abuela tenía que bajar un tramo de escaleras, cruzar el pasadizo y volver a subir otro tramo igual, sólo para cruzar la calle. Si quería volver al punto de partida tenía que repetir lo mismo.

El metro de Moscú, también construido por Stalin, tenía una justa fama. En el centro de la ciudad las estaciones eran sublimes, revestidas de mármol y decoradas con coloridos mosaicos que representaban los heroicos logros de la clase trabajadora. Algunos seguían exhibiendo estatuas gigantescas de Lenin o Marx o de los soldados del Ejército Rojo combatiendo contra los nazis. Las estaciones estaban impecables, e incluso en los últimos días de agosto, tan calurosos, siempre estaban frescas. Los trenes llegaban con rapidez y puntualidad, y el reloj digital de la entrada al túnel de cada estación indicaba con precisión de segundos el tiempo que había pasado desde que se fue el tren anterior. Cuando el cronómetro llegaba a los dos minutos y treinta segundos, normalmente ya había llegado el siguiente tren.

Yendo en metro con mi abuela me daba cuenta enseguida de los defectos de sus instalaciones: estaba increíblemente abarrotado de gente, porque todas las líneas excepto una eran radiales. Es decir, salían del centro del círculo que era Moscú e iban en dirección a las afueras, y la única forma de hacer transbordo de una línea a otra era pasando por el centro. Eso significaba que todos

los viajeros acababan en alguna de las estaciones que había cerca del Kremlin, que era donde vivíamos nosotros. Cada vez que subíamos a un vagón, estaba atestado. Y atestado ahí significaba algo muy distinto de lo que significaba en Nueva York. En Nueva York, en hora punta, los vagones de metro podían ir tan llenos que la gente no podía subir y tenía que esperar al siguiente tren. En Moscú, cuando esto pasaba, la gente subía de todos modos.

Los trenes estaban bien, pero a diferencia de los andenes, en ellos hacía calor y el ambiente estaba cargado, lleno del olor de un centenar de hombres rusos. Y por último, y lo peor de todo, no había bastantes paradas. Daba igual adónde llegases: siempre tenías que andar un tramo.

Intentamos ir hacia el parque Sokolniki, que estaba a pocas estaciones de metro, mientras hiciera buen tiempo. Pero el trayecto en metro y la caminata hasta el parque dejaron a mi abuela fuera de combate. El balanceo de los trenes rápidos la mareaba. Los meneos y los empujones le molestaban mucho.

—Vámonos a casa —dijo en cuanto salimos del metro.

—Pero si acabamos de llegar —dije yo—. Vamos al menos hasta el parque.

—¡Te he dicho que nos vamos a casa!

Me detuve. Ella iba agarrada a mi brazo y se detuvo también. Estábamos a la salida del metro Sokolniki, y la gente salía y entraba por las pesadas puertas batientes. Mi abuela era muy menuda. Se había puesto su sombrero azul claro para protegerse del sol durante nuestra excursión, y sus pantalones veraniegos verde claro.

—Como quieras —dije yo, aunque me daba mucha pena irme.

—Muy bien —respondió mi pobre abuela, y aunque estaba cansada dijo—: Vamos hasta el parque y luego damos la vuelta.

Caminamos hasta el parque y, dentro, nos sentamos un rato en un banco. Luego regresamos a casa. Ninguno de nosotros disfrutó mucho de la excursión. Yo sabía que era el culpable de no haber ofrecido una opción mejor, pero no se me ocurrió nada.

Mi abuela había sido muy aficionada al cine. Los fines de semana cogía el tren desde Dubná para ver lo que pusieran en la Casa del Cine, cerca de Mayakovskaya. Un hombre con el que salió antes de conocer a Tío Lev le daba localidades muy difíciles de conseguir, y a ella le gustaba quejarse a quien quisiera escuchar de que las películas de la Casa de la Cultura de Dubná llegaban siempre con seis meses de retraso como mínimo. Me iba contando que ya no soportaba el cine. «No es más que *pah-pah-pah-pah-pah*», decía haciendo como que disparaba una pistola. «No puedo verlo.» Todas las semanas seguía comprando por costumbre un periódico en el que se anunciaban todos los espectáculos. Lo compraba en un puesto que había cerca de los azeríes de los pollos. Una mañana me lo dio.

—Andriush —dijo—. Mira a ver si encuentras algo que podamos ir a ver.

Había marcado la sección de cine con cruces y círculos y rayas, pero a mí me dio la impresión de que lo había hecho a voleo. El problema era que yo no tenía más idea que ella. Me llevé el periódico a El Molinillo para ver si averiguaba, en internet, de qué trataban las películas que había señalado, porque la mayoría eran americanas o inglesas y yo no reconocía los títulos traducidos al ruso. Una vez que lo logré, me di cuenta de cuál era el problema: casi todas las películas extranjeras que estaban poniendo en Moscú (y desde el hundimiento de la industria cinematográfica rusa, a principios de los noventa, casi todas las películas que ponían en Moscú eran extranjeras), eran una mierda. Estaba *Kung Fu Panda*, *La momia: la tumba del Emperador Dragón* y *Madagascar*, *Escape 2 África*. No quiero ofender a nadie, pero la mayoría eran de

dibujos animados. Y el resto eran *pah-pah-pah-pah-pah*, como había dicho mi abuela. Al final, intentando evitar aquel *pah-pah-pah-pah-pah* encontré una película danesa muy artística que se exhibía, desde lo que —por su página web— parecía una sala experimental no muy lejos de nuestra casa. La dirección de la sala era avenida del Ejército Rojo, 24, y yo, ingenuo de mí, pensé que estaba en la avenida del Ejército Rojo. Pero resultó que estaba en un patio de manzana junto a la avenida del Ejército Rojo. Mientras lo buscábamos empezó a llover. Mi abuela empezó a rogarme que lo dejáramos, pero yo insistí en que lo encontraríamos, la dejé bajo una marquesina y corrí de un lado a otro durante cinco minutos hasta que di con ello. Regresé a recoger a mi abuela, muy cansada y algo mojada, y la arrastré hasta el teatro. Dentro había varias docenas de jóvenes hípsters moscovitas con Converse. ¡Gente como yo! Seguro que pensaban que yo molaba, por llevar a mi abuela. Pero no. La mandaron callar un par de veces porque me preguntó qué estaba pasando en la película. Los hípsters parecían contrariados cuando tuvimos que pasar por donde ellos estaban para que mi abuela fuese al baño. Al final de la película me preguntó qué me había parecido y yo creo que me encogí de hombros, porque no quería entrar en materia. Entonces ella dijo en voz muy alta: «¡Era aburridísima!», y unos cuantos hípsters nos lanzaron miradas de pocos amigos. Pero mi abuela tenía razón. La película era aburrida. Después de eso, dejé un poco aparcada la actividad de ir al cine.

El problema de mi abuela no era que no pudiera hacer frente a las tareas que aún le imponía la vida: podía hacerlo. El problema de mi abuela era la soledad.

—La cuestión es que todos mis amigos han muerto —me decía cuando íbamos paseando, o cuando estábamos comiendo, o desayunando—. Todas las personas que tenía cerca han muerto. Boria Kraisenstern ha muerto. Liubima Gershkovich ha muerto. Rosa Pipkin ha muerto. Mira —dijo cogiendo uno de los listines telefónicos—: esto ya no es más que una lista de muertos. Sólo eso. Muertos, muertos, muertos.

Yo intentaba contradecirle (¿Y Dima? ¿Y yo?) pero en términos generales lo que decía era cierto. La única amiga que le quedaba era Emma Abramovna, con la que hablaba por teléfono bastante a menudo, pero como la dacha de Emma Abramovna no tenía teléfono fijo, sus conversaciones eran básicamente monólogos de mi abuela diciendo: «¿Qué? ¡No te entiendo!». Tenían esa conversación varias veces al día. De vez en cuando mi abuela sacaba el tema de la dacha. «¿Qué tal en Peredélkino? ¿Se está bien allí?». Y si la respuesta era afirmativa la de mi abuela era: «Aquí es horrible lo pesado que está el ambiente. No se puede ni respirar».

Incapaz de ir hasta el parque y preocupado por tener que ver otra película aburrida, tuve que entretener a mi abuela con algún paseo por la pequeña zona peatonal que habían dejado entre los carriles del bulevar destinados a los coches. Nuestro tramo de zona peatonal iba desde la estatua de la viuda de Lenin, Nadezhda Krúpskaya, hasta el aterrador edificio de RussOil, al otro lado de Estanques Limpios. Caminábamos de un lado a otro, discutiendo. Mi abuela se quejaba de que estaba descuidada y abandonada, de que Dima no la quería y de que yo no me quedaría mucho tiempo. Yo le decía que no estaba abandonada, que Dima estaba ocupado y que yo me quedaría el tiempo que fuese necesario. Pensaba que era importante corregirla en aquellos puntos en los que ella se equivocaba, incluso insistir en otros en los que tenía razón, sólo para que las hendiduras de su cerebro siguieran trabajando. Esto resultaba frustrante en ocasiones porque parecía que no me creía; otras, porque yo mentía.

De vez en cuando intentaba que ejercitara la memoria recurriendo a la historia soviética: el estalinismo, las purgas, la guerra, la distensión. Pero nunca conseguí nada. No lo recordaba, y no

parecía tener el menor interés en hacerlo. Alguien más interesado por llegar a la verdad podía haberla hecho recordar, tanto si quería como si no. No lo sé. Pero yo era incapaz.

Lo único que conseguía durante nuestros paseos era que recordase quién era yo. Y yo disfrutaba mucho.

—¿Recuerdas quién soy? —preguntaba yo.

—Eres Andriusha.

—Pero ¿recuerdas por qué nos conocemos?

—¿Cómo nos conocemos...?

—¿Recuerdas a tu hija?

Ahí siempre hacía una pausa.

—¿Mi hijita? ¿Mi Yelochka?

—Sí.

—Murió.

—Sí.

—¿Y tú?

—Yo soy su hijo.

—Tú eres su hijo.

Casi podía ver cómo su mente volvía atrás, a la dacha de Sheremétevo, cuando yo era un crío y corría por el patio. Mi padre venía los fines de semana y me enseñaba a montar en bicicleta. Luego ella me miraba a mí, ya adulto.

—¿Andriusha?

—Sí.

Y entonces seguíamos caminando y yo intentaba no llorar.

4

BUSCO DÓNDE JUGAR AL HOCKEY

Algunas veces pensaba que uno tiene que ser un idiota integral para convertirse en el tipo de académico especialista que les gustaba a los comités de selección. Tenías que ser un poco torpe. Tenías que poner coto a todas las cosas del mundo y de la vida y centrarte en una sola. Pero ¿cómo podría elegir si no sabía cuáles eran todas esas cosas? Iba dando vueltas a esta idea un día, de camino a El Molinillo. No era el único momento del día que podía dedicar a meditar, pero era el de máxima concentración. Siempre pasaba junto a la tiendecita de comestibles donde compraba mis *sushki*; luego salía a la Bolshaya Lubianka, con su aire inquietante, desierta. Lo único que podía hacer era pensar.

Si me fijaba en mis compañeros de facultad, los que habían terminado los estudios al mismo tiempo que yo, ¿qué diferencia había entre ellos y yo? No es que ellos fueran tontos: al contrario, la mayoría eran listos, algunos un poco más listos que yo. Pero no era eso lo que nos diferenciaba. Nos diferenciaba su capacidad de apegarse a una cosa. Los que más éxito habían tenido eran los que actuaban como un pitbull: habían conseguido hundir los dientes en un tema y no lo iban a soltar hasta que alguien les disparase o hasta que se hicieran con la presa.

Para frustración de mi consejero, yo no estaba haciendo eso.

—Vamos a imaginar que yo soy un comité de selección —me dijo una vez—. ¿Cuál es tu gancho para convencerme?

—Mi gancho es que me encanta todo esto. Me encanta la historia de Rusia y su literatura, y me encanta hablar de ello a la gente.

—Muy bien. Pero la universidad también es un lugar para la investigación. ¿Cuál es tu especialidad?

Ya había pasado por esto antes. Con él.

—La modernidad —respondí, sabiendo que aquello no iba a gustarle—. Soy especialista en la modernidad.

Mi consejero, que había sido jugador de baloncesto en Iowa y medía un metro noventa, me imitó con voz de niña: «Soy especialista en la modernidad». «Estudio la forma en que la modernidad afecta a la mentalidad rusa.»

Lo dejé terminar.

—¡Soy especialista en mi propio culo! —gritó mi consejero—. ¡Con eso no llegué yo a este puesto!

—¿Y qué tiene de malo la modernidad?

—¡Que abarca tres siglos! Eso no es especializarse. Especializarse es estudiar tres años, no tres siglos. O mejor aún, tres meses. Tres días. Si fueses especialista en algo así como «Del martes al jueves de la primera semana de febrero de 1904», pero también tuvieras un dominio absoluto de la era moderna en Rusia... entonces yo podría conseguirte un puesto donde quisieras.

No dije nada.

—Te lo voy a explicar. Mira los escritores que has estudiado.

Estábamos en la diminuta oficina de mi consejero y entre él y yo, sobre la mesa, había dos hojas impresas de mi CV. A pesar de que su forma de aconsejar no era muy ortodoxa, era un buen tipo. Dijo que se había puesto en serio con sus estudios de Rusia cuando se dio cuenta de que no iba a llegar a la NBA. («Me llevó mucho tiempo darme cuenta de eso, porque soy un poco lerdo.») Era un excelente profesor, verdaderamente inspirado, pero su carrera académica no había sido un camino de rosas. Y quería que yo evitara sus errores.

—¿Quién es Patrushkin? —me preguntó entonces, mirando la descripción de mi ensayo.

Grigori Patrushkin era un poeta de principios del siglo XIX. Lo cierto era que no había escrito muchos poemas, y que los que escribió no eran muy buenos, pero yo buscaba a alguien de esa etapa que no fuese Pushkin. Aunque Patrushkin conoció a Pushkin.

—Patrushkin era un amigo de Pushkin —dije.

—¿Un amigo?

—Bueno, que lo conocía.

—¿Significa eso que puedes dar clases sobre Pushkin?

—No lo sé.

—¡Pues sobre Patrushkin no hay ningún curso!

—No quería escribir sobre los sospechosos habituales. Pensé que...

Perdí el hilo.

—Mira —dijo mi consejero—. ¿Tú te crees que alguien quiere estudiar la arquitectura de las primitivas cabañas rusas?

En un inteligente movimiento de su carrera académica mi consejero había desarrollado una teoría sobre las cabañas medievales rusas: no tenían chimenea —los campesinos rusos habían descubierto la chimenea unos doscientos años después que los europeos— y eso les provocó un daño cerebral que explica por qué no desarrollaron algunas de las estrategias de explotación agrícola que en la Europa de los albores de la modernidad aumentaron radicalmente las cosechas y contribuyeron a que surgiera el Renacimiento.

—¿Tengo yo pinta de querer convertirme en uno de esos que salen con el monotema de turno para explicar el retraso de Rusia? No, tío. Yo quería ser Isaiah Berlin.

—Yo sé que no soy Isaiah Berlin.

—Ya lo sé. Muy bien. Es un decir. Yo sé que te encanta la enseñanza. Y eso es estupendo. Pero para enseñar, necesitas un trabajo de profesor, ¿verdad? Y ahora mismo, en este punto en que estamos, eso supone que tienes que encontrar un tema que llame la atención de un comité de selección.

Fue en julio cuando le conté que estaba muy contento, que me iba a Rusia.

—¡Fantástico! —dijo—. Así estarás sobre el terreno. Seguro que encuentras algo nuevo y original. O algo viejo.

Fue él quien me sugirió que entrevistase a mi abuela.

—Seguro que te cuenta muchas anécdotas de la URSS. Puedes fundirlas y contar una nueva historia de la modernidad. Esa mierda es oro puro, amigo. A la gente le chifla.

—¿Y a los comités de selección les chifla?

—Sí. ¿A quién crees que me refería con lo de «gente»?

Pero aquello quedaba descartado. Si no podía utilizar las anécdotas de mi abuela, porque ya no las recordaba, tendría que pensar en otra cosa. No tenía ni idea de qué, la verdad. Había gente como Alex Fishman, por ejemplo, que había montado su carrera poniendo un nuevo envoltorio a la dictadura rusa: «Primero el Gulag, luego internet». Y las instituciones que concedían las becas se extasiaron. Ahora estaba escribiendo una historia *online* del Gulag. A la gente le encantaba leer sobre el Gulag soviético, porque les hacía sentirse mejor en los Estados Unidos.

Naturalmente, no es que Rusia fuese, en el momento de mi llegada, una democracia floreciente. Pero era complicado: en Brooklyn, a través de internet, y ahora en la cocina de mi abuela, con el Eco de Moscú en la radio, siempre oía lo mismo. Rusia era un lugar peligroso y Putin se había convertido en un tirano sanguinario. Claro que sí, ambas cosas eran ciertas. Pero yo casi esperaba que me arrestaran al poner un pie en el aeropuerto, o que me robaran en el tren. Y por lo único que podían arrestarme era por pedir demasiados capuchinos en El Molinillo y no tener dinero en efectivo para pagarlos, porque no aceptaban tarjeta. Y el único robo que constaté fue el precio de los cruasanes en Sretenka.

El país se había hecho rico. No todo el mundo era rico: mi abuela no lo era. De hecho, hablando de robar, a ella le habían robado algunas cosas. Pero en términos generales había mucha gente, sobre todo en Moscú, que estaba en buena situación económica. Bien mirado, era complicado entender cómo encajaba toda esa cháchara del dictador sanguinario con la gente vestida con ropa cara que iba por ahí conduciendo un Audi o hablando por el teléfono móvil. ¿Era eso una ingenuidad? ¿Acaso no conducían coches chulos en Arabia Saudí? ¿No hablaban por teléfonos móviles, y sin embargo decapitaban a los disidentes? Sí. Tal vez. No sé. Yo nunca había estado en Arabia Saudí. Para mí —y creo que no sólo para mí— la opresión soviética y la pobreza soviética siempre habían sido conceptos que estaban unidos de modo indisoluble.

Y no todos estaban contentos con el nuevo panorama. Los liberales del Eco se quejaban de censura en la prensa y de marginalización de los políticos de la oposición. A veces organizaban protestas para expresar su malestar con el régimen. Y había también, ocasionalmente, protestas centradas en un tema concreto. Por ejemplo, la construcción de un centro comercial en la plaza Pushkin. La mayoría de estas manifestaciones se toleraban, pero algunas veces las dispersaban con violencia: mi abuela, al parecer, había visto alguna de esas actuaciones violentas, porque cada vez que pasábamos junto a un grupo de gente muy nutrido —tanto si esa gente estaba haciendo cola para algo o viendo actuar a un artista callejero—, y especialmente si había policías cerca, ella decía siempre: «Vámonos de aquí: es una protesta, y la policía es muy dura con los manifestantes», y tiraba de mí para que fuésemos en dirección contraria. A pesar de todo, le seguían interesando las noticias y cada vez que me veía en la cocina, oyendo la radio o leyendo el *Kommersant* o el *Moscow Times*, empezaba a hacer preguntas.

—¿Qué dicen?

—¿De qué?

—Pues de la situación. ¿Cuál es la situación?

¿Cuál era la situación? ¡Qué iba yo a decirle! Una especie de autoritarismo moderno. O de

modernización autoritaria. O algo así. Yo intentaba ponerla al día de los últimos acontecimientos, y ella asentía con expresión animosa.

Entretanto, dieron comienzo los cursos de otoño del PMOOC. Yo estaba a cargo de cuatro de esos cursos *online*, de las clases que impartía Jeff Wilson sobre clásicos de la literatura rusa. Esa clase estaba bien. Jeff era un tipo de cuarenta y tantos años, y enseñaba una especie de versión de los clásicos revisitada según las reglas del momento. Decía cosas como «Vronski era un *bro* vestido de hípster» o «Tolstói era algo así como el Kanye de la literatura rusa: siempre estaba haciendo declaraciones públicas un poco incómodas, y lo obligaban a pedir disculpas por ello». La idea era hacer que los libros llamaran la atención de los lectores más jóvenes. A mí no me importaba, aunque como había hecho de asistente de Jeff bastantes veces en la escuela de posgrado, sabía que también comparaba con Kanye a Pushkin, Gógol y Dostoyevski. Hasta tal punto que yo me preguntaba si conocería a otras figuras de la cultura popular estadounidense. («Pushkin era más bien el Tupac de la literatura rusa... ¿no te parece?», soltó mi consejero en una ocasión, cuando me quejé de Wilson a él.)

El curso empezaba a principios de septiembre, así que podría seguir las clases de Jeff desde El Molinillo, frente al FSB, echar un vistazo al libro elegido para refrescarme la memoria y luego acceder a los distintos blogs en los que los estudiantes escribían sus reacciones ante los textos y luego comentaban esas reacciones y después comentaban los comentarios. Y así hasta el infinito.

Durante los años que pasé en la escuela de posgrado di clase a todo tipo de gente. Di clase a los novatos de primero en su primer semestre, cuando todos tenían aún pinta de críos, con el bigotillo irritado por los primeros afeitados. Creían que Tolstói, o mejor Dostoyevski, estaban intentando comunicarse directamente con ellos y ellos respondían en consonancia (normalmente, sin leer la obra). Di clase a cínicos veteranos que aprendían a manipular el limitado sistema de creencias de los estudios literarios contemporáneos para sacar buenas notas. Ellos sabían que Tolstói no era más que el nombre que dábamos a una máquina que antaño había escrito una serie de signos sobre un papel. Era ridículo intentar asignar algún tipo de intención o de coherencia a esa máquina. Los veteranos entraban y salían de clase sin más, riéndose de mí. Al final de curso se iban todos a trabajar en un fondo de inversión y yo experimentaba una especie de fracaso personal porque dejaban la literatura. Aunque había algo peor: que siguieran. Los estudiantes del PMOOC, sin embargo, eran completamente distintos: una mezcla volátil de jóvenes y viejos, de autodidactas y personas excesivamente formadas. Y me escribían una cantidad ingente de correos electrónicos.

El primer libro que leímos ese semestre fue *Los cosacos*. Es una de las primeras novelas de Tolstói, y trata sobre un joven oficial de Moscú echado a perder al que envían a hacer el servicio militar a una ciudad de cosacos, en la frontera sur de Rusia. En su pueblo tenía un montón de deudas de juego y una reputación nefasta, pero en la ciudad de los cosacos comienza de cero y se enamora de la forma de vida sencilla de los lugareños, vinculada a la tierra. Se enamora también de una muchacha cosaca, hermosa y de huesos fuertes, llamada Dunia: aunque está comprometida para casarse con su amor de juventud, el oficial perdido la convence para que rompa el compromiso. Ella se muestra escéptica, aunque sabe que hace mal rechazando a un moscovita adinerado. Entonces, cuando están a punto de hacer pública su decisión, hay una revuelta en la ciudad y el prometido de Dunia resulta muerto. Dunia acusa injustamente al joven oficial de haber causado la muerte de su novio. Incapaz de defenderse de estas acusaciones, el oficial empaqueta sus pertenencias y regresa a Moscú. Fin.

A los alumnos no les gustó el libro, sobre todo porque no les gustó el oficial. «¿Por qué tenemos que leer un libro que trata de un capullo?», preguntaron. Tras leer siete u ocho respuestas en esa línea, escribí una apasionada defensa de *Los cosacos*. Los libros no tenían que tener siempre protagonistas que nos gustaran, héroes que superaban las dificultades, les dije. Algunos de los libros más grandes de la literatura universal tratan sobre capullos. Escribí la respuesta, la colgué y esperé. El programa de *blogging* que utilizábamos permitía poner «Me gusta» en las entradas, como si fuera Facebook. Tras comprobar que mi sentido comentario sólo había recibido un «Me gusta» me pasé una hora en El Molinillo intentando averiguar cómo podía desactivar esa función. Y lo hice.

Al final de mis sesiones de trabajo en El Molinillo miraba siempre la página de ofertas de trabajo en estudios eslavos. Era de esperar que a principios de septiembre no estuviera muy activa. Luego me entregaba al turbio quehacer de mirar Facebook. Sarah no se había molestado en borrarne de su lista de amigos después de romper conmigo, y hubiera sido muy grosero por mi parte hacerlo yo. Así que cada vez que entraba veía sus fotos, sola, cada vez más guapa, en una playa el Día del Trabajo, en un campus universitario que desde luego no era el nuestro... Su estado seguía siendo «Soltera», y en todas las fotos salía sola, en alguna con su amiga Ellen, quizá... pero no me parecían fotos que le hubiera hecho Ellen. Sarah iba a empezar su tercer año en el departamento de Inglés, y había dicho que todos los tíos del departamento eran ridículos, pero igual había encontrado uno que no lo era. O quizá estaba saliendo con un chico de Antro. Intenté no darle muchas vueltas y volví a estudiar los perfiles de los idiotas de mis excompañeros de clase. ¡Un programa terminado! ¡Un manuscrito aceptado! ¡Un artículo de *Slavic Review* con su revisión de pares! ¡Ah, cómo los odiaba a todos! Apreté los dientes y puse un «Me gusta» en todas las entradas, sin excepción.

* * *

Trataba de ser útil en casa pero eso también resultó más difícil de lo esperado, igual que el resto. El piso era tan viejo —con el paso de los años lo habían ido ajustando con mucho ingenio, sí, pero sólo para salir del paso— que cualquiera que no tuviera un buen conocimiento de la situación se vería perdido. Yo había vivido en un edificio antiguo en Brooklyn, por lo menos tan viejo como el de mi abuela, pero era un edificio construido para durar: cuando se estropeaba algo llamábamos al portero, Elvis, que aunque se tomaba su tiempo al final iba y más o menos arreglaba lo que estuviera roto. Y si le dabas veinte dólares por Navidad, después tardaba menos en ir. En Moscú a nadie se le hubiera ocurrido contratar a un tipo como manitas fijo. El dueño de la vivienda era además el manitas de la casa. Excepto yo, según parecía.

Una mañana, al levantarme, me encontré a mi abuela sentada en la cocina con cara de preocupación.

—Ay, Andriush, estás levantado —dijo—. Tenemos un problema. No hay agua caliente.

—Ah —respondí.

Creo que en el fondo yo esperaba abrir el grifo y que saliera agua caliente, y poder explicar a mi abuela que había confundido los grifos, pero no fue así. Abrí el grifo del agua caliente y lo dejé correr, pero sólo salía agua fría. Mi abuela tenía razón.

Yo sabía que el agua se calentaba con un pequeño calentador que había en un rincón del cuarto de baño. Era como una estufa que tenía un piloto azul pequeño, siempre encendido. Al abrir el

grifo de agua caliente la luz del piloto prendía una gran llama azul que calentaba el agua, imagino, cuando pasaba por el calentador. Fui al baño, convencido de que la luz del piloto estaría apagada. Ya había encontrado la causa de la avería. Pero eso era sólo la mitad de la batalla.

Dima me había dejado el teléfono de su manitas de confianza, Stepan, para que le llamara si se rompía algo. ¿Es que no iba a ser capaz de arreglar aquello yo mismo? Lo intenté: empecé a manipular los botones de la caldera, que no tenían ningún tipo de etiqueta, pero no logré nada. Luego empecé a moverlos mientras sujetaba una cerilla cerca de donde antes estaba el piloto, pero tampoco logré nada. Luego intenté hacer todo eso con el grifo del agua caliente abierto. Después con el del agua fría. Alguno de aquellos intentos requería la participación de mi abuela, que seguía murmurando «Estamos perdidos, estamos perdidos», una y otra vez, mientras abría el grifo del agua caliente, el del agua fría, y los dos a la vez. Aquellos intentos, en sus distintas combinaciones, nos llevaron casi una hora y no conseguimos nada. Al final me di por vencido y llamé a Stepan.

—¿Has probado a girar el mando que hay detrás hacia la izquierda, con el grifo del agua caliente abierto? —fue lo primero que me preguntó.

—Sí.

—De acuerdo. Voy para allá. Pero el tráfico está fatal, así que tardaré un rato y tendré que cobrarte el desplazamiento.

—¿Cuánto?

—Pues en total... mil quinientos.

Eso eran sesenta dólares. Me pareció muchísimo. Pero necesitábamos el agua caliente.

—De acuerdo —dije.

Stepan llegó dos horas después. Era un gigante brusco con un bigote muy poblado. Saludó a mi abuela —se dirigió a ella por su nombre— y luego se metió en el baño. Tardó exactamente dos segundos en lograr que la luz del piloto volviera a encenderse.

—Tienes que mantener el mando pulsado unos segundos —dijo—. Si no, el gas no llega hasta aquí.

Le di los rublos, que tenía preparados, y él los cogió con aire de profundo pesar, como si aquello no tuviera que haber pasado. Yo intenté animarle un poco.

—La próxima vez que pase ya sé cómo arreglarlo —dije.

—Tendrías que haberlo hecho esta vez —dijo Stepan en tono sombrío, dijo adiós a mi abuela, y se marchó.

* * *

Por lo demás, las cosas en casa iban bien. Me acostumbré a las sábanas rasposas y al café instantáneo (cuando por fin encontré un sitio donde vendían cafeteras de émbolo me di cuenta de que no podía permitirme una) e incluso la ausencia de wifi empezó a parecerme una bendición, porque me mantenía a salvo del blog de los alumnos y de todas esas visitas infructuosas a Facebook que me ponían de muy mal humor. El único problema de verdad era que no conseguía dormir: me seguía despertando a las cinco de la mañana y me quedaba tumbado en la cama, esperando dormirme de nuevo, hasta que me daba por vencido y me levantaba. Luego, al final de la tarde, me caía de sueño; como ese era el momento en que mi abuela más necesitaba mi

compañía trataba de mantenerme despierto, aunque no siempre lo lograba.

El principal motivo era el desfase horario, pero había otro: de repente, había dejado de hacer ejercicio. En Nueva York jugaba al hockey, salía a correr o iba al gimnasio de la universidad prácticamente todos los días de la semana. Y ahora, de repente, había dejado de hacerlo. Intenté salir a correr en alguna ocasión, pero correr por la calle era tristísimo: había tantos coches parados por los atascos de tráfico, echando humo por el tubo de escape... Y utilizar la zona peatonal que había en el bulevar tampoco era solución: era muy incómodo, porque cada ciento cincuenta metros tenía que esperar en una intersección, o darme la vuelta y correr de nuevo por el mismo tramo. En cuanto a los gimnasios, había mirado en unos cuantos a los que podía ir andando desde casa, y ninguno me costaba menos de trescientos dólares al mes. La solución era el hockey. Me había traído todo el equipo hasta aquella meca del hockey, como la había llamado Dima. Pero Dima no me había puesto en contacto con nadie que jugara, como había prometido, y me estaba resultando muy complicado averiguar algo por internet: no había información sobre hockey recreativo, ni siquiera sobre la ubicación de las pistas. Como si fuesen ciudades destinadas a la investigación nuclear: «*Top Secret*».

La peor parte de los trastornos del sueño era que me estaba volviendo irritable, y no me di cuenta hasta que un día oí a mi abuela pasar por delante de la puerta de mi dormitorio arrastrando los pies cuando yo estaba trabajando. Procuraba trabajar en El Molinillo, en la medida de lo posible, pero algunas veces salir de casa suponía responder a un interrogatorio (¿Adónde iba? ¿A un café? Pero si en casa había comida de sobra. Y cuando decía que iba al café a trabajar... ¿A trabajar? ¿Es que te han dado trabajo en un café?). Así que, como experimento, intenté trabajar desde casa. Ahorraría en capuchinos, desde luego. Pero no funcionó. Cuando intentaba trabajar en la cocina, que era la habitación más luminosa de la casa, entraba mi abuela y me ofrecía algo de comer. Entonces me metía en mi habitación y cerraba la puerta, pero ella venía detrás. Llamaba a la puerta, me preguntaba algo —¿A qué hora quería que pusiera la comida? ¿Quería pollo? ¿Me acordaba de su marido, Lev?— y cuando yo respondía olvidaba inmediatamente la respuesta y volvía a los cinco minutos a preguntarme lo mismo.

Esa tarde que ahora rememoro, unas dos semanas después de llegar a Moscú, estaba sentado en mi habitación intentando desbrozar un montón de ejercicios que los alumnos habían colgado en el blog y con los que yo había compuesto un documento de Word en El Molinillo. Oí llegar a mi abuela arrastrando los pies. Esperé a que tocara la puerta, pero pasó de largo. Unos cuarenta y cinco segundos después volvió a pasar por mi puerta, de nuevo sin llamar. No era posible. Esperé a que volviera, y entonces corrí hacia la puerta y la abrí bruscamente. Me la encontré allí, con su bata, con el puño en alto, presta a llamar por fin.

—¿QUÉ PASA? —grité.

Mi abuela me miró con una expresión de horror y sorpresa tal, que me dio mucha pena y lo lamenté de inmediato.

—N-no lo sé —respondió—. No me acuerdo. Lo siento.

—Está bien —dije, intentando tranquilizarla—. Perdóname.

Pero se marchó.

En ese momento decidí que tenía que resolver la cuestión del sueño antes de que se pusiera peor. Tenía que encontrar dónde hacer ejercicio. Si no podía ir a correr ni pagar un gimnasio, tendría que buscar un sitio para jugar al hockey.

Al día siguiente escribí a Dima para preguntarle si había encontrado algo. Respondió

disculpándose, diciendo que había resultado mucho más complicado de lo que pensaba y que lo único que había logrado averiguar era que había una pista en Sokolniki, en el estadio del Spartak. No sabía más, pero igual podía acercarme yo y enterarme... A fin de cuentas, eso haría si estuviera en Estados Unidos. Así que un día me decidí, metí todos los chismes en una de esas bolsas enormes de Ikea que encontré en un armario —antes de salir de Brooklyn y con cierta precipitación, la verdad, había tirado mi bolsa de hockey en parte porque estaba muy vieja y en parte para no tener que pagar exceso de equipaje, y había viajado con todo el equipamiento embutido en la gran maleta roja— y cogí el metro hasta Sokolniki.

Llegué a la pista sin problemas: era en realidad un complejo deportivo, la sede del Spartak, y a diferencia de la mayoría de las construcciones de Moscú no estaba rodeado por una valla de metal muy alta ni por un número absurdo de guardias. Había uno a la entrada, pero al ver los palos me hizo una seña con la cabeza para que entrara. Yo nunca había jugado en una pista profesional: no sé si el Spartak estaba fuera de Moscú o, sencillamente, esa noche no iban a usar la pista y quien estuviera a cargo de ella la alquilaba para sacar algo de dinero extra. Porque eso sólo pasa en Rusia, pensé yo, qué espabilados. Durante unos cinco minutos aquel país me pareció una especie de organización enorme y anárquica que había escapado a la modernidad y a la ordenación: un experimento en evolución continua. Me gustó aquel sitio. Pero esa sensación duró unos cinco minutos.

Estaban jugando un partidillo. El nivel era desigual: unos pocos jugadores excelentes mezclados con una mayoría de mediocres. Resultaba un poco incongruente ver a aquellos jugadores no profesionales, de mediana edad, jugando en una pista de hielo profesional, sentados en banquillos de profesionales, en aquel complejo tan hermoso. Pero era un juego en que yo podría perfectamente tomar parte. Y no había demasiados jugadores: tres en cada banco, de hecho, que es demasiado poco.

En uno de los bancos había un tipo con ropa de calle, que parecía el entrenador. Probablemente no lo era: yo había observado que en Rusia siempre había tipos así por todas partes, sin un objetivo aparente. Sólo porque sí. Pero imaginé que sabía qué se estaba cociendo.

Mientras iba hacia él me di cuenta de que desde mi llegada no había interactuado con nadie, aparte de mi abuela, y no estaba seguro de si en una situación así debía emplear el familiar *ty* o el *vy*, más formal.

—Disculpe —dije al fin, decantándome por la opción formal—. ¿Puedo jugar con ustedes?

El pseudoentrenador, al que me había dirigido tan formalmente, me miró con expresión neutra y me dijo:

—Tienes que preguntar a Zhora.

Y volvió al juego.

—Disculpe —tuve que decir de nuevo, de nuevo muy formalmente—. ¿Dónde está Zhora?

Zhora estaba en el otro banco. Fui hacia allá. El tipo que tenía más cerca era mayor que yo: pasaría de los cuarenta, pero estaba en buena forma. Tenía una cicatriz en la mejilla. Le pregunté (con *vy*) si podía decirme quién era Zhora. Claro que podía. Zhora estaba en la pista. Era un delantero enorme, diestro, que apenas podía tenerse sobre los patines. Sin embargo, a diferencia de la mayor parte de los tipos que no saben patinar, él se alimentaba de una dieta de pases procedentes de sus compañeros de equipo y sus oponentes le dejaban mucho espacio. Imaginé, por todo eso, que aquel Zhora era el que pagaba la pista.

Cuando se acercó al banco, al final de su turno de juego vi que tenía más o menos mi edad y

una piel lisa, como de bebé, ligeramente bronceada. Todo el equipamiento que llevaba era nuevo, recién estrenado, y empuñaba con desgarbo un bastón carísimo.

—Hola, Zhora. Me llamo Andréi —dije rápidamente y, cada vez menos convencido de usar el *vy*, añadí—: Acabo de venir a vivir a Moscú y estoy buscando un sitio donde jugar al hockey. ¿Tienen alguna vacante?

Zhora me miró fijamente. Yo empleaba el *vy* con todo el mundo, como hacen los extranjeros. En lugar de una bolsa de hockey profesional, marca CCM, llevaba una bolsa de Ikea enorme con todas las cosas sobresaliendo. Y llevaba puesto mi polo favorito de manga corta, comprado en un *outlet* de Massachusetts, con la foto de una estación de servicio y el nombre «Hugo» en el pecho. O parecía un jugador de hockey muy entregado o un completo idiota.

Zhora decidió que era lo segundo.

—Estamos completos —dijo.

Eso era una completa mentira.

—¿Siempre? —pregunté—. Quizá hoy estén completos, pero ¿y el próximo día que jueguen?

—¿Dónde has jugado? —preguntó Zhora empleando el familiar *ty*, como si fuera mi jefe.

Ahora yo podía seguir tratándole de *vy*, en señal de deferencia, o cambiar al *ty*, que podía resultar algo agresivo. O evitar expresiones que me obligaran a optar por una u otra forma.

—¿Que dónde he jugado? —pregunté, sin estar muy seguro de haberle entendido.

—Sí —respondió Zhora—. Ese chico, por ejemplo, jugaba en el Spartak.

Señaló al chico con aspecto rudo que me había dicho que hablara con él. Había saltado sobre el vallado cuando Zhora regresó al banco, y ahora estaba en la pista, en posesión del puck. Spartak esquivaba a chavales que tenían la mitad de años que él sin el menor esfuerzo. Era un jugador de una pieza.

Y siendo justos, aquella pregunta era razonable. En el hockey nadie quiere jugadores que van a la rastra, porque perturban el ritmo del juego, por un lado, y porque patinar en una superficie resbaladiza mientras uno sujeta un palo no es sencillo y conlleva un riesgo. Zhora, por ejemplo, era de esos. Así que no me molestó la pregunta, aunque no veía la manera de responderla con sensatez.

—En Boston —dije.

Zhora chasqueó la lengua.

—En Boston, ¿dónde?

—En la escuela —respondí.

En ruso no hay una palabra específica para designar el instituto: se llama «escuela» a todo, desde primer grado hasta décimo. Pero lo más importante, y yo no lo entendí en ese momento, es que en Rusia no hacen deporte en el instituto. Los jóvenes hacen deporte en lo que ellos llaman «escuelas deportivas», que pueden estar afiliadas a algunos de los equipos profesionales más importantes (Red Army o Dinamo o Spartak) o ser independientes. Entrenan a los chicos desde edades muy tempranas, a veces de forma gratuita, animan a los que tienen talento y desaniman al resto. Pero la respuesta que di a Zhora hizo que aquello sonara como si yo hubiera sido una gran figura del hielo ya en el estanque que había detrás del colegio donde estudié primaria.

—Así que en la escuela, ¿eh? —Zhora se volvió a reír—. Nah, no pasa nada. Estamos completos.

Y luego añadió en inglés:

—*Sorry*.

—No pasa nada —dije.

Pero estaba cabreado. Al menos no me había tenido que dirigir a él con el *vy* otra vez. Mientras me alejaba seguí pendiente del juego un poco más. Y lo cierto era que había tres o cuatro jugadores fantásticos, pero el resto eran de mi nivel o peores. Aquellos no habían jugado en el Spartak.

Mis cosas pesaban el doble de camino al metro, y para añadir más humillación a la situación, me pararon dos polis y me pidieron mis «documentos». Esto me pasaba siempre cuando era joven —la policía solía parar a los hombres que no tenían aspecto de esclavos, por si eran inmigrantes ilegales o terroristas chechenos— pero no me había sucedido desde que llegué a Moscú, seguramente porque ya había sobrepasado la edad de ser inmigrante ilegal o terrorista checheno. Mi bolsa, sin embargo, sí debía parecer sospechosa. Les enseñé mi pasaporte y ellos empezaron a practicar su inglés, pero yo les respondía en ruso. Perdieron el interés y me mandaron que siguiera mi camino de muy malos modos (con el *ty*).

¿Qué coño le pasaba a esta gente? En Estados Unidos, al menos en 2008, uno no tenía que estar continuamente enseñando la documentación. ¡Y podía jugar al hockey! Te presentabas en la pista, mirabas el horario, pagabas diez dólares —quizá veinte, si era en Nueva York— y te ponías a jugar. Eso era todo. Se llamaba «hockey abierto» o «*stick time*». Hermosas palabras. Siempre que tuvieras una máscara integral, podías jugar. ¿Y aquí? Había venido hasta Moscú para cuidar de mi abuela y no podía ni siquiera participar en un partidillo. Cuando iba a una tienda a comprar comida, los cajeros eran bordes. La gente empujaba en el metro. Las camareras de El Molinillo siempre estaban sonriendo, pero estaba claro que era porque alguien les había dado instrucciones para tratar a los clientes al estilo occidental y perdían el puesto si no las cumplían.

Unos días después, tras mi intento fallido donde el Spartak, mi abuela y yo fuimos a la farmacia a comprar medicinas. La mayoría de las farmacias rusas no hacen distinción entre medicinas sin receta y con receta. Esto representa que se forman colas. Estábamos esperando la cola cuando entraron dos tipos enormes con vaqueros negros y jerséis negros, miraron la fila y se colaron, apartando de un codazo a la mujer que estaba ante la ventanilla. Eran matones, exactamente igual que aquellos de los noventa, con una diferencia: estos no estaban tan gordos y vestían un poco mejor. Yo ya había empezado a fijarme en tipos como aquellos en nuestro barrio. Solían conducir un SUV negro, o entraban y salían de El Molinillo. Había pensado, con razón o sin ella, que trabajaban en el FSB. Así que en aquello se había convertido la clase criminal postsoviética... no todos estaban muertos ni ataviados con trajes elegantes: ¡trabajaban para el Estado! Miré la fila: había cinco mujeres de entre cuarenta y sesenta años, mi abuela y yo.

—Perdone —grité—. ¿Qué pasa aquí?

Los hombres me ignoraron. Uno de ellos estaba dando instrucciones al farmacéutico, que estaba tomando nota y señalando algo, a su espalda.

Lo dije más alto. Uno de ellos se giró y se acercó a mí.

—¿Qué problema tenemos? —dijo.

—Que hay una cola.

—¿Ah, sí? —dijo el gigante.

Era feo, muy feo, con una quijada enorme, la cabeza afeitada y ojos pequeños y hostiles.

Mi abuela no captó la amenaza y debió pensar que era un amigo mío. Y con mucha corrección,

lo saludó:

—¡Hola!

El gigante la miró:

—Hola —dijo en tono neutro.

Luego me miró a mí.

—Es una cola estupenda —dijo—. No te salgas de ella.

El gigante feo me trataba todo el rato con el *ty*. Luego volvió a donde estaba su colega. Les dieron lo que hubieran ido a buscar y se marcharon. Al salir el gigante me lanzó una mirada prolongada, para asegurarse de que le había entendido, y un momento después yo aparté la vista.

—Andriush, ¿quién era ese hombre? —preguntó mi abuela como si hubiera esperado que se lo presentara.

—No lo sé —respondí.

—Ah.

Sonó confundida.

Y fue humillante. Insignificante, pero humillante. Nos fuimos a casa con las medicinas.

—Ese hombre estaba muy gordo —dijo mi abuela al fin—. No me gustan los hombres gordos. Yo me he casado dos veces, y entre una y otra ha habido muchos hombres. Y ninguno era gordo.

—¡Abue! —le dije.

—¿Qué?

—No está bien burlarse de las personas gordas.

—¿Y qué quieres que haga, si no me gustan?

Miré a mi abuela, que para mantener el equilibrio caminaba agarrada de mi brazo. Yo no lograba que se abriera y hablara del estalinismo, pero sabía por mi madre que despreciaba el régimen soviético. Le habían arruinado la vida y la carrera, habían obligado a emigrar a su hija a un país extranjero donde, lejos de su madre amantísima, había enfermado y muerto. Cuando cayó el régimen mi abuela se alegró. ¿Y ahora? El barrio donde había vivido, de un modo algo intermitente, durante sesenta años, había cambiado mucho. Se había vuelto terriblemente caro. Mi hermano había alquilado su piso, en la puerta de enfrente, por varios miles de dólares al mes. Había cafeterías caras, supermercados caros, tiendas de ropa cara por todas partes. La mayoría de los residentes eran nuevos, porque los viejos habían vendido sus casas o habían muerto o los habían apartado a empujones para que dejaran sitio. Alrededor de nuestro bloque todos los edificios estaban en obras: o los estaban reformando, o renovando, o demoliendo; a veces las tres cosas: varios edificios de Pechatnikov estaban en proceso de reconstrucción total, salvo las fachadas de ladrillo del siglo XIX. Si ibas andando por ese lado de la calle, que era tranquilo, veías de pronto un solar con la fachada en pie: detrás estaban haciendo algún tipo de obra. Si te fijabas podías comprobar que era una obra en toda regla, porque estaban cambiando hasta los cimientos. Pero vete a saber por qué motivo la fachada la dejaban en pie. Y entre todos aquellos objetos nuevos y relucientes, y los enormes agujeros donde iban a construir algo mi abuela, con su camisa rosa y sus pantalones verdes, caminaba como un fantasma en busca de su propia vida. Iba en busca de un poco de queso que no fuese caro.

Debió notar algo raro en mi humor, porque dijo:

—¿Te he contado alguna vez cómo perdimos la dacha?

Me quedé sorprendido: no, nunca lo había hecho. Yo sabía que había sido la consecuencia de

algún tipo de maquinación financiera de las de principios de los noventa. Pero aparte de eso, nada.

—Fueron los amigos de Liova —dijo—. Bueno, y RussOil, ya lo sabes. Cuando Liova era todavía estudiante llegó un día con la teoría de que había depósitos de crudo en Yamal —se refería a la península de Yamal, en el Ártico—. Pero nunca hubo tiempo de explorarlo. Luego, cuando el instituto —el instituto de investigación donde trabajaba él, en Dubná— empezó a desmoronarse, algunos de sus amigos le pidieron que pusiera una empresa e intentaran buscar el petróleo.

Tío Lev era geofísico, y el todopoderoso imperio le había pedido que buscara su petróleo. Además del gran físico judío italiano Bruno Pontecorvo, que desertó y huyó a la URSS en 1950, Tío Lev había sido pionero en el uso de la física de neutrones en el registro de pozos. El descubrimiento incrementó radicalmente la eficacia de la exploración soviética y contribuyó a que el Estado de los trabajadores se convirtiera en el primer productor de petróleo del mundo. Fue el petróleo lo que financió la acumulación de poder militar soviético en los años setenta y la invasión de Afganistán, y fue la caída de los precios del crudo en 1986 lo que provocó que la Unión Soviética empezara a desmoronarse. A pesar de todo Tío Lev trabajó para descubrir la estructura física de la materia y así poder comprobar si había crudo dentro.

Según me contó mi abuela entonces (aunque Dima uniría luego las piezas y rellenaría las partes de la historia en las que a ella le fallaba la memoria), Tío Lev y sus amigos montaron una empresa con una pequeña cantidad de dinero que les dio el instituto para ver si encontraban petróleo en Yamal. Hicieron su plan, alquilaron la maquinaria y comenzaron las exploraciones, utilizando los últimos y mejores métodos. Pero hubo retrasos y gastos extra, como es lógico. Y cuando la exploración del emplazamiento empezó a comerse el modesto capital de la pequeña empresa, todos los fundadores —Tío Lev incluido— comenzaron a sacar el dinero de donde fuese para terminar las exploraciones. Mi abuela y Tío Lev ya habían perdido todos sus ahorros en las distintas «reformas» monetarias que había programado el gobierno, pero al menos tenían todas sus propiedades, además de un piso en Moscú, una dacha en Sheremétevo y un apartamento en Dubná. Primero vendieron sus ropas, sus libros y sus esquís. Como no bastaba, mi abuela y Tío Lev pidieron un préstamo que avalaron con la dacha. Cuando esto también se reveló insuficiente mi abuela fue a Moscú dispuesta a hipotecar el piso. Esto consiguió impedirlo Dima, que en aquellos tiempos vivía en él con su primera mujer. Logró convencer a mi abuela de que no era buena idea. Y menos mal, porque lo que pasó después fue que el grupo se quedó sin dinero y se vieron obligados a buscar financiación a través de sus socios, uno de los cuales era RussOil. Aparentemente a esta subsidiaria no le pareció bien la nueva petición de dinero porque, un mes después de que llegaran los fondos, se encontró petróleo: se encontró en cantidades impresionantes para un terreno de ese tamaño y en ese lugar, y al día siguiente, cuando llegaron los geólogos, se encontraron con que habían cambiado las cerraduras y en la puerta de sus oficinas había unos guardias con la insignia de RussOil en el uniforme. No les dejaron pasar ni siquiera a recoger sus cosas. Hubo batallas judiciales e intentos de llegar a la prensa y, al final de todo, uno de los geólogos fue apaleado delante del edificio donde vivía, a otro lo atropelló un coche —tal vez fue un accidente— y Tío Lev sufrió un leve ictus después del cual ya no pudo volver a usar el brazo izquierdo. Y, por supuesto, mi abuela y él perdieron la dacha.

—Se puso muy filosófico con el tema —iba diciendo mi abuela cuando llegamos a su bloque—. No hacía más que decir «Eso es el capitalismo. Nosotros no conocíamos las reglas, y

hemos perdido. Es culpa nuestra». Pero yo siempre pensé que sus amigos le habían traicionado.

Luego concluyó:

—Pues esa es la historia. ¿Comemos?

¡Comer! Comer, por supuesto: teníamos que comer, pero... Jesús, pensé yo. Qué puñetero agujero de mierda es este. Qué puto país jodido, horrible, que no vale una mierda. Exactamente lo que había dicho siempre mi abuela.

—Abue —dije—. Vámonos a América tú y yo. Viviremos en Nueva York. Allí hay un montón de parques bonitos.

—A mí no me gusta Nueva York —dijo mi abuela con toda tranquilidad—. Prefiero Boston.

Mi abuela no había estado en Nueva York en su vida, pero había ido a Boston al funeral de mi madre.

—Muy bien —dije—. Pues vivimos en Boston.

—Andriush —dijo mi abuela—. Yo no voy a ningún sitio. Me moriría antes de que despegara el avión. Yo me quedo aquí. El verano que viene me iré a la dacha de Musia, y entonces ya podré morirme.

¿En este agujero de mierda?, pensé. Pero no dije nada. ¿En este agujero de mierda de país, exactamente? Porque es para lo único que vale, para morirse uno. ¿Iba a darles esa satisfacción?

No volví a sacar el tema.

En cuanto a mis problemas para dormir, cogí la costumbre de beber una cerveza rusa grande antes de irme a la cama. La compraba en la tienda de comestibles que había en la esquina de Lubyanka con el bulevar, la del olor raro; o en otra tienda de comestibles de olor raro que había en Pechatnikov, más cerca de nuestra casa, a la que se entraba por un hueco formado por el edificio que había junto al nuestro y el muro de la iglesia. Ese callejoncito de al lado de Pechatnikov, que era donde ponían nuestros contenedores de basura, de los que algunas noches comía un tipo. ¿Era el mismo tipo que comía de la basura unos años atrás? En tal caso, aquella debía de ser la causa de su longevidad. Como quiera que fuese, la cerveza me daba sueño y me mantenía dormido más rato, aunque por la mañana me despertaba siempre con algún tipo de malestar. El agua que utilizan en Rusia para hacer la cerveza no es que sea famosa por su pureza, pero la de importación me costaba el doble. Y bien mirado un ligero dolor de estómago no era un precio muy alto por unas horas de sueño.

5

INTENTO HACER ALGUNAS AMISTADES

La segunda semana de septiembre volvió de su dacha Emma Abramovna, la mejor amiga de mi abuela, y enseguida fuimos a visitarla.

Emma Abramovna era de Polonia, pero se había trasladado a Moscú antes de la llegada de Hitler a finales de los años treinta. Había conocido a mi abuela en los cuarenta en la Estatal de Moscú, donde ambas, muy jóvenes, eran profesoras. Mujeres y judías, en un entorno oficial que cada vez era más hostil a los judíos, se hicieron amigas. Pero a diferencia de mi abuela Emma Abramovna se las había arreglado para quedarse en la universidad a pesar de todos los cambios que tuvieron lugar en la URSS. Era una persona tremendamente carismática, franca y sin ningún temor a la autoridad y, según mi abuela, entró con frecuencia en conflicto con la administración de la universidad. Tal vez esa franqueza suya le sirvió de protección. En cualquier caso, incluso cuando su hija emigró a Israel a finales de los ochenta, ella se quedó en Moscú. Sus dos hijos varones también se habían quedado en la ciudad, lo que era una enorme ayuda.

Emma Abramovna vivía en un antiguo edificio junto a la enorme calle de Tverskaya, al final de la calle que sale del Estanque del Patriarca y más o menos a dos kilómetros de nosotros. Aunque no estaba lejos —si estimamos la distancia por el vuelo de un cuervo o el paso de una persona joven— por metro no había línea directa: tuvimos que ir en dirección sur en la línea roja y luego transbordar y coger la verde en dirección al noroeste. Cuando llegamos mi abuela estaba ya un poco temblona. Al menos no tuvimos que subir escaleras: unos años antes, cuando Emma Abramovna empezó a tener problemas con las caderas, sus hijos cambiaron su apartamento de la cuarta planta por uno similar en la primera, en el mismo edificio. Entramos, recorrimos un pasillo, y llegamos a su puerta.

Nos recibió la cuidadora de Emma Abramovna, una mujerona de formas rotundas, muy agradable. Era de Moldavia, y se llamaba Valia. Mientras yo daba una vuelta rápida por el apartamento ella ayudó a mi abuela a orientarse y arreglarse un poco ante el espejo. «¡La vieja esta! ¡Qué miedo da!», repetía mi abuela sin parar. Cada vez que íbamos a visitar a Emma Abramovna mi abuela empezaba a tener miedo de no resultar atractiva. Y yo, por mi parte, empezaba a sentir mis propias inseguridades. El apartamento era increíble. Los suelos eran nuevos, no hacía mucho habían dado una mano de pintura a paredes y techos y los hijos de Emma Abramovna (o quien fuese) habían instalado una cabina de ducha nueva, especial, con asideros en todo el perímetro para que a Emma Abramovna le fuese más fácil entrar y salir. Eso me hizo sentir profundamente avergonzado del papel que estábamos haciendo Dima y yo en Sretenka.

—Musia —estaba diciendo mi abuela cuando entré al salón, que también era el dormitorio de Emma Abramovna. Emma Abramovna estaba sentada, casi echada, en el sofá, con una manta sobre el regazo. Mi abuela se sentó, como una gallina en el palo, en una silla minúscula que sacó Valia de los pies del sofá—. Musia... Pero fíjate: estás guapísima.

Era cierto. Emma Abramovna tenía prácticamente la misma edad que Baba Seva y no estaba muy bien de salud: las caderas le funcionaban regular, tenía que utilizar un andador y necesitaba mucha ayuda para levantarse y sentarse. A pesar de todo, a diferencia de mi abuela, estaba radiante. Tenía el cabello ya gris, pero espeso y rizado, y le salía disparado de la cabeza en todas las direcciones, al estilo afro. Y una piel olivácea y unos ojos castaños que aún resultaban muy atractivos. Era extraño que una persona de la generación de mi abuela estuviera tan animada, de buen humor incluso. Por lo que vi, a mi abuela también le extrañaba.

—Mira qué pelo —continuaba mi abuela, describiendo los atractivos de su amiga—. Tan espeso...

—Ya está bien, Sevochka —dijo Emma Abramovna.

—¿Qué?

—¡Que lo dejes!

—No tengo la culpa de que estés tan guapa —insistió mi abuela.

Emma Abramovna se volvió hacia mí.

—Andréi, ¿cómo estás? ¿Cuánto tiempo te quedas?

Le dije que no lo sabía, pero que seguramente unos cuantos meses.

—Qué maravilla —respondió Emma Abramovna—. Seva está muy contenta de tenerte aquí.

—Pero luego se irá —dijo mi abuela con tristeza.

—Sí, pero ahora está aquí.

—Eso es verdad —dijo mi abuela, todavía con tristeza—. Eso es verdad.

Y así siguió la cosa. Estuvieron hablando de temas tan dispares como el estado del cine contemporáneo o las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Mi abuela hacía algún comentario pesimista y Emma Abramovna la corregía, o Emma Abramovna decía algo optimista y mi abuela la contradecía. Y luego, naturalmente, estaba la dacha.

—¿Lo has pasado bien en Peredélkino? —preguntó mi abuela.

—Sí, ha sido fantástico. Boria —era su hijo menor— hizo muchas mejoras el invierno pasado. Vino gente a verme en agosto. No sé qué sería de mí si no tuviera Peredélkino.

Emma Abramovna siempre decía lo que pensaba. Era un rasgo admirable de esa mujer, y significaba, además, que no captaba las señales de la gente que era más sutil, o menos directa, como mi abuela.

—Yo también tenía una dacha —dijo mi abuela—. Siempre íbamos a pasar el verano.

—Ya lo sé, Sevochka. —Emma Abramovna se suavizó un poco.

—Ahora no tengo adónde ir —dijo mi abuela.

Aquello era, sin duda, la obertura para que Emma Abramovna sugiriese a mi abuela que fuera a visitarla al verano siguiente. Pero ella no debía pensar así, y lo dejó pasar.

—Eres muy afortunada por haber tenido tres hijos —continuó mi abuela—. Te cuidan muy bien.

—Tú podías haber tenido más hijos —dijo Emma Abramovna, que empezaba a perder los papeles—. Nadie te lo impidió.

—Sí —dijo mi abuela con ese tono que emplea uno que, en el fondo, no está en absoluto de acuerdo—. Quizá.

Con todo, aquel asunto consiguió que yo viera a mi abuela mucho más animada y feliz de lo que la había visto desde que llegué a Moscú. Aquella era la única amistad que le quedaba. Y seguramente Emma Abramovna había cogido la indirecta de la dacha.

Tan pronto salimos por la puerta mi abuela se volvió hacia mí, como si hubiera esperado mucho tiempo para hacerlo, y dijo:

—Pobre Musia. Ya no puede andar. ¿Te imaginas? No sé qué haría yo si no pudiera andar.

Para volver a casa cogimos un coche. Una de las cosas de las que se puede decir que no son horribles en Moscú es que se puede coger un coche en la calle, en cualquier parte, y hacer un trayecto a un precio razonable. Era una de las formas en que los rusos se habían adaptado a las escaseces del comunismo: como no había taxis suficientes en la ciudad los moscovitas habían empezado a ofrecerse a sus conciudadanos para cubrir el trayecto que fuese. Cuando yo era pequeño mi padre solía salir unas cuantas noches por semana a hacer unas carreras. Era una actividad habitual para la gente con coche, incluso ingenieros superiores con coche. Esta práctica continuó mucho después, en la era postsoviética, aunque en esta ocasión yo había observado una cosa: cada vez menos moscovitas estaban dispuestos a ganarse tres dólares por llevar a alguien a un kilómetro, bulevar abajo. Había que buscar algún coche de fabricación rusa que estuviera hecho polvo y cuyo propietario fuese lo suficientemente pobre como para aceptar llevarte. En esa ocasión tuvimos suerte, y uno de los primeros coches a los que paró mi abuela, un viejo ruso, se detuvo. En el trayecto a casa a mi abuela le dio la vena habladora y empezó a preguntar al conductor por su dacha. Resultó que el hombre era armenio, y tenía una dacha a las afueras de Ereván. Tenía un jardín precioso, nos contó, aunque hacía tres años que no iba porque estaba en Moscú, intentando ganar algo de dinero.

—Sí —dijo mi abuela—. Una dacha es una cosa estupenda.

Cuando entramos en nuestro apartamento me dijo:

—Es terrible lo de Musia... Lo de las piernas. Por lo demás, tiene mucha suerte. Sus hijos la cuidan muy bien. Ese fue mi error, tener sólo una hija. No tengas un solo hijo: ten tres, porque así cuidarán de ti.

Esa noche me fui a la cama pensando: ¿no tuvo mi abuela una hija? Y esa hija, ¿no tuvo dos hijos que son los que la están cuidando ahora? Pues parecía que no, que no estábamos cuidando de ella. Y en comparación con lo que hacían por Emma Abramovna sus hijos, esa tesis era difícil de rebatir. Yo estaba allí con ella, sí. Pero como si no estuviera. Lo de mis clases del PMOOC resultó más arduo de lo esperado. Tenía sesenta estudiantes repartidos en cuatro módulos, lo que suponía cientos de entradas en el blog y, a medida que avanzaba el semestre, cientos de correos electrónicos, lo que suponía a su vez otros cientos que tenía que enviar yo en respuesta, a tiempo, porque los administradores del PMOOC creían ciegamente en las evaluaciones de los estudiantes —la verdad es que no tenían otra cosa en la que apoyarse— y no había nada que los estudiantes llevaran peor que el que sus correos se quedaran sin respuesta. Tanto si quería como si no, me tocaba pasarme las horas en El Molinillo. Y la verdad era que quería hacerlo. Mi abuela no me ponía fácil lo de hacerle compañía. Estaba deprimida y no paraba de quejarse. Se quejaba por todo. Y yo, si las cosas me hubieran ido mejor, tal vez hubiera resultado más compasivo, pero yo también estaba un poco hecho polvo: cuando vi desvanecerse mis esperanzas de entrevistar a mi abuela me quedé bloqueado y no encontraba otra forma de seguir adelante con el plan. Parecía que

todos los temas estaban ya pillados. El campo estaba sobreexplotado. Nunca encontraría nada mío, exclusivo. Esto me hacía pasar más tiempo en El Molinillo cotilleando los perfiles de Facebook de la gente. Mi fracaso en el ámbito académico no me convertía, precisamente, en un nieta modelo.

* * *

Mientras, en mi país, el sistema financiero estadounidense se venía abajo. Desde mi atalaya de El Molinillo veía en Facebook o en la web del *New York Times* cómo iban las cosas.

Algunos de mis antiguos compañeros de clase se tomaban a broma la noticia. Sarah, por ejemplo, puso en Facebook: «Menos mal que trabajo en un sector en el que nadie se hace rico». Pero en la página de empleo de estudios eslavos las cosas no pintaban bien. Una de las ofertas se canceló cuando se cortó la financiación para cubrir el puesto. Y había rumores de más recortes.

—Estamos jodidos —me dijo mi consejero por el chat—. Nelson —se refería a Phil Nelson, el honesto presidente de nuestra universidad— ha estado manejando los fondos como si esto fuera una partida de póker suya, personal. Y me apuesto algo a que estamos a punto de perder una racioncita. Si caen los precios del petróleo el campus de Qatar está en peligro.

El campus de Qatar había sido una de las apuestas principales del presidente Nelson, y había estado dando estupendos rendimientos en la era del barril de crudo a cien dólares.

—Pero si la economía va mal, ¿no es de esperar que haya más gente que vuelve a estudiar?

Yo lo había leído en algún sitio.

—Claro —dijo mi consejero—. Pero tendrán que ir a un centro que puedan pagar. Una buena facultad. Y te juro por Dios que a mí me pueden despedir en cualquier momento. Me da pánico mirar el correo.

—¿No lo estás mirando ahora mismo?

—Sí, pero me da pánico.

Esta conversación me desquició. Por un momento me sentí como quien acaba de escapar de un gran cataclismo, sólo que no había escapado. A mi consejero no lo despidieron, aunque el departamento de Estudios Eslavos no saldría indemne de la crisis. En cuanto a mí, al cabo de un tiempo recibí un correo de la administración de la universidad diciendo que preveían una reducción de las inscripciones en el programa para el siguiente semestre, y que el máximo de grupos por instructor quedaba fijado en tres. Eso suponía que mi sueldo sufría un recorte del veinticinco por ciento.

En Moscú veía con mi abuela las noticias en la habitación trasera tres o cuatro veces por semana. Todos los canales estaban bajo control estatal, pero no eran aburridos ni grises. Los locutores de los telediarios eran atractivos y hablaban bien, con convicción; la producción era de primer orden. Con música aterradora y cortes rápidos las noticias presentaban un mundo en crisis: había conflictos en Georgia, conflictos en Irak, conflictos en África. Por suerte, en Rusia teníamos a Putin. Allá donde un conflicto asomara la cabeza estaba Putin para controlarlo. Putin ya no era presidente: había elegido a dedo a un sucesor, Dmitri Medvédev, y Putin era primer ministro. Pero cuando las cosas se pusieron feas, Putin seguía al mando. Y todo estaba en orden. Los rusos podían dormir tranquilos.

Y ahora había conflictos también en América. Los rusos disfrutaron de lo lindo de la crisis

económica, al menos al principio. Las noticias mostraban imágenes de los banqueros estadounidenses cargados con cajas de cartón donde llevaban sus pertenencias, saliendo de sus empresas arruinadas. La propaganda soviética siempre había dado mucho relieve al problema de los sin techo en Estados Unidos, y aquellas imágenes de los banqueros cargados con sus cajas nos hacía preguntarnos si irían a dormir sobre esas cajas. Y entonces el ministro ruso de Economía salió a explicar que no había de qué preocuparse: Rusia era una isla de estabilidad en un mar de turbulencias. Pero esperaba que esa experiencia les enseñara, a los americanos, una lección valiosa.

Una noche, por esa época, habíamos salido mi abuela y yo a dar una vuelta por el bulevar; habíamos llegado más lejos que de costumbre, hasta el parquecito que hay al otro lado de la estación de metro de Estanques Limpios. Esa noche había un grupo de personas reunidas junto a la estatua de Griboyédov rodeadas por un grupo, más numeroso, de policías.

—Es una protesta —dijo mi abuela—. Vámonos de aquí.

En esa ocasión estaba en lo cierto. Era una protesta. Cogí a mi abuela y cruzamos la calle para distanciarnos un poco, lo suficiente para poder ver qué estaba pasando. Los manifestantes eran personas de mediana edad con aspecto culto: gafas, pelo revuelto, camisas de vestir de manga corta y algún jersey de rombos. Tenían la misma pinta que mis padres. Llevaban pancartas que decían AMISTAD CONOCCIDENTE o LA CRISIS ESTADOUNIDENSE TAMBIÉN ES NUESTRA CRISIS. Había incluso algunas escritas en inglés. Aquellos eran los liberales, los oyentes del Eco de Moscú, gente a la que el asesor de Putin, Vladislav Surkov, había comparado no hacía mucho con una quinta columna dentro de nuestro país. Rodeados por aquellos policías fornidos e impertérritos, muy superiores a ellos en número, resultaban inofensivos y patéticos.

Luego me fijé en un grupo aparentemente de adolescentes, todos de negro, que trepaban para subir al tejado de la estación de metro. Una vez que llegaron arriba lanzaron una bengala al cielo. Durante un momento me pregunté si no sería la facción de la protesta dedicada a la acción directa, o los refuerzos. Los jóvenes desenrollaron una pancarta que decía NO TOQUÉIS EL SISTEMA y empezaron a corear la consigna: ¡NO TOQUÉIS EL SISTEMA!, ¡NO TOQUÉIS EL SISTEMA! Eran contramanifestantes, partidarios del régimen, enviados para intimidar a los integrantes de aquella pequeña protesta como si la nutrida presencia policial no bastara. La policía ni siquiera intentó detenerlos. Los manifestantes tampoco. Era deprimente.

Nos fuimos a casa a ver las noticias. No decían nada de la protesta, pero sí de Putin. Su maestría era digna de admiración, la verdad. El mundo veía en él a un asesino de sangre fría, un dictador despiadado, el enterrador de la democracia rusa. Pero desde el punto de vista de los rusos... en fin: era nuestro asesino de sangre fría, nuestro dictador despiadado, nuestro enterrador. Y era muy bueno en lo suyo. Podía ser encantador cuando tenía que serlo, o amenazador, o mostrarse lleno de patetismo. Le encantaba saltarse el guión. Si esperabas a Putin el duro aparecía Putin el sensible, pero si empezabas a acostumbrarte a Putin el sensible... *kablamo!* Aparecía Putin el duro y te daba un puñetazo en la mandíbula. Durante una entrevista que estábamos viendo mi abuela y yo le preguntaron por las críticas de los opositores contra su administración. En lugar de despacharles sin más dijo en tono triste: «Algunas de esas críticas son justas. Creo que tenemos que escuchar y tenerlas en cuenta. Y esforzarnos más. Pero otras son excesivas. No sólo se dirigen contra mi administración, sino contra nuestro país. Y lo cierto es que nuestro país tiene problemas: aún no nos hemos recuperado de las turbulencias que tuvieron lugar en época de mi predecesor. Eso creo que lo sabemos todos. La madre Rusia está enferma. Y cuando tu madre está enferma lo

único que puedes hacer es ayudarla». La respuesta fue devastadora. Y el griterío de la oposición contra los delitos de Putin, su corrupción, su temeridad —todo verdad, por cierto, hasta donde yo sabía— no logró calar en la sociedad rusa.

Mi abuela solía irse a la cama cuando terminaban las noticias; yo me quedaba un rato más. Se aprenden muchas cosas de un sitio viendo la tele. Muchos programas son importados: las películas de acción estadounidenses, los culebrones sudamericanos, hasta *Los Simpson*. Pero también había programas nacionales. A mí me gustaban mucho los programas de telerrealidad. Suelen ser copias de los europeos y estadounidenses, pero con más sexo y más violencia. El sexo, sobre todo, era impresionante. Hasta en Rusia, un lugar donde uno piensa que la gente está preocupada por sobrevivir, por no ir a la cárcel o por que no le atropelle un coche... hasta en un sitio así la gente quiere follarse.

* * *

Una de mis responsabilidades como sustituto de Dima era cobrar el alquiler mensual a los tipos del otro apartamento. Eran un grupo de expatriados a los que mi abuela llamaba «los soldados» por razones que a mí no me quedaban del todo claras. Quizá hubiera oído mal a mi hermano o a mí cuando hablamos de «los realquilados» (aunque no sé por qué lo decía en inglés, a menos que uno de ellos fuese un soldado y se presentara como «el realquilado»), o no entendiera por qué tres hombres solteros vivían juntos en un piso y no cada uno en su casa con su madre (o con su abuela). O que de verdad fuesen soldados. En cualquier caso, no eran soldados. Uno era un tipo muy atractivo, italiano, de nombre Roberto, que trabajaba en negocios inmobiliarios; otro, un americano rubio de Seattle que hablaba muy suave y se llamaba Michael, y por último un periodista inglés regordete, Howard, que trabajaba en un periódico para expatriados que se publicaba en inglés, el *Moscow Times*. Todos tenían menos de treinta años y la primera vez que fui a cobrar el alquiler los encontré discutiendo entre ellos de si iban o no a un *nightclub* determinado. Roberto discutía con Michael, decía que Michael tenía la obligación moral de ir al club, porque a las chicas les gustaba. Michael protestaba, decía que no quería ir porque tenía novia en su país y porque al día siguiente tenía que madrugar. Mientras, el tercer inquilino, Howard, estaba viendo un partido de fútbol de la liga inglesa en la enorme televisión de pantalla plana de Dima. Para mí fue una conmoción entrar allí: el apartamento era más o menos del mismo tamaño que el de mi abuela, y en tiempos tuvo la misma distribución. Pero Dima, bajo la dirección de su segunda esposa, Alina, había tirado varios tabiques para crear un espacio abierto y había construido tres dormitorios pequeños. Si el piso de mi abuela era un museo del mobiliario soviético, el de Dima era un homenaje al gusto ruso refinado del nuevo milenio. Al cruzar el rellano me sentí como si hubiera hecho un viaje en el tiempo: unos cincuenta años.

—Acabo de volver con Susan y no me apetece andar ligando con las rusas —estaba diciendo Michael.

—Pero es que les gustas —dijo Roberto.

—No es verdad. Lo único que quieren es dar celos a los rusos ricos.

—Michael, ¿a quién le importa lo que quieren? A nosotros no nos toca entenderlas.

—¿Por qué en esta ciudad están todos locos por acostarse con tías buenas? —preguntó Michael: parecía casi dolido—. Digo yo que habrá otras cosas...

Roberto meneó la cabeza con expresión triste.

—No sabes nada de la vida —dijo—. La vida es para vivirla. Mira Putin. O Berlusconi, y es un viejo. Tiene un poder ilimitado sobre su país, y sin embargo sigue persiguiendo a las tías.

—¡Pero yo no quiero ser como Berlusconi!

—Vale, vale. Nada de Berlusconi. Pero las rusas son las mujeres más guapas del mundo. Las más generosas. No eres razonable.

—¡Venga ya, gilipollas! —gritó de pronto Howard.

Cuando lo dijo estaba mirando la televisión. Todos nos volvimos a mirar, también, la pantalla. La secuencia terminó con el jugador al que apuntaba Howard fallando un gol. Howard se desinfló y se volvió por un instante hacia Roberto y Michael.

—Vale, voy —dijo.

Pero eso no pareció del agrado de Roberto.

—Tú haces demasiadas preguntas —le dijo a Howard—. Y a las chicas no les gusta sentirse como si estuvieran en un interrogatorio.

Luego se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Sabes lo que hace? Empieza a preguntarles: «¿De dónde eres? ¿A qué te dedicas? ¿Cuántos hermanos tienes? ¿Quieres hacerte una foto conmigo?». Y se creen que es del FSB.

—Soy curioso por naturaleza.

—Yo me voy al Rasputín —dijo Roberto en tono amenazador—. Y si tú no puedes entrar, me da igual: yo voy de todas maneras.

—Me la jugaré —respondió Howard.

—Así es la vida —suspiró Roberto—. Los que pueden, no quieren. Los que no pueden...

—... están llenos de apasionada intensidad —terminó Howard—. Ya verás. Esta es mi noche.

Y se levantó del sofá, se dirigió a su dormitorio y se arregló para salir.

Así eran los tipos del otro apartamento. Pagaban la renta en rublos el día uno de cada mes. Cuando me lo daban tenía que llevarlo con mi abuela al banco de Dima, que estaba a varias paradas de metro de casa, haciendo un transbordo. Tenía que ir con mi abuela porque según las leyes rusas, para evitar la fuga de capitales o la situación opuesta, un ciudadano extranjero (yo) no podía depositar dinero en la cuenta de un ciudadano ruso o con doble nacionalidad (Dima). Así que tenía que ir tirando de mi abuela hasta el banco. La primera vez que fuimos ella acabó tan cansada del trayecto que, cuando llegamos al HSBC prácticamente se desmadejó en la silla. Yo fui corriendo hasta la ventanilla y expliqué al empleado que iba a depositar un dinero en la cuenta de mi hermano, que mi abuela lo firmaría. Me dieron un impreso y yo se lo llevé a Baba Seva. Lo firmó y me preguntó qué era. En voz muy alta, respondí que era el ingreso del dinero del alquiler en la cuenta de Dima. Lo dije a gritos para aclarar la situación, porque debieron creerse que había cogido a una ancianita que me encontré por la calle para que me ayudara a hacer un ingreso en una cuenta que tenía en algún paraíso fiscal. Cuando mencioné a los reaquilados ella preguntó:

—¿Quiénes?

—Los realquilados. Los del piso de Dima. ¡Los soldados!

—Ah, sí, los soldados.

Volví a la ventanilla con el impreso firmado. Nadie dijo nada. Me quedé con doscientos rublos del alquiler para poder coger un coche de vuelta a casa, pero cuando salimos del banco el tráfico estaba tan mal que tuvimos que coger de nuevo el metro. Así que me quedé con los doscientos rublos.

No estaba seguro de si, como encargado de cobrar el alquiler, era correcto que me fuera de farra con los soldados; ni de si como académico de treinta y tres años que nunca había ido a un *nightclub* en su vida, y mucho menos a uno con control facial, resultaría patético que quisiera hacerlo. Lo cierto era que ni siquiera sabía si quería hacerlo. Era un alivio poder hablar en inglés, no tener que preocuparme de si me dirigía a mi interlocutor con el *ty* o con el *vy*, y regresar a la prolongada y opulenta adolescencia del varón occidental contemporáneo. Claro que no había ido hasta allí por eso. Me sentía como un inadaptado. Pero tampoco tenía muchas más opciones.

A mediados de septiembre había tenido una breve experiencia de asueto social con los amigos de Dima: pensé que podía tomarlos prestados mientras estuviese en Moscú, del mismo modo que había esperado, al principio, poder utilizar el coche de Dima. Uno llamado Maxim era al parecer el responsable de que una bicicleta estática hubiera invadido mi dormitorio. Es decir, Dima, cuando se fue, le había preguntado si la quería y él había respondido que sí, pero no había ido a recogerla en todo el verano. El día que por fin vino a buscarla me dijo que iba a una fiesta de cumpleaños allí mismo, a la vuelta de la esquina, y me invitó a ir con él.

Me reuní con él y otros cuantos en un pequeño restaurante francés llamado Jean-Jacques, cerca de la parada de metro del bulevar Tsvetnoi. No era excesivamente caro para ser Moscú, pero desde luego estaba muy por encima de mis posibilidades. Antes de que me diera tiempo a preparar un pretexto para irme, Maxim me invitó a una cerveza francesa y me presentó a los demás. Su grupito de amigos —Alla, Boria, Kristina, Denis, Elena, Fiódor— eran también amigos de Dima, más de su edad que de la mía. Parecían bastante agradables. Dima era un magnate de los negocios, pero había elegido a sus amigos en otros círculos: estudiantes de arte, bohemios, periodistas... Al oírles hablar me di cuenta de que aquellos amigos de Dima trabajaban en agencias de publicidad, en revistas o en relaciones públicas. Les interesaba la política —resultó que Maxim y Elena habían estado en la protesta de Estanques Limpios con la que nos encontramos mi abuela y yo unos días antes— y aportaban su opinión con una mezcla de fanfarronería, sarcasmo y desesperación a la que yo ya me había acostumbrado por el Eco de Moscú.

—Estos trasgos se creen que ellos van a capear el temporal de la crisis financiera mientras todos los demás caen abatidos por ella —dijo Maxim—. Es de coña.

—Yo sin embargo opino que los americanos —intervino Fiódor, volviéndose hacia mí— van a enderezar la nave sin tardar mucho, ¿no te parece?

Lo dijo con el *ty*. Pero yo no tenía ni idea. Sabía que en mi país la gente estaba sacando del banco sus ahorros de toda la vida y discutiendo sobre los tubérculos que deberían comprar por si los supermercados cerraban todo el invierno. Los que estaban más vinculados al mundo de las finanzas eran los que más preocupados estaban. Entonces respondí a Fiódor:

—No lo sé. Pero mis amigos de allí están bastante desquiciados.

—Ya pasará —dijo Maxim con autoridad—. Vosotros lo superaréis. Pero Rusia está jodida. Este país lo dirigen unos cuantos idiotas.

La conversación no tardó en derivar hacia la cultura. Hubo una discusión, larga y complicada, sobre la primera temporada de *Breaking Bad*. A mí se me pedía mi opinión como experto en todo lo que tuviera que ver con Estados Unidos. Entonces tuve que admitir que nunca había visto la serie, ni había estado en México, ni había probado las metanfetaminas. En general, creo que les decepcioné profundamente. Cuando se enteraron de que vivía en Nueva York me preguntaron por galerías de arte y restaurantes que ellos conocían y en los que yo no había estado nunca o de los que no había oído hablar. Cada minuto que pasaba me quedaba más claro que ellos tenían mucho

más dinero que yo.

Encontramos una franja de coincidencia en la ira que nos provocaba Rusia. Cuando les conté mi experiencia buscando un club para jugar al hockey en Sokolniki, se indignaron de verdad.

—Esa falta de cultura típica de Rusia —dijo Alla, director de marketing—. Es una vergüenza.

—No te preocupes —dijo Boria, que trabajaba en publicidad—. Queda alguna persona normal en este país.

—¿Conocéis algún sitio donde pueda jugar al hockey? —pregunté.

—No. Yo prefiero el tenis.

—Para el hockey lo que de verdad necesitas es un *blat* —dijo Kristina—. Alguien de dentro... un contacto.

Esto me volvió a enfadar, del todo.

—¡Es ridículo! —dije—. El hockey debería ser algo abierto a todo el mundo.

—Pero lo cierto es que si dejas jugar a todo el mundo —intervino Maxim— es probable que lo echen a perder.

Así que aquellos eran los rusos liberales que se oponían al régimen de Putin. Resultó que odiaban Rusia. Vivían allí, pero también vivían en cualquier otro sitio: ninguno veía la televisión rusa. Intenté mencionar, como parte de aquella conversación sobre la cultura pop en general, mi afición por los programas rusos de telerrealidad y la reacción de Elena fue decir que el que más me gustaba —una versión hiperviolenta de *Cheaters*, que iba de infidelidades a los maridos y (sobre todo) a las mujeres— era un montaje.

—¿Cómo que un montaje?

—Un montaje, sí. Todos esos programas que llaman *reality shows* son un montaje, no son de verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy periodista —dijo—. Sé esas cosas.

Elena era rubia, de mi altura, corpulenta, con un corte de pelo que le enmarcaba la cara y unos ojos azules muy bonitos. Era una especie de versión eslava de Sarah, la verdad. Y me di cuenta de que empezaba a gravitar hacia ella. Debí de poner cara de pánico al oír lo que me contaba de aquellos programas, porque enseguida añadió:

—Lo siento.

Pero la verdad era que encajaba. La estructura del argumento era siempre la misma, y la idea de que hubieran logrado captar tanto metraje ilícito como decían resultaba cómica. En ese momento me pareció obvio.

—A pesar de todo es un producto cultural interesante, ¿no? —dije.

—Es basura. Todo lo que hay en la televisión rusa es basura.

—Te voy a contar lo que veo yo —interrumpió Maxim, antes editor de una revista que en la actualidad regentaba una tienda de vinos de alta gama—. Mi menú semanal es: *Mad Men* los lunes, *House* los martes, *Breaking Bad* los miércoles...

Todas esas series iban con un día de retraso respecto a Estados Unidos. Ese era el tiempo que tardaban en llegar a las páginas de televisión *online*.

—¿Y la televisión rusa? —pregunté yo.

—Ni en un millón de años —dijo Maxim—. Si quieres que te diga la verdad, no podría verla aunque quisiera, porque no tengo antena. Mi televisión es la pantalla de mi ordenador. Ya está.

Yo quería irme ya. No estaba seguro de que me gustara aquella gente. No sabía si tratarles de *ty* o de *vy* y, lo más importante: si me quedaba más tiempo tendría que invitar a Maxim a una de esas cervezas francesas tan caras. Por otra parte estaba Elena. Había insultado a mi programa favorito, pero me gustaba cómo lo había hecho. Le miré la mano derecha, a ver si llevaba alianza (los rusos llevan los anillos de boda en la derecha) y no, no llevaba. Por si acaso (quién iba a saberlo, con aquella gente), le miré también la izquierda. También en esa mano estaba soltera. Estábamos todos de pie, aunque no en la barra, y decidí ir a por una cerveza para Maxim y otra para mí a ver si me relajaba un poco. Pregunté a Elena si quería algo. Respondió: «¿Por qué no?», y me pareció buena señal. Pidió una copa de vino francés. Costaba treinta dólares, que sumado a las dos cervezas de nueve dólares hacía subir mi cuenta a cuarenta y ocho dólares más la propina. Tuve que pedir al barman que me lo repitiera, porque no me cuadraba. No era un error.

Pero cuando Elena se terminó su copa y dijo que era hora de irse le pregunté si podía acompañarla (con *vy*) a donde fuese.

—Si quieres... —dijo, usando el *ty*. Eso significaba que yo también podía cambiar al *ty*. ¿O no?

Elena había aparcado en Pechatnikov, camino de casa de mi abuela. Mientras caminábamos —hacia buena noche: estábamos en ese breve intervalo que transcurre entre el verano y el momento en que arrecia el frío—, le pregunté dónde trabajaba.

—Eco de Moscú —respondió.

—¿Siempre lo escucho! —dije—. Es la emisora favorita de mi abuela.

—Me alegro —dijo Elena—. Para mí es simplemente el sitio donde trabajo.

—Bien —dijo, ahora sin mucha convicción—. Entonces escucharé su programa.

(Otra vez con el *vy*, ¡no podía evitarlo!)

—Vale —respondió.

Estaba claro que a Elena yo no le atraía. Además, los rusos son muy reservados, casi taciturnos. ¿O esa actitud, directamente hostil, era su forma de mostrarme que yo sí le atraía?

—Ha sido muy divertida la fiesta —dije.

—Ha estado bien.

—¿Dónde vives?

—En Zamoskvorechie —respondió—. ¿Lo conoces?

No lo conocía. Y habíamos llegado a su coche.

—Bueno... buenas noches —dijo Elena mientras se disponía a abrir la puerta.

—Espera —le dije.

Estaba seguro de que yo no le gustaba, pero su parecido físico con Sarah me llevaba a convencerme de que podía gustarle. Se volvió hacia mí de mala gana y, mientras lo hacía, yo me incliné a besarla. Ella apartó la cabeza con soltura, y el beso cayó en la mejilla.

—Andréi —dijo apartándose con la mano, con cierta amabilidad—, pareces un tío muy majo. Pero me parece que no estás hecho para esto.

—¿Para qué? —pregunté.

¿Para besar, quería decir?

—Para esto —respondió señalando la calle, alrededor nuestro.

Desde el punto de Pechatnikov en el que nos encontrábamos se podían ver las agujas de alguna iglesia y los edificios de las compañías petroleras y de gas del centro.

—Para Rusia.

—Ah —dije, aunque no lo entendí—. ¿En qué sentido?

—No lo sé —dijo Elena—. Me da la sensación, nada más.

Y dicho eso se metió en el coche. El asiento del conductor estaba en el lado derecho. Esto, normalmente, significa que el coche lo había comprado de segunda mano algún joven emprendedor, varón, en Japón; lo había llevado en coche hasta Vladivostok y luego, por toda Rusia, a Moscú, para venderlo allí. Después dedicó unos minutos a estudiar el espejo retrovisor y a intentar averiguar si venía algún coche por Pechatnikov.

Entonces se acordó de algo y bajó la ventanilla.

—No tienes que tratar de *vy* a todo el mundo —dijo—. Pareces retrasado.

—De acuerdo —dije, e intenté pensar en una frase en la que pudiera dirigirme a ella con el *ty*, pero no me salió nada—. De acuerdo —repetí, como un estúpido—. Hacemos ese trato.

Elena asintió y se puso en marcha.

* * *

¿Qué quería decir con que yo no estaba hecho para Rusia? Me sentí insultado, aunque no lograba ubicar el insulto: ¿quería decir que yo era demasiado flojo? No había participado en una pelea desde la universidad, cierto (y fue más bien una especie de forcejeo que quedó en tablas), y aunque estaba en bastante buena forma física para ser un intelectual, era verdad que en aquellas calles se respiraba un aire de violencia que yo no sabía cómo afrontar. ¿O se refería a otra cosa? ¿Era demasiado aburrido para Rusia? ¿En sentido espiritual? ¿Era demasiado inmaduro?

Mientras intentaba averiguarlo me di cuenta de que la noche tuvo otro efecto sobre mí. Mi intento de besar a Elena me había hecho recordar que existían las mujeres. Hasta ese momento no me había percatado de lo pillado que estaba con Sarah; si ya resultaba incómodo que hubiera roto conmigo, darme cuenta poco a poco, en el tiempo que llevaba en Moscú, de que podía estarse acostando con otro me dejó muy deprimido en el plano sexual. Ya ni siquiera me interesaba el sexo. Y tengo que admitir que vivir con tu abuela es una especie de experiencia antierótica.

A partir de aquello me di cuenta en todo momento: mientras iba por las calles de los alrededores de nuestra casa a hacer recados, o camino de El Molinillo, o cuando ponía la televisión: quería follarme a todas las mujeres que veía. No sabría decir si era por mí, que estaba sometido a una total privación sexual, o por ellas, que vestían tan bien y se cuidaban tanto. Fuera cual fuese la causa, una vez que empecé a pensarlo ya no pude parar. En El Molinillo, que no frecuentaban sólo los gorilas del FSB, sino también jóvenes oficinistas del barrio colindante, miraba las finas blusas de las mujeres, cómo trepaban por sus espaldas desnudas cuando se inclinaban a tomar el café. Las observaba cuando cruzaban las piernas. En la calle, si llevaban tacones altos, me fijaba en sus tobillos o en sus caderas. ¿Por qué importaba tanto la carne, y que estuviera en un lugar o en otro? No era más que piel, músculo y grasa. Pero aun así.

¿Era yo, o eran ellas? Hubiera jurado que eran ellas. Los hombres habían estado bebiendo, o gritándose y disparándose unos a otros durante tanto tiempo, que no quedaban muchos. No había bastantes hombres. Eso provocaba una intensa competencia entre los que quedaban. Las mujeres hacían ejercicio. Se vestían bien. Se pasaban las horas muertas en salones de belleza sometiéndose a tratamientos faciales, arreglándose las cejas, dándose masajes en los glúteos. Lo

que yo veía cuando miraba a mi alrededor, completamente empalmado, era la respuesta lógica a una situación trágica de escasez. Y no tenía que disfrutarla. No paraba de repetírmelo.

Pero no tenía ni idea de cómo dirigirme a esas mujeres, y ellas no parecían interesadas en ayudarme a averiguarlo. Sumergido en la universidad durante la mayor parte de mi vida no sabía cómo tomar yo la iniciativa si no se daba el contexto adecuado, si no contaba con una institución a través de la cual pudiera conocer gente. Intenté en más de una ocasión iniciar conversaciones *online* desde El Molinillo, pero no logré nada.

Y un día, mientras daba vueltas a todo eso en El Molinillo, se me ocurrió: citas *online* con rusas. Tecleé esas palabras en Google y, después de algún mal paso me encontré por fin en una página de citas rusa. Estaba llena de chicas guapísimas. O al menos, de fotos de chicas guapísimas. Uf. Cogí una foto antigua de mi ordenador, compuse un perfil y escribí unas cuantas notas a chicas que me pareció que tenían estudios. No había pasado una semana y ya tenía una cita con una rubia monísima de veinticinco años que se llamaba Sonia. «Voy a estar por tu zona mañana por la noche —me escribió—. Podemos quedar.»

Wow, pensé yo. ¡El mundo moderno! Y seguía pensándolo cuando me encontré con Sonia en un bar increíblemente caro que se llamaba Sad (pronúnciese Saad) justo al volver la esquina, al salir de la estación de metro del bulevar Tsvetnoi. Sonia era guapa, exactamente como aparecía en su foto de perfil, y espabilada. Estudiaba Moda en la Estatal de Moscú y quería ser diseñadora de sombreros. Había venido desde Rostov, una ciudad del sur devastada por la delincuencia, muy peligrosa, según me contó. A su mejor amiga del instituto la habían violado y asesinado una semana después de la graduación. Moscú tampoco es que fuera una fiesta —ella tenía que escatimar y ahorrar todos los meses para poder pagar el alquiler— pero en comparación con Rostov era un alivio. Yo le conté algunas cosas de mi vida en Nueva York, que había ido a Moscú a cuidar de mi abuela y que buscaba un tema interesante para escribir un artículo académico. Ella se quedó algo impresionada o, al menos, no pareció aburrirse.

Tomamos un par de copas cada una al ruinoso precio de cincuenta dólares en total, pero no me importó porque a Sonia parecía gustarle. Para mi tranquilidad no pidió nada de comer y, al cabo de una hora, preguntó si quería marcharme. Yo no estaba muy seguro de lo que significaba aquello, pero dije que sí. Salimos a la calle y nos dirigimos al metro —hacia muy buena noche— y yo me pregunté si debía hacer algún avance. Pero no me dio tiempo a pensarlo mucho: justo cuando doblamos la esquina y salimos al bulevar se pegó a mí y me besó.

Yo me quedé un poco obnubilado: ¡mi primer beso ruso! Era como un beso americano pero mejor, más intenso. Y era en Rusia. Y sólo con rellenar un formulario en internet.

Luego Sonia se apartó, me puso una mano sobre el pecho, y me dijo:

—Andréi... mira, me encantaría invitarte a mi casa. Pero hay un cargo por limpieza.

—¿Un cargo por limpieza?

—Bueno, sí. Si vamos a mi casa vamos a montar un buen follón.

Volvió a pegarse a mí. Yo me di cuenta, por fin, de a qué se refería.

—¿Cuánto? —dije.

—Tres mil —respondió.

—¿Dólares?

—¡Claro que no! —dijo, riéndose—. Rublos. Estamos en Rusia.

Poco más de cien dólares. Había salido de casa exactamente con esa cantidad de dinero

encima, como si fuera mi límite de gasto para la noche. Y la mitad se me había ido en las copas.

—¿No lo podemos dejar en mil quinientos?

—Lo siento —respondió—. Son las normas. Quizá podamos pasar por un cajero...

Yo estaba muy salido, pero aquello era demasiado. Negué con la cabeza.

—De acuerdo —dijo con dulzura, y se apartó de mí de nuevo—. Llámame si cambias de opinión.

Se dio la vuelta y se fue hacia el metro.

Yo me fui a casa de mi abuela con cincuenta dólares menos. Tanto las obras que me rodeaban por todas partes como los edificios que ya habían levantado me parecieron más feos que nunca. En la franja peatonal del bulevar un montón de adolescentes ruidosos bebían cerveza y gritaban. Mientras caminaba por Pechatnikov descubrí otro restaurante de moda. En él estaban cenando varios hombres ricos con sus jóvenes acompañantes de pago. O eso asumí yo. Aquel sitio daba asco. Y daba asco de una forma muy distinta a la que yo había esperado. ¿Qué había sido de la terrible dictadura? ¿Qué había pasado con aquel régimen sediento de sangre? Yo había vivido temiendo que me arrestaran, pero no me iban a arrestar. Le importaba una mierda a todo el mundo. Era demasiado pobre. Y la universidad me iba a ingresar 493,53 dólares cada dos semanas por las clases de PMOOC, un salario que según el estándar ruso no era cosa de risa. En el banco tenía más o menos lo mismo que cuando había llegado: no llegaba a mil dólares. Pero en cuanto llegara enero mi nómina iba a pasar a ser de 375 dólares. Cualquier cosa que no fuese el alquiler, la comida y un capuchino diario en El Molinillo estaba fuera de mis posibilidades. No era como que te llevaran a Lubianka en plena madrugada, pero como forma de control social el dinero funcionaba bien. Si la gente no podía permitirse hacer nada, aparte de sobrevivir a duras penas, probablemente no se organizaran ni adquirieran poder político alguno. No era necesario meterlos a todos en un Gulag. Menuda puta escoria. El mundo, quiero decir. El mundo era una puta escoria.

6

NOCHE DE CLUB

Pues esa era mi vida. Recados para Dima salpicados de obstáculos que ponían los rusos y todo un programa de actividades con mi compañera de piso —mi abuela— que sólo se acordaba de las que no le habían gustado. Mi viaje a Rusia no iba según lo planeado. Y yo que había pensado que venir aquí aumentaría mi cotización cuando volviera a casa... No es que yo fuese un ratón de biblioteca que contemplaba Rusia desde Nueva York, cómodamente sentado. ¡Yo era Rusia! Pero aquello no parecía tener el menor efecto. De hecho, tuvo el efecto contrario al que yo había esperado. Un día que estaba en El Molinillo pensando en mi situación, recibí un correo electrónico que comenzaba así: «Estimado Andrew Kaplan».

Me llamo Richard Sutherland. Como probablemente ya sabrá, doy clase de estudios culturales en Princeton. Voy a ir a Moscú en breve para dar unas charlas, junto a algunos agentes culturales, sobre su concepto de «modernidad». Nuestro común amigo Sasha Fishman me dice que se encuentra usted allí en estos momentos y que podría ayudarme. Yo, claro está, no hablo nada de ruso, pero cuento con algo de financiación para el viaje (Princeton es fantástica en este sentido) y podemos pagarle su tiempo. ¿Le parecería bien ocho dólares la hora? Llego el 3 de octubre en el vuelo de Delta, procedente de Nueva York. Si pudiera usted recibirme y llevarme un poco de agua con gas... siempre tengo mucha sed, después de un vuelo largo.

Gracias de antemano,

RICHARD

Me quedé mirando el mensaje, en medio del bullicio de El Molinillo, al otro lado de la KGB. Mi primer impulso fue borrarlo, pero luego me acojoné y di a cancelar. Estaba estupefacto. No tenía por qué estarlo, pero lo estaba. ¿Cómo osa una persona escribir a otra, si tiene un ápice de respeto, para pedirle que vaya al aeropuerto a recogerle y lleve un poco de agua con gas? No lo sabía, pero sospechaba que no tenía un ápice de respeto. Peor aún. Aquella persona contaba con fondos de Princeton para investigar sobre un tema que era, básicamente, mi tema, aunque no tenía ni la más pálida idea, para empezar.

Si aquello era un insulto —y lo era, desde luego— era imputable a Fishman. Al puto Sasha Fishman. Me cabreeé tanto que, sin darle más vueltas, pulsé «Reenviar» en el mensaje que no había borrado y teclé su dirección.

Querido Sasha:

Soy muy consciente de que no soy una estrella rutilante de la Academia, como tú, pero esto es demasiado. La próxima vez que necesites un criado en Moscú para alguien que conoces, te ruego que hagas tú mismo la tarea.

ANDRÉI

Lo envié de inmediato y de inmediato lo lamenté. No porque no tuviera razón, sino porque con ello le daba a Fishman ocasión para la condescendencia. Tuve que esperar un día, pero al fin llegó. Lo escribió utilizando la forma americana de mi nombre:

Andrew:

Siento mucho que te hayas sentido así. Estoy seguro de que tienes cosas mucho más importantes que hacer que sacar de paseo a un colega mío.

Saludos,

ALEX FISHMAN

Profesor invitado de Literatura Eslava, etc.

Muy bien, Alex, pensé. Ya veremos.

Pero ¿qué veríamos? Ni idea. Si había alguna forma de avergonzar y humillar a Alex Fishman, tendría primero que dar con ella, porque parecía estar siempre por encima de la vergüenza y la humillación. En una ocasión escribió en un blog una entrada de lo más excesiva —cinco mil palabras— sobre los maravillosos logros académicos del presidente del departamento de Lenguas Eslavas de Princeton, justo cuando estaba participando en un proceso de selección para entrar él. ¿Cómo se avergüenza a alguien así?

Entonces, ¿me había equivocado? No sólo viniendo a Rusia, aunque también. ¿Había echado a perder mi vida? Mis padres habían corrido un gran riesgo y se habían sometido a una enorme prueba llevándome a un país donde yo podría hacer básicamente lo que me diera la gana. ¿Y qué había hecho? Mis amigos de la universidad y del instituto eran médicos, abogados, banqueros. Algunos estaban en Hollywood. Su imagen se difundía diariamente a millones de personas. Algunos, además, eran ricos. Vivían en casas preciosas en Los Ángeles y tenían muchos hijos. Pero yo había elegido leer libros. ¡Aquello parecía de coña! A mí me gustaba leer, y había pensado que los libros me ayudarían a entender el mundo. Pero no entendía el mundo. No sabía nada del mundo. Y ser adulto —lo que era yo, no podía negarlo— y seguir leyendo libros... ¿no era ridículo? Pero en este mundo ridículo Sasha Fishman al menos tenía un empleo, no tenía que dar cuatro clases *online* para mantenerse a flote. Y a nadie se le hubiera ocurrido contratarle pagando el salario mínimo para que le pasearan por Moscú.

La peor parte de aquel asunto de Richard Sutherland era que podría haber aprovechado ese dinero. Tendría que descuidar un poco a mi abuela, pero al cabo de unos días de llevar agua con gas a Sutherland podría haber llamado a Sonia y haberle pagado el cargo de limpieza. Ahora, después de aquel intercambio con Fishman, ya no había vuelta atrás. Escribí a Sutherland y le pedí disculpas.

* * *

Mi abuela estaba muy desencantada conmigo. Tenía un ansia insaciable de compañía, pero todos sus amigos —como no cesaba de repetir— estaban muertos o se habían ido, y sólo podía llamar a Emma Abramovna y dejarle caer un comentario sobre su dacha unas cuantas veces al día. Y luego estaba yo. A mí podía hablarme, pero yo tenía mis propios problemas. Una vez que mi clase hubo terminado *Los cosacos*, pasamos a *Padres e hijos* y de ahí a *Guerra y paz*. Los estudiantes se contagiaron del historicismo de aficionado de Tolstói. Comenzaron a salir con todo tipo de teorías. Algunos habían estudiado a Hegel en la universidad, no hacía mucho; otros llevaban cuarenta años fuera de cualquier estructura educativa. Uno de mis alumnos mayores tenía una teoría con base histórica sobre los musulmanes que podía, o no, haber violado la política de la universidad en materia de discurso de odio; tuve que borrar sus comentarios y luego hablar con él, después de devolvérselos con una breve introducción donde le explicaba por qué lo hacía. Y eso era sólo una parte: yo no había establecido unas normas respecto a lo que los alumnos podían o no decir en el blog, de modo que ponían lo que querían cuando querían y yo tenía que leerlo todo para asegurarme de que no eran comentarios desquiciados, o demasiado racistas o, directamente, mentiras. En resumen: esto cada vez me llevaba más tiempo, y entretanto no hacía ningún avance en mi búsqueda de empleo para el año siguiente. Y por este motivo cada vez tenía menos paciencia de la que había previsto para discutir con mi abuela medio sorda.

Lo único que me salvaba era que ella ni se enteraba. Oía poco y olvidaba mucho. Íbamos al parque, o donde Emma Abramovna, y al día siguiente no daba la menor señal de recordarlo. No recordaba de qué habíamos hablado hacía cinco minutos. ¿Por qué iba a acordarse de si yo me había largado a El Molinillo después de comer, sin entretenerme a charlar un rato?

A veces venía Howard, el vecino, a comer un poco de *sushki* y hablar de sus reportajes: cuando se enteró de que yo era doctor en Literatura rusa empezó a preguntarme por referencias literarias con las que adornar sus artículos en el *Moscow Times*. Pero la conversación no tardaba en derivar hacia sus aventuras sexuales. La primera vez que lo vi tras su excursión al Rasputín me dijo que en el club le habían echado droga en la bebida y que Roberto, pensando que estaba muy borracho, lo había embutido en un taxi. Lo siguiente que recuerda es que iba andando por algún sitio de las afueras, y le faltaba la cartera. Le había robado el taxista. Intentó llamar a sus compañeros de piso, pero estaba tan confuso que no lograba hacerse entender.

—Creí que me moría, allí —me dijo.

Al final logró parar a un coche y explicar al conductor dónde vivía, pero el conductor no se fiaba de que subiera a casa a coger dinero y volviera a pagarle, así que Howard tuvo que terminar por pagarle con su teléfono móvil.

—Bueno, eres un hombre de recursos —le dije.

—Gracias —respondió Howard—. Pero era un teléfono de trescientos dólares.

A pesar de todo, no se había acobardado. De hecho había vuelto a ir al Rasputín: también había empezado a visitar una página en la que se podía contratar una prostituta después de ver su perfil y consultar reseñas de los clientes sobre su actuación.

—¿Lo dices en serio? —aullé: estaba impresionado, alucinado.

—Sí —respondió Howard—. ¿Quieres verlo?

—No —dije—. O mejor... No lo sé. Quizá en otro momento.

Cuando se fue vi que mi abuela estaba de pie en la puerta de su habitación, mirándonos. Durante un momento temí que hubiera oído a Howard contándome cómo funcionaba la web de las putas. Pero habíamos hablado en inglés, y de todos modos mi abuela no pudo oírnos desde esa

distancia. Por lo que vi estaba molesta por otra cosa.

—A mí nunca me hablas de esa manera —dijo.

—¿De qué manera?

—Tan animado. Con tanto interés.

—Claro que sí —dije.

—No. Claro que no.

No supe qué hacer ni qué responderle. Quiero decir... Era una web muy interesante esa de la que me hablaba Howard. Pero, por supuesto, mi abuela tenía razón. Y en lugar de disculparme, lo negué.

—¡Pero si siempre estamos hablando! —protesté—. ¿De qué quieres hablar?

Mi abuela hizo un mohín. Sabía que yo no tenía razón, pero estaba dispuesta a darme una oportunidad.

—Muy bien —dijo—. Háblame de la situación. ¿Cuál es la situación aquí, en el país?

No sé por qué la pregunta me dejó bloqueado.

—¿Y cómo voy a saberlo? —dije—. Me paso el día aquí metido, intentando responder a tus preguntas. No tengo ni idea de cuál es la situación.

Lo dije inclinándome sobre ella.

—No hace falta que chillas —dijo mi abuela, que volvió a meterse en su habitación y cerró la puerta con manos temblorosas.

Me sentí fatal.

Luego me disculpé y ella me perdonó, pero este tipo de escena se repetía sin parar en todas las variaciones posibles: me criticaba por lo mal que la cuidaba y yo me ponía a la defensiva; luego me sentía fatal y empezaba a cuidarla aún peor que antes.

* * *

¿Que cuál era la situación en el país? Era cierto que no lo sabía. Pero no era verdad que no tuviera ni idea.

Me daba la impresión de que en Moscú todo el mundo tenía un Audi negro. Y había páginas web donde uno podía contratar a una prostituta después de echar un vistazo a las reseñas de sus clientes. Aparte de un puñado de tiendas de comestiblesapestosas, de la era soviética, la comida era cara, los alquileres eran desorbitados y a un extraño le era imposible entrar en un equipo de hockey. Cada vez que entraba en El Molinillo y pedía el artículo más barato que tenían en la carta contemplaba con sorpresa al resto de clientes. ¿De dónde venían, de qué parte de aquel país herido y traumatizado? Algunos salían del edificio de la KGB que había al otro lado de la calle, pero no todos. Y, de todos modos, aquel era el café más barato del barrio de mi abuela. Aquellas gentes pedían expresos dobles, bollos y sándwiches por los que les cobraban treinta dólares. Y lo peor de todo... ¡ni se quejaban! Era de esperar que alguno, por lo menos, exclamase «¿Qué?». Pues no lo hizo ninguno. Daban el dinero que les pedían sin pestañear.

Así que aquel era el trato de Putin: tú pierdes tus libertades, yo te hago rico. No todo el mundo era rico, pero sí los suficientes para sostener el sistema. ¿Y quién era yo para decirles que aquello no iba bien? Si a ellos les gustaba su Putin, que se quedaran con él.

Naturalmente, la complacencia era pecado. A principios de la era del terror estalinista

Mandelstam dijo en tono de desprecio que siempre que el tranvía no descarrilara, la gente creía que todo iba bien. Pero ¿cómo se supone que sabe uno si las cosas van mal? En Moscú hacía tiempo que habían desmantelado gran parte de la red de tranvías para dejar sitio a los coches. Si los tranvías que quedaron dejaban de circular, pasaría un tiempo antes de que alguien se diera cuenta.

* * *

A veces tenía dificultades para dormir. Aunque me había quedado sin mi programa favorito sobre infieles y cornudos seguía quedándome hasta tarde viendo la televisión. Gracias al Dima noventero contábamos con un canal de televisión por cable en el que podía ver los deportes estadounidenses, incluido el fútbol americano. Siempre me gustó el fútbol, sobre todo en la universidad, con toda su parafernalia y sus multitudes. Cuando estudiaba siempre esperaba que los sábados me despertara por la mañana el sonido de nuestra banda, que marchaba camino del estadio. Y en Moscú lo había recuperado. El único inconveniente era que el sonido original estaba desconectado —el del público y el del comentarista— y había que escuchar al locutor ruso, que no conocía bien ni las reglas del juego ni la jerga del fútbol. «Y ahora van a patear», decía en un cuarto intento. Pero a veces no acertaba: «Vaya, parece que han decidido no patear. Pues no, no patean». Sin embargo, en uno de los primeros partidos que vi se produjo una situación de *safety* que el comentarista tenía perfectamente clara —una captura del mariscal de campo en la zona de anotación— pero le confundía un receptor no permitido que había en el campo, lo que era comprensible, y le extrañaba mucho que el campo no causara pérdida, lo que no era tan comprensible. «No alcanzo a comprender por qué no ceden el balón», dijo del equipo defensivo que había provocado (o mejor dicho, no había provocado) una pérdida del balón. Para un estadounidense el concepto «El campo no puede causar pérdida» es tan universal como «Todos los hombres han sido creados iguales». Pero el comentarista no era estadounidense. Y yo no estaba en Estados Unidos. Esa era la lección que se me recordaba siempre, aunque yo no parecía dispuesto a aprenderla.

Un fin de semana, a finales de septiembre, estaba yo sentado en la habitación trasera intentando disfrutar de la Tiger Bowl (LSU contra Auburn) a pesar de que se jugaba sumida en aquel silencio artificial, cuando sentí vibrar mi teléfono: me había llegado un mensaje de texto. Recuerdo que me sorprendió porque aquel era el primer mensaje de texto que recibía desde que llegué a Moscú. «Soy Howard —decía el mensaje—. Nos vamos al Teatr dentro de una hora. ¿Te vienes?» El Teatr era un club de baile que no estaba muy lejos de nuestra casa. Había pasado unas veces por allí cuando hacía recados por el barrio. Estaba en el edificio de un antiguo teatro y tenía en la fachada un letrero de neón enorme y muy estridente.

Cogí el teléfono sin saber qué responder. Por un lado, odiaba los clubs y temía sobre todas las cosas la posibilidad de gastarme cincuenta dólares o más en este club en concreto. Por otro, era fin de semana, mi abuela estaba dormida y, por una vez, no me echaría de menos. Además, sentía curiosidad. Y estaba solo. Como no tenía internet en casa me había acostumbrado a descargar en El Molinillo vídeos de gente desnuda para verlos después en privado, pero debían haber instalado algún contador de megabites recientemente, porque las últimas veces, cuando intenté bajarme porno desde allí, no lo había conseguido.

Miré la televisión. Los jóvenes de la LSU tenían el balón. Jugaban en silencio. El comentarista

parecía cansado. Aquello no era vida. Me puse una camisa de vestir y una chaqueta y salí al rellano.

—No habrá problema con él, ¿no te parece? —dijo Howard cuando entré en su casa.

—No creo —dijo Roberto evaluándome—. El control facial del Teatr es bastante relajado.

Así que tomamos unos tiritos de vodka y unas cervezas y nos fuimos al club en un taxi. Embutido en el asiento trasero, con Howard desahogado y Michael reticente, todos con chaquetas de sport, me sentí borracho y algo eufórico. Por fin salía de aquella casa.

El Teatr vibraba con música dance: lo oímos en cuanto llegamos a la puerta. Como había predicho Roberto los dos gorilas de la puerta se limitaron a darme unos golpecitos para ver si llevaba armas y me dejaron pasar. Una vez dentro nos saludó una multitud de gente que se retorció en una pista de baile colocada junto a un escenario. El local era un antiguo teatro y lo único que habían hecho era quitar las butacas. Habían conservado el escenario y allí estaba el DJ con su caja de herramientas: poniendo la música a tope.

Lamenté inmediatamente haber ido. Aquello era el infierno. Los otros tipos se mimetizaron con el ambiente y me dejaron solo. Yo no sabía bailar, ni tampoco me pareció ver a nadie dispuesto a bailar conmigo ni aunque hubiera sido yo el mejor bailarín del mundo. Todos los presentes tenían veinte años. Había algunos varones de mi edad, calvos y gordos, vestidos con traje y sudando, pero estaban rodeados de mujeres jóvenes y casi se veían los dólares desbordándoles los bolsillos. Durante un rato intenté bailar, pero después de unirme a unos cuantos grupos y de ver cómo cada uno de esos grupos se iba alejando poco a poco de mí, siguiendo lo que parecían movimientos coordinados, me fui escabullendo en dirección a la barra, donde me compré una cerveza muy cara que traté de beber despacio y haciendo mucha ostentación, como si tuviera algo importante que hacer.

Y entonces me encontró Howard. Iba con una chica alta, delgada y con los ojos azules, con los pómulos elevados y un pelo perfecto. Yo me quedé pasmado.

—Aquí estás —dijo Howard, como si me hubiera estado buscando—. Natasha —dijo—. Este es mi casero, Andrew.

—¿Casero? —dijo Natasha en inglés.

—Soy más bien el representante del casero —dije en ruso.

—¿Eres ruso? —preguntó ella.

—Básicamente.

—Bueno... y casero. Impresionante.

Parecía que mi suerte había cambiado. Había visto chicas así por la calle y alguna vez en El Molinillo, pero nunca había hablado con ninguna. Era como hablar con una persona normal, pero más guapa.

—Natasha quiere salir de aquí e ir de fiesta a otro sitio —me dijo Howard—. ¿Te vienes?

¿Que si me iba? ¡Claro! Sin embargo, dudé un momento: no sabía si Howard prefería estar solo ni si era un cliente de Natasha. Pero parecía querer que yo fuese. Y Natasha dijo:

—Ven con nosotros, casero.

No creo que supiera lo que iba a pasar. Al menos, espero que no lo supiera. Pero la mala suerte de Howard estaba a punto de contagiármeme. Nos abrimos paso por entre la multitud que bailaba y salimos al aire fresco y vigorizante del otoño. Era fantástico haber salido de casa, e ir con una chica tan guapa. Estaba empezando a pensar que por fin había tomado la decisión

correcta.

Una vez fuera nos detuvimos un momento: Howard fumó un cigarrillo y Natasha empezó a hablar por el móvil, murmurando no sé qué en tono contrariado.

—¿Qué pasa? —preguntó Howard.

—Que mi novio es un capullo —respondió ella.

Era lo primero que oía yo de un novio, pero Howard pareció tomárselo con filosofía. A fin de cuentas, ¿quién no tenía novio? Todas tenían novio. Y una chica como Natasha probablemente tuviera un montón de amigos tan guapos como ella.

—Dice que viene a recogerme, que nos vamos a casa —continuó Natasha—. Pero seguro que lo puedo convencer para que venga con nosotros.

El club estaba en la franja peatonal del bulevar, a un kilómetro y medio de nuestra casa; para conocer al novio de Natasha tuvimos que saltar la valla y salir a la calle. Estuvimos allí un rato. Eran como las dos de la mañana del sábado, ya sábado de madrugada, y la calle bullía de actividad. La ciudad era muy divertida. Desde donde estábamos sentíamos las vibraciones del club: de vez en cuando salía alguien a fumar un cigarrillo o a coger un taxi. Había una línea informal de taxis no oficiales esperando en la puerta. Los viejos edificios decimonónicos de color pastel que bordeaban el bulevar de Estanques Limpios, convertidos en tiendas de ropa de lujo, parecían brillar a la luz de la luna con tonalidades amarillas y rosas. Había un Benetton y un restaurante llamado Avocado que parecía que aún estaba abierto. Natasha seguía manipulando el teléfono, con el gesto cada vez más torcido. Recuerdo haber pensado, sin embargo, que aquella escena era muy corriente: gente que salía de fiesta, esperaban que les recogiera alguien en un coche, confiaban en que la noche continuara. Y, la verdad, era muy divertido.

Después de aquello todo sucedió muy rápido. Un SUV negro, Mercedes, el ubicuo Gelenvagen negro que parece un coche fúnebre, tan raro en Estados Unidos pero muy popular en Moscú, paró a nuestro lado y del asiento del copiloto emergió un hombre joven, alto y rubio. Debía de ser el novio. Todos nos volvimos a mirarle. Howard y yo pusimos cara de buenos amigos, nada amenazadora. Pensé que como hablante nativo de ruso debía de ser yo el que hiciese las presentaciones, así que di un paso adelante y comencé a decir algo así como «Soy Andréi, y este es mi amigo Howard» cuando me di cuenta de que el novio había levantado la mano, como para decirme que me callase, y en la mano llevaba algo negro que yo hubiera jurado que era una pistola. Y aquella mano con la posible pistola estaba apuntándome a la cara.

La pistola chocó contra mi cara antes de que yo tuviera ocasión de procesar la secuencia de acontecimientos; se me doblaron las rodillas y me caí al suelo.

—¡Eh! —gritó Howard.

Entonces llegó el dolor. Sentía que me latía la mejilla izquierda, y me daba vueltas la cabeza. Me estaba preparando para encajar otro golpe, incluso puse el brazo para detenerlo, pero cuando levanté la vista el Gelenvagen y Natasha ya no estaban. El novio que me había pegado no había dicho ni media palabra. Yo me quedé sentado de cualquier manera en el suelo. Sentía que estaba a punto de llorar. Había sido todo muy humillante, todo aquel país era horrendo. ¿Qué pintaba allí?

—Dios, joder, lo siento —dijo Howard.

Estaba agachado a mi lado, con aspecto de preocupación. Me dolía todo cuando hablaba, así que no dije nada. Pero no era culpa de Howard.

—Ese coche llevaba placas del gobierno —dijo—. Seguro que ese gilipollas era hijo de algún

diputado del Duma. ¡Dios!

Paró un coche para volver a casa.

Era un trayecto de cinco minutos, pero se me hizo eterno. Howard iba sentado delante, con el conductor. Me llevé la mano a la mejilla con la esperanza de que si la mantenía allí no se me desmoronara la cara. Me preguntaba si me había roto el pómulo.

—Han jodido bien a tu amigo, ¿eh? —dijo el conductor a Howard.

Howard asintió.

—*Pistolet* —dijo, que significa «pistola».

—¿Lo han golpeado con una pistola? —dijo el conductor, que parecía realmente preocupado—. Estos jóvenes extranjeros —dijo—: tenéis que tener cuidado. *Nash chelovek inogda voz'met i po yebal'niku dast, prosto tak.* «Una persona nuestra —es decir, un ruso— es responsable de presentarse y atizarte en los morros —es decir, en la cara— sin motivo alguno.»

Meneó la cabeza.

Nos detuvimos en el semáforo de la parada de metro de Estanques Limpios, junto a la gran estafeta de Correos y no muy lejos de la estatua de Griboyédov donde mi abuela y yo presenciábamos aquella protesta. Yo me quitaba de vez en cuando la mano de la cara para ver si sangraba. Y sangraba, sí, pero muy poquito. ¿Era mala señal? No sabría decirlo. ¿Habría sido mejor sangrar abundantemente?

Me dio la impresión de que el conductor se sentía mal con aquel asunto, como si fuera responsable de todos los rusos. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y yo pensé, por un momento, que iba a sacar otra pistola. Pero sacó un frasco, y me lo dio.

—Medicina rusa —me dijo en inglés, y se rió.

—Gracias —dije yo en ruso, y di un trago del frasco—. Era vodka.

—¿Qué? ¿Eres ruso? —dijo el conductor.

—Algo así —respondí.

El conductor volvió a menear la cabeza, ahora contrariado. Parecía que yo, siendo ruso, tendría que haber sido más espabilado. Yo quería decirle: «No soy ruso. Soy americano. Soy de un lugar donde no pasan estas mierdas. Y me voy a ir de aquí y no me volverás a ver el pelo». Pero también pensé que incluso pensarlo era una experiencia humillante, aunque era lo que sentía. Ya había tomado la decisión de irme. Era un cuidador de mierda para mi abuela y tampoco es que me estuviera dando la vida padre. Escribiría a Dima para preguntarle cuándo pensaba volver, porque tan pronto como regresara, yo me largaría. Aquel era un país terrible, y yo no estaba hecho para esto.

A la mañana siguiente me desperté con la mejilla muy hinchada, pero no parecía tener roto el pómulo. El dolor era horrible, pero fue peor la conmoción de mi abuela cuando me vio. Como no me había parado a pensar en una excusa tuve que hacerlo sobre la marcha. Unos días antes había visto a unos obreros de Asia Central jugando al fútbol en un solar al lado de Pechatnikov, así que le dije a mi abuela que me habían pegado un balonazo.

—Pues tiene muy mal aspecto —comentó.

Aquello tenía muy mal aspecto y yo tuve muy mal aspecto durante dos semanas enteras. Pero lo peor de todo creo que sucedió esa tarde. Decidí quedarme en casa, sin ir a El Molinillo, y ponerme hielo en la cara continuamente. A media tarde mi abuela y yo nos sentamos a tomar un té y escuchar el Eco de Moscú cuando oímos hablar a Elena entrevistando, quién lo iba a decir, a mi

hermano.

Una semana antes algunos manifestantes de un grupo llamado Septiembre se habían infiltrado en una obra de la nueva autopista Moscú-San Petersburgo. Yo sabía de esta obra porque Dima había participado en una licitación para construir gasolineras y había perdido. Los manifestantes colocaron sobre los bulldozers unas pancartas donde ponía que los bosques eran para la gente, no para los oligarcas —la autopista iba a atravesar un gran bosque al norte de Moscú, destruyendo una buena parte— e intentaron impedir que los obreros pusieran en funcionamiento las máquinas por cualquier medio, incluso echando azúcar en el depósito de combustible de los bulldozers y, aparentemente, destruyendo el motor. La respuesta: les dieron una paliza unos hinchas de fútbol pagados por la empresa constructora y al día siguiente aparecieron en los periódicos fotos de aquellos jóvenes manifestantes tan agradables, hombres y mujeres, atacados por matones con guantes de boxeo. Uno de los dueños de la constructora resultó ser un ejecutivo de RussOil que era también diputado del Duma por el Partido de Rusia Unida. La indignación fue tal que el diputado tuvo que hacer una declaración pública. Dijo que era un incidente lamentable, culpa de «algunos hombres de negocios que viven fuera» que, contrariados por «las operaciones del mercado libre», estaban intentando desestabilizar la situación. «Estamos en un estado de derecho donde se respeta la propiedad —dijo—. Cuando se estropea una propiedad por orden de un hombre de negocios extranjero lo que hay que hacer es aplicar la ley.» Parecía una referencia a mi hermano, pero al mismo tiempo me sonaba tan disparatado que me quité la idea de la cabeza.

Y ahora, ahí estaba Dima: en la radio, hablando precisamente de eso con Elena. Ella le preguntó si creía que los comentarios del diputado iban dirigidos a él.

—¡Es Dima! —grité.

—¿Qué? —dijo mi abuela, que no me entendió a la primera; luego dijo—: ¿Es Dima?

—¿Que si creo que se refería a mí? —decía Dima—. No tengo ni idea. Yo no sé leer la mente enferma de los representantes de este régimen enfermo. Pero creo que eso de desviar la culpa es el síntoma perfecto de lo enfermos que están. Así que mienten. O mienten, o se lo creen. Me importa poco.

—Eso es verdad —dijo mi abuela.

Yo me quedé de piedra. En primer lugar, porque me sorprendía enormemente que las acusaciones oficiales pudieran ser ciertas y que Dima hubiera organizado algo así como un ejército rebelde. En segundo lugar, por cómo hablaba: no me dio la impresión de que tuviera planeado volver a Moscú en breve.

Aquella noche Howard me mandó un mensaje de texto preguntándome qué tal iba y yo le pregunté si podía pasar a su casa y leer mi correo en su ordenador. Desde allí escribí a Dima, le dije que le había oído hablar en la radio y le pedí que me explicara cuáles eran sus planes y cuándo pensaba volver. No dije que me habían pegado un meneo con una pistola a la puerta del Teatr, porque seguramente diría que era tonto por haber ido. Respondió, de todos modos, diciendo que vendría a finales de octubre y que podíamos hablar entonces. Quedaba un mes entero. Pero me pareció que podría gestionarlo: la hinchazón bajaría y, cuando Dima volviera, le diría que quería irme.

Escribí al batería al que había subalquilado mi habitación y le dije que probablemente estaría de vuelta dentro de un mes o dos, para que fuese buscando un lugar al que trasladarse.

7

VAMOS AL BANCO

Y entonces, esperé. Esperé a que me bajara la hinchazón de la cara, esperé que pasaran los días, esperé a que volviera Dima para quedar liberado. Me violentaba mucho aparecer en El Molinillo con el aspecto que tenía, así que hice mi sesión con los alumnos desde la estafeta de correos de Estanques Limpios. Lo único que tenían era un montón de ordenadores viejos en el piso de arriba, en una habitación sin ventanas y con el ambiente muy cargado. Se pagaba por minutos el acceso a internet. No pasaba allí ni un minuto más de lo estrictamente necesario y, en consecuencia, estaba más tiempo en casa. Mi abuela no dejaba de repetir lo bueno que era tenerme allí. A veces me complacía que a ella le complaciera. Otras sentía remordimiento al pensar que había hecho falta una motivación violenta y no intencionada, por mi parte, para que esto ocurriese.

A finales de septiembre el tsunami de la crisis financiera llegó por fin a aquella isla de estabilidad. No hubo muchos avisos. Lo único que se oía era «isla de estabilidad», «isla de estabilidad», hasta que un día el rublo se desplomó, en comparación con el dólar y el euro. En cosa de una semana aumentó un diez por ciento el precio de todos los artículos que se podían adquirir en cualquier tienda de comestibles del vecindario.

La gente no tardó mucho en empezar a hablar de *krizis*: los liberales del Eco de Moscú, los propagandistas de los informativos de la televisión y, un buen día, hasta mi abuela. Yo seguía quedándome en casa y esperando que la cara se me pusiera bien del todo. Un día entró en mi habitación y me dijo:

—Andréi, tengo que preguntarte una cosa.

Me dio un librito que abultaba poco más que una tarjeta de crédito. Era de su banco, la caja de ahorros nacional, y en él figuraban todas las transacciones que había hecho en los últimos años. Los primeros apuntes de la cartilla estaban hechos a mano, y a partir de cierta fecha surgían otros, hechos con aquellos puntitos de las impresoras matriciales. En algún momento posterior los empleados del banco habían empezado a meter la cartilla en una impresora.

Mi abuela me la tendió, y me preguntó:

—Andriush, ¿cuánto dinero tengo?

Estudí el pequeño documento y vi que tenía doce mil algo: si eran dólares, era mucho dinero; pero si eran rublos, no era tanto. Al fin logré leer la letra pequeña, y vi que eran rublos.

—Tienes doce mil —dije.

—¿Dólares?

—No. Rublos.

Parecía alicaída. Luego dijo:

—¿Eso cuánto es?

En dólares, quería decir.

—Quinientos —respondí.

—¿Quinientos dólares?

Su expresión había cambiado: parecía sorprendida.

—Sí.

—Muy bien.

Cogió la cartilla y se fue. La consulta financiera había terminado. Pero regresó.

—Andriush. El dinero que tengo, ¿está en dólares, o en rublos?

—En rublos.

—¿Debería cambiarlo a dólares?

Ay. Los de la radio la habían asustado con aquella cháchara de la caída del rublo. Pero ya era tarde. El rublo ya había perdido una décima parte de su valor. Cuando le dije que tenía quinientos dólares, había redondeado la cifra. Al alza. Aquello eran, antes, quinientos dólares. Ahora ya eran cuatrocientos cincuenta. Pero podía recuperarse. De todos modos, no era mucho dinero. El trastorno de ir al banco y hacer todo aquello superaba con creces las pérdidas potenciales de otra posible devaluación. Esa era mi impresión. Durante un día o dos mi abuela se quedó tranquila, luego volvimos a vivir esa misma escena varias veces y, al cabo, decidió que no llegaba a nada preguntándome, se sentó en la cocina y se puso a hacer sus cuentas en una hoja de papel. Yo eché un vistazo y me pareció que no eran más que números que multiplicaba al azar.

Pasados unos días, un viernes por la mañana y con la cara ya más o menos normal, regresé triunfante a El Molinillo. Me lancé con voracidad a mirar las noticias de las elecciones en Estados Unidos, que estaban a sólo unas semanas: los rusos odiaban a McCain por su marcada tendencia militarista y parecían muy optimistas respecto a Obama, al que consideraban un americano razonable. En esas estaba cuando llegó un mensaje de Dima por el chat.

—Oye, ¿has ingresado lo del alquiler? No lo veo en mi cuenta.

—No. Lo siento. He estado ocupado.

—¿Lo puedes hacer hoy, por favor? El rublo se va a desplomar este fin de semana.

Dima había sido espabilado y había fijado la renta en dólares para proteger su dinero de las fluctuaciones de los cambios de divisas. Pero había un impedimento: Howard y los demás pagaban en rublos, al valor oficial que tenía la moneda el primer día del mes. Entre su pago y mi ingreso en el banco surgía el peligro: si el rublo caía antes de que yo llegara al banco Dima perdería dinero, y ya habían pasado nueve días desde el primero de mes. Y a Dima no le gustaba perder dinero.

—¿Cómo sabes lo del rublo? —le pregunté.

—Porque lo sé.

—He leído que el Banco Central está defendiéndolo con todas sus fuerzas.

—Oye, ¿puedes ingresar lo del alquiler, y listo? El lunes por la mañana ya verás que el rublo está jodido.

—Vale, vale.

—Gracias.

Pero yo estaba enfadado. Si tan importante era para Dima que su dinero estuviera ingresado puntualmente, tendría que haberlo organizado todo de tal manera que yo no tuviera que atravesar media ciudad tirando de mi abuela hasta llegar al HSBC. Además, no me apetecía explicarle a Dima que la semana anterior, con la cara hinchada, no me parecía buen momento para ir al banco a realizar una transacción que legal del todo no era.

Sin embargo, después de intercambiar aquellos mensajes, me pareció que podía hacerlo. Envié unos correos a los alumnos y me fui a casa.

Cuando llegué mi abuela estaba tomando un té en la cocina.

Siempre se sentaba de espaldas a la puerta, mirando a la ventana, y algunas veces no me oía entrar.

—¡Hola! —grité de modo que no se asustara.

Se giró y sonrió.

—¡Cu-cu! —respondió alegre.

Se había quitado la dentadura, y eso le daba un aire de infantil jovialidad cuando sonreía.

—¿Qué pronto has llegado. ¿Quieres que caliente la comida?

Y entonces me acordé. ¡Los ahorros de mi abuela! ¡Sus ahorros de toda la vida! No había vuelto a decir nada últimamente, pero si el rublo se desplomaba ella no me lo perdonaría nunca. Ni yo tampoco.

—Escucha —dije entonces—. ¿Quieres que cambiemos el dinero de tu cuenta de rublos a dólares?

—¿Qué?

—Tu cuenta del banco. ¿Quieres que la pongamos en dólares?

—¡Claro!

Quizá había olvidado el asunto de la devaluación, pero tenía fe en el dólar.

—Muy bien —dije—. Pues vamos al banco.

Mi abuela se colocó la dentadura, se puso sus mejores pantalones, un jersey, el abrigo rosa y un sombrero, y allá que fuimos. Su banco, el Sberbank, era el banco del Estado y estaba en la misma esquina, así que pensé que podíamos ir primero allí y luego a ingresar el alquiler a Dima. Cogí el dinero.

Pero el Sberbank estaba atestado de gente. Era una sucursal muy pequeña, con una fila de ventanillas y un espacio de espera mínimo, de un metro y medio de profundidad. Era imposible formar una cola, así que la gente se iba quedando donde podía.

—¿Quién es el último? —pregunté.

Un hombre de cincuenta y tantos años con gafas me dijo que era él.

—Y toda esta gente, ¿va delante de usted? —pregunté.

—Bueno, así es como funciona una cola —respondió.

—Entonces nosotros vamos detrás de usted —dije, para completar la transacción.

No había manera de calcular cuánto tardaríamos. Podía pedir al tipo que me guardara el puesto y acercar a mi abuela a casa, pero si la cola avanzaba más rápido de lo que yo había pensado tendría que ir corriendo a buscarla y llevarla de nuevo. Seguramente era mejor esperar. Estaba calibrando todas las posibilidades cuando oí que mi abuela daba las gracias a alguien. Una mujer le había ofrecido su asiento.

Entonces entró otra mujer, miró con estoicismo aquella cola tan larga, y preguntó quién era el último.

—Soy yo —respondí.

—Entonces yo voy detrás —dijo, y yo asentí.

—¿Por qué hay tanta gente? —pregunté al hombre que era el último cuando llegamos: me preguntaba si sabría él algo de la devaluación que se avecinaba.

—Los viernes es así siempre —dijo, y se quedó pensando un momento—. Bueno, y el resto de los días.

Esperamos más de dos horas. Cuando por fin nos tocó el turno un empleado agotado e irritable convirtió los ahorros de toda la vida de mi abuela, en rublos, a dólares, y nos dio una cartilla nuevecita.

—¿Ya está? —me preguntó mi abuela cuando nos dirigíamos a la salida.

—Sí —respondí—. Ahora tienes dólares.

Mi abuela, que iba agarrada a mi brazo, me dio unos golpecitos: estaba cansada, pero satisfecha. No era demasiado tarde para ir al banco de Dima, pero no podía hacerle eso a mi abuela. Estaba agotada. Volvimos a casa y yo pasé el fin de semana en El Moli consultando las páginas web de noticias, a ver qué decían del desplome del rublo. Sólo hablaban de la carrera presidencial estadounidense. Por si acaso, cerré el chat para que mi hermano no pudiera gritarme. Al final resultó que el rublo amaneció el lunes un poco más fuerte de lo que había cerrado el viernes. Aquella mañana, lo primero de todo, hicimos la excursión hasta el HSBC e ingresamos a Dima el dinero de la renta. Mi retraso le había hecho ganar algún dinero, aunque no pensaba echárselo en cara sobre todo cuando vi, dos semanas después, que el rublo tenía otro mal día —Mal Martes— y bajaba otro diez por ciento. Pero los ahorros de toda la vida de mi abuela habían pasado la tormenta prácticamente intactos.

Aquellas primeras semanas, después de que me pegaran en los morros, cada vez que salía de casa iba inquieto. Creía ver al tipo que me pegó y el corazón me daba un vuelco. ¿Debía ir corriendo a su encuentro y enfrentarme a él? Si lo hacía, ¿volvería a pegarme? Cuando eres consciente de que otra persona puede hacerte un daño físico sin previo aviso y sin que haya una provocación empiezas a ver las cosas de otra manera. Yo odiaba tener que salir durante aquellas primeras semanas, aunque tenía que ir a comprar comida. En un par de ocasiones salí también a correr un poco para no deprimirme demasiado. Esto, como he dicho, duró unas cuantas semanas y luego pasó. Me dejó de dar un vuelco el corazón cada vez que veía a un tipo alto y rubio en Sretenka o en El Molinillo. Y, de todos modos, no tardaría en irme.

Tenía la impresión de que Obama podía ganar. Comencé a mirar con esperanza mi regreso —justo cuando mi hermano volviera— a aquel país iluminado que había superado el racismo.

Entretanto, gracias a la devaluación del rublo, yo me había hecho más rico: ahora los capuchinos me costaban un veinte por ciento menos. Una o dos veces, después de la devaluación, hasta me pude comprar un sándwich. A vivir, Kaplan, que son dos días, me dije. A vivir.

8

MI ABUELA QUIERE UNAS ZAPATILLAS (de Bielorrusia)

Antes de la llegada de Dima hubo otra circunstancia que me volvió a cambiar el rumbo. Mi abuela anunció que necesitaba unas zapatillas de Bielorrusia. Que necesitaba unas zapatillas nuevas era verdad. Como todos los rusos, mi abuela se quitaba los zapatos al entrar en casa y se ponía las zapatillas. Como hacía un recorrido en bucle de todo el apartamento las zapatillas acababan por acumular un kilometraje importante, y eso se notaba. El asunto era que le encantaban las zapatillas que tenía, y creía que eran de Bielorrusia. Así que las nuevas tenían que ser también de Bielorrusia.

Pero no era sencillo. Había una zapatería en Sretenka, donde yo mismo me había comprado unas zapatillas bastante chulas, con la plantilla negra y un dibujo de rombos, pero no tenían nada de Bielorrusia. Lo intenté en alguna otra zapatería del barrio, pero salí con las manos vacías. Escribí a Dima y le pregunté de dónde eran las zapatillas de Bielorrusia de mi abuela y contestó que no tenía ni idea y que si no podía comprarle a mi abuela unas zapatillas normales. No, no podía, y lo cierto era que yo también me preguntaba por qué. Las zapatillas de mi abuela no eran nada del otro mundo. Había por ahí muchas zapatillas como las suyas, chinas, rusas o ucranianas. Pero ella insistía. Un famoso historiador definió en una ocasión a los soviéticos —*Homo sovieticus*— como «una especie cuyas habilidades más desarrolladas son la caza y la recolección de mercancías que escasean en un entorno urbano». Yo nunca había desarrollado esas aptitudes. Y no me parecía correcto que se me exigiera empezar a desarrollarlas en ese momento.

Acabé por confesar a mi abuela que me estaba resultando muy complicado encontrar zapatillas bielorrusas.

—¿Has mirado en el mercado que hay al lado del Estadio Olímpico? —preguntó.

No, no había mirado.

—Pues vamos para allá —dijo mi abuela.

Para allá fuimos.

El Estadio Olímpico estaba sólo a una parada de metro de nuestra casa. Lo habían construido para los juegos olímpicos de verano de 1980, los que había boicoteado Occidente por la invasión soviética de Afganistán, y en él se había celebrado el campeonato de boxeo, que ganaron los cubanos. En los años noventa se habían instalado allí un montón de tiendas de ropa, y en aquel momento volvía a estar en activo como estadio —al mes siguiente iba a tocar Metallica— y el amplio espacio que se abría ante él se había convertido en un mercado de ropa. Nosotros

llegábamos desde la parada de metro de Prospekt Mira (avenida de la Paz), cruzando una plaza enorme y caótica en la que había una iglesia, un McDonald's y una línea de tranvía que sí funcionaba y que la atravesaba por el centro. De cuando en cuando pasaba un tranvía y la gente tenía que apartarse para que siguiera su camino. Moscú era una locura.

Al final llegamos a un mar de puestecillos que recorrimos lo más rápido que pudimos, aunque mi abuela no tenía prisa. Me dio la impresión de que por una vez lo estaba pasando bien. Había un buen número de puestos donde vendían calzado, y mi abuela iba de uno a otro preguntando si tenían zapatillas de Bielorrusia; después de que le dijeran que no en unos cuantos se avino a probarse algún modelo de zapatillas que no fuesen de Bielorrusia. Cada uno de los puestos tenía un taburete donde podía sentarse a quitarse los mocasines para probárselas. Las vendedoras eran muy comprensivas. A fin de cuentas, uno se pasa la mitad de su vida en zapatillas. Elegir un buen par es una cuestión de importancia.

Mi abuela rechazaba todas las zapatillas que le enseñaban. A mí aquello me comía la moral, pero a ella no parecía afectarle. Supongo que eso era ir de compras. Luego, al cabo de una hora en ese plan, decidimos volver al metro. Pero yo no estaría narrando esta aventura tan emocionante de no ser por lo que nos sucedió después. Cuando íbamos cruzando la plaza donde estaban el McDonald's, la iglesia y la línea del tranvía, me di cuenta de que había dos chicas, adolescentes, que iban delante de nosotros con bolsas de gimnasio y patines de patinaje artístico. Parecían acaloradas, como si acabaran de patinar. En circunstancias normales yo no hubiera tenido la soltura de decirles nada, pero después de una hora viendo a mi abuela probándose zapatillas creo que había perdido toda la timidez. Saludé a las chicas y les pregunté si había una pista de hielo por allí cerca. Me dijeron que sí y señalaron hacia atrás, en dirección al estadio.

—Bordeas el estadio y bajas un poco y está ahí mismo, al otro lado de la piscina.

—¿Y juegan al hockey?

—Creo que por las tardes a última hora, sí.

Si aquello era cierto, si podía acceder por fin a una pista de hielo, quizá era la señal de que mi suerte iba a dar un giro importante, porque aquello estaba muy cerca de casa.

Fui al día siguiente cuando mi abuela ya se había acostado. En esa ocasión no me llevé la bolsa de Ikea llena de cosas. La entrada estaba al otro lado de la piscina, exactamente como me habían dicho las patinadoras. Aparcados a ambos lados, los consabidos guardias de seguridad de Moscú con sus trajes negros baratos. Cuando les pregunté dónde estaba la pista de hockey me señalaron hacia el pasillo, y cuando les pregunté si podía pasar se encogieron de hombros. Eso quería decir que sí. Entré en el vestíbulo, bajé unas escaleras, vi los vestuarios o las taquillas a mi izquierda y, al abrir una puerta de metal, surgió la pista de hockey. No era profesional, como la de Sokolniki, no tenía un graderío para miles de aficionados y, como estaba bajo el estadio, parecía una especie de pista clandestina. Pero era una pista de hockey, a pesar de ese olor mezcla de moho y sudor flotando en el aire frío y cerrado. Y en ella había unos tipos jugando al hockey.

Me pareció que había llegado el momento de comprobar cómo eran los vestuarios. Uno estaba cerrado con llave, otro vacío, y en el tercero vi dos chicos más o menos de mi edad. Uno alto, calvo y de ojos azules —después me enteré de que se llamaba Grisha— y el otro más bajo, algo mayor, con el pelo rubio oscuro y una mirada malévola, Fedia. Ambos estaban sentados en un banco, al lado de unas bolsas de hockey que aún no habían abierto, agarrando los palos. Eran jugadores de hockey.

Y otra vez sucedió lo mismo que la anterior. No querían dejarme jugar. Yo insistí. Dijeron que

no. No entendían quién era yo. Ya se me había quitado la hinchazón de la cara y llevaba dos meses hablando ruso continuamente, con lo que ya casi no tenía acento. Además, tenía que parecerles un tipo normal. ¿Por qué no tenía una red de contactos a los que pudiera pedir que me introdujeran en algún equipo? Grisha incluso se llegó a levantar y, frustrado ante mi negativa a marcharme, gritó:

—¿Quién eres y qué quieres?

—Quiero jugar al hockey, nada más —dije al fin.

Grisha se giró con un gesto de desprecio, pero Fedia, que era el que me había parecido malévolo, me dijo:

—Ven el miércoles. Trae quinientos rublos.

Le di las gracias y me marché de allí antes de que Grisha pudiera rescindir el acuerdo. Quinientos rublos habrían sido veinte dólares antes de la devaluación. Ahora eran diecisiete. Podía afrontarlo.

Aquel día era viernes. Pasé los cinco días siguientes imaginándome cómo sería jugar al hockey en Rusia. Luego me enteré. Cuando llegué, sonriendo, al vestuario donde estaban Fedia y Grisha, Fedia apenas levantó la vista y, sin decir ni siquiera hola me espetó:

—Tu equipo es el otro.

Y me envió al otro vestuario. Los tipos que había allí se apartaron un poco para dejarme pasar pero, por lo demás, no me prestaron la menor atención. Ya sobre el hielo los del equipo de Fedia y Grisha me sometieron a un nivel extraordinario de violencia física. Me engancharon, me empujaron por la espalda y me golpearon con el palo todos ellos, incluso el calvo grandón de Grisha. En un momento dado uno de los jugadores —que no era Grisha— me pegó tan fuerte con el palo en una pierna que ya no me pude contener, y le devolví el golpe. El tipo se enfadó de verdad e hizo como si me fuera a pegar en la cabeza. Ya no le hice caso: y no estaba jugando. Uno de los chicos de mi equipo le devolvió el golpe, y con ello yo obtenía la primera señal de reconocimiento por parte de los míos desde mi llegada.

El equipo de Fedia y Grisha era bueno. Llevaban camisetas blancas, todas iguales, y su cohesión era buena. Nuestro equipo no era así: llevábamos cada uno una camiseta diferente, ninguna de ellas de color blanco (nuestro guardameta llevaba una rojo vivo del estilo de las antiguas camisetas olímpicas de la era soviética, con las letras CCCP en el pecho) y no estaba bien cohesionado. Además, nos faltaba actitud. En mi primer cambio, cuando conseguí meter el disco en la zona de ataque y llevarlo a la esquina, Grisha me empotró desde atrás. El puck salió disparado. Mi extremo derecho, Anton, lo cogió e intentó golpear a mi extremo izquierdo, Oleg, en la zona de remate. Pero Oleg no llegó a tiempo: se le adelantó Grisha, que lo pasó con elegancia al extremo derecho: este se lo pasó a Fedia, que se lo devolvió al extremo, el extremo recorrió el muro como un tiro y marcó.

Nuestra línea salió del hielo; en cuanto llegamos al banquillo Anton y Oleg empezaron a discutir a gritos. Eran tipos grandones, de más de un metro ochenta, y unos años mayores que yo. Anton llevaba un jersey azul de Ovechkin de cuando Ovechkin jugaba en el Dinamo; Oleg llevaba un jersey rojo de Karlovy Vary y tenía una cara regordeta y afable.

—Pero ¿qué cojones has hecho, Oleg? —dijo Anton—. ¿Qué estabas mirando?

—*Blyad'*! —respondió Oleg—. ¿Qué cojones quieres que haga? Ponme el pase un poco más cerca del palo y entonces podré darle, copón.

Así todo el partido. Ninguno de los dos me gritó a mí: apenas parecían conscientes de mi

presencia. Pero siguieron gritándose el uno al otro.

En Boston, donde yo aprendí a jugar, los jugadores de hockey nunca se gritaban. En Nueva York era un poco diferente. En Long Island había una escuela de hockey donde eran más expansivos y los tipos hablaban peor... pero sólo a los del otro equipo. En Boston podían transcurrir en absoluto silencio un buen rato, patinando. Si un jugador del otro equipo te decía algo, lo que hacías era dedicarle una mirada de desdén y decirle: «Que te den». Si seguía hablándote podías salir patinando a toda velocidad o dejar caer los guantes y pegarte con él. Pero lo más habitual era que nadie dijera nada. Se limitaban a jugar.

Yo estaba francamente molesto. Creo que perdimos por seis o siete goles y, al acabar el partido, el ambiente en el vestuario era sombrío. A mí nadie me invitó a jugar el siguiente partido, y no fui. Pensé que era mejor no jugar al hockey que jugar con aquellos capullos.

Pero al miércoles siguiente estaba dispuesto a volver a intentarlo. Cuando llegué al vestuario, media hora antes del partido, con la intención de dejar clara mi presencia, nuestro guardameta ya estaba allí. Era un tipo pequeño y delgado, más o menos de mi edad, y muy buen arquero. No era culpa suya que el otro equipo fuese mucho mejor que el nuestro.

—Ah —dijo—. E-e-e-estás aquí.

Tartamudeaba un poco, y me hablaba con el *ty* en un tono bastante amistoso.

—Nos estábamos preguntando si volverías. No sé si te has dado cuenta, pero necesitamos un poco de vidilla allá arriba.

Aquello me hizo sentir una profunda gratitud, y me eché a reír.

—Por cierto, me llamo Serguéi —dijo.

—Hola, Serguéi —respondí, utilizando también el *ty*.

Nos dimos la mano. Salimos a jugar y volvimos a perder. A pesar de todo, a pesar de que me volvieron a enganchar y me dieron otra tanda de bastonazos, me sentí mejor sobre el hielo. Eran tipos muy violentos, pero no eran rápidos. Me podía tomar medio segundo extra para asegurarme de que cada uno de mis pases era atinado y luego prepararme para hacer el tiro. No fue nada extraordinario, pero comencé a tener conciencia de dónde estaba. Al acabar el partido, en el vestuario, uno de los chicos se acercó a mí y me dijo:

—¿Vienes el viernes?

Otra vez el *ty*.

—No sé. ¿Tú crees que debería? —pregunté yo también con el *ty*.

—Creo que sí.

—De acuerdo —respondí.

Estaba en el equipo. No era un buen equipo y normalmente lo superaba —en más de una ocasión, incluso lo humillaba— el equipo blanco, pero yo estaba en él. Uno de los chicos incluso me preguntó por mi bolsa de Ikea.

—¿Es cómoda?

—Me vale —mentí—. Las cosas que van dentro pueden respirar.

El chico asintió. Con gesto algo escéptico, pero asintió.

En cuanto a las zapatillas de mi abuela, unas semanas después de nuestra excursión fallida al Estado Olímpico iba yo por un paso subterráneo, de camino a una tienda deportiva para que me afilaran los patines, cuando vi a una mujer que vendía zapatillas. Me parecieron iguales que las de mi abuela.

—Disculpe —pregunté a la mujer—. ¿De dónde son esas zapatillas?

—De Gómel —me respondió.

—¿De Bielorrusia?

—Claro. ¿Por qué? Son igual de buenas que las rusas.

—No, si es perfecto —grité, para sorpresa de la vendedora.

Después de Chernóbil los bielorrusos eran muy sensibles en lo que concernía a sus productos. Le compré dos pares y los metí en la bolsa de Ikea. Mi abuela se quedó encantada, y se lo contó varias veces por teléfono a Emma Abramovna. Estoy seguro de que Emma Abramovna estaba impresionada.

Y entonces vino Dima.

9

DIMA VIENE A MOSCÚ

Todas las familias felices se parecen. La nuestra, obviamente, no era una familia feliz.

¿Qué habíamos hecho mal? Según la mayoría de los estándares cualquiera pensaría que lo habíamos hecho todo bien. Durante unos cuantos años, a finales de los setenta, los soviéticos dejaron emigrar a sus judíos. Primero enviaron a los delincuentes y a los críticos («¡Que roben y critiquen a los americanos!»), pero el número de delincuentes y críticos era limitado, y luego dejaron marchar a los programadores informáticos, como mi padre, y a las eruditas de la literatura, como mi madre. Mis padres no eran tontos. Cuando a uno le ofrecen la oportunidad de emigrar de un país pobre, decrepito, que se cae a pedazos, y marcharse a uno rico, poderoso y dinámico, la aprovecha. Ellos la aprovecharon. Rellenaron la solicitud, sobornaron a alguien que les dijo que les ayudaría, vendieron todas sus cosas y allá nos fuimos.

No fue fácil. Yo tenía seis años cuando llegamos y puedo afirmar que no fue fácil. Al principio estábamos con otra familia en un apartamento muy raro de Brighton, en el límite de la respetable Boston. Nos robaron la fianza. Con la primera nómina decente de mi padre nos compramos un coche gigantesco, muy feo. Con él recorriamos Brighton visitando a los amigos rusos de mis padres —todos sus amigos eran rusos— mientras yo dormía tirado en el asiento trasero.

Acabaron por adaptarse: mi padre pasó de un trabajo bueno a otro mejor y mi madre fue una de las pocas rusas del mundillo literario que encontró un trabajo en el mundillo literario. Nos mudamos: de Brighton a Brookline y de ahí a la aristocrática Newton. Pero durante todo ese proceso Dima se fue hundiendo en las frustraciones y limitaciones de nuestra nueva vida. Decía que los rusos con los que iban mis padres eran unos perdedores. Despreciaba a sus compañeros de clase, llamándolos imbéciles. Decía que siempre había odiado la Unión Soviética, pero al menos en la Unión Soviética había gente con la que se podía hablar.

La única persona que parecía gustarle era yo. Cuando empezó a ganar dinero con sus primeros trabajos —tuvo un empleo de dependiente en una gasolinera por el que recibía, según me contaba orgulloso, un sueldo y alguna propina— me traía regalos y me soltaba sus teorías sobre el capitalismo. Quería enrolarme en la batalla que había iniciado contra mis padres y contarme todos los pormenores de la mierda familiar (limitada).

Cuando Dima salió al mundo —se fue de casa en el mismo minuto en que cumplió dieciocho años: dejó a mis padres estupefactos cuando les dijo que no pensaba ir a la universidad y abrió su propia empresa (para crear no sé qué videojuego) antes de que terminara el año—, yo le contemplé con profunda fascinación. ¿Cómo era aquel mundo nuevo? ¿Qué podía esperar de él un

Kaplan? ¿Cómo podríamos vivirlo? No tenía ni idea. Mis padres eran buena gente, pero vivían en un gueto ruso. No sólo eran rusos sus amigos: todo el mundo era ruso. El médico era ruso, el dentista era ruso, el mecánico que nos arreglaba el coche era ruso, el payaso que venía a nuestra casa por los cumpleaños era ruso, el tipo que arreglaba el tejado era ruso. ¿Cómo coño conocían a tantos rusos? Yo sabía que aquel mundo, aquella comunidad cerrada, no era para mí. Era como si mis padres, aunque habían emigrado, lo hubieran hecho a otra Rusia. Una Rusia que había en Estados Unidos. Y Dima y yo tendríamos que emigrar de ahí al Estados Unidos real. Dima fue el primero que salió al mundo a averiguarlo. Hizo de avanzadilla para mí. Yo no tuve que hacer lo que hizo él —de hecho, en muchos aspectos hice exactamente lo contrario— pero de él pude aprender, al menos, qué posibilidades había. Hasta que tuve cerca de dieciséis años no había nadie en el mundo a quien yo admirase más.

Entonces murió nuestra madre. Se puso enferma cuando yo estudiaba segundo de carrera, se sometió a tratamientos terribles, y a pesar de todo murió dos años después, tras una agonía espantosa. Mi hermano estaba entonces en Nueva York, trabajando en Wall Street, y después del funeral se quedó una semana con nosotros en Newton. Todos estábamos conmocionados. Más, creo, de lo que creímos en el momento.

Sin mi madre era como si toda nuestra historia, el hecho de emigrar, nuestras propias vidas, no tuvieran el menor sentido. Ella había sido el centro de todo. Ella y Dima. En aquel momento nos dispersamos. Yo me fui a la universidad y mi padre vendió la casa y se fue a Cape Cod, donde acabó casándose con una estadounidense y formando otra familia. Y Dima dejó su trabajo y regresó a Moscú. Nunca supe si consideró aquel regreso como un reproche a mis padres o como un homenaje. Quizá las dos cosas.

No tengo ni idea de lo que hizo, por lo que tuvo que pasar, mientras se abría camino en lo que llamaron nuevo capitalismo ruso. Cuando venía a Estados Unidos, algo que hacía en contadas ocasiones, contaba sus planes siempre emocionantes e infalibles: había invertido en una empresa de demoliciones, anticipándose a la destrucción de los edificios de la era soviética; iba a comprar un almacén para guardar recambios de coches; se embarcaba en una tala de árboles de los bosques de las afueras de Moscú, para vendérselos a los noruegos... Cuando venía, a la siguiente ocasión, eran otras cosas. Con sus novias y sus esposas sucedía lo mismo. Se casó y se divorció antes de que yo acabara la universidad, lo repitió cuando estaba en la escuela de posgrado y ahora estaba de nuevo casado, por tercera vez.

Mentiría si dijera que había notado algún cambio en él a lo largo de los años. No lo noté. Era siempre el mismo. Pero a medida que iba sumando éxitos y acumulando posesiones se iba convirtiendo más en Dima. El Dima que yo había conocido de niño era impaciente, agresivo y apesadumbrado, rasgos que habían convertido los años de su adolescencia en un infierno en vida para él y para nuestros padres. Pero en Rusia encontró el terreno adecuado para esa forma de ser, porque era un lugar donde la agresividad y la impaciencia podían tener recompensa. Recuerdo que fui a verle una vez, poco después de entrar en la escuela de posgrado. Acababa de comprar entonces el apartamento donde vivía mi abuela, y lo estaba reformando. Los obreros habían hecho una tarea cuestionable: habían dejado un pequeño hueco entre el tabique y la última tira de tarima del suelo. Con «pequeño» quiero decir de seis milímetros. Yo nunca lo hubiera notado, si no me lo hubiera indicado Dima. Pero cuando el contratista (un ruso fornido con mono) vino a cobrar, Dima lo puso de vuelta y media. Le gritó que había hecho una mierda de trabajo y que no pensaba pagarle. «Tú y esos incompetentes que te has traído vais a volver mañana a rehacerlo todo», le

gritó. Y el contratista, cuya enorme panza quedaba más o menos a la altura del pecho de Dima, le miró como si estuviera pensando si le daba o no un puñetazo, e intentó mostrarse pacífico.

—¿Y por qué no quitamos las dos o tres que hay más cerca, y las arreglamos? —sugirió—. Va a quedar igual.

Dima olió la debilidad.

—Vais a quitar hasta la última puta tabla, ¿me entiendes, oso de mierda?

El contratista sacó pecho un momento y luego se desinfló. Debió de hacer sus cálculos: si pegaba un puñetazo a Dima, no le pagaría, podían detenerlo y quizá algo peor. Si un tipo tan canijo gritaba tanto era porque tenía las espaldas cubiertas.

—Muy bien —dijo el contratista en tono de derrota.

Al día siguiente sus obreros regresaron y rehicieron todo el suelo. El contratista parecía haber tomado cariño a Dima, que para entonces se había vuelto todo dulzura y luz.

—Nada de malos rollos, ¿de acuerdo? —dijo el contratista tendiendo la mano a Dima.

—Por supuesto que no —respondió Dima, y era sincero.

El contratista era Stepan, que ahora se había convertido en el encargado de mantenimiento de Dima y, en alguna ocasión (aunque un poco de mala gana), mío.

La fiereza de Dima acabó por imponerse en todas las situaciones complicadas inherentes al mercado libre ruso y Dima volvió, con cierto éxito, a la plataforma que había utilizado en su juventud para ganar dinero: las estaciones de servicio. Construyó una pequeña red de gasolineras, unas diez, en Moscú capital y en la región de Moscú, y comenzó a hacer dinero. Entonces anunciaron el proyecto de autopista entre Moscú y San Petersburgo, y con él una licitación para la construcción de estaciones de servicio. Era un contrato para mucho tiempo, veinte gasolineras y la oportunidad de subarrendar espacio para almacén a las futuras tiendas. Decenas de millones de dólares: un proyecto en el que Dima subiría de nivel. Y ahí empezaron sus problemas, porque no era el único interesado. Al final, perdió la licitación, que ganó nuestro viejo amigo RussOil, y Dima se quejó de que el proceso estaba amañado y empezó a montar follón. Eso era lo que yo sabía hasta el momento y, hubiera puesto la mano en el fuego, la razón por la que había tenido que salir del país.

Mi única esperanza era que hubiera podido arreglarlo de alguna manera —quizá su entrevista radiofónica era parte de una tensa negociación— y volviera por fin.

* * *

Cuando le dije a mi abuela que venía Dima, se asustó.

—¿Y dónde se va a quedar? —preguntó.

—En nuestra habitación —dije.

—¿En vuestra habitación?

Llevé a mi abuela a mi dormitorio para que viera las literas en las que dormíamos de pequeños. La noche anterior yo había jugado por primera vez al hockey y había dejado mis cosas esparcidas por el suelo de cualquier manera para que se secan. Y el resto de la habitación no era exactamente un modelo de limpieza y orden.

—¡Dima no se puede quedar aquí! —exclamó mi abuela, horrorizada.

—¡La mitad de esta cochambre es suya! —dije, y era cierto, pero no importaba—. Lo limpiaré

todo antes de que llegue.

—Muy bien —dijo mi abuela.

Al día siguiente —seis días antes de que llegara Dima— mi abuela entró en la habitación. Yo había limpiado una buena parte, pero para ella no era suficiente.

—Andriush —dijo—, he estado pensando una cosa. Quizá puedas dejarle esta habitación mientras está aquí.

—¿Y yo, dónde duermo? —protesté.

En teoría podría haberme alojado en la habitación de atrás, pero eso suponía que tendría que atravesar la habitación de mi abuela para ir al baño o a beber agua. Y a mí no me hacía ninguna gracia que me echaran de un puntapié de mi cuarto. Y para una semana.

—Esa habitación está bien para Dima —dije yo—. Le gustará.

—¿Estás seguro?

Y así hasta el infinito. Una tarde, cuando volvía de El Molinillo, vi que mi abuela había puesto la mesa para tres. Había sacado sus mejores platos y hasta la botella medio vacía de vino tinto que todavía guardaba en el frigorífico para ocasiones especiales. Yo no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí, y no habíamos progresado mucho en el afán de vaciarla.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Hoy llega Dima —respondió mi abuela, orgullosa—. ¿Tú conoces a mi nieto Dima?

—Sí, le conozco porque es mi hermano —dije—. Y viene el jueves.

—Bueno, y ¿qué día es hoy?

—Lunes.

—¿Estás seguro?

Ese día puse una nota en el frigorífico donde decía: «Dima llega el jueves», pero mi abuela la quitó.

—Ya sé cuándo llega Dima —dijo.

Así que continuamos con estas conversaciones hasta que llegó Dima.

* * *

Dima era mi hermano. Habíamos emigrado juntos, juntos nos habíamos aclimatado a la vida en América, juntos habíamos asistido al funeral de nuestra madre y juntos habíamos ayudado a nuestro padre a deshacer la casa. Habíamos tenido muchos desencuentros, pero era mi hermano. Siempre había sido mi hermano. ¿Con qué se construye una vida, si no es con gente y con tiempo? Gente que se multiplica con el tiempo. Pero la gente puede cambiar. Las circunstancias pueden cambiar. El dinero puede cambiar. El dinero puede cambiarlo todo.

Llegó por la tarde, en un vuelo de British Airways procedente de Londres. El día anterior mi abuela se lo pasó entero cocinando. Preparó *borsch*, *kotleti* y *kasha*. Dima solía comer muy poco: daba la impresión de que se mantenía gracias a un fondo inextinguible de energía nerviosa; pero cuando entró, tirando de su maleta con ruedas, con un abrigo gris precioso y unas botas de piel caras, se mostró enseguida dispuesto a comer algo. Y eso complació enormemente a mi abuela.

—¡Dima! Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, abuela —dijo Dima.

—Eres verdaderamente impresionante —insistió mi abuela, que parecía resplandecer: ¡había venido Dima!—. Te oímos hablar en la radio.

—Gracias, abuela —repitió Dima.

—Si ya te cortaras el pelo... —dijo mi abuela: Dima llevaba el pelo tirando a largo—. Y si vinieras a verme más a menudo...

—Pero es que ahora vivo en Londres.

—¿Qué? —Mi abuela no le había oído.

—¡Londres! —repitió Dima, más alto—. ¡Inglaterra!

—¡Ah! —dijo mi abuela—. Inglaterra. Sí. Es un sitio muy bonito.

Había olvidado por qué era importante la visita de Dima. Luego añadió, en tono triste:

—Si vinieras a verme de vez en cuando. Nadie viene a verme nunca.

—Ahora estoy aquí —dijo Dima.

—Sí —dijo mi abuela con el mismo tono de tristeza.

Dima se terminó el *borsch* y vio que mi abuela ponía un poco de agua a cocer. Miró un momento la tetera y luego a mí, con expresión acusadora.

—¿Dónde está el hervidor eléctrico?

—¿Qué? —dije yo.

—Abuela —dijo Dima—. ¿Qué has hecho con el hervidor eléctrico que te traje?

Mi abuela lo miró con pinta de no entender nada.

Dima se levantó. Empezó a abrir las puertas de todos los armarios de la cocina. Al fin, en uno de ellos, oculto detrás de unas ollas, encontró un hervidor eléctrico nuevo y lo sacó.

—Se lo compré porque quemó las tres últimas de esas —dijo Dima señalando la tetera en la que había puesto a hervir el agua hacía un momento, y apagó el fuego—. Abuela: te traje este porque es más sencillo de usar.

—Pero no me gusta —respondió mi abuela—. Es muy ruidoso.

—¿Que es muy *ruidoso*? —Dima estaba prácticamente gritando; meneó la cabeza—. Es más seguro, abuela. Tienes que usar este.

Dima lo puso en la encimera. Me di cuenta de que estaba examinando la cocina.

—¿Dónde está el cubo de la basura? —preguntó.

—¿Qué? —dije yo—. Debajo del fregadero.

Dima miró debajo del fregadero, donde mi abuela tenía un cubo de la basura pequeño, tan pequeño que normalmente se colmaba en un día, o dos veces al día. No importaba porque el contenedor no estaba lejos de casa y yo me alegraba de tener un motivo para salir cada vez que hacía falta vaciarlo.

—Abuela —dijo Dima a continuación—. ¿Qué hiciste con el cubo de la basura que te traje?

—No me acuerdo —dijo mi abuela, un poco terca.

Entonces Dima empezó a buscar el cubo de la basura. Mi abuela y yo nos quedamos sentados como dos niños pillados en falta. Al final llegó Dima —venía de la habitación del fondo— con un cubo de basura enorme, moderno, de acero inoxidable.

—Estaba en el armario de la habitación del fondo —me dijo; y a mi abuela—: Abuela, este cubo de basura es muy bueno. En él no entran bichos (en agosto solían entrar moscas en la cocina) y queda muy bonito.

—Pues a mí no me gusta —dijo mi abuela—. Ocupa mucho sitio.

—Cabe perfectamente aquí —dijo Dima, poniéndolo junto al frigorífico: quedaba perfecto.

—¿No vas a tomar un poco de té? —preguntó mi abuela.

—No me da tiempo —respondió Dima, y luego, dirigiéndose a mí, dijo—: Tengo que escribir unos correos. ¿Quieres que tomemos algo después?

Claro que quería. Dima sacó enseguida su portátil, lo puso en la mesa de la cocina y empezó a aporrearlo. Por lo visto su ordenador se enganchaba a la red de los soldados sin la menor dificultad. Recogí los platos de la cena y mi abuela, después de dos intentos de captar la atención de Dima, se fue a su habitación. Cuando Dima anunció que había terminado su tarea y me preguntó si estaba listo sentí, al decir que sí, que traicionaba a mi abuela al elegir irme con él en lugar de quedarme con ella. Pero, la verdad, estaba deseando salir. Me acerqué al dormitorio de mi abuela, asomé la cabeza y le dije que volvería dentro de una hora. Estaba tumbada en la cama leyendo a Chéjov. Sin darse la vuelta me dijo adiós con la mano.

Ya era de noche, y Dima sugirió que fuésemos al club de striptease que había encima de la librería.

—¿Has estado ya? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Bueeeeno —dijo, con un marcado tinte de decepción—. *Nuuuuu*. Tienes que cambiar de vida.

Salimos. Se me hacía raro ir caminando por la calle con Dima. Era delgado, menudo, elegante y tenía el pelo oscuro y la nariz semita. Era todo lo contrario de aquellos hombres eslavos, grandones, desgarbados y con la cara aplastada con los que nos cruzábamos en nuestro camino. Y lo contrario al ruso típico; era el antirruso, y sin embargo encajaba allí. Sabía que no le gustaba a nadie, y eso lo dejaba tranquilo.

El club de striptease se llamaba Caballeros de Fortuna (era el título de una película rusa) y constaba de dos grandes salas: la primera estaba decorada como si fuera un café, con mesas y sillas y chicas con los pechos al aire sirviendo bebidas; la segunda era un espacio abierto con bancos junto a la pared donde se sentaban los hombres para ver bailar a las chicas. Las chicas parecían tener entre diecinueve y veinticuatro años, rubias de ojos azules o morenas de ojos castaños: eran de diversas nacionalidades aunque homogéneas en cuanto a talla, esbeltas, menudas y muy atractivas. A mí me resultaba incluso perturbador comprobar lo atractivas que eran todas, el buen aspecto que tenían. Nos sentamos en la sala del café, Dima pidió una bebida muy cara y yo una cerveza y luego, mientras yo me esforzaba por ignorar a aquellas muchachas con el pecho desnudo, él me habló de lo que estaba sucediendo con sus negocios. Y a medida que él hablaba yo me fui olvidando de las chicas.

—Lo cierto —me explicó Dima— es que me quitaron de en medio. Les puse una demanda y exigí que se auditara la licitación de la autopista, y eso no les gustó. Mis gasolineras empezaron a sufrir el acoso de la policía tributaria. Intenté ponerme en contacto con gente que conozco en el Kremlin, pero dejaron de responder a mis llamadas. Los de Hacienda me cerraron las gasolineras. Ahora están todas precintadas por la policía, con esas putas cintas. Como si hubiera habido un asesinato. Y tuve que irme para evitar un proceso penal: todavía tienen el caso abierto, por si lo necesitan.

Se detuvo para ver el efecto que aquello causaba en mí.

—No pinta bien —respondí.

—No, para nada. Ahora que me tienen cogido por los huevos se quedarán con mis gasolineras. Y si no paro, iniciarán el proceso penal. Así que me largo.

—¿Qué?

No le entendía.

—Que no voy a volver. Se acabó. Ya no pinto nada aquí.

Esto no me lo esperaba.

—¿Que te largas?

—Claro. ¿Qué quieres que haga, si no?

—No tengo ni idea. —No tenía ni idea—. ¿Quedarte? ¿Luchar?

—¿Y acabar en la cárcel, como Jodor?

Jodor era Mijaíl Jodorkovski, el oligarca que se quedó y luchó y fue a la cárcel. Cinco años.

—No, gracias.

—Muy bien —dije.

Sobre aquel punto no podía discutir con él.

—Entonces, vamos a ver. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó Dima.

—¿Aquí? Pensaba quedarme hasta que volvieras, y pensaba que ibas a volver pronto.

Mi voz adquirió un tinte patético de reproche, por mucho que traté de evitarlo.

—Ya le he dicho a mi inquilino que necesito la habitación.

—Vale, estupendo —dijo Dima—. ¿Y sigues con esa intención?

—Pues... no lo sé. ¿Por qué?

—Porque las facturas de mis abogados son una locura, y tengo que empezar a liquidar activos.

Y voy a empezar por los que están menos devaluados ahora mismo.

—Bien. No sé qué tiene eso que ver conmigo.

—Los activos que menos devaluados están son las propiedades inmobiliarias —dijo.

—¿Qué? ¿El apartamento?

Fue más cómo lo dijo que lo que dijo: por eso me di cuenta de a qué se refería. Dima asintió, y yo le pregunté:

—¿No han bajado también?

—No tanto como el resto de bienes. ¿Tú has consultado el MICEX?

—¿Qué es eso?

—La bolsa, profesor. Ha bajado un ochenta por ciento. ¡Un ochenta! Los pisos han bajado como mucho un diez, un quince por ciento. No puedo mover las acciones mientras no se recuperen un poco.

—Pero no puedes vender el piso de la abuela. No es tuyo.

—Bueno, lo cierto es que sí es mío. Está a mi nombre y tengo un poder de representación. Y es lo mejor para ella. Esas escaleras... no va a poder subirlas mucho más tiempo. Y si lo vendo tendremos algo de dinero para pagar a alguien que se ocupe de ella.

—Ha vivido en ese piso casi toda su vida.

—¿Y eso qué tiene que ver? No se acuerda de lo que ha desayunado.

—Pero sabe dónde están las cosas. Ahí se orienta.

—En el sitio al que vaya lo pondremos todo igual, en los mismos sitios. Como donde Emma

Abramovna.

Me quedé pensativo un momento.

—¿Y por qué no vendes tu apartamento?

—Lo voy a vender también —respondió Dima—. Pero el comprador que tengo quiere los dos pisos, para unirlos. Está dispuesto a pagar un poco más.

—Ni hablar. No puedes hacer eso a la abuela.

—¿Que no puedo? —Dima me miró como si tuviera algo en la nariz—. Perdona, pero seguramente me he perdido todas tus contribuciones a los gastos de la abuela en salud y bienestar. ¿Por qué te los callas? —Hizo una pausa, como si esperase respuesta—. Ah, ¿no los callas? Entonces será que no has estado aquí todo este tiempo, que no has puesto los pies en este país en no sé cuántos años y que no te has enterado de lo que ha pasado. Ya me parecía.

Se arrellanó un instante en el asiento, con su bebida cara. Había pedido que le pusieran cáscara de naranja. Era mucho mayor que yo: tanto, que nunca habíamos peleado como lo hacen los hermanos. Y de todos modos, tampoco era el tipo de hermano con el que uno pelea. Era todo cerebro, y su cerebro estaba dedicado a obtener el máximo beneficio y a demostrar que tenía razón. Y en este caso la tenía. Yo había estado en Estados Unidos todo ese tiempo. Mi abuela había descendido a las profundidades de la senilidad en mi ausencia. Y que yo hubiera llegado, de repente, en el último momento no cambiaba nada. Le pregunté entonces:

—¿Cuándo piensas hacer la operación?

—Lo antes posible. Si te marchas en torno al día de Acción de Gracias, perfecto. Creo que me darían trescientos. Tendría que coger cien para pagar a los abogados. Los otros doscientos mil los depositaría en un fondo para la abuela: para alquilar otro piso, contratar a una enfermera que viviese con ella y pagar los gastos médicos que tendrá en los próximos años. Si gasta en torno a tres mil al mes, serán... qué, sesenta y seis meses: cinco años y medio. Es mucho tiempo.

—Claro —dije.

Mi abuela no viviría cinco años y medio más.

—La mitad de ese dinero es tuyo, y espero poder devolvértelo dentro de dos o tres años. Podemos firmar un contrato.

—No necesito dinero.

—Muy bien, señor Millonetis. Ya cruzaremos ese puente.

Me quedé callado. Estaba deseando irme de allí, pero esto era otra cosa: si yo me marchaba, mi abuela tendría que irse a vivir a cualquier parte.

—¿Qué te parece? —preguntó Dima.

—No lo sé —dije—. Tengo que pensarlo.

—Muy bien —dijo Dima—. Piénsalo.

Entonces hizo un gesto que no entendí y una de las chicas se acercó a nosotros y se sentó en las rodillas de Dima. Llevaba los pechos al aire y no había duda de que conocía a Dima. Él le susurró algo al oído y la chica se rió. Entonces Dima se volvió a mí y dijo:

—Dice Vera que tiene una amiga que quiere conocerte. ¿La invitamos? —Y luego añadió, en inglés—: Esto lo pago yo.

Una parte de mí quería aceptar su oferta, pero la otra no. De todos modos, las noticias de Dima me habían dejado bastante confundido. Di las gracias a Vera y Dima y dije que me iba a casa. Dima se encogió de hombros.

—Pues te veo allí —dijo, y ese fue el final de la conversación.

Al volver a casa di un rodeo para aclararme las ideas. Empezaba a refrescar por las noches. Yo llevaba un jersey y un abrigo de entretiempo, pero ya no era suficiente. Hasta no hacía mucho estaba deseando irme de allí. Pasé por los cafés caros que no me gustaban, Hugo Boss, el teatro experimental... estaba empezando a acostumbrarme a aquel lugar. Y puede que hasta hubiera encontrado dónde jugar al hockey. Pero tal vez aquello fuese lo mejor: en el fondo, no era el mejor cuidador del mundo para mi abuela.

¿Pensaba yo que Dima tenía que quedarse? Quiero decir, entre ir a la cárcel y largarse, estaba claro que tenía que irse de allí. Pero a mí eso no me convenía. No del todo. Dima siempre tenía una justificación moral para su afán de hacer dinero. No había venido a Rusia sólo a forrarse: había venido a construir un sistema capitalista, demócrata, una nación moderna. Era el continuador del proyecto que habían empezado los grandes disidentes soviéticos a los que tanto admiraban mis padres. Por eso se le veía en Facebook tan subidito y tan poderoso, o cuando le entrevistaba Elena en el Eco. Por eso podía acostarse con las chicas del club de striptease y seguir considerándose un tipo decente, porque estaba construyendo la nueva Rusia. Y claro, tenía que soltar un poco de vapor. Ahora se largaba de allí, y eso también era correcto. Pero si la idea era construir algo... Algo que, por cierto, seguía en construcción... ¿significaba eso que nunca había sido construido nada?

Tal vez yo no estaba siendo justo. Pero veía lo mismo en la universidad. La gente venía a Rusia, entrevistaba a los rusos, escribía artículos y libros y luego conseguía un trabajo, un puesto, o ganaba el premio Nobel y ¿qué sacaban los rusos de todo aquello? Todo aquel dinero que tenían los rusos no venía de Dima, que había llegado a instalar sus gasolineras por todas partes. Y desde luego no venía de los académicos ni de sus artículos. Venía de Tío Lev y del gran desertor judío italiano Pontecorvo, que buscaban la maldita constitución molecular del crudo. No había venido nadie de Estados Unidos a enseñar a los rusos a buscar petróleo. Lo buscaron los rusos, ellos solos.

Cuando llegué a casa mi abuela estaba en la cocina, en camión, tomando una taza de té. Se había quitado la dentadura y cuando me senté a la mesa frente a ella me dedicó una sonrisa desdentada. A mí me parecía que estaba muy mona sin los dientes. Era como un bebé anciano, sabio y de pelo gris.

—Andriush —dijo—. Ya estás en casa. Estaba preocupada. ¿Dónde has estado?

—Salí con Dima.

—¿Dima? ¿Está aquí?

—Sí.

—Es mi nieto, ya sabes —dijo mi abuela en tono triste—. Ahora vive en Londres.

—Ya lo sé —respondí.

—¿Tienes hambre? —preguntó—. Hay tortitas con mermelada. ¿Quieres una?

Hizo ademán de levantarse de la mesa, pero se lo impedí.

—Yo las traigo —dije.

Tenía las tortitas en el alféizar de la ventana, que era como una fresquera, en un plato de aluminio y tapadas con otro plato; mi abuela no tenía Tupperwares. Me puse dos tortitas en un plato y volví a la mesa. Mi abuela se tomaba el té despacio, metódicamente.

Dima y yo acabábamos de gastarnos no sé cuánto dinero en copas. ¿Treinta dólares? Y Dima,

no cabía duda, se iba a gastar bastante más. ¿Cuál sería la tarifa de Vera? ¿Doscientos dólares? ¿Quinientos? No tenía ni idea, pero quinientos dólares me parecía una cifra posible. Los ahorros de mi abuela.

—Mi madre hacía estas tortitas —dijo de pronto mi abuela—. No era buena cocinera. Era bailarina, y jugaba muy bien al ajedrez. Era una de las mejores ajedrecistas de Moscú.

En la vida había oído aquello.

—Sí —dijo mi abuela—. Tenía mucho talento, aunque no le gustaban los niños. Pero de vez en cuando, cuando volvíamos del colegio y ella estaba en casa, nos hacía estas tortitas.

Mi pobre abuelina, pensé. Una vida tan larga, y aún se acordaba de las tortitas de su madre...

No era bueno que estuviese sola. Y eso pasaba porque habíamos emigrado. No pensé en ello en su momento, porque entonces era para mí una gran aventura, pero al marcharnos habíamos provocado una brecha generacional. Habíamos abandonado a mi abuela. A mí me costó tiempo desenmarañar todas las implicaciones de nuestra decisión. Pero aquel éxodo, más que cualquier otra cosa, había sido la gran tragedia de la vida de mi abuela.

—¿Quieres jugar a los anagramas? —le pregunté.

Abrió los ojos de par en par.

—¡Claro!

Jugamos tres partidas. Me vapuleó. Nos fuimos a dormir. No sé cuándo llegó Dima: no me enteré.

* * *

A la mañana siguiente escribí al batería y le dije que había cambiado de planes, y que si no había tomado ya otra decisión al respecto, podía quedarse. Me respondió enseguida diciendo que no, y se mostró encantado de poder quedarse.

Decírselo a Dima fue más complicado pero —algo raro en mí— decidí no posponerlo. Le dije que quería quedarme unos meses más, que estaba empezando a acostumbrarme a aquello y que no creía oportuno llevar a mi abuela a otro sitio si yo seguía allí. Se lo tomó mejor de lo que yo esperaba.

—Muy bien —dijo—. Si estás aquí para ayudarla a subir las escaleras, nos ahorramos una cuidadora. Estupendo. Pero si la casa se devalúa cogeré ese dinero de tu mitad.

—Vale —respondí.

Dima se quedó en Moscú una semana entera. Hicimos algunos recados y vimos juntos los resultados de las elecciones y el discurso de Obama en su ordenador, pero por lo demás apenas lo vi. Entraba y salía como si fuera un fantasma, muy temprano por las mañanas o muy tarde por las noches. Evitaba a mi abuela, creo. Y me parece que ella se dio cuenta. Cada vez que lo veía le decía:

—¡Dima! Estoy muy orgullosa de ti. Has hecho una gran carrera. ¡Te oímos hablar por la radio! Tendrías que venir a verme más. ¡Aquí estoy!

—Abuela, tengo que irme —dijo Dima mirando el teléfono mientras se ponía el abrigo, las botas y el sombrero—. Ya hablaremos de esto, ¿vale?

—¿No te puedes quedar un poco más? —decía mi abuela—. Y jugamos a los anagramas...

—Ahora mismo no puedo.

—¿Una partidita?

—No puedo.

—Nunca puedes.

—¡Estoy muy ocupado!

Y cuanto más presionaba ella, más se apartaba él. Me di cuenta de que esa era la dinámica. Dima creía que mi abuela le hacía un reproche, y minimizaba o ignoraba el tiempo que había pasado con ella a lo largo de los años, las atenciones que le había dispensado. Pero ella lo único que hacía era formular un deseo y —ahora lo veía claro— trataba de pensar en algo, lo que fuese, para seguir hablando. Dima estaba allí, ¿qué le decía? Lo primero que se le venía a la cabeza, que siempre parecía un reproche. Lo único que buscaba mi abuela era trabar conversación, lograr que él se demorase unos minutos más, que participara.

Lo vi claramente, y me entristecí. Quizá yo podía hacer las cosas de otro modo. Dima se iba a ir, pero yo me iba a quedar.

SEGUNDA PARTE

1

EMPIEZA A HACER FRÍO

Cuando se fue Dima empezó a hacer frío. Primero un poco, pero era soportable. Después un poco más, y luego empezó a hacer mucho, mucho frío.

No era un frío húmedo, y tampoco hacía mucho viento. No era más que puto frío. Diez o doce grados bajo cero era lo normal. Si bajaba otros diez grados, ya era duro. Pero en cuanto subía a cinco bajo cero la gente se desabrochaba el cuello del abrigo y se quitaba el gorro.

Un día cualquiera, antes de salir de casa, uno se tenía que hacer esta pregunta: «¿Moriré congelado?». A cualquier sitio que fueras tenías que acabar por caminar algún trecho. La ciudad era muy grande. Las calles eran muy anchas. Ibas andando por ellas y no había ningún rincón caldeado donde meterse. ¿Y si te caías? ¿Y si te perdías, o no querías seguir andando? Durante el sitio de Leningrado, en la guerra, la gente se caía por la calle, se moría de hambre y de frío, y eso era todo. Los demás seguían caminando, les pasaban por encima. Hasta que venía alguien a recoger los cuerpos congelados.

Al cabo de una semana con ese frío me di cuenta de que el abrigo de invierno que en Nueva York me había ido bien allí no me protegería, y con permiso de mi abuela hice una batida en el armario de la habitación del fondo. Allí, para mi sorpresa, había una *telogreika* verde: la palabra significa, literalmente, «calentador de cuerpo». Yo las había visto en alguna foto antigua: las llevaban los obreros soviéticos, incluso en el Gulag. Eran unas chaquetas con forro verde y un relleno acolchado, de guata. Pero, sobre todo, calentaban. Tío Lev debió hacerse con ella cuando trabajaba buscando petróleo, en un tiempo en que era más joven y robusto, porque cuando me la puse me ajustaba perfectamente. Ya tenía abrigo de invierno. Aunque era cierto que me daba un punto hípster. Encontré también una mochila roja de marcha con la palabra C[O]PT en la parte de atrás en la que, con algo de creatividad, podía embutir todos los chismes de hockey. Dejé de usar la bolsa de Ikea y a partir de ese momento iba a jugar la partida de hockey con una mochila rusa roja y estupenda.

No tardé en aumentar la frecuencia de mis entrenamientos. Todos los miércoles y viernes el equipo blanco le daba a nuestro equipo unas palizas impresionantes, pero yo no me cansaba. El equipo blanco me deslumbraba. Individualmente, ninguno de sus jugadores era extraordinario, pero llevaban mucho tiempo jugando juntos y sabían cómo aprovechar toda la pista. Su salida (desde la zona defensiva) no se parecía a nada de lo que yo había visto hasta entonces. Cuando yo era pequeño nuestras salidas eran simples: si el defensa conseguía el puck en la zona de atrás, los extremos esperaban cerca de la línea azul y, si no estaban cubiertos, recibían el primer pase y lo

redirigían al centro o al muro; si, por el contrario, los extremos estaban cubiertos, el centro regresaba a la portería, recibía un pase corto del defensa e intentaba salir desde ahí. El equipo blanco solía jugar más largo: enviaban a sus extremos a la línea azul del contrario y luego les hacían girar hacia el puck; el defensa golpeaba el puck y se lo lanzaba al extremo, que venía de regreso, y el extremo lo redirigía al centro, que salía de la zona. En muchos aspectos era el mismo juego —el defensa pasaba el puck al extremo, que se lo pasaba al centro— pero en esta variante el centro recibía el puck unos cuantos pasos más allá que en la salida a la que yo estaba acostumbrado. Sin embargo, tanto los jugadores como el puck recorrían una distancia mayor, lo que en sí mismo tenía un gran valor porque dispersaba la defensa y hacía más difícil defender el ataque que venía a continuación. Y exigía una extraordinaria habilidad en los pases, tanto para darlos como para recibirlos. Con una única excepción —un joven delantero regordete, llamado Aliosha— los blancos no eran rápidos, pero todos daban buenos pases. Aliosha jugaba con Fedia, al que yo había conocido el primer día que fui y luego me enteré que era el dueño de una pequeña cadena de restaurantes en el centro de la ciudad y, en consecuencia, un tipo habituado a tratar con organizaciones delincuentes o semidelincuentes de toda índole. Fedia tenía un sentido sobrenatural para detectar dónde estaban los demás. Quizá lo había desarrollado mientras miraba si venía la policía, y ahora lo aprovechaba para pasar el puck a Aliosha tranquilamente, sin trabas, con increíble precisión. Y entonces Aliosha marcaba. No lográbamos pararlos.

Pero yo quizá pudiera hacerlo. Eso creí, que podría pararlos si mejoraba. Cada vez que alguien me hablaba de otra pista, si jugaban por la noche, allá iba.

—Los sábados por la noche juegan cerca del cine Kyrgyzia —dijo un día Ilia, uno de nuestros defensas—. Trescientos rublos. ¿Te vienes?

Me fui. La pista estaba en las afueras de la ciudad, en la última parada de la línea amarilla, justo al pasar el cine. Los vestuarios y las taquillas se encontraban en una pequeña caseta, en el aparcamiento. No había duchas. Pero el hielo era bueno, el precio la mitad que en el Estadio Olímpico y los tíos, afables: más sencillos, más pobres, alguno con dientes de oro. Se reían mucho, estaban deseando irse a sus dachas (incluso en lo más duro del invierno) o a tomar una cerveza. Después encontré otra pista donde jugaban los lunes: en el Instituto de Cultura Física, que era —me enteré después— la cuna del hockey soviético. La pista estaba decrepita, la calefacción de los vestuarios dejaba mucho que desear y bordeando el vallado de la pista había una hendidura de varios milímetros de ancho: si el puck se caía allí tenías que ir a pescarlo, pero a mí no me importaba. Yo quería más hockey. No tardé en pasar seis noches a la semana jugando al hockey. El puck empezó a pegarse a mi paleta. El hielo llegó a parecerme un entorno más natural que el suelo.

Yendo a un sitio y a otro a jugar al hockey vi las cosas más extrañas. Una vez que salías del centro de la ciudad —que, estoy seguro, tenía sus propias peculiaridades—, una vez que te alejabas de las inmediaciones del Kremlin, era como si desapareciera la civilización. O más bien como si allí se hubiera instalado otra civilización, la soviética, como los glaciares de la Edad de Hielo, y hubiera levantado unas torres de apartamentos inmensas, de doce, catorce o dieciséis pisos de altura, algunas de ellas ocupando toda una manzana y otras con la fachada tan larga que el constructor había tenido que curvarla, como para adaptarla a la curvatura de la Tierra. Luego, igual que los glaciares, aquellas muestras de la civilización soviética se apartaban: una nueva civilización había tomado el control de aquellos bloques decrepitos y había erigido sus propios monumentos. Garajes, centros comerciales gigantescos y horrendos, espantosos mercados que

parecían laberintos del tamaño de un aeropuerto. Pero a todo aquello se añadían las pistas de hockey. Para ir a la del lunes tenía que coger el metro hasta el final, subirme a un trolebús abarrotado, caminar por un paisaje semiapocalíptico junto a una autopista elevada y una inmensa conducción de gas que iba por encima del suelo y al fin llegaba a la pista, que estaba en una especie de nido formado por bloques de apartamentos, como si fuera clandestina.

Allí había calles y aceras, pero la mayoría de los coches y los peatones las ignoraba. Todos los espacios que había entre los bloques de apartamentos se habían convertido en calles. Si no era una casa, era una calle, si no era una calle, era una casa. Y eso era todo.

Era muy revelador ir a zonas como aquella, fuera incluso del extrarradio de la ciudad: había que coger el metro hasta el final de la línea, luego un autobús y, por último, andar todavía por un paisaje yermo. Así vivía la mayoría de los habitantes de la ciudad. Las distancias eran increíbles. No me sorprendía que estuvieran siempre de un humor de perros.

Nunca me sentí inseguro yendo a estos sitios, aunque siempre me encontraba algún borracho o una banda de adolescentes buscando bronca. Estaba todavía un poco sensible porque me habían pegado en la cara con una pistola. Pero para empezar, el tipo que me había pegado se bajó de un SUV negro de Mercedes: no había muchos de esos saliendo de los patios de las afueras de Moscú. Allí se veían más muestras de lo que había sido el gusto tradicional de los rusos por la fabricación casera y adónde les había llevado aquello: fundamentalmente, a construirse coches que parecían un Hyundai o un Ford compacto barato. Por otra parte, llevaba en la mano un palo de hockey, y sabía cómo usarlo. Así que seguí yendo, jugando y mejorando.

Pero aun así no lográbamos vencer al equipo blanco. Eran tantos... daba igual lo rápido que fuese yo: el puck siempre era más rápido. Y no ayudaba que mi equipo fuera tan malo. Recuerdo una vez, en esa época —una época en la que yo estaba, probablemente, en la mejor forma de mi vida después de la universidad— que cogí el puck en la zona neutral y vi acercarse a Grisha. Envié el puck contra el vallado, esquivé a Grisha y recuperé el puck por el otro lado; pero entonces Sasha, el compañero de Grisha, el jugador más violento de su equipo (Grisha era el más sucio, nada más) vino hacia mí. No veía manera de escapar. Justo antes de que él tocara me las arreglé para lanzar el puck entre sus piernas a mi extremo derecho, Anton, que estaba bloqueando, pegado a mí. Sasha me lanzó a mí contra el hielo, pero Anton estaba allí, solo. Entonces lo golpeó él. Avanzó, logró el control del puck y, cuando el guardameta se agachó, lo lanzó sobre la red.

—¿Por qué cojones has hecho eso? —le preguntó Oleg, mi extremo izquierdo, cuando volvimos al banquillo.

—Estaba intentando lanzarlo sobre él —respondió Anton.

—Tienes que tirarlo contra la red, gilipollas.

—¡Lo estaba intentando! ¿Y tú, dónde estabas? A Andréi lo estaban jodiendo, ¿dónde estabas tú?

—¡Que te den! —dijo Oleg.

Y así sucesivamente. Siempre se gritaban entre ellos, nunca me gritaban a mí. Por supuesto, perdimos también ese día.

* * *

De camino al hockey —me precedía mi aliento, perfectamente visible— siempre iba pensando en

el dinero. Era un tema en el que nunca había dejado de pensar, pero hasta ahora había sido como un juego: ¿Podría apañarme con veinticinco mil dólares en Nueva York? ¿Y con veintidós mil? Y así sucesivamente. Pero nunca me había parecido un delito no tener dinero. Ahora sí. Si pudiera comprar mi parte del piso que pertenecía a mi hermano, mi abuela no tendría que irse. Pero para mí era imposible hacerme con la cantidad necesaria. Era cuestión de tiempo que Dima echara a mi abuela de su casa.

En el hockey —quiero decir en mi primer equipo, donde seguían machacándonos los del equipo blanco— todos hablaban de dinero. Yo intentaba seguir sus conversaciones para ver si encontraba alguna pista útil, pero no era fácil. Yo me había criado hablando ruso en casa, había emigrado a un país donde los tres primeros meses sólo hablé ruso y aun así tenía dificultades para entenderlos. Lo peor eran las palabrotas. No es que salpicaran el discurso de palabrotas, y listo: es que sustituían las palabras normales por palabrotas. Los verbos eran las víctimas más habituales. En una ocasión dijo Tolia: «He cogido mis rublos y los he llevado de putas al otro lado de la frontera. Los he tenido allí follando un rato y luego, de un cipotazo, los mando de vuelta a casita». Yo creo que se refería a una maniobra corriente de cambio de divisa: cambiar rublos a euros para aprovechar que el rublo estaba flaqueando. Pero no estaba seguro.

Salvo Serguéi, nuestro guardameta, que tenía un coche ruso muy viejo y apenas hablaba en el vestuario, los jugadores estaban todos vinculados a algún tipo de empresa. Oleg, mi extremo izquierdo, tenía locales en propiedad que alquilaba. Anton, mi extremo derecho, era abogado de una corporación. Tolia era banquero; Vania tenía una fábrica de azúcar e Ilia era CEO de un consorcio agrícola. Aunque todos ellos tenían coches alemanes, caros, no eran como los amigos de Dima: eran más burdos, con menos estudios, y no estaban —espiritualmente— con un pie en Occidente. Eran rusos, habían hecho dinero en Rusia y así se morirían, aunque murieran en una casa que hubieran comprado en el sur de España.

Viajaban mucho, y no sólo para que follaran los rublos. Se sabían de memoria el horario de vuelos de Moscú a Fráncfort, igual que los empresarios de Boston se saben el del puente aéreo de Delta a Nueva York. Pero no vivían con la ilusión de que estaban en otro sitio, distinto de aquel en el que estaban en realidad.

—Fráncfort es un aeropuerto de puta madre —dijo Tolia—. A mí me gusta llegar pronto, cuando voy a coger un vuelo, y follarme un par de cervezas.

—Sí, Fráncfort está bien, pero ¿tú has estado en Estambul? —preguntó Vania—. Yo pasé por allí cuando fui a Dubái, el año pasado, y me quedé *follao*: casi se me vuelan los cojones. ¡Qué hijos de puta, esos turcos! La verdad es que me daba vergüenza ajena: mira a ver si encuentras un hotel en Rusia con unos muebles la mitad de chulos que los que tienen en ese puto aeropuerto.

—Claro —dijo Anton—. Eso es lo que pasa cuando no te follan, directamente, la mitad de cada dólar. Uno encuentra cosas follables.

Lo cierto era que había tan pocas palabras corrientes en sus frases que a veces ellos mismos se confundían.

—En Alemania está todo *follao* —dijo Vania en un determinado momento.

Mi percepción del asunto era que «*follao*» tenía un significado negativo, pero tal y como lo decía Vania, arrastrando las letras, como si estuviera impresionado: dejaba cierto margen para la interpretación.

—Pero ¿bien *follao* o mal *follao*? —preguntó Anton.

—¡Bien *follao*! —respondió Vania; luego se lo pensó un segundo y añadió—: Si dijera que las

cosas en Rusia están *folladas*, significaría que están mal.

Todos se rieron.

—¿Y tú, qué dices, Serioga?

Ilia se refería a nuestro guardameta, Serguéi, que se estaba poniendo la camiseta roja de portero con las letras CCCP.

—En la URSS las cosas eran diferentes, ¿verdad? —preguntó Ilia.

Serguéi sonrió.

—B-b-b-b-bueno, sí —respondió—. Eran estables. No teníais que preocuparos de llevar a follar a vuestros rublos, podíais dormir sin preocupaciones y pensar en el hockey.

—Tienes razón —dijo Tolia, poniéndose en pie—. Es hora de jugar al hockey.

Jugamos y perdimos. Ocho a uno.

No conseguiría nunca ganar dinero suficiente para comprar la parte de Dima. Ciento cincuenta mil dólares eran quinientas cincuenta clases del PMOOC: me llevaría veinte años. Aunque consiguiera un trabajo de verdad como profesor con un sueldo de profesor de verdad sólo ganaría al año sesenta o setenta de los grandes. Si, por algún milagro, conseguía ahorrar la mitad de mi sueldo, tardaría cinco años. Para entonces sería ya demasiado tarde.

* * *

Con todo, conseguir un trabajo académico no me haría ningún mal. Un par de veces por semana un escritor o un erudito daba conferencias o lecturas en un café-librería llamado Bilingua, y empecé a asistir. Oí muchas charlas sobre el uso de Pushkin en la propaganda soviética; el concepto de «Ucrania» en el pensamiento ruso del siglo XIX y la campaña de «indigenización» en las repúblicas étnicas soviéticas durante los años veinte. Todo era muy interesante y, aunque aquello no era exactamente de mi palo, me parecía que cualquiera de esos temas podía ser un buen punto de partida para un proyecto. Una tarde, al volver a casa después de una de esas conferencias, vi que mi abuela se había ido: se celebraban en torno a las seis de la tarde, el momento del día en que se ponía más inquieta. Había dejado las zapatillas junto a la puerta, el abrigo no estaba en el perchero y no había nota en la mesa de la cocina. Se había levantado y se había ido.

Era algo completamente sin precedentes. Mi abuela seguía haciendo sus propios recados, pero en cuanto se instaló el frío lo más habitual era que me pidiera que los hiciera yo. A veces iba sola a dar un paseo por el vecindario, y hubo alguna ocasión en que no estaba en casa al volver yo de El Molinillo. Pero siempre regresaba sana y salva. Lo que no había hecho nunca era marcharse sola a esas horas tan tardías. Según pensaba todo esto llamó Emma Abramovna: «Andréi, ¿está Seva en casa?». Mi abuela le había dicho que iba a verla, pero tendría que haber llegado hacía una hora. Y no era propio de ella llegar tarde.

Colgué, muerto de miedo. Me puse otra vez la *telogreika* y corrí a la calle. Corrí al bulevar Tsvetnoi, que estaba de camino a casa de Emma Abramovna, para ver si mi abuela no había logrado coger un coche y se había ido andando. Nada. Volví corriendo a Estanques Limpios por si hubiera empezado a andar en dirección equivocada. Nada. Incluso fui a la comisaría de Sretenka, donde me saludó un poli joven y con buena cara que sin duda se quedó perplejo al ver mi chaqueta de Gulag —yo sólo había visto a otro tío con una de esas chaquetas: el que comía lo que cogía de nuestro contenedor de basura— pero apuntó mi número de teléfono y dijo que me llamaría si

encontraba por el barrio a una anciana despistada. Al final decidí que lo mejor que podía hacer era quedarme en casa por si llamaba y veinte minutos después la oí meter la llave en la cerradura. Corrí hacia la puerta y me la encontré medio muerta de frío y muy asustada. Había parado un taxi, me dijo mientras la cubría con una manta y le daba un té caliente, pero había mucho tráfico y el conductor cogió un camino para ir a casa de Emma Abramovna que no era el usual. Mi abuela se dio cuenta de que no recordaba la dirección. Se perdieron, y el taxista estuvo un buen rato dando vueltas por el centro de Moscú. Al final tiró la toalla y el taxista la llevó de regreso a casa. Había cogido un taxi de verdad, algo muy raro en Moscú y mucho más caro que un coche particular, y de pronto se dio cuenta de que el taxímetro marcaba casi mil rublos.

—Pero si no me ha llevado a mi destino —dijo al taxista.

—Eso no es culpa mía.

El trayecto a casa de Emma Abramovna solía costarle cien rublos, y mi abuela sólo llevaba quinientos. Cuando se lo dijo al taxista, este le ordenó que se bajara. Sabía volver a casa desde donde estaba, pero fue casi kilómetro y medio andando. Y hacía frío. Mientras me lo estaba contando llamó Emma Abramovna y mi pobre abuela cogió el teléfono y empezó a contarle lo que había pasado. Entonces se sintió muy cansada y le dijo que llamaría más tarde. Cuando colgó el teléfono se echó a llorar. Se sentó en una silla de la cocina y comenzó a llorar.

Después de aquello dejé de ir a las conferencias de Bilingua. Ya las oiría en otro momento. Si mi abuela quería ir donde Emma Abramovna, iba con ella. Incluso empecé a ir menos a jugar al hockey, aunque en el Estadio Olímpico jugábamos lo suficientemente tarde como para que no interfiriese con las actividades que tuviera programadas con mi abuela.

Naturalmente, seguimos perdiendo contra el equipo blanco y mi frustración iba en aumento. Un día, después de la terrible aventura de mi abuela, robé el puck a Oleg dentro del área de gol. Tendría que haber hecho un tiro de muñeca, pero estaba muy enfadado, y en lugar de eso lancé un cañonazo. El palo se partió en dos cuando golpeó contra el hielo: un trozo se me quedó en la mano y el otro salió volando hacia un rincón, mientras el puck se iba deslizando débilmente hacia la portería. Anton me prestó el suyo para lo que quedaba de partido. Ya en los vestuarios me dijo que, si quería, lo cortara un poco para que se ajustara a mi altura y me quedara con él. A mí no me gustaba la forma de la paleta, pero un palo nuevo me hubiera costado ciento cincuenta dólares.

—Sí —le dije—. Gracias.

Y a partir de entonces jugué con la mierda de palo de Antón.

2

AMPLÍO MI CÍRCULO SOCIAL

De vez en cuando cruzaba el umbral para tomar una cerveza con los soldados, pero después del incidente del Teatr no volví a salir con ellos. Mi vida social era un páramo. De vez en cuando Maxim, el amigo de Dima, me invitaba a una fiesta o a la inauguración de una exposición. Nunca acepté. Sabía que, si salía con aquella pandilla, en algún momento se me requeriría para aportar cincuenta dólares a un fondo común para un bar o un restaurante, lo que suponía no ir a El Molinillo en una semana. Además, me daba mucha vergüenza haber intentado besar a Elena. Así que me quedaba siempre en casa.

Los que me sorprendían eran los del hockey: aquellos tipos apenas se decían algo agradable, ni se sonreían. Ya me estaba empezando a acostumbrar: en una ocasión Vania hizo un amago de sonrisa, como para que yo me sintiera acogido, y quedó más bien como un lobo que enseña los dientes. Me llamaba mucho la atención que nunca quisieran tomar una cerveza. En Estados Unidos lo normal era tomar unas cervezas en los vestuarios después de la partida, aunque no conocieras a la gente con la que jugabas. Si llevabas un tiempo jugando con los mismos, al acabar el juego íbamos todos a un bar. Era una forma de conocernos. En Rusia, un país donde podías terminar bebiendo con cualquiera al que acabaras de conocer por la calle, pensé que no tardaríamos en irnos a tomar algo después del juego. Pero no fue así. Una noche decidí forzar la situación y llevé unas cervezas para ofrecérselas. Todos las rechazaron amablemente, y yo me volví a casa cargado con las cervezas como un imbécil.

Sin embargo me di cuenta de que mis compañeros de equipo, Anton y Oleg, habían empezado a quedarse en el vestuario al terminar el juego; cada día se demoraban un poco más y seguían charlando cuando ya estaban vestidos. Eran tipos peculiares. Anton era probablemente el peor jugador de nuestro equipo: no patinaba bien y tenía una lesión en el hombro que lo obligaba a sostener el palo con una sola mano la mayor parte del tiempo, pero en el vestuario siempre se mostraba locuaz y llevaba mucho tiempo en el equipo. Llegaba al estadio conduciendo un Mercedes negro enorme. Oleg era otra cosa: tenía un gran talento como jugador, era alto y patilargo y su cañonazo era tremendo. Pero era perezoso. Si no le ponías el puck a los pies, él no iba en su busca. Luego siempre se acercaba al banquillo a quejarse. Yo no estaba habituado a jugar así. Era probable que me hubieran puesto con Anton y Oleg porque nadie más quería jugar con ellos. En todo caso, ellos constituían mi línea.

Poco a poco me iba enterando de cosas de su vida. Anton tenía casi cuarenta años. Había terminado una licenciatura en Matemáticas en una de las universidades más importantes de Moscú.

Si se hubiera licenciado unos años antes habría ido a parar a uno de los centros de investigación, como Tío Lev, y después habría dedicado la mayor parte del tiempo a maquinar cómo salir de allí. Pero en lugar de eso había ido directamente al mundo de la empresa. Junto a unos amigos programadores creó un software para procesos de trabajo que les pareció útil para su uso en departamentos de recursos humanos. Sin embargo, no lograron nada. Luego hicieron un videojuego con el que les fue algo mejor. El entorno legal para las empresas rusas de los noventa era tan complejo que Anton tuvo que ir a clases nocturnas de Derecho para poder protegerse él y proteger a sus socios de cualquier problema que pudiera surgir. De pronto se dio cuenta de que tenía suficientes créditos para licenciarse en Derecho y vio que podía cambiar el rumbo de su actividad, sacar a su empresa del entorno volátil (y peligroso, incluso tratándose de videojuegos) de la empresa minorista y dedicarse a los servicios jurídicos. Durante más de una década se ganó bien la vida asesorando a los nuevos empresarios rusos: uno de sus servicios más populares era la constitución de empresas en el extranjero para evitar los onerosos impuestos rusos.

Oleg tenía una historia más interesante. Era unos años más joven que Anton y de extracción más humilde, así que no contó con los recursos necesarios para librarse del servicio militar. Pero como era un joven brillante lo hizo en Extremo Oriente, como operador de radar. Hacía el seguimiento de las señales del tráfico estadounidense. Era una actividad que se consideraba prestigiosa e intelectual, y cuando lo terminó le ofrecieron un puesto en la KGB y una matrícula en una universidad de primer orden para diplomáticos (que estaba vinculada a la KGB). Pero Oleg no estaba hecho para eso, y decidió montar su propio negocio. Lo primero que hizo fue tomar nota de las horas —limitadas— que estaban abiertas las tiendas de licor durante la campaña contra el alcohol que impuso Gorbachov. Por las noches el joven Oleg compraba vino barato en una de esas tiendas y a la mañana siguiente iba a la misma tienda a vendérselo a los borrachos sin hogar que estaban haciendo cola, esperando a que abrieran. Hizo algo de dinero y lo invirtió, tras la caída de la URSS, en un viejo coche con el que se fue a Ucrania a comprar cigarrillos baratos que trajo a Moscú para venderlos. Llenó todo el maletero y los vendía por la calle o a algún intermediario, esperando en todo momento que no le pillara algún policía, porque entonces tendría que sobornarle. Era un trabajo duro, pero bien pagado. Al final Oleg reunió dinero suficiente y consiguió contratos para comprar a precio de ganga la concesión a noventa y nueve años de dos edificios comerciales en el centro de Moscú. Los alquiló a algunos bancos extranjeros: uno, un banco europeo de Tverskaya y —esto es increíble— otro al HSBC al que íbamos mi abuela y yo a ingresar la renta de los soldados. Tenía unos ingresos de unos veinticinco mil dólares al mes y muy pocos gastos, con lo que se pasaba el día paseando por ahí e invitando a gente a comer.

Oleg vivía con su mujer y su hijo pequeño en la autopista de Rublevka, un sector muy selecto de las afueras de la ciudad donde vivían también un montón de funcionarios del gobierno, incluido Putin, la mayor parte de ellos en casas enormes. Anton vivía con su padre y su hijo adolescente en el antiguo piso de la familia, cerca de la Universidad de Moscú. Tenía otro hijo que vivía con su madre en España, y los visitaba con frecuencia. Como Oleg tenía una casa de veraneo allí, solían comentar que tenían que organizarse para quedar en verano y verse cuando ambos estuvieran allí.

Oleg estaba muy nervioso con lo de la crisis financiera. De vez en cuando me preguntaba si sabía qué reputación tenían en Occidente sus inquilinos, los banqueros. «¿Es verdad lo que dicen, que saldrán de esta?», me preguntaba a veces. Yo le respondía que no tenía ni idea, él movía la cabeza como asintiendo, como diciendo que sí, que nadie tenía ni idea en el fondo.

Una noche, después de jugar el partido, Oleg dijo que fuéramos a dar una vuelta los tres. Yo

acepté de inmediato. Pensé que iríamos a algún sitio a tomar una cerveza, pero no: fuimos a uno de esos cafés tan caros de Sretenka y Anton y Oleg pidieron un zumo de frutas cada uno. Resultó que la razón por la que nadie bebía cerveza era que había una política de tolerancia cero de facto contra el alcohol al volante. Si te hacían la prueba y dabas la cota mínima porque te quedara en el aliento el tufillo de un regusto de cerveza te ponían una multa que te dejaban temblando. Pero otro motivo era que esos tipos, cuando bebían, bebían mucho. «Si empiezo a beber no lo dejo en varios días, así que intento no tomar nada», dijo Oleg.

En aquella ocasión hablamos sobre todo de dinero, como no podía ser de otro modo.

—Entonces, dime —dijo Oleg—. ¿Cuánto cuesta una casa en Estados Unidos?

Le respondí que dependía de la zona.

—¿Podría comprarme algo chulo por un limón?

«Un limón» era un millón de dólares.

—Sin duda —dije—. Sí.

Esto le gustó a Oleg.

—¿Sabes lo que yo haría? —dijo Anton—. Me compraría una casa pequeña, en una ciudad pequeña. La utilizaría como base de operaciones e iría a todas partes en moto.

Resultó que a Anton le encantaba ir en moto. Había atravesado toda Europa y gran parte de Sudamérica en moto.

—Regresaría a casa, descansaría un poco y me iría otra vez —dijo.

—Entonces, ¿cuánto cuesta una casa pequeña? —me preguntó Oleg.

—Depende.

—¿Podría Anton encontrar una por cincuenta cosas?

«Un coso» eran mil dólares.

—No —dije—. Pero sí por ciento cincuenta.

—¿Y en Nueva York? —dijo Oleg—. ¿Cómo está la propiedad comercial?

—Cara —dije, por adivinación.

—Supongamos que quiero comprar un local comercial en un bajo para alquilarlo —dijo Oleg.

—¿Como los bancos?

—Sí.

—Pues no lo sé. —No tenía ni idea—. Pero podríamos mirarlo en internet. Aunque imagino que en Manhattan pueden ser cinco millones.

—¿Por un local comercial, en el bajo de un edificio?

—No sé si puedes comprar sólo el local del bajo de un edificio. Pero si puedes será algo así.

—¿Incluso ahora?

Con la crisis financiera, quería decir.

—Incluso ahora —respondí.

Por lo que yo sabía, Manhattan seguía siendo muy caro.

Oleg se quedó con la copla. Estaba claro que cinco millones era mucho más dinero del que él tenía. Luego vi que tenía una razón de peso para preguntar aquello.

—Me cago en la puta —dijo—. Mis europeos me han dicho que se largan.

HSBC se quedaba, pero el banco europeo de Tverskaya estaba recogiendo velas. Y Oleg estaba buscando un nuevo inquilino.

—Si no encuentro otro inquilino pronto, estoy *follao* —dijo.

—No te preocupes —le dijo Anton—. Ya saldrá algo.

—Sí, seguramente —dijo Oleg, aunque parecía preocupado.

Los chicos se tomaron otra ronda de zumos de frutas y nos marchamos a casa.

* * *

Nos estábamos metiendo en diciembre y el semestre tocaba a su fin. A Jeff, el profesor, le gustaba incluir un libro al final del programa, una obra del siglo XX o posterior, para intentar enmarcar las cosas en la era moderna. Ese semestre puso *Historias de Kolyma*, de Shalámov.

Yo no lo había leído. En la escuela de posgrado me apunté a un seminario sobre Solzhenitsyn y acabé harto de los campos de trabajo. Mi actitud era una reacción tanto frente a mis compañeros de clase, que se habían puesto muy melodramáticos cuando hablamos del Gulag, como frente a Solzhenitsyn, que parecía estar gritando continuamente. Yo ya no aguantaba ni a unos ni a otro.

Entendí por qué gritaba Solzhenitsyn, pero seguía sin entender por qué estaban tan tristes mis compañeros de curso. No estábamos en el Gulag. Cabía pensar que si se lo planteaban así se animaran un poco.

—¿Por qué tenéis esa cara de funeral? —pregunté al fin un día, mientras Fishman hablaba sin parar de lo terribles que eran los campos de trabajo—. Estamos en Nueva York. Mirad ahí fuera.

—Es importante tomar conciencia de este sufrimiento —dijo Fishman—. Es lo mínimo que podemos hacer.

Y en ese momento decidí que lo mío con el Gulag se había terminado y tenía mis dudas respecto a empezar con Shalámov. Pero prácticamente lo primero que aprendí sobre él —lo hice en una edición de sus memorias que encontré en la librería de debajo del club de striptease— era que odiaba a Solzhenitsyn, y eso me animó. Parece ser que él tenía una visión distinta de los campos de trabajo, y esa visión no era amarga. No buscaba vengarse de las desdichas que había sufrido, en cierto modo porque sabía que muchos de aquellos hombres que le habían hecho daño en el campo de trabajo también habían sufrido, a su vez, porque otros les habían hecho más daño a ellos: les habían disparado, torturado o apaleado a ellos, igual que ellos hacían entonces con otros. No tenía ningún interés en dar sermones sobre el significado del tiempo que pasó encerrado, aunque quería dejar constancia de ello. Que la gente sacara sus propias conclusiones. Podía decirse que Shalámov tenía una fe conmovedora en el poder del arte.

Tenía yo a Shalámov sobre la mesa cuando entró mi abuela en la cocina y me preguntó qué estaba leyendo. Le mostré el libro.

—Shalámov —dijo con tristeza—. Sí.

Se sentó frente a mí.

—Klavdia Giorgievna lo conoció —dijo.

Yo nunca había oído hablar de Klavdia Giorgievna pero me imaginé quién era.

—¿Tía Klava? —pregunté.

—Sí. Estuvo en Kazajistán.

—No lo sabía —respondí: nunca me lo habían dicho.

—No era tía nuestra, claro —explicó mi abuela.

—¿Qué?

—Yo dije a todo el mundo que era mi tía, de Pereyáslavl. Hasta a Yolka se lo dije.

Era cierto. Tía Klava, que había vivido en aquel apartamento cuando mi madre era niña, murió antes de que se casaran mis padres, así que yo apenas había oído hablar de ella. Entendí que había sobrevivido a la guerra en Ucrania y luego vino a Moscú, sola.

—Su marido era un gran comunista húngaro —dijo entonces mi abuela—. Vino a construir el comunismo. Le dieron este apartamento y luego lo detuvieron. Y a Klavdia Giorgievna también. Él murió, pero ella sobrevivió. Y luego regresó. Nosotros ya vivíamos aquí, con Yolka. Ella regresó y yo no sabía qué hacer, porque el apartamento era suyo.

No sé por qué, pero yo nunca me había parado a pensar que para que Stalin diera un apartamento a mi abuela, se lo había tenido que quitar a otra persona.

—Decidimos aceptar el apartamento, pero que ella siguiera viviendo aquí. Dormía en tu habitación y a mí me ayudaba con Yolka. Era una mujer extraordinaria. Médica.

—No lo sabía —dije.

—Nadie lo sabía. Yo ni siquiera se lo conté a Yelochka. No quería que tuviera que mentir. Y cuando ya no importó, era demasiado tarde.

Mi abuela jugueteaba con un pequeño salero metálico que había sobre la mesa.

—A veces pienso que yo tenía que haberme ido —dijo—. Que cuando ella llegó, yo tenía que haberme marchado. ¿Y tú qué piensas, Andriush?

¿Que qué pensaba yo? ¿Y a quién le importaba lo que yo pensara? Me di cuenta de que esto era cada vez más habitual. Mi abuela se dirigía a mí como si yo fuera una personalidad a la que se acude en busca de guía espiritual.

—No lo sé —le dije: seguía asimilando lo que me había contado de Tía Klava—. Tú también necesitabas un sitio donde vivir.

—Eso es verdad.

—Y...

Comencé la frase pensando qué decir: en torno al estalinismo se había desarrollado una ética que era, a veces, muy complicada de analizar. Solzhenitsyn, que había sufrido tanto en los campos de trabajo, había hecho una declaración de principios, «No vivas una mentira», que significaba «No participes de las decepciones del régimen». Esto incluía aceptar un apartamento de Stalin en pago por trabajar en una película de propaganda y quedarte en él cuando regresara su anterior propietario, víctima de la represión. Mi abuela había vivido una mentira. ¿Y Solzhenitsyn? Había hecho su declaración de principios, había ganado el premio Nobel y en sus últimos años de vida se había hecho amiguito de Putin, entregando en señal de rendición, con una sonrisa televisada y ampliamente difundida (Putin había ido a visitarle), toda la moral que había tardado cincuenta años en construir.

Yo había estado leyendo a Shalámov. ¿Qué diría Shalámov? Shalámov veía las cosas desde otro punto de vista, muy diferente del de Solzhenitsyn. Las veía como algo ambivalente, dotado de duplicidad. Pensaba que Solzhenitsyn era un charlatán. Sufrimiento físico, hambre y un frío insoportable: sólo con el espíritu no se podía superar todo aquello. Y el mundo tampoco se dividía, como creía Solzhenitsyn, en dos mitades iguales: amigos y enemigos del régimen. Para Shalámov, en los campos había gente que le ayudó y gente que lo perjudicó (que le pegó, le robó la comida o lo delató), pero la mayoría de las personas con las que trató no hicieron ni lo uno ni lo otro: eran gente como él, trataban de sobrevivir. Había mucha brutalidad en los campos y el

heroísmo escaseaba. En sus memorias contaba una historia extraordinaria de uno de los momentos más duros que vivió en su encierro, cuando se enteró de que su cuñada Asia, a la que estaba muy unido, estaba en un campo cercano. Shalámov estaba en el hospital con disentería y uno de los médicos le preguntó si deseaba enviar un mensaje a Asia. Medio muerto, Shalámov garabateó una nota breve y nada sentimental que decía: «Asia, estoy muy enfermo. Envíame tabaco». Sólo eso. Shalámov recordaba aquello con cierto apuro, pero también se mostraba comprensivo consigo mismo: estaba débil, al borde de la muerte, y había quedado reducido a una existencia puramente animal. Aquello no encerraba ninguna gran lección, salvo que en determinadas situaciones un hombre deja rápidamente de ser un hombre.

Como suele decirse, no era nada personal: era el siglo XX. Yo me preguntaba si, después de enterarme de aquello, tenía la obligación moral de ponerme en contacto con los parientes de Tía Klava e intentar devolverles el apartamento. Pero me lo quité de la cabeza enseguida. Mi abuela había saldado la deuda dando cobijo a Tía Klava. Al menos, en la medida en que puede saldarse una deuda así.

Así que no supe qué decir. Mi abuela había vivido una mentira, pero lo había hecho sola y en silencio, de tal modo que nadie más que ella tuviera que vivirla. Para mí era un acto de valor. Pero que aún llevara aquel peso en la conciencia, que aquello fuera quizá una parte de lo que la mantenía viva y animada, era algo que yo no tenía derecho a extirpar. Aunque, al mismo tiempo, también era correcto por mi parte tratar de hacerlo.

—Tú te ganaste este apartamento —dije—. Tú te lo ganaste por trabajar en aquella película. Y cuando Tía Klava volvió, tú le abriste la puerta.

—Sí —dijo mi abuela, no muy convencida.

—Eso no lo hubiera hecho cualquiera —me aventuré a decirle.

La gente que salía de los campos de trabajo no tenía, en muchos casos, derecho a regresar a Moscú, y desde luego no tenía derecho a volver a ocupar sus antiguos apartamentos. Probablemente Tía Klava estaba cometiendo una infracción al volver, y mi abuela la protegió.

—Eso es verdad —dijo mi abuela, y con tono de convicción, lo repitió—: Eso es verdad.

Pero su expresión se había vuelto triste de nuevo, con su tristeza habitual.

—¿Sabes, Andriushik? —me dijo—. Todos mis amigos han muerto. Todos mis parientes han muerto. Estoy completamente sola.

—No estás completamente sola —dije yo.

—Sí —insistió—. Lo estoy.

* * *

Era extraño. Después de mantener conversaciones como esa o en otros momentos, como cuando estábamos viendo juntos las noticias de la noche o jugando a los anagramas, o tomando el té de después de comer, sentía que mi abuela había aceptado que mi presencia allí, aunque finita, era real y sólida. Normalmente no era algo determinado que yo hiciera lo que llamaba su atención: era, simplemente, que estuviera. Cuando me vestía para ir a El Molinillo, o a comprar a la tienda de comestibles, nunca dejaba de expresarme su admiración:

—Andriush, me tienes impresionada. Eres tan alto... —decía.

Lo era, y eso que apenas mido un metro setenta y cinco. Pero mi abuela se había vuelto tan

menuda que yo debía de parecerle altísimo. Al menos, eso decía.

Un día fui a aquello que llamaban mercado y compré algunas cosas. Como había que pagar por las bolsas de plástico siempre me llevaba una bolsa de Labyrinth, la librería, para meter la compra. En aquella ocasión volvía con ella a rebosar de clementinas, patatas, *sushki*, y el pastel favorito de mi abuela, el de semillas de amapola. Mientras hacía la compra me entraron unas ganas horribles de mear, así que en cuanto llegué a casa dejé la bolsa en el suelo, me quité las playeras y fui corriendo al váter. Cuando salí vi a mi abuela manipulando el asa de la bolsa con todas sus fuerzas y arrastrándola lenta, muy lentamente, por el pasillo, camino de la cocina. Era una visión increíble. Mi abuela era una indómita. La intercepté y cogí la bolsa.

—¿Cómo has podido cargar con todo eso? —preguntó horrorizada.

Pero con la misma frecuencia podía mostrar una profunda desconfianza hacia mi persona. Hubo dos situaciones destacadas: la primera, durante una visita excepcional de Emma Abramovna. Según parece se sentía mal por el intento fallido de visita de mi abuela, y como su hijo Arkadi estaba pasando unos días con ella porque su mujer e hija estaban fuera, tenía un coche a su disposición y decidió venir a visitarnos. Mi abuela estaba encantada y lo preparó todo con primor, incluso se sentó conmigo y me preguntó, muy seria, si pensaba que todavía estaría bien la botella de vino que guardaba en el frigorífico o, si no, qué podíamos tomar en vez de eso. Sugerí una botella de blanco de Abjasia y salí a comprarlo. El día de la visita mi abuela sacó la vajilla, la cubertería de plata y una mantelería buena a primera hora de la mañana y, como para no molestarlas, tomamos el desayuno en la mesa de la habitación del fondo.

Por fin llegó la hora de la comida y, con ella, Emma Abramovna y Arkadi. Arkadi tenía cincuenta y pocos, era programador informático y muy callado. Se pasó casi todo el tiempo mirando el teléfono móvil. En cualquier caso, las protagonistas de la ocasión eran mi abuela y Emma Abramovna, y la visita transcurrió como todas las visitas que se hacían: primero hablaban de los hijos de Emma Abramovna (¡maravillosos!) y los nietos de mi abuela (negligentes, excepto yo), de las personas a las que conocían ambas (la mayoría estaban en Israel) y del frío tan tremendo que estaba haciendo. Arkadi y yo intentábamos, de vez en cuando, introducir algún tema de conversación alternativo, sin mucho éxito. Después a mi abuela —lo vi claramente— le dio el habitual bajón de después de comer. Dijo «Sí, sí» y luego, antes de que pudiera detenerla, «Ya lo ves: lo que es cierto es que se han muerto todos. Todos los que conocía yo han muerto. Todos mis parientes, todos mis amigos. Se han muerto todos y me han dejado sola».

—Vamos, Seva —dijo Emma Abramovna.

—¡Pero si es verdad! —insistía mi abuela.

—Yo todavía vivo —dijo Emma Abramovna, entrando al trapo.

—Es verdad. Tú sí, pero ¿aparte de ti, quién?

—¡Y cómo voy a saberlo! —gritó Emma Abramovna—. Estoy segura de que hay más, aparte de mí.

—Sí —dijo mi abuela con tristeza—. Puede.

Y su melancolía llenó la habitación.

Cuando Arkadi se fue a llevar a Emma Abramovna a su casa, ya no pude contenerme.

—Abuela —dije—. Yo sé que valoras mucho la amistad de Emma Abramovna. Te has preocupado tanto por que pasara un buen rato, y cuando llega te pones a hablar de lo sola y lo deprimida que estás.

—¿Y? —dijo mi abuela sin dejar de mirarme: yo acababa de terminar de recoger los platos y ella estaba tranquilamente sentada a la mesa de la cocina, porque las actividades sociales siempre la dejaban exhausta—. ¿Acaso no es verdad?

—¡No se trata de eso! A la gente no le gusta oír continuamente lo deprimida que estás.

—No hace falta que grites —me dijo.

Entonces se levantó, llevó la taza al fregadero y salió de la cocina. Yo no había gritado, no creía que lo hubiera hecho. Pero tampoco lo era que no hubiera gritado. La miré mientras iba a su habitación, entraba y cerraba la puerta. No sé por qué creí que podía cambiar el comportamiento de mi abuela criticándola. Era un capullo. Así que seguí lavando los platos.

El otro incidente ocurrió aproximadamente una semana después, cuando mi abuela me dijo que iba a ir al médico, a la revisión anual. No sabía cómo de anual era, pero me mostré encantado de acompañarla. Mi abuela se quejaba de un montón de achaques y, aunque ninguno parecía incapacitante, no dejaba de ir a la farmacia a buscar remedios para tratarlos. Así que estaba deseando coger su lista de medicamentos y que un médico me dijera si eran adecuados.

No sufrí decepción. Su médico era una mujer de unos cincuenta años, con el pelo castaño recogido en un moño. Hablaba seriamente con mi abuela, escuchó su respiración y los latidos de su corazón, y podemos decir que mi abuela superó el examen con nota. Luego miró la lista de medicinas y me dijo:

—¿Ha perdido usted la cabeza?

—¿Qué?

—¿Quién ha hecho esta lista? ¿Usted?

—Va a la farmacia y viene con todo esto.

—Pero la mitad de estas medicinas contrarrestan el efecto de otras. Mire: esta medicina es para la tensión baja, y esta otra para la tensión alta. No debería estar tomando las dos al tiempo.

Mi abuela, al parecer, había estado automedicándose con ayuda del farmacéutico local.

—Entonces, ¿qué tiene que tomar?

La doctora empezó a repasar la lista de medicinas y tachó diez de quince.

—Estas están bien —dijo—. Y no hay nada que añadir, a no ser que lo prescriba un médico de verdad.

Me mostré de acuerdo con su punto de vista, y cuando llegamos a casa tiré todas las medicinas que había tachado la doctora. La fe de mi abuela en la doctora era absoluta, hasta le había llevado una caja de bombones de regalo, y se había reído mucho con sus bromas y mostrado muy agradecida por los quince minutos de atención que le había dispensado. Así que no anticipé más problemas ni pensé que se daría cuenta, pero se dio cuenta enseguida.

—¿Qué ha pasado con mis medicinas? —dijo después de cenar.

—La doctora nos ha dicho que tenemos que quitar unas cuantas de las que tomabas —dije—. Aquí tienes la lista nueva.

—Pero ¿qué ha pasado con las otras? —dijo.

—Las he tirado.

—¿Por qué?

—Para que no te las tomes por accidente. No te estaban haciendo bien.

Mi abuela se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —dijo—. Necesito esas medicinas. Tú no quieres que me

ponga bien, ¿verdad?

—¿Qué?

—Tú quieres que esté enferma.

—¡Eso no es cierto!

—Estupendo —dijo—. Pues estaré enferma.

Hizo un mohín y salió de la cocina.

Yo me quedé hecho polvo, pero al menos esa vez estaba en lo cierto. Al día siguiente mi abuela se había olvidado de la conversación. Preguntó quién había tachado las medicinas de la lista y le dije que había sido su doctora. Lo aceptó. A partir de ese momento intenté asegurarme de que no introducía otros medicamentos por su cuenta, pero aquel incidente me golpeó mucho. Me preocupaba que así, de repente, pudiera volverse contra mí con tal convicción. Aquello no era bueno. Y en los meses siguientes se pondría peor.

3

VOY A UNA CENA

En medio de una oleada de artículos en el blog sobre literatura rusa —algunos muy buenos— mi primer semestre de PMOOC llegaba a término. Los estuve leyendo todos, una y otra vez, hice comentarios personalizados y, llegados a la segunda semana de diciembre, había terminado la tarea.

Siempre había pensado que para esa época estaría de regreso, pero ni podía permitirme el lujo de comprar el billete ni tenía muchos motivos para irme. Mi padre y su familia habían ido a esquiar, en Nueva York no tenía sitio donde quedarme y nadie me había invitado a ninguna de las conferencias sobre cultura eslava que se daban en Navidades. Así que me quedé. Recuperé las partidas de hockey que me había estado perdiendo y volví a jugar a los anagramas con mi abuela.

Cuando estaba terminando el semestre recibí, como una especie de premio, una invitación a cenar de Simon, uno de posdoctorado al que conocía y que estaba pasando un año en Moscú, trabajando en un proyecto de largo recorrido sobre las relaciones culturales checo-rusas. Daba una fiesta —me escribió— en honor al encantador Alex Fishman, que estaba de visita en la ciudad. Dijo exactamente eso, «encantador». Fishman venía a la ciudad con motivo de las vacaciones navideñas y Simon daba una cena en su honor.

Yo había estado evitando a Simon y al resto de académicos expatriados desde que llegué. Estaban todos en Rusia con un propósito, con metas y proyectos concretos, mientras yo hacía lo que podía y vivía con mi abuela. No me apetecía hablar con ellos. Esa cena, sin embargo, era distinta. Moscú podía ser muchas cosas, pero sobre todo era mi ciudad. Yo había nacido allí. Si Fishman venía, no se iba a librar de verme. Y además —tenía que admitirlo— me sentía muy solo.

La noche no se desarrolló según lo planeado. Mi primer error fue llegar una hora tarde. Culpa de mi abuela. Me había pasado el día entero escribiendo las últimas evaluaciones «narrativas» de mis alumnos. Esa era una de las ventajas del PMOOC, en oposición al MOOC de antes, por el que no había que pagar nada; además del grado uno obtenía una evaluación «narrativa». Cuando conseguí terminar mi abuela me bloqueó la salida y me preguntó si jugábamos a los anagramas. «¡Pero si hoy ya hemos jugado!», le dije. Era verdad: habíamos jugado después de comer.

—¿Hemos jugado? —preguntó mi abuela.

Estaba en el vestíbulo mirándome, con su bata rosa, un lápiz y un trozo de papel en la mano, y con una expresión de total decepción. No podía hacerle eso.

—Vale —dije—. Venga, una partida rapidita.

Terminamos jugando cuatro partidas —como siempre, me vapuleó— y entonces logré salir.

Cuando llegué ya habían empezado a cenar y Fishman, podía asegurarlo, ya había monopolizado la conversación. Lo oía perfectamente desde el vestíbulo cuando entré, me quité los zapatos y di la mano a Simon. El apartamento de Simon estaba en un recinto propiedad de la embajada checa, recién reformado y en un duodécimo piso. Tenía unas vistas fantásticas de la plaza de la Victoria y el monumento a Mayakovski. Me acompañó a la cocina para que dejara una bolsa de cervezas que había llevado —en Rusia no existen los packs de seis latas—, las metiera en el frigorífico y cogiera una para mí. Me di cuenta de que alguien había llevado cervezas antes que yo, y de una marca más cara, pero hubiera resultado raro, al menos al principio, no coger la que yo había llevado. Así que cogí una de las mías.

—Oye —dijo Simon tranquilamente, mientras yo me abría la cerveza—. ¿Alex y tú os lleváis bien?

Me quedé sorprendido. Pensaba que había logrado mantener mi odio a Fishman en secreto. Decidí que las cosas siguieran igual.

—Pues claro —dije—. ¿Por qué?

Me di cuenta de que ahora era Simon el sorprendido. Parecía que él sabía algo que yo no y, sin quererlo, me lo había revelado.

—¿Por qué? —repetí.

Renuente, Simon me respondió.

—Por Sarah.

—Por Sarah —repetí.

Claro. Era con él con quien salía. Era él quien sacaba las fotos. Si no hubiera silenciado mentalmente las publicaciones de Fishman en Facebook después de aquella foto tan ofensiva de Princeton, lo habría averiguado antes.

—Bueno —dije al fin—. Pues muy bien. Mejor para ellos.

No tenía ningún derecho a enfadarme. Eran adultos, yo vivía en Moscú y, de todos modos, Sarah me había dejado. Y no quería arruinarle la fiesta a Simon. Era un buen tipo, si te parabas a pensarlo. Pero cuando me dirigía, tras él, al comedor, me sentía como si fuera metido en una nube.

Había unas diez personas sentadas en torno a una mesa enorme, rectangular, de cristal. Estaban bebiendo vino. Las luces eran suaves y el mobiliario moderno (aunque debía de ser checo). De no ser porque desde la ventana se veía la estatua de Mayakovski, cualquiera podía pensar que estaba en un edificio de apartamentos de una zona residencial de Manhattan. Reconocí a la mitad de los comensales —los había visto en conferencias y charlas— además de a Fishman, por supuesto, que se había dejado una barba de hípster que no tenía la última vez que le vi. Me dirigió un movimiento de cabeza con gesto receloso antes de seguir hablando de su tema favorito, es decir, Fishman mismo. Lo único notable de Fishman, en esa ocasión, aparte de que llevara puesta una camisa carísima, era que a su lado estaba sentada una chica muy guapa. No me quedé con los nombres de todos porque nos presentaron un poco aprisa, pero con el de la chica, sí: se llamaba Yulia. Y por la forma en que vestía y en que saludó, diría que era rusa. ¿De qué conocía a Fishman?

Simon había preparado un barreño de espaguetis, así que pude esconderme detrás de una buena montaña de comida mientras me hacía a la idea de que Fishman se estaba acostando con Sarah y al hecho de estar rodeado de personas que no eran ni mi abuela ni jugadores de hockey rusos que no paraban de soltar tacos. Yo ya esperaba que la situación iba a resultar incómoda,

pero —en cuanto Fishman paró un minuto de hablar— me di cuenta, para mi sorpresa, de que no lo era tanto. Era todo muy agradable. El grupo era una mezcla de rusos y norteamericanos estudiantes de grado o posgrado. Algunos estaban trabajando en temas interesantes: uno de los rusos estaba escribiendo una biografía del controvertido formalismo del crítico Viktor Shklovski. Otro estaba estudiando el archivo de Marina Tsvietáieva en el NKVD. Todos ellos eran gente agradable y honesta que había terminado en el ámbito universitario porque les gustaba el conocimiento. Los estadounidenses del grupo habían traído noticias de la crisis financiera: decían que algunas universidades estaban desmantelando por completo los departamentos de Lenguas Eslavas y los estaban integrando en los de historia o literatura, o estaban reduciendo personal. Ya no contrataban a nadie, ya nadie quería aprender ruso, y el dinero estaba muy justo. Me invadió una oleada de afecto hacia mis colegas de Estudios Eslavos. Pasaba mucho tiempo en Facebook envidiando sus éxitos, sus publicaciones maravillosas y sus futuros prometedores, pero eran buena gente. Y ahora estaban todos estancados en la degradante búsqueda de alguna mejora profesional, en un campo que no dejaba de encogerse. Y no era culpa suya: se habían metido en aquello por razones lícitas. Incluso Fishman, seguramente. Aunque quizá no.

¿Por qué le sucedía esto a la gente? Todos pudimos haber elegido una carrera más lucrativa. Había profesionales de nuestro campo que habían salido del entorno académico y habían prosperado. Aaron Bloom había dejado el programa al cabo de dos años, se había matriculado en la facultad de Derecho y ahora era abogado de propiedad intelectual en Washington DC; ganaba cientos de miles dólares anuales. O Eugene Priglavshovkin, emigrante como yo y como Fishman, que pensó que uno de sus temas de investigación —la existencia, tras la era soviética, de una ciudad de Siberia que perteneció al Gulag— era muy interesante e hizo un documental. Ahora estaba en Hollywood, dirigiendo películas de verdad. Las noticias de Priglavshovkin y su nueva vida en Los Ángeles llenaban las conversaciones del departamento de Estudios Eslavos como si fueran rumores de otro mundo. Priglavshovkin salía con una actriz. Priglavshovkin fue a una fiesta a casa de Leonardo DiCaprio. De hecho Fishman, cuando me encontré con él en la biblioteca el año pasado, me llevó a un ordenador y me enseñó la casa de Priglavshovkin en Zillow.com, que la había vendido por dos millones doscientos mil dólares. La había comprado Priglavshovkin.

Pero todos los que estaban en aquella habitación resistían. Yo también resistía. Podíamos estar frustrados, abatidos, amargados, podíamos ser pobres. Pero conservábamos nuestros sueños. El sueño de la erudición, de enseñar, de aprender, de contribuir a que el conocimiento humano avanzase. Cualquiera que hubiera resistido hasta ese momento era mi hermano, pensé mientras me servía otro montón de espaguetis. Copón, sí. Hasta Fishman.

Pero Fishman estaba dispuesto a no dejarme gozar de aquellas consideraciones tan generosas. Ni hacia él, ni hacia ningún otro: no pensaba parar de hablar, y cuanto más hablaba él, más retornaba yo a la idea de la mezquindad del mundo académico. Era como si Fishman lo estuviera conjurando sólo con la fuerza de su voluntad.

—Lo que quiero decir —continuaba— es que lo que hay que hacer es conseguir un puesto, un cargo, y luego poner en marcha tu propio centro de investigación. Esto es un fraude mayúsculo, pero con ello la universidad tiene la sensación de que está participando en los debates contemporáneos.

Mi madre había trabajado en un centro de investigación, y la había abocado a una existencia precaria. Pero era cualquier cosa salvo un fraude.

Y Fishman... Estaba claro que Sarah ya no era su novia. Pero también lo estaba que siempre

se sentía atraído por las novias de los demás. Lo decía él mismo: a mí me lo había dicho hacía tiempo, durante nuestro primer año en el departamento, cuando aún éramos amigos. Al año siguiente esa tendencia suya causó grandes daños a mucha gente: En una fiesta Fishman se lió con la novia de un estudiante de primero que se llamaba Jake y era de Wisconsin. La chica, que había venido a visitarle, estaba borracha. Aquella era una de las cosas buenas de la escuela de posgrado de Eslavo, que iba gente de todas partes, y no sólo hijos de inmigrantes rusos. Yo no sé cómo podría haber manejado la situación cualquiera que no fuera de Wisconsin, pero Jake —que sacaba una cabeza a Fishman— lo agarró por las solapas sin decir una palabra, lo tiró al suelo y se fue de la fiesta, con su novia —llena de remordimientos y algo menos borracha ya para entonces— detrás de él. Todo aquello podía haber sido desafortunado e incómodo, pero seguía estando dentro de los límites de lo normal, de lo que suele ocurrir en la escuela de posgrado. Pero Fishman puso una queja en el departamento por «ataque físico», exponiendo que se sentía «inseguro» en la escuela en presencia del pobre Jake. Mi consejero era entonces jefe de departamento e intentó hablar con Fishman y convencerle de que lo dejara correr. «Si no te propasas con las novias de los demás estarás perfectamente a salvo», dijo mi consejero. Pero Fishman se mostró inflexible. Dijo que era cuestión de principios, y llevó el caso ante el consejo disciplinario de la universidad. En consecuencia, Jake fue expulsado de la facultad por un año entero y mi consejero amonestado por no responder con más premura a la preocupación que sentía un alumno por su integridad física. Mi consejero se lo tomó con filosofía («Lo que crea un entorno inseguro es esa rata de Fishman») y a final del curso dimitió de su puesto de jefe de departamento, lo que en el fondo estaba deseando hacer: había encontrado la excusa perfecta. Pero Jake no regresó después de su sabático forzoso. Yo seguía siendo amigo suyo en Facebook, pero no publicaba mucho.

Así era Fishman. Desde el incidente de Jake yo esperaba verle cumplir su castigo, ver que el Dios justo y vengativo de Estudios Eslavos le daba su merecido. Pero no sucedió. Ciertamente se le escaparon algunos trabajos, porque al fin y al cabo con ese rollo suyo de digitalizar el Gulag no logró tangar más que a unos pocos, pero me daba la impresión de que siempre caía de pie. Había terminado su disertación un año antes que yo y se había marchado con una beca Fullbright a Moscú. Luego había comenzado el posdoctorado en Princeton, y ahora se estaba deleitando con ello.

—Es un ambiente que te motiva tanto... —decía—. Da igual que seas nuevo o antiguo, es lo mismo. Un ambiente muy universitario. Muy universitario.

Yo le oía hablar, pero no perdía ocasión de mirar a la chica que estaba sentada a su lado: la miraba cada vez que podía hacerlo sin que resultara inapropiado. ¿Era posible que Fishman estuviera saliendo con ella al tiempo que con Sarah? Durante los minutos siguientes intenté convencerme de que no era tan mona como me había parecido. «¿No era, tal vez, demasiado delgada? Y tenía los dientes un poco torcidos.» Pero no funcionó. Era mona. Tenía el pelo negro y corto, los ojos grandes, los hombros delgados y siempre estaba muy recta, como un icono soviético. Y como sabía lo de sus dientes cada vez que se reía de alguna broma —de Fishman, por ejemplo—, agachaba un poco la cabeza para no enseñarlos. Era un gesto adorable. Y estaba claro que tenía alguna conexión con Fishman, pero ¿de qué tipo? Si Fishman se estaba acostando con aquella chica, ¿debía yo decírselo a Sarah? No. No se lo diría. Pero ¡Jesús! Fishman se volvió hacia ella varias veces, en el transcurso de la cena, para decirle cosas en voz baja, para que no lo oyeran los demás. Una vez incluso le puso la mano en el brazo. Fishman siempre tocaba a la gente con gesto conspirativo. Valiente gilipollas.

—¡Princeton, Princeton, Princeton! —dijo Fishman a un grupo de personas que se habrían arrancado encantadas el brazo izquierdo si hubiera hecho falta para pasar por el estrecho hueco de la puerta de roble que se abría a la facultad.

Yo seguía esperando que alguno se rebelara y se sacudiera los grilletes que le había puesto Fishman: ¿quién se creía que era, hablando a la gente en ese tono? Pero no. Aquellos encantadores estudiantes de posgrado y posdoctorado, rusos y estadounidenses, aceptaban encantados. Uno de ellos preguntó por una famosa experta en Bajtín:

—¿Cómo es Carly Emerson?

—Ah, muy universitaria —dijo Fishman—. El otro día mismo le estaba hablando de mi nuevo proyecto y se mostró muy interesada. ¿Sabes? Es una mujer muy sencilla.

Lo dijo como si los demás pensáramos que Carly Emerson iba a todas partes en helicóptero. Algo que seguramente pensábamos.

Fishman siguió hablando de su último proyecto: un programa para poner en internet algunos fondos de la Biblioteca Lenin. De hecho, la razón que le había llevado a Moscú en esa ocasión era las negociaciones de los derechos digitales con la biblioteca. Pero se le habían puesto un poco tercicos.

—Dicen que por qué va la gente a buscar nada en internet, cuando pueden ir personalmente a la biblioteca.

La mayoría de los invitados se rió. Yulia, que estaba sentada a su lado, no lo hizo. ¿Odiaba internet? ¿Le encantaban las librerías? ¿A mí también me encantaban las librerías!

—Siguen utilizando esas fichas de cartón para catalogar los libros —continuó Fishman—. Llega un punto en que no te queda más remedio que interpretar esta postura como un acto de hostilidad frente al conocimiento.

La gente asintió con la cabeza. Yo me terminé la cerveza de un trago y me fui a la cocina a por otra.

Maldito Fishman. Aquel era el tipo que me había preguntado en una ocasión que a qué venía tanto revuelo con Lotman.

—Si no es más que un Barthes de segunda fila, ¿no te parece?

No, no me lo parecía. Fishman era un idiota.

Decidí que había llegado el momento de pasarme a la cerveza buena. Era una especie de Budweiser checa que nunca había visto en lata hasta ese momento. Saqué una del frigorífico y la abrí. Mmm... Espesa, con un toque dulce: justo como la recordaba. Estuve pensando llevarme unas cuantas a la mesa, pero Simon lo había puesto todo con tal cuidado que no quise estropearlo con una montaña de latas. Pero tampoco quería estar continuamente yendo a la nevera a coger cervezas. Llevaba una chaqueta de lana con bolsillos a los lados —unos bolsillos bastante profundos, la verdad— y me metí una lata en el izquierdo. Abultaba un poco, pero podía pasar. De todos modos, nadie se fijaba en mí.

Fishman no era sólo un idiota. Era un idiota peligroso. Sus padres habían emigrado de la Unión Soviética, igual que los míos y más o menos en la misma época. Como muchos de nosotros, había crecido hablando ruso y como muchos de nosotros, había heredado de sus padres esa ambivalencia de sentimientos hacia el país del que nos habíamos marchado. Nuestros padres habían sido tan escépticos en cuanto a Rusia y tenían tanto a los rusos que habían cortado los lazos con su país, habían metido todo en cajas y habían ido cientos de veces a la oficina de

correos a enviar sus propios libros a América para poder materializar esa huida. Pero al mismo tiempo habían quedado vinculados a Rusia por otras tantas ataduras: las de la memoria, el hábito y el afecto. Iban a ver películas rusas, compraban en tiendas rusas y preferían los dulces rusos. Mi padre, que vivía en Massachusetts con su esposa americana y tenía hijos con ella que no hablaban en ruso, seguía bajándose de internet los nuevos programas de la televisión rusa y se pasaba las horas muertas viéndolos mientras pedaleaba en su bicicleta estática. Y mientras nosotros, los hijos de emigrantes rusos, si teníamos alguna relación con lo ruso era para hacer crítica contra Rusia y los rusos. Éramos críticos como lo habían sido nuestros padres, y al tiempo no lo éramos. Yo recordaba a menudo cuando Gershom Scholem acusó a Hannah Arendt durante el revuelo de *Eichmann en Jerusalén*, un libro muy crítico con Israel y con los muchos judíos que, según Arendt, habían sido demasiado acomodaticios con aquellos que habían intentado exterminarlos. El libro de Arendt era riguroso y preciso, dijo Scholem, pero le faltaba *ahavat Israel*, «amor por Israel», amor por su gente. Puede que aquella acusación fuese injusta para Arendt, pero desde luego era justa para nosotros, los hijos de emigrantes. En todo lo que hacían, incluso en lo feroz de su rechazo a Rusia, nuestros padres conservaban su amor por Rusia. Los hijos ya no lo teníamos.

Había algo en Fishman y en su burla de la Biblioteca Lenin que me irritaba de verdad. O tal vez lo que me irritaba de verdad era que se sentara a su lado aquella chica tan guapa. Y desde luego, tampoco podía decir que no me importase que se hubiera acostado con mi exnovia... Tal vez, incluso, a todo ello se añadía mi frustración al ver que Simon vivía solo en aquel apartamento tan bonito y contemplar sus perspectivas en el estudio que estaba realizando del intercambio cultural ruso-checo, que le convertían a él en avatar del intercambio: hablaba ruso y checo y vivía en un apartamento checo, en Moscú: yo vivía con mi abuela en una habitación reducida a la mitad por las cajas de Dima y nadie respondía a los currículums y a las cartas de presentación que seguía enviando. La verdad era que no lo esperaba ya.

Regresé a la mesa con mis cervezas. Fishman había pasado a disertar sobre su teoría de la Rusia de Putin.

—Se lo estaba diciendo a mi colega Richard Sutherland, que la pedagogía en torno a Rusia tiene que centrarse en el totalitarismo. Tenemos que entender el totalitarismo, porque el régimen de Putin es puro totalitarismo disfrazado de posmodernidad. Está convirtiendo todo el país en un Gulag.

Ahhhh, respondieron todos. Aquello era cierto.

Yo ya no lo soporté más.

—Fishman —dije, antes de tener ocasión de cambiar de parecer—. ¿Tú te estás oyendo?

—¿Qué? —dijo Fishman mirándome como si hubiera olvidado mi presencia.

—Los de la Leninka son unos bárbaros. Yo estoy en Princeton. Putin es un dictador. ¿Tú escuchas lo que dices?

—En la misma medida que me escuchan otros —respondió Fishman mirándome directamente—. La verdad es que yo soy mi peor crítico. Pero dime, ¿qué hay de malo en lo que he dicho?

Él se mostraba totalmente calmado, mientras yo estaba casi hiperventilando.

—Estás tirando a Rusia por los suelos. Te quejas del país, te burlas continuamente. Y sin embargo, estás sacando provecho de él. Tu trabajo consiste en estudiarlo, pero parece que lo único que te inspira este país es desprecio.

—Que sea crítico no quiere decir que lo desprecie. La crítica forma parte del diálogo.

En ese punto yo todavía podía haber parado, haberlo dejado pasar. Pero perdí los estribos.

—¿Y QUÉ HAS HECHO TÚ POR RUSIA? —grité—. ¿Qué has hecho tú por Rusia, Fishman?

No sé qué quería decir con aquello, pero compensé con el volumen la claridad que le faltaba a mi acusación. Por la cara que puso, Fishman parecía convencido de que yo iba a saltar por encima de la mesa y agarrarle del cuello. No sería el primero del departamento que atacaba a Fishman. Me miré las manos: estaba agarrado con todas mis fuerzas al borde de la mesa, con las dos: y eso de que hasta hacía unos instantes tenía la izquierda metida en el bolsillo, sujetando la lata de cerveza para que no se cayera.

—Yo no soy un trabajador social, si te refieres a eso —dijo Fishman recuperando el control—. Pero quiero creer que la gente que percibe mis críticas las encuentra útiles. Y ahora dime: ¿qué has hecho tú por Rusia?

—No lo sé —respondí: la pregunta era justa—. Quizá nada, pero a mí me gustaría hacerlo.

—Fantástico —dijo Fishman—. Buena suerte.

Se hizo el silencio. Miré a los comensales: casi esperaba que todos se volvieran a mirar a Fishman con el desprecio que se merecía. Pero no. De hecho, algunos me miraron a mí. Yulia, por ejemplo, me miraba con una expresión que solo puedo describir como inescrutable. Otros miraban el plato, abochornados. Pero aquel bochorno, no pude evitar fijarme, no era por Fishman. Era por mí: un tipo incapaz de encontrar trabajo y que iba a una cena y se ponía a gritar, sin mediar provocación, a un excompañero de clase que había tenido más éxito que él. Y era difícil no compartir su bochorno: yo también estaba avergonzado de mí mismo.

Me levanté, con intención de marcharme. Al ponerme en pie la Budweiser que llevaba en el bolsillo acabó por caerse al suelo. Todos la vieron rodar hacia la pared, y pararse allí. Por un momento pensé hacer como que no era mía, pero era imposible. Fishman se estaba riendo.

—¿Por qué llevas una cerveza en el bolsillo, Kaplan?

Ignoré la pregunta de Fishman. Con toda la dignidad de la que fui capaz me agaché a recoger la lata.

—Rusia está enferma —dije, poniéndome de nuevo en pie—. Y cuando alguien está enfermo no necesita que lo critiquen. Necesita que le ayuden.

Según lo decía supe que estaba citando a alguien. Pero ¿a quién? ¿A Shalámov? ¿O era Dostoyevski, en el discurso sobre Pushkin? Lo había estado leyendo en las vacaciones de Acción de Gracias... Pero no logré ubicarlo.

Pero Fishman, sí.

—Rusia está enferma —dijo imitándome; luego esbozó una sonrisa y añadió—: Espera: eso es lo que dice Putin. Dices lo mismo que dice Putin.

—¡Estoy harto de Putin! —grité.

Me di cuenta de que tenía razón. Aquellas palabras me salieron sin más. Pero Fishman se equivocaba en parte. Entonces añadí:

—Que lo diga Putin no significa que no sea cierto.

—Mmmm —dijo Fishman sin dejar de sonreír.

Junto a él, Yulia seguía mirándome con una expresión que yo no sabía cómo interpretar. Pero daba igual: era hora de irse.

—Siento mucho perturbar vuestra cena —dije a Simon, que lanzó un gritito mostrando su comprensión: me quedó claro que estaba deseando que me fuese.

Ya en el vestíbulo me llevó un buen rato ponerme los zapatos. Mientras lo hacía, ninguno de los invitados dijo una palabra. Acabé saliendo al rellano sólo con un zapato puesto: no terminé de ponerme el otro hasta que entré en el ascensor. Me había quedado con la cerveza que cogí, y la abrí allí dentro. Salió el gas formando un surtidor que me manchó toda la manga de la *telogreika*. Calculé que había perdido un cuarto del contenido de la lata: el resto me lo bebí mientras salía del edificio de Simon a la noche fría.

¿Qué había hecho por Rusia? Pues no mucho. Había leído muchos libros escritos en ruso y había enseñado durante muchos años literatura rusa a mis alumnos. Supuse que algo era. Pero en realidad no había hecho cambiar de opinión a nadie con respecto a Rusia. No había descubierto nada nuevo sobre Rusia. Hacer algo por Rusia, como parte del entorno académico al que yo pertenecía, significaba ofrecer una nueva interpretación, un nuevo modo de verla que hiciera cambiar la forma en que la gente hablaba de Rusia y pensaba en Rusia. Aquello cambiaría a Rusia. Y no era imposible. Pero no era fácil y yo no había hecho nada al respecto, por el momento.

Pasé una noche horrible —no salí de mi habitación— y al día siguiente, que era domingo, también pasé un día horrible con mi abuela, intentando olvidar aquel incidente tan embarazoso. Por la noche fui a jugar al hockey a esa pista tan rara que había junto al gaseoducto elevado. El lunes recibí un correo electrónico de YuSemenova@yandex.ru: Yulia Semenova, la Yulia del sábado por la noche. Había tomado mi dirección de la invitación de Simon, me dijo, y sentía mucho la imposición, pero estaba organizando una charla sobre el neoliberalismo en la educación superior que se iba a celebrar en una librería, Falanster, dentro de algunas semanas —después de Año Nuevo— y si tenía tiempo a ella le encantaría que asistiera y hablara un poco del sistema estadounidense. El acto daría comienzo a las 19.00 horas, y estaba segura de que habría mucha gente interesada en asistir.

Me quedé perplejo. ¿Qué había dicho o hecho yo para que Yulia pensara que sería una buena baza hablando del estado del neoliberalismo en la educación superior? ¿Fue porque había provocado un alboroto y robado una cerveza? ¿Por eso quería que participara en su charla? No me cuadraba. Quizá había visto, a través del ruido que provoqué con mi locura, que yo tenía un corazón bueno y leal. Aunque me parecía improbable. Pero sólo tenía una forma de averiguarlo: yendo. Le respondí que aceptaba encantado.

4

REVELACIÓN

Pasé la Nochevieja en casa, pero no me aburrí.

En primer lugar llegó por correo una tarjeta del primer ministro Putin, que nos felicitaba el año nuevo. Iba dirigida personalmente a mi abuela: «Querida Seva Efraimovna, que tengas un Año Nuevo maravilloso. Nuestro país te está muy agradecido por todos tus sacrificios. ¡Ni olvidamos ni perdonamos!».

A mi abuela no la impresionó.

—Que se vayan al infierno —dijo, y tiró la tarjeta.

Poco después estaba yo sentado en la cocina tomando un café instantáneo y escuchando el Eco cuando entró mi abuela y me dio una llave.

—Andriush —me dijo—. Acabo de encontrarme esta llave. ¿Sabes de dónde es?

Era una llave pequeña, como de un armario o un escritorio antiguo, y pensé que no había muchas respuestas posibles a su pregunta.

—Vamos a ver —le dije.

Con mi abuela detrás, entré en su dormitorio y la probé en el cajón del escritorio, que no estaba cerrado con llave. No era de allí. La probé también en la estantería de su dormitorio, que mientras yo estuve en la casa había permanecido cerrada con llave todo el tiempo y que ahora, *voilà*, se abría.

—¡Hurra! —exclamó mi abuela.

—¿Necesitas algo de ahí? —pregunté.

—No lo sé —respondió mi abuela—. ¿Qué hay ahí dentro?

Había muchas cosas. Papeles antiguos de su trabajo. Fotos antiguas. Otros documentos diversos. Y luego, encima de todo, una vieja caja de bombones llena de cartas. Eran de mi madre, de cuando nos fuimos de Rusia. Estaban también las respuestas de mi abuela: debió enviárselas mi padre en algún momento, después de morir mi madre.

Me pasé todo el día leyendo las cartas. Las de mi madre estaban plagadas de descripciones largas, animadas, no siempre extáticas, de nuestra vida en Estados Unidos, de mi infancia, de la rebeldía de Dima, de la alienación que sentía mi madre ante un marido tan práctico. Las de mi abuela contenían tristes resúmenes de la vida cotidiana de los amigos y parientes de mi madre que se habían quedado en Rusia. De su propia vida mi abuela hablaba con una especie de bravuconería hueca. Incluso en las cartas redactadas para aliviar la culpabilidad que sentía su hija

por haberla dejado allí, mi abuela no podía evitar que trascendiera una nota de tristeza. Los inviernos en Dubná eran anodinos; las películas que veía en Moscú eran decepcionantes. Y tenía cierta envidia, incluso resentimiento hacia Tío Lev, que disfracaba de admiración. «El trabajo lo absorbe por completo, ni siquiera lo deja a un lado cuando vamos de viaje. Cuando estuvimos en Koktebel, el mes pasado, empezó a preguntarse por qué nadie había mirado por allí a ver si había petróleo. ¡Es impresionante!» No era una expresión sarcástica, exactamente: era más bien de aflicción. Mi abuela había escogido una profesión que acabó por estar sometida a todo tipo de estupideces políticas, y la había tenido que aparcar. Tío Lev, sin embargo, era científico y aunque el Partido había estado muchas veces tentado de inmiscuirse en la ciencia, había dejado en paz a sus petroleros.

Pero en las cartas de mi abuela se percibía, sobre todo, un deseo de reunirse con su hija, una sensación de que el centro de su mundo había desaparecido. Las cartas eran de una frecuencia increíble: una por semana durante los primeros años y hasta finales de los ochenta, cuando el contacto telefónico se hizo más fácil; nunca hubo menos de dos al mes. Mi madre llamaba a mi abuela con un nombre cariñoso; mi abuela se dirigía a mi madre con «mi queridísima hijita». Y aunque las cartas eran sofisticadas, irónicas, llenas de conversaciones sobre películas que habían visto o libros que habían leído, se trataban con una sinceridad absoluta, sin la menor afectación. Aunque aquello a mí no me extrañaba lo más mínimo —mi abuela había criado sola a mi madre durante algunos de los años más difíciles del siglo— yo no tenía ni idea, realmente, de lo unidas que habían estado. No tenía ni idea de cuánto se habían echado de menos. Cuando la Unión Soviética se empezó a desmoronar se habló incluso de que mi abuela y Tío Lev se fueran a vivir a Boston. Nunca lo hicieron. Tío Lev tenía acceso a información reservada, e incluso en los últimos años de la URSS no se permitía salir a gente como él. Luego murió mi madre.

—Fue culpa mía que se marchase, ya lo sabes —dijo mi abuela después de leer ella unas cuantas cartas.

—¿Por qué iba a serlo?

Estábamos en la habitación de mi abuela: yo, en la butaca verde que había junto a su cama; ella en la cama que se convertía en sofá, descansando.

—Le dije la verdad —dijo mi abuela—. Incluso cuando era pequeña yo siempre le hablaba de este sitio y le decía la verdad, lo terrible que es este país. Así que cuando tuvo edad suficiente, se marchó.

Yo no dije nada. Mi abuela no le había dicho la verdad. No le había desvelado el secreto de Tía Klava, por ejemplo. Pero no se trataba de eso.

—Y fue culpa mía que muriera —continuó mi abuela—. Cuando trabajaba aquí, tenían que hacerse mamografías obligatorias. En Estados Unidos no. Si se hubiera quedado aquí, lo hubieran cogido a tiempo.

—Eso no puedes saberlo —respondí automáticamente.

Pero ahora entendía lo que quería decir todas aquellas veces que afirmaba que mi madre se había ido a América y se había muerto, como si ambos hechos estuvieran conectados. Yo nunca lo había visto así, pero mi madre murió de cáncer de mama tras un diagnóstico que llegó demasiado tarde. En eso tenía razón mi abuela.

Aquella noche llevé una botella de vino y bebimos por el Año Nuevo.

—Es estupendo que estés aquí conmigo, Andriushenka —dijo mi abuela, y a mí me conmovió.

Luego llamó a Emma Abramovna para desearle feliz Año Nuevo y se fue pronto a la cama. Yo

crucé el rellano para saludar a los soldados. Iban a ir a una gran fiesta después, pero en aquel momento estaban celebrando un miniprevio en su casa.

Después de un par de cervezas Howard me llevó aparte.

—Oye —dijo—. Tengo que pedirte un favor.

En aquella web de reseñas de trabajadores del sexo con reseñas de clientes que solía visitar había conocido a una chica, y había ido a verla.

—Llego y me encuentro con que está su madre en la cocina. Una mujer muy agradable. Tomamos el té todos juntos y entonces la chica me lleva a su habitación y me folla. ¿Te lo puedes creer? Me sentí como un adolescente. Una de las experiencias más eróticas que he tenido en mi vida.

Howard hizo una pausa. ¿Qué favor se le había pasado por la cabeza pedirme?

—Quiero escribirle una reseña muy buena, pero en ruso —dijo—. Si la escribo y te la mando por correo electrónico... ¿puedes echarle un vistazo, para que no tenga demasiados errores?

* * *

Unos días después recibí una noticia interesante. Me llamó por teléfono mi consejero.

—*S novym godom!* —gritó—. Feliz Año Nuevo.

—Gracias —le dije.

—Tengo que darte una mala noticia —dijo mi consejero—. Ha muerto Frank Miller.

Frank Miller era profesor de Estudios Rusos en Watson College, un tipo muy querido. Watson era una pequeña escuela de artes liberales del montón, situada en el extremo norte del estado de Nueva York, donde más frío hacía. Pero tenía una ventaja: que un alumno excéntrico, que había amasado millones fabricando sistemas de armamento en plena Guerra Fría, había sufragado los gastos de una cátedra permanente de Historia y Literatura rusas. Frank Miller la había ocupado con honores. Era, además, amigo y mentor de mi consejero y un tiempo atrás, cuando Miller se tomó un año sabático, mi consejero me había presentado a mí para sustituirle. Yo hice cuanto pude por dar bien aquellas clases y mantener la depresión bajo control, y los estudiantes me dieron muy buena valoración.

—No sabía que estaba enfermo —dije.

—Lo mantuvo en silencio. Y fue todo muy repentino. Por Acción de Gracias le dijeron que lo tenía en el hígado. A partir de ahí ha sido fulminante.

—Menuda mierda —dije.

—Una mierda, sí —respondió mi consejero—. Pero es lo que hay. Pon tu CV en orden: creo que van a buscar sustituto y me parece que va a ir todo muy rápido. Voy a decirles que se fijen en ti.

—De acuerdo —dije—. Gracias.

—Ah, otra cosa —continuó—. Tienes que publicar algo. En este momento todo el mundo está obsesionado con publicar algo. ¿Te ha contado tu abuela muchas cosas de la URSS?

—No.

—Vale. Pues entonces piensa en otra cosa. Tienes que publicar algo. Ayuda mucho.

Se me hizo muy raro recibir aquella llamada. Estaba prácticamente resignado a vivir aquella nueva existencia en Moscú, y de pronto me llamaba mi consejero y me arrastraba de nuevo en la

dirección de mi antigua vida. No estaba seguro de cómo me sentía. Pero actualicé el CV.

* * *

La librería Falanster, donde se iba a celebrar la charla sobre el neoliberalismo en la educación superior, no fue fácil de encontrar. Dejé a mi abuela donde Emma Abramovna y fui caminando, con un frío de perros. Deambulé por el vecindario durante unos quince minutos más o menos, entrando y saliendo de un patio al que se accedía por un enorme arco. Tenía cada vez más frío y me estaba empezando a preocupar no llegar a tiempo. ¿Y por qué iba dando vueltas a eso? ¿Por qué pensaba que sólo por saber la dirección de un sitio sería capaz de llegar, cuando en tantas ocasiones no había sido así?

Terminé por preguntar a una persona, que me señaló el arco. Generación tras generación los rusos habían cogido esos edificios antiguos de la época zarista y los habían dividido de un millón de maneras diferentes. Y sí, había una librería dentro de la estructura del arco.

Se veía enseguida que era una buena librería. Tenían todos los libros académicos del legendario Nuevo Observador Literario y una sección fantástica de diarios. No había carteles de Putin sobre la caja registradora, como en la librería de debajo del club de striptease de Sretenka, ni libros espeluznantes sobre *El plan de los americanos para robarnos el petróleo*, ni tratados oscuros sobre la religión revelada. Había libros serios de poesía, filosofía y ciencias políticas. Y, en una esquina, un pequeño busto de Karl Marx en escayola contra el que se apoyaba una pila de periódicos viejos.

Había más o menos una docena de personas. Vi a Yulia, con jersey rojo y una falda de lana marrón, con aspecto a un tiempo serio y sexy. Estaba hablando con un tipo y me pareció que no me había visto. ¿Se habría olvidado de que me invitó? Yo hice como que estaba examinando las pilas de libros que había en el centro de la librería cuando vi entrar a un hombre que me resultaba familiar. Establecí inmediatamente asociaciones positivas con él, pero ¿de qué lo conocía? Estaba tan fuera de contexto que por un momento no fui capaz de averiguarlo. Luego ya sí.

—¡Serguéi! —exclamé.

Era el guardameta de mi equipo de hockey, me miró, sonrió y se acercó.

—¿Qué haces aquí?

—Me toca hablar —dijo Serguéi—. ¿Y tú?

—A mí también.

No debió sonar muy convincente: era como si le estuviera imitando, así que añadí:

—Me ha invitado Yulia.

—Ah, Yulia —dijo Serguéi—. Bueno, estupendo.

Me dio unos golpecitos en el hombro y se fue a hablar con otra persona que le había estado haciendo señas.

¿Qué quería decir exactamente aquello de «Ah, Yulia»? Tuve que dejar de pensarlo, porque Yulia venía hacia mí.

—Gracias por venir —dijo, poniéndome la mano sobre el brazo un instante—. Serguéi Ivanov (¡nuestro portero!) va a dar una conferencia sobre su trayectoria por la educación contemporánea, pero me pareció que sería útil tener un poco de contexto global. Así que, si no te importa, te presentaré y te pediré que digas unas palabras sobre la situación en Estados Unidos. Después

presentaré a Serguéi. ¿Te parece bien?

—¿Qué quieres que diga sobre la situación en Estados Unidos?

—Pues lo que tú creas. La situación de profesores y adjuntos en el mercado laboral.

Sabía exactamente lo que quería que dijera. Quería que hablara de la posición bochornosa y mierdera de los adjuntos, el impulso de los PMOOC como solución, que acababa siendo un parche que no resolvía nada. ¿Cómo sabía ella que yo sabía eso? Quizá había hablado de mí con Fishman. O quizá lo sabía, y ya está. Quería preguntárselo, pero no conseguía verbalizarlo. Y, de todos modos, una vez que me explicó lo que quería, se fue hacia el fondo de la sala y pidió a los asistentes que tomaran asiento. Miré a mi alrededor y vi que los asistentes eran en su mayoría veinteañeros cargados de hombros, muchos de ellos con gafas y jerséis raídos. Se parecían un poco a los del grupo de la cena del otro día, pero más desastrados: eran alumnos de posgrado que bien podían no ser alumnos de posgrado. Y me gustaron inmediatamente.

—Nuestro primer ponente —dijo Yulia con mucha elegancia— será Andréi Kaplan, de Nueva York, donde es profesor adjunto de estudios rusos. Andréi...

Me puse en pie, algo nervioso. Me habría puesto nervioso de todos modos, pero tener que hablar ante un grupo de rusos me ponía más nervioso aún. Ofrecí una breve descripción de los apuros por los que pasaban los adjuntos en Estados Unidos. Mi principal queja era la desigualdad: si te tocaba la lotería académica y conseguías un trabajo a tiempo completo te pagaban unos quince mil dólares por asignatura. Si no, te podrían pagar más o menos tres mil. Por un PMOOC, mil. No era justo. En mi opinión, tal disparidad de salarios no estaba justificada en absoluto, sobre todo en instituciones que se consideraban modelos de democracia y liberalismo.

Dije todo aquello tan rápido como pude. La gente asentía, como dándome la razón o mostrando su comprensión. Cuando terminé, me dedicaron unos aplausos. Yulia se puso en pie, me sonrió ladeando un poco la cabeza para disimular sus dientes y me dio las gracias. Yo me senté aliviado y feliz, y a continuación Yulia presentó a Serguéi.

—C-c-c-como algunos de vosotros ya sabéis —comenzó Serguéi, tartamudeando un poco— dejé la universidad hace tres años, en protesta por el aumento de la privatización que ha sufrido la educación en Rusia. Mi impulso inicial, después de salir de allí, fue hacer algo completamente distinto. Pensé escribir una novela. Pero me pareció un plan aburrido y, de todos modos, no tenía talento. Entonces empecé a meditar sobre el significado que mi experiencia universitaria había tenido para mi experiencia de vida en nuestro país. El término «neoliberalismo» se ha puesto de moda últimamente en los escritos académicos y políticos y, durante mucho tiempo yo estaba seguro de que no tenía nada que ver con nosotros, conmigo. Era una palabra extranjera y pertenecía a una realidad distinta de la nuestra, que aun en una situación análoga, no tiene nada que ver con la realidad estadounidense que nos acaba de mostrar Andréi Kaplan. Pero cuanto más lo pienso, más claro lo veo. Es una palabra fea, que designa un fenómeno feo. Es la descripción de la privatización de servicios que antes eran públicos, la mercantilización de las relaciones humanas, de los asuntos humanos. Y en Rusia eso explica gran parte de las cosas que vemos. Estamos habituados, cuando hablamos de nuestros dictadores, a pensar en Stalin. ¿Esto es como con Stalin o no es como con Stalin? ¿Esto es como en 1937 o no es como en 1937? Si esa es la pregunta, la respuesta es siempre la misma: no es como en 1937, no es como Stalin. Los supermercados están a rebosar de productos, la gente tiene televisores nuevos, algunos tienen coches nuevos... todo bien. Pero no todo está bien. Vosotros lo sabéis tan bien como yo. Stalin ya no es el rasero por el que medimos todo. Porque hay un dictador tan duro como Stalin, tan brutal

como Stalin, que sin embargo resulta más fácil de aceptar que Stalin y es más popular de lo que fue Stalin jamás: el mercado. Lo que hemos visto en Rusia en los últimos veinte años es la sustitución de un estado estancado, a veces violento y opresivo pero que ha funcionado, más o menos, por una dictadura del mercado. La gente ha muerto de hambre, de depresión, de alcoholismo y violencia, y no sólo lo han hecho en silencio: lo han hecho de buena gana. Han elogiado a sus conquistadores. Todos hemos oído hablar de los bolcheviques que confesaron crímenes terribles en los años treinta, crímenes de los que eran inocentes. Pues esto es parecido. Pero aquellos viejos bolcheviques confesaron bajo tortura. Y gente como nuestros padres lo han hecho por su propia voluntad. Habían construido un país, habían servido lealmente a ese país, poniendo lo mejor de sí mismos. Ahora están confesando faltas que les atribuye la economía neoclásica. Estuvieron dispuestos a renunciar a todo lo que tenían porque inmersos en un cambio tan grande pensaron que no estaban en lo cierto. Y vosotros sabéis que yo, durante un tiempo, acepté eso. Pensé que el comunismo era lo peor que le podía pasar a un país. Las mentiras, la escasez, la violencia contra los disidentes. Era abominable. Muchos de nosotros sabíamos que las cosas iban mal en los noventa. Que el nuevo capitalismo era, en muchos sentidos, mucho más destructivo, falaz y violento de lo que fue la Unión Soviética en los setenta y los ochenta. Cuando Putin llegó a la presidencia mucha gente pensó que representaba el retorno a la URSS, que no habíamos logrado «limpiar» el país de la amenaza comunista, y que queríamos recuperarla. Como recordaréis, muchos se opusieron, dijeron que Putin era un «reformador», que la KGB era la única estructura de la URSS que podía considerarse «empresarial» y que Putin continuaría sus reformas. Lo que vi en la universidad en 2001, 2002, 2003, al contemplar cómo la administración adoptaba, cada vez más, las prácticas y expresiones del mundo empresarial, fue que las reformas seguían adelante: claro que Putin era un reformador, como habían dicho los optimistas. Pero también, como habían asegurado los pesimistas, estaba adoptando los métodos soviéticos de represión política y de control de la prensa, entre otras cosas. Parecía una contradicción. Pero no lo era. Cuanto más leía sobre el tema, más claro lo veía: ese era el aspecto que presentaba el capitalismo en los márgenes del sistema mundial. Turquía, China, México, Egipto... todos tenían gobiernos parecidos al nuestro, economías parecidas a la nuestra. No sé si aquella era la tónica habitual, aunque me imaginaba que sí. De lo que estaba seguro, y lo sigo estando, es de que sí era una tónica, un régimen, al que había que ofrecer resistencia. Y había que hacerlo en nombre del anticapitalismo. No del anticomunismo (como creyeron y siguen creyendo los liberales y que, aparte de ser un mal diagnóstico de la situación, los alinea con lo peor del panorama internacional) sino del anticapitalismo, que resulta que es lo adecuado, y que nos alinea a nosotros con lo mejor de ese panorama: con los estudiantes radicales de Grecia, con los trabajadores de la industria automovilística de España, con los trabajadores del petróleo que protestan en Kazajistán o con los trabajadores del ámbito académico de Estados Unidos, que acaban de despertar a esa conciencia. —Y ahí Serguéi me señaló a mí—. Y esto es lo que he entendido, al fin y al cabo.

Serguéi hizo una pausa y tomó un poco de agua. Entonces yo, con toda la discreción de que fui capaz, me giré en mi asiento de la primera fila para ver cómo reaccionaba el público. Vi, nada más y nada menos, un grupo de estudiantes que escuchaba educadamente y sentí que allí estaba ocurriendo algo muy especial. Algunos aprovecharon la pausa de Serguéi para mirar sus teléfonos. «Puedes irles con el Sermón del Monte y lo único que harán es quedarse ahí sentados y tomar notas», dijo una vez mi consejero.

Pero aquello no era el Sermón del Monte, bien lo sabía yo. Y sin embargo allí, en aquella sala,

en aquel momento, podría haberlo sido. No podía creerlo. Serguéi era un buen guardameta, pero no era excepcional. Parecía un buen tipo, pero no un superhombre. En el vestuario, entre los gritos y los chistes vulgares, yo apenas había reparado en él.

Pero había dejado el pabellón bien alto. De pronto me quedó claro todo lo que había estado viendo no sólo en aquellos meses que llevaba en Moscú, sino durante todos aquellos años en la universidad: los más de quince años que llevaba estudiando todo lo que tuviera que ver con Rusia. Rusia siempre había llegado tarde a los logros y objetivos de la civilización occidental. Su lentitud era parte de su encanto, pero también su maldición. Era como si Rusia fuera un drogadicto que recibía su dosis después de obtener la mejor cristalización, su máximo potencial. En ninguna parte se tomaban más en serio las ideas occidentales, las creencias occidentales; en ningún otro sitio se llevaban a la práctica con mayor pasión. Así ocurrió con la Revolución bolchevique, que acabó con el antiguo régimen, o con el movimiento de los derechos humanos que, unido a los pantalones vaqueros, acabó con el régimen bolchevique. Y finalmente, esta nueva forma de capitalismo que se había creado aquí, que había enriquecido y luego expulsado a mi hermano, que había empobrecido a mi abuela y matado a Tío Lev. No había que leerse un millar de libros para comprender aquello. Te podías quedar donde estuvieras y observar lo que hubiera a tu alrededor.

Yulia estaba sentada a unas cuantas sillas de mí. Si yo hubiera sido ella, me habría enamorado de Serguéi. Pero parecía que ella no: estaba más pendiente del público que de Serguéi. Había organizado aquel evento y quería que saliera bien. Yo me giré de nuevo, para seguir escuchando la charla. Y aparte de todo lo demás, me di cuenta de que cuando hablaba así, Serguéi dejaba de tartamudear.

—Para mí fue duro dejar la universidad, a pesar de que tenía muchos motivos para hacerlo. Tenía un hijo pequeño y, aunque mi sueldo era modesto, algo era. Y yo creía en la universidad como idea, creía en la educación. Pero, a fin de cuentas, ¿de qué sirve la educación? La educación es liberación, y la liberación total no es posible. Así que la educación nunca termina. Me di cuenta de que no tienes que quedarte en una institución educativa para continuar tu educación y para seguir educando a otros. El objetivo de nuestro movimiento es la libertad, y para ser libres tenemos que aprender a pensar. Tenemos que aprender a pensar juntos. Tenemos que practicar la solidaridad, organizarnos y organizar a otros. Sólo así podremos avanzar y hacer frente al oscurantismo. Sólo así podremos construir la igualdad y la democracia en la tierra.

Serguéi hizo una pausa.

—Estaré encantado de responder a vuestras preguntas.

El apartado de preguntas duró una hora. Cuando terminó, Yulia me dijo que ella, Serguéi y unos cuantos más iban a un bar allí cerca, a tomar algo. A mí me habría encantado tomar algo con Yulia o al lado de Yulia, pero tenía que ir a recoger a mi abuela a donde Emma Abramovna. Empecé a caminar en dirección a su casa por Tverskaya abajo, pensando en lo que acababa de oír.

Fue la primera vez que caminaba por Moscú sin ver restaurantes caros ni cámaras de ejecución. Sí, había restaurantes caros y cámaras de ejecución, pero también estaban los hogares de la gente que había sido ejecutada en esas cámaras. Los libros que habían escrito y leído. Y cuando llegué donde Emma Abramovna, que estaba sentada con mi abuela jugando a los anagramas, vi los hogares de quienes de un modo u otro habían sobrevivido.

* * *

Al día siguiente, en El Molinillo, busqué a Serguéi en internet. Su ruptura con la universidad y con el régimen que la sostenía había sido público y, por lo que parecía, controvertido. Lo anunció en su página de *LiveJournal* y pasó varias semanas discutiendo con la gente que le dejaba allí sus comentarios. Le acusaron de abandonar la educación de los jóvenes rusos, de exagerar el nivel de corrupción en la universidad privada, de ser comunista. Serguéi, con talante metódico y tranquilo, respondió a todas las acusaciones. Abandonaba la educación de los ricos, dijo, pero pretendía seguir educando a los que no tenían recursos, no estaba exagerando y sí, era comunista.

¿De dónde se creía que venía el dinero para la universidad, para el espacio físico que ocupaba, los fondos de la biblioteca y los salarios de tantos profesores vagos como él?, le dijeron. Serguéi respondía que tendría que proceder del gobierno, que la gente tenía que sufragar la educación con sus impuestos, impuestos que habían de pagar como individuos o como sociedades. Si el Estado puede reformar la estructura militar e invertir millones de dólares en superautopistas, ¿por qué no se podía destinar también parte del dinero a que las universidades ofrecieran formación gratuita a sus hijos? Pero una persona le dijo: «Lo único que enseña a los chicos la gente como tú es el ateísmo y otras formas de estupidez. No veo por qué tendría yo que pagar por eso».

Serguéi respondió simplemente «Ah», y no insistió más.

Esa noche íbamos a jugar al hockey y yo llegué pronto, por si él también lo hacía. Pero llegó con los demás. Me dijo hola y me felicitó por mi intervención de la noche anterior, y yo pasé un buen tramo del partido preguntándome cómo podría sacar el tema para enlazar con ello. Al final fue Serguéi quien tomó la iniciativa. En los vestuarios, después de perder, me preguntó si quería que me acercara a casa. Normalmente me llevaba Oleg, pero acepté inmediatamente. A Oleg no le importó. No hacía mucho que había encontrado un inquilino para el local donde estuvo el banco europeo. Cada vez que lo contaba en el vestuario y decía el nombre del grupo al que se lo había alquilado, más de uno levantaba las cejas. Yo, que no entendía nada, pregunté:

—¿Es un banco?

—No exactamente —dijo Oleg.

Resultó que era una organización mafiosa. Cuando Tolia preguntó en voz alta si era sensato alquilárselo a ellos, Oleg se rió.

—Yo no voy a hacer negocios con ellos —dijo—. Sólo voy a alquilarles el local.

Oleg parecía anonadado con la noticia, como si otra vez hubiera logrado salir airoso con un truco de magia, y me di cuenta de que era menos cuidadoso y reservado que el resto de los tipos con los que jugábamos. Era parte de su encanto, pero advertí que al resto les preocupaba.

Serguéi tenía un viejo Lada cuadrado, y metimos los trastos en la parte trasera. Me di cuenta de que no tenía motivos para temer una conversación con él. Parecía encantado de continuar con la charla del día anterior.

—Uno de los acontecimientos políticos más importantes de mi vida fue la guerra de Irak —dijo—. O, mejor dicho, la reacción que hubo en Rusia ante esa guerra. Vi cómo la gente que se oponía a Putin, con la que yo estaba instintivamente de acuerdo, apoyaba la guerra, con la que yo estaba instintivamente en desacuerdo. Así que o uno de mis instintos estaba equivocado o algo raro pasaba ahí. Yo había sido hasta entonces un liberal estándar que votaba a Yeltsin. Pero empecé a pensar en mis padres y mis abuelos. Eran buena gente, gente muy trabajadora que quedó absolutamente diezmada por las reformas. Empecé a darle vueltas. Estudié literatura, como tú. Escribí mi tesis sobre la poesía inconformista del final de la etapa soviética. Pero luego empecé a

leer sobre política rusa e internacional. Y cuanto más leía, más cuenta me daba de que mis padres no eran el problema: las reformas eran el problema; el capitalismo era el problema. Y Putin era un capitalista peculiar. En cuanto vi eso, vi muchas cosas más.

Habíamos llegado a la plaza Trubnaya. Serguéi paró el coche junto a una de las grandes obras que había en la zona.

Unos años atrás, me contó, él y unos amigos suyos habían formado un grupo político llamado Octubre. Aún era pequeño, como unos veinte miembros. Pero estaba creciendo.

—¿Y Yulia? —no pude evitar preguntárselo.

—Yulia se unió al grupo con su marido, Petia Shipalkin, hará un año. Luego se separaron, Yulia se quedó con nosotros y Shipalkin se fue con los anarquistas. —Serguéi se rió—. Es muy buena organizadora.

Aquello era lo primero que oía de un marido, pero daba igual porque ya no lo era. Además, tenía una duda más perentoria. Sobre Fishman.

Serguéi se quedó sorprendido.

—¿Sasha Fishman? ¿Lo conoces?

—Sí. Estaba en mi departamento.

—Bueno. Fishman es Fishman. Un fisgoncillo. Es amigo de Shipalkin, pero como Yulia y él se han separado, llama a Yulia cada vez que viene a Moscú.

—Ah.

—Sí, así es Fishman —dijo Serguéi.

—¿Hay otro grupo llamado Septiembre? —pregunté.

—Ah, somos nosotros. Quiero decir, éramos nosotros. Fue como... La revolución fue en octubre, pero nosotros estábamos antes.

—Entonces, ¿ahora la revolución está más cerca?

—No, qué va. Nos pareció que era un nombre absurdo.

—¿Sois vosotros los de las manifestaciones en la autovía de Moscú-Petersburgo?

—Sí.

—Mi hermano es Dima Kaplan. Lo han acusado de estar ahí metido.

—¿Es tu hermano? —Serguéi parecía divertido—. No, no tenemos nada que ver con él, ni lo tendremos. Es una serpiente capitalista, perdona que te diga.

Perdonado. Agradecí a Serguéi que me acercara a casa y cogí mis cosas del maletero.

—Te veo la semana que viene —dijo Serguéi, y arrancó.

Al fin había encontrado alguien con quien hablar.

5

ME PONGO ENFERMO

A la semana siguiente no vi a Serguéi, porque ese fin de semana me puse enfermo. Hasta ese momento había logrado evitar, milagrosamente, ponerme enfermo. Pero empezó a rasparme la garganta y, antes de que me diera cuenta, me subió la fiebre. Seguía estando de vacaciones de invierno, así que pude quedarme unos días en la cama.

Durante ese tiempo pensé en mi abuela, que venía cada cinco minutos, haciendo un esfuerzo heroico, a ver cómo estaba. Ahora me daba cuenta de que el capitalismo le había robado. O una conspiración accidental entre el capitalismo y el comunismo. El comunismo había nacionalizado todos los recursos del país: todo el petróleo que encontró Tío Lev era propiedad del Estado. Cuando ese Estado se vino abajo, vendió el control del petróleo a unos cuantos tipos bien relacionados por un puñado de dólares. Fue en realidad aquella política explícita de los reformadores rusos, que sólo quiso crear megacapitalistas —los oligarcas, como se les conocería después— lo que modernizó la economía rusa y tiró del país hacia el futuro. La primera vez que fui a Rusia, en los años noventa, Dima me dijo: «Los que han crecido bajo el comunismo tienen mentalidad de esclavos. No son capaces de hacer nada por sí solos. Tiene que obligarles otro. Y sí, a veces es feo. Pero no se puede hacer una tortilla capitalista sin cascar algunos huevos». Gente así, con ideas como esas, fueron los que crearon las condiciones en las que mi pobre abuela había perdido su dacha y Tío Lev había sufrido una apoplejía.

Yo nunca había sido socialista. De hecho, siempre había sido antisocialista. Así fue como me criaron. Habíamos escapado de la Unión Soviética, un lugar donde no podías conservar nada que hubieras hecho tú o te hubieras ganado. Habíamos llegado a América y allí nuestras vidas cambiaron. Mi padre votaba a los republicanos en todas las elecciones, desde la primera vez que pudo votar. Yo, sometido a la influencia del ambiente universitario y de la escuela de posgrado, me desvié un poco hacia la izquierda y me hice liberal, pero cuando oía la palabra «socialismo» marcaba una línea: me parecía una de esas tonterías que hacían mis amigos estadounidenses, gente por lo demás inteligente. Una tontería para ingenuos, como los iPod. Yo no creía que nadie necesitara un iPod cuando podía oír música gratis en la radio. De la misma manera no necesitábamos del socialismo cuando el capitalismo democrático funcionaba bien.

— Toda esta gente se cree que Karl Marx era un anciano encantador con barba —dijo mi consejero un día en que un grupo de estudiantes de posgrado se hizo fuerte en una de las cafeterías del campus exigiendo un sindicato: a mi consejero le sentó fatal por varias razones, y el que en aquella cafetería preparasen su sándwich de pollo favorito no era la menos importante de todas—.

¡Se creen que es Santa Claus! Ya me gustaría a mí dejar a todos estos amigos de la clase trabajadora en el Petrogrado de 1917. A ver cuánto duraban.

En el departamento de Estudios Eslavos todos habíamos leído a Mandelstam, a Ajmátova, a la viuda de Mandelstam, a Grossman, Solzhenitsyn, Brodsky... Estábamos todos empapados de la memoria de la revolución violenta y su secuela estalinista, más violenta aún. Siempre que alguno de posgrado, del departamento de inglés, pronunciaba la palabra «socialismo» con los ojos muy abiertos, íbamos derechos a la estantería. «Vivimos sin sentir el suelo bajo nuestros pies / a unos pasos de distancia no puedes oír nuestras voces. / Pero si alguien empieza a hablar / sabemos que el hombre del Kremlin está mirando.» El epigrama de Stalin, por Mandelstam. ¿Alguna pregunta?

Pero... ¿socialistas rusos? Aquello era distinto. Era interesante. Escuchando a Serguéi me di cuenta de que no necesitaba que yo le diera lecciones de historia soviética. Lo sabía todo: los campos, las purgas, las mentiras. Pero había otras cosas, parecía decirme. No eran todo campos de trabajo y manicomios. Y lo que pusieron en su lugar, «las reformas», no había mejorado la situación.

Cuando más fiebre tenía soñé con mi madre. No había muerto. Se había marchado un tiempo, y regresaba. Estábamos en Newton, en nuestra antigua casa, donde aún vivía mi padre. «Estaba en casa de Baba Seva, viviendo con ella», le dije; mi madre respondió: «Ya lo sé». Yo le dije entonces una media verdad: «Espero que me den un trabajo de profesor, dentro de poco». «Ya lo sé», dijo ella. «No tengo hijos», le dije a continuación, porque a mi madre le encantaban los niños. «Bueno, aún no es demasiado tarde.» Quería decirle que creía que estaba muerta, pero afortunadamente todo había sido un malentendido y estaba encantado de que siguiera viva, pero en mi sueño no fui capaz de expresar todo esto. Me desperté invadido por una profunda calidez que me llenaba entero, y empecé a sentirme mejor.

6

OCTUBRE

Justo cuando estaba empezando a sentirme mejor Serguéi me invitó a asistir a una protesta antifascista en la parada de metro de Estanques Limpios. Era un día tremendamente frío y, cuando llegué, sólo había otras seis personas de las que una era Serguéi y otra Yulia, que llevaba una chaqueta negra acolchada con una capucha forrada de piel, de esas que llevan en Nueva York los jóvenes pandilleros. Debajo de la capucha llevaba un gorro de piel con orejeras. Tenía la nariz y las mejillas rojas de frío, y lágrimas (parecía que también del frío) en los grandes ojos verdes.

—Hola —dije.

Hizo un gesto con la cabeza.

Quería contarle que había estado enfermo, que había estado pensando en el socialismo y que había soñado con mi madre, pero estaba claro que era muy pronto para ello. Así que intenté concentrarme en la protesta. Habían hecho una pancarta enorme, que extendimos, donde se leía ACABAD CON EL FASCISMO. Íbamos a quedarnos a la entrada del metro, junto a la puerta del parque, sosteniendo aquella pancarta durante treinta minutos, con todo el frío.

—¿Y ya está? —pregunté a Serguéi.

Antes de la protesta, como no tenía noticia de que en aquel momento hubiera fascistas en Rusia, me metí en internet y busqué. Pues resultó que había un montón de fascistas. Entre sus actividades principales, atacar —a veces incluso matar— a los inmigrantes de Asia Central y colgar en YouTube vídeos de los ataques. Además, se metían en peleas con activistas antifascistas, llamados antifas. Incluso habían matado a alguno, también. Yo había asistido a la convocatoria preparado casi para cualquier cosa, pero aquel no era el plan.

—Por ahora sólo tenemos que mostrar a los ciudadanos que no tenemos miedo y que ellos tampoco tienen que tenerlo —dijo Serguéi—. Nada más.

Nos turnamos para sujetar la pancarta. Cantábamos algún eslogan antifascista: «¡No al fascismo! ¡Paremos el fascismo!»». La gente salía del metro y pasaba por nuestro lado. La mayoría ni siquiera nos miraba. A pesar de todo, teníamos la impresión de estar haciendo algo.

Yulia no me hizo mucho caso, pero me gustaba oírle gritar en contra del fascismo.

Entonces vimos un revuelo en la entrada del metro de Estanques Limpios. Eran los manifestantes afines al régimen que se subieron al tejado y extendieron su pancarta y nos gritaron que no tocáramos el sistema. Nuestra humilde protesta no había atraído a la policía, pero aquellos tipos estaban vigilando.

Serguéi no perdió el tiempo. Tan pronto como sacaron su pancarta, Serguéi se acercó y les gritó:

—¡Estamos en una protesta contra el fascismo! ¿Vosotros estáis a favor?

—¿Qué quieres decir con eso? —le gritó otro en respuesta.

—Lo dice nuestra pancarta: «Acabad con el fascismo». ¿Creéis que el régimen es fascista y por tanto decirle no al fascismo puede desestabilizar el régimen?

—¿Qué?

—Ven aquí y hablamos —dijo Serguéi.

Los contramanifestantes estaban claramente confundidos con aquello. Hablaban entre ellos, y al final vinieron y se unieron a nuestra protesta. Serguéi se los estuvo trabajando un rato, y al final hasta sostuvieron nuestra pancarta cuando les llegó el turno. Eran críos, estudiantes universitarios. Admitieron que les habían pagado quinientos rublos a cada uno por hacernos la contra. Uno de ellos tiró las fichas a Yulia. Al final se aburrieron y se fueron, pero no sin llevarse algún panfleto socialista de los que llevaba Serguéi.

—Puedes hablar con cualquiera —me dijo Serguéi—. Aunque no los convenzas, la total ausencia de un discurso político real en este país hace que todo el mundo esté abierto a las ideas, porque no están habituados a oír hablar de ellas.

Nos quedamos otros quince minutos allí fuera, luego Serguéi dijo que era hora de ir a tomar un té y calentarnos un poco. En ese momento Yulia se disculpó:

—Yo tengo que entregar un trabajo mañana —dijo.

Comenzó a andar hacia la boca de metro. Había transcurrido una semana desde el acto de la librería, y no había sabido nada de ella desde entonces. De acuerdo, estaba separada de su marido y quizá no le gustaba Fishman, pero no daba ninguna muestra de que le gustara yo. A pesar de todo la alcancé y pregunté, utilizando la forma cortés, cuándo volvería a verla.

Me miró sin sorpresa.

—Pronto, creo —respondió.

Vi sus dientes maravillosamente torcidos y entonces ella volvió la cabeza y se fue. Aquello me dio ánimos. Cuando Serguéi me preguntó si quería tomar un té con el resto de manifestantes pensé que quizá ya empezaba a formar parte de aquel grupo.

Pero la respuesta, por el momento, era negativa. En el café al que me llevaron —un sótano mitad garito bohemio, mitad guarida de hombres de mediana edad que bebían cerveza con expresión sombría, aunque era relativamente pronto— me trataron con cortesía, como se trata a un huésped. Al final todo el mundo decidió pedir vodka de arándanos en lugar de té, y los muchachos me explicaron su teoría del socialismo. Además de Serguéi había dos estudiantes de posgrado cada uno de un tipo: Misha, rubio, flaco y guapo, y Borís, moreno, regordete y cerebral, y un programador informático llamado Nikolái que llevaba una coleta. Resultó que todos ellos conocían a Dima, y daba la impresión de que llevaban años discutiendo con él.

—Los liberales como tu hermano piensan que si tuviéramos un mercado libre que funcionara, si tuviéramos un «buen» capitalismo, entonces se resolvería todo —dijo Borís—. No se enteran de que el capitalismo es esto. Ya estamos metidos en él. Y si eliminas la contención salarial no hará más que empeorar.

—Pero ¿cómo podéis decir que hay capitalismo si no hay mercado libre? —pregunté—. Cuando un mercado está dominado por la corrupción, no es un mercado, ¿no?

—Sí y no —dijo Borís—. Tienes razón cuando dices que no es un mercado que funcione con eficacia, pero aun así tienes mano de obra que hay que pagar. Tienes beneficios que hay que invertir. Tienes compañías que absorben a otras compañías. Un mercado no deja de ser un mercado sólo porque esté distorsionado. Pero aunque te imagines que los burócratas corruptos pueden desaparecer (imagínate que mañana se los llevan a todos y les pegan un tiro) ese dinero no iría a parar a los bolsillos de los trabajadores. Se utilizaría para comprar yates y equipos deportivos extranjeros.

—Entonces, ¿cuál es la solución? —pregunté—. ¿La revolución?

—Sí —respondió Borís—. Exacto. La expropiación. Consejos de trabajadores para elegir a los líderes. Propiedad comunal de los bienes.

—Eso ya se ha probado en este país.

—En este país se han probado muchas cosas. El capitalismo también se ha probado, incluso en este país. Y ha conducido a la explotación, a la miseria y a la muerte. Y no impide a la gente volver a probarlo.

—Mira —dijo Misha, acercándose al grupo: estábamos sentados alrededor de una vieja mesa de madera, hacía frío en aquel sótano, y casi todos tenían puestos los abrigos—. La cuestión es muy simple: la vida no puede seguir como antes. Las compañías petroleras se han alineado con el Estado para contener los salarios, despojarnos de nuestros derechos y destruir el planeta. Hay que entender que todo esto lo hacen en conjunción con el resto del mundo capitalista, y da igual que los mascarones de proa de uno y otro lado se lleven bien entre ellos o que no. Tenemos que combatirlos.

Debí poner cara de no estar muy convencido, porque intervino Serguéi.

—Tú vives con tu abuela, ¿no? —preguntó; yo asentí—. ¿Qué hacía en la Unión Soviética?

—Era profesora en la universidad. Su marido era geofísico.

—¿Y eran mala gente? ¿Mentían, engañaban, robaban? ¿O estaban intentando construir su país, a pesar de los obstáculos?

—Estaban intentando construir su país —respondí.

—Como nuestros padres. Eran médicos, arquitectos, ingenieros. Estaban intentando construir un lugar mejor. Hicieron lo que pudieron. Y de todo lo que construyeron se apoderó una camarilla de personas que tenían contactos en la administración de Yeltsin. Y eso no es justo.

—No sólo no es justo —añadió Borís—. Es que se veía venir. Así es como funciona el capitalismo. Y para hacerle frente tienes que saber cómo funciona. Esa es la diferencia entre nosotros y los liberales. Ellos creen que hay un solo malo y que se llama Putin. Nosotros sabemos que hay un sistema económico que lleva cientos de años funcionando.

Estuvimos allí sentados tres horas. Llegó un momento en que pedí un plato de *dumplings* y Borís me criticó por poner demasiada crema agria, pero cuando le dije que mi padre los tomaba así se calló. Me pasaron una factura de mil doscientos rublos. Cuarenta dólares. Era extraordinariamente barato, porque todos llevábamos rato bebiendo, pero a los octubristas les causó una profunda impresión.

—Hostia puta —dijo Misha—. No me puedo creer que hayamos bebido tanto vodka de arándanos.

Yo me cercioré de aportar más que el resto, porque había pedido los *dumplings*.

* * *

Watson College anunció oficialmente la oferta para ocupar la plaza de Frank Miller. Esperé un tiempo prudencial y envié mi solicitud.

Por un lado, todo lo que estaba haciendo me parecía una traición. Por otro, ¿quién sabía cómo serían las cosas dentro de ocho meses, cuando empezara el semestre de otoño? Mi abuela podría no estar viva ya. Sabía el cielo —eso decía ella continuamente— que esperaba no estarlo. Y era poco probable que me dieran el puesto. A fin de cuentas, me habían rechazado en todos los demás. Así que decidí enviar la solicitud. Y entretanto tenía que seguir los consejos de mi consejero y tratar de publicar algo.

—Oye —le escribí un día, cuando vi que estaba conectado al chat—, he conocido aquí a un grupo de socialistas. ¿Te parece que puede ser un tema de interés?

—Por supuesto —respondió—. El regreso de los oprimidos. Los rusos incorregibles. Lo que sea. Sí. A por ello.

¿Le parecería aquella idea cobarde a Serguéi? Quería liberarse él y liberar a los demás de las instituciones académicas para comenzar a cambiar el mundo. Y yo estaba proponiendo convertirlos, a él y a sus camaradas, en objeto de estudio académico. Pero dentro de dos noches volveríamos a vernos en la partida de hockey, y decidí preguntarle. Se mostró abierto.

—Tendremos que discutirlo en el grupo —se refería a Octubre— pero no veo por qué no. Es posible que hablar con alguien que no sea de los nuestros nos ayude a formular mejor nuestras ideas. Se lo diré a los demás.

En la siguiente partida de hockey me dijo que estaban de acuerdo, y me invitaban a asistir a sus sesiones de estudios marxistas, que eran semanales.

—Aunque no creemos en el discurso científico objetivo, tienes que participar. Esa es una de las condiciones que han puesto.

Para mí no representaba un problema. Contaban conmigo.

* * *

Las sesiones de estudio se celebraban los martes por la noche en el apartamento de Misha, cerca de la estación de tren de Bielorrusia. Misha vivía con otro estudiante que también se llamaba Misha, en un piso que había pertenecido a su abuela: ahora lo habían convertido en estudio y sólo tenía una cocina y una habitación —enorme, eso sí— donde dormían los dos Mishas, en un sofá cama que había en cada uno de los extremos. El otro Misha estudiaba Griego, y su extremo de la habitación estaba lleno de libros apilados con textos griegos, mientras nuestro Misha estudiaba historia y sociología y su extremo de la habitación estaba lleno de libros apilados de Weber, Marx y Wallerstein. Los martes por la noche el segundo Misha tenía un seminario de algo de griego y no estaba en el apartamento, que quedaba enteramente a nuestra disposición.

Los demás habituales del grupo eran Borís y Nikolái, a los que conocí en la protesta antifascista; Vera, una estudiante de instituto muy precoz con gafas de gruesos cristales y, lo más importante: Yulia. Serguéi asistió más o menos a la mitad de las sesiones: aunque era el único del grupo que estaba casado y con un hijo, a mí me empezaba a dar la impresión de que su vida familiar no era perfecta y se escapaba de vez en cuando.

El grupo de lectura tenía poco tiempo de vida: parecía que habían pasado las primeras sesiones discutiendo sobre los libros que iban a leer. Una parte quería leer obras de escritores marxistas contemporáneos, otros querían volver a los orígenes y leer *El capital* de Marx. Al final, los partidarios de *El capital* ganaron por una ajustada victoria y ahora estaban todos inmersos en la obra maestra de Marx. Durante la primera sesión a la que asistí hubo una discusión de media hora para decidir si debería revisarse el resultado de la votación en vista de que había un nuevo miembro en el grupo. El que lo sugirió fue Borís, que parecía querer un recuento. Los demás, sin embargo, se mostraron encantados con mi participación y hablaron de lo positivo que era, de sus procedimientos para votar y del consenso político. Yulia dijo que yo era un miembro sin derecho a voto, y que en todo caso, ellos ya habían empezado a leer el libro. Después decidieron hacer un descanso para comer algo y empezar con el libro inmediatamente después.

En definitiva, no me sorprendió nada cuando me enteré de que iban todavía por el capítulo primero y no me costaría mucho ponerme al día.

Como Misha era soltero y no tenía nada en la nevera salvo cerveza y vodka, todos llevábamos algo de comer para tomar durante la lectura. Yo llevaba básicos como pan negro y salami; otros alguna tarta o una ensalada preparada por ellos. Yulia llevaba a veces vino para ella y para Vera. Antes de empezar todo el mundo leía una parte del texto, pero se elegía de antemano a una persona que llevara las riendas del debate. Esa persona pasaría la semana estudiando el texto con especial cuidado y preparando otras lecturas para entenderlo mejor. La primera vez que asistí me permitieron saltarme el turno, pero me dijeron que tendría que hacerlo la próxima.

Mientras tanto, yo cada vez estaba más pillado con Yulia. Resultó que estudiaba literatura rusa. Estaba haciendo la tesis sobre unos textos eslavos medievales que yo había picoteado en la escuela de posgrado. En alguna conversación breve, durante los descansos, me di cuenta de que sabía unas cinco veces más de literatura rusa de lo que yo sabría nunca. Era muy conservadora en su forma de vestir, siempre camisas abotonadas, jerséis y faldas largas, aunque eran prendas que destacaban su figura. Era muy mona. Y extraordinariamente educada. A mí se dirigía siempre con el *vy*, algo que yo pensé al principio que era por mi edad (ella tenía veintinueve años, cuatro menos que yo), pero luego me di cuenta de que se debía a su educación tradicional. No era la que más hablaba de aquel círculo: siempre eran Misha, al que le gustaba beber cerveza durante las sesiones y que era especialmente voluble en el tema del capital en cuanto se había tomado dos o tres, y Borís, que parecía haber leído todo y tenía un control absoluto de todo, aunque a veces con un tinte robótico. Pero Yulia siempre se implicaba, siempre leía lo que se programaba, y todo se lo tomaba muy en serio. A mí me encantaba mirarla cuando hablaba, la precisión con la que insistía en discutir un texto complicado y, cuando alguien soltaba algo gracioso, me encantaba ver cómo giraba un poco la cabeza para reírse. Yo estaba muy necesitado de una presencia femenina que no fuese la de mi abuela, pero creo que hubiera sentido lo mismo por Yulia de no haberme encontrado en esa necesidad.

A mí me había desalentado, en un principio, el número de tíos que había en aquel foro, pero pronto quedó claro que Yulia no les interesaba. A Borís no parecían interesarle las chicas, sólo el socialismo. Misha, sin embargo, aparentemente estaba saliendo —aunque en plan «ahora sí, ahora no»— con Masha, una de las compañeras de piso de Yulia. En cuanto a Nikolái, quizá estaba interesado en las chicas, pero me dio la impresión de que las chicas no le correspondían.

Dicho esto, no parecía tampoco que esta chica en concreto estuviese muy interesada en mí. Durante las sesiones siempre se centraba en el debate; e incluso después, cuando íbamos todos

andando hacia el monumento a Mayakovski, que era donde cada uno tiraba por su lado, nunca conseguía que hablara conmigo. Seguía interrogando a Borís sobre la situación política de Asia Central, un país tras otro, y a mí no me quedaba más remedio que esquivar a Nikolái, que se estaba construyendo una dacha en las afueras de la ciudad y hacía todo lo posible por liar a alguien para que le ayudara. Como todo el mundo le había puesto un pretexto, le quedaba yo. Le dije que los fines de semana tenía que quedarme con mi abuela, pero seguía intentándolo. Y Yulia seguía preguntando a Borís por Asia Central. Y entonces llegamos al monumento a Mayakovski y cada uno siguió su camino.

Una noche, cuando Serguéi me llevó a casa después del hockey, saqué el tema.

—¿Recuerdas la noche aquella en Falanster? —pregunté—. Cuando te conté que Yulia me había invitado tú dijiste algo así como: «Ah, Yulia». ¿Qué querías decir con eso?

—¿Qué quería decir?

—Sí. Vamos, querías decir algo.

—Muy bien. Vale. Yulia es muy buena reclutando gente. Siempre distingue a las personas que simpatizan con nuestra causa. Tiene intuición, por así decirlo.

—Vale.

—Y a veces resulta que entre esas personas que distingue, hay un hombre. Y el hombre empieza a imaginarse cosas con ella.

—Ya entiendo —dije.

En hockey hay una jugada que se llama «*slew foot*», en la que el jugador pone la zancadilla a un contrincante deslizando sus patines por debajo de los del otro. Es una jugada muy sucia, porque la víctima cae de espaldas y a veces se golpea la cabeza con el hielo. Cuando Serguéi me dijo que los tipos suelen caer rendidos ante Yulia al llegar a Octubre me sentí como si me hubieran hecho eso. Serguéi debió de darse cuenta, porque dijo:

—Mira, yo no sé cuál es realmente la situación. Shipalkin no era muy buen camarada, y tampoco era muy buen marido. Y yo creo que aún anda por ahí. Supongo que eso a ella le crea mucha confusión. Con nosotros fue igual, ¿sabes? En política, me refiero: primero era socialdemócrata, luego aceleracionista, y ahora resulta que es anarquista. Así que no sé qué está pasando, la verdad. Pero creo que si alguien fuera en serio con Yulia, se rompería al fin el círculo vicioso.

Asentí. Serguéi había dicho más que suficiente. Saqué del coche mis trastos de hockey y fui hacia mi casa, bulevar arriba. Por el camino me compré una lata grande, marrón, de cerveza Zhigulovskoye en un quiosco. Y en algún momento me di cuenta de que había dejado de provocarme dolor de estómago.

* * *

¿Quién era aquella gente, y de dónde venía? ¿Por qué no eran como los amigos de Dima, si habían estudiado más o menos en los mismos colegios y habían leído más o menos los mismos libros?

No tenía respuesta. Pero aquello tenía algo que ver con la vida en la Rusia postsoviética. En el grupo de Maxim yo sabía que a los padres les iba bien: habían convertido sus credenciales antisoviéticas en empleos en la televisión o la publicidad, o en el turbio mundo de la consultoría. Mi impresión, con el grupo de Octubre, era que los padres iban tirando a duras penas. No sé si ese

factor era el decisivo, pero era algo de lo que los octubristas hablaban mucho.

Poco a poco me encontré observando el mundo desde una perspectiva diferente. Hubo un momento, cuando llegué, en que me parecía extraño que enfrente de la KGB hubiera un café coqueto con wifi. Pero no lo era tanto. No más extraño que el hecho de que mi universidad, en mi país, un lugar donde se suponía que la gente llevaba una vida tranquila y monacal en busca del conocimiento, tuviera un estupendo gimnasio que había costado muchos millones de dólares. O que en mi antiguo vecindario, en Brooklyn, la gente que llevaba décadas viviendo allí hubiera sido desalojada por la fuerza, o de las escaleras en las que solía sentarse, porque su puesto lo ocupaban... cafés coquetos. Los cafés coquetos no eran un problema, pero tampoco eran, como yo había supuesto en algún momento, lo contrario al problema. El problema era el dinero. Ese había sido siempre el problema. La propiedad privada, las posesiones, el hecho de que algunas personas tuvieran que sufrir para que otras pudieran vivir ociosas: ese era el problema. Y había debates intelectuales muy encendidos que justificaban esta situación, lo que era un problema aún mayor.

En el grupo de lectura se tomaron con filosofía mi presencia. Por un lado, yo era un observador, pero por el otro era un observador-participante. Finalmente asumieron que era simpatizante. Mi absoluta falta de conocimientos de Marx y el marxismo se atribuyó a esa ignorancia generalizada y sobre todas las cosas que tenemos los estadounidenses, y mis comentarios —ligeramente ambiguos— sobre mi propio pasado se interpretaban siempre a la luz más benigna posible. En una ocasión Misha, que había sido expulsado del colegio por ir a manifestaciones, me preguntó si en mi campus había mucha agitación entre los estudiantes. Sí, le respondí al recordar aquella manifestación de los estudiantes de posgrado, cuando tomaron la cafetería. Misha no preguntó si yo había formado parte del movimiento: asumió que sí, y preguntó: «¿Cómo acabó?». Pues acabó con que para que los estudiantes se largaran de la cafetería y liberasen el sándwich de pollo con parmesano la universidad se avino a crear un comité para estudiar la sindicalización estudiantil, y el comité acabó proponiendo que en lugar de un sindicato se constituyera un nuevo comité (es decir, un comité diferente) que estudiara los problemas de los estudiantes. Cuatro años después seguía sin haber sindicato, y yo me enteré por casualidad de que la universidad estaba aprovechando la crisis financiera para retirar a los estudiantes de posgrado algunas de las ventajas que habían conseguido ganar.

—*Svolochi* —dijo Misha.

Svolochi. Cabrones. Era verdad. De hecho, según me enteré un día hablando con mi consejero por el chat, no sólo estaban reventando el sindicato que se estaba fraguando: estaban desmantelando el departamento de Estudios Eslavos. A una o dos personas cuyo trabajo estaba más orientado a la historia las enviaron al departamento de Historia, y a otras al de Lenguas Germánicas: lo aglutinaron todo y formaron un departamento nuevo al que llamaron departamento de Lenguas y Literatura Eslavas y Germánicas. Quedaron a su cargo los de Germánicas y pidieron a unos cuantos profesores que tenían muy pocos alumnos matriculados (mi consejero se libró, de momento), que cogieran la jubilación anticipada.

—Sí —le dije a Misha—. Son unos cabrones.

Si los octubristas eran de familias que habían sido víctimas de las reformas, ¿qué era yo? Mi padre, en Estados Unidos y con su nueva familia, no era víctima de nada. Aunque a veces cuando pensaba en él, que estaría viendo programas rusos mientras hacía ejercicio en la bicicleta estática, me preguntaba si se sentiría solo y desearía no haberse marchado. Mi hermano, aspirante a

magnate de los negocios, se mostraba como una víctima del nuevo régimen, aunque en realidad era su cómplice. Podía ser, en todo caso, víctima de la influencia corrupta del régimen, como tantos otros a los que habían convertido en corruptos los ricos que llegaron al país junto a los altos precios del crudo y las reformas parciales.

Y mi abuela... Mi abuela sí, había sido saqueada. Totalmente.

Un día, más o menos en aquella época, íbamos andando por el bulevar. Estaba cayendo una nieve fina y mi abuela se agarró con fuerza a mi brazo. En Moscú no solía caer una nieve abundante, pero hacía tanto frío ya a partir de noviembre que, una vez que caían los primeros copos no se derretían hasta la primavera. Así que la nieve se iba acumulando, se volvía marrón, se endurecía y de vez en cuando caía encima más nieve nueva. En Nueva York las aceras eran responsabilidad de los propietarios de los inmuebles, a quienes multaban si no limpiaban la nieve y el hielo a tiempo, antes de que se acumularan en exceso. En Moscú la mayoría de los edificios seguían siendo propiedad del ayuntamiento, y de todos modos la mayor parte de las casas daban a patios interiores, así que el ayuntamiento era el responsable de limpiar las aceras. Eso, en ocasiones, llevaba semanas. Y caminar por la calle era peligroso.

Íbamos a dar un paseo y pasábamos junto a la enorme estatua de Krúpskaya, que representaba a Nadezhda Krúpskaya —la esposa de Lenin— de joven, envuelta en un vaporoso chal. Con el ligero manto de nieve tenía un aspecto más dramático de lo habitual, que tal vez fue lo que hizo que mi abuela comentase, a pesar de que pasamos por allí diariamente durante casi cinco meses: «¡Mírala! Era una dama muy modesta. Pero ahí es... una bailarina de ballet».

Miré a mi abuela. Caminaba con sumo cuidado, pero indómita, por la nieve. Unos días antes, mientras discutía con el grupo de lectura el relato que hace Marx de la extracción del valor del trabajador a través de la explotación, comencé a hablar de la expropiación del crudo de Tío Lev y a farfullar lo injusto que era. Borís me instó a que continuara.

—¿Qué tiene eso que ver con la justicia? —dijo—. Estamos hablando de las leyes del capitalismo.

—Pero no son justas —dije.

Y Borís se había encogido de hombros. Ese día, mientras caminaba con mi abuela, le pregunté:

—Abuela, ¿qué piensas del comunismo?

—¿Del comunismo? —suspiró con uno de sus suspiros patentados—. ¿Que qué pienso del comunismo? Me parece que mereció la pena intentarlo. Este es un país terrible y no va a funcionar nada, nunca. Pero valió la pena intentarlo.

—Pero ¿se vivía mejor con el comunismo?

—Algunas personas sí. Nosotros, sí. Teníamos una dacha y el apartamento, y todo el mundo tenía trabajo. Pero también había cosas malas. No podías decir nada en los periódicos. Había libros que no podías conseguir. No sé, Andriush. ¿Qué crees tú?

—No lo sé —dije—. Yo no estaba aquí.

Días antes Vania se había presentado en la partida de hockey de un humor extraño. Le habían pedido que mantuviera bajos los precios de su fábrica de azúcar para que el azúcar no resultara prohibitivo a la gente, porque los salarios se estaban viendo afectados por la crisis financiera.

—Su puta madre. Siempre lo mismo —había dicho.

En la Unión Soviética Vania tenía un puesto de capataz en una fábrica de zapatos.

—Fabricábamos botas que costaban quince rublos la pieza y las vendíamos por cinco. No te

ofendas, Serguéi —en los vestuarios era bien sabido que Serguéi simpatizaba con el experimento soviético—, pero había que terminar con esa mierda. Ahora están haciendo exactamente lo mismo pero desde el otro lado —continuó—. Tenemos un mercado, tenemos los precios, yo soy propietario de una fábrica... pero nos joden igual.

Había echado de su oficina a los funcionarios que fueron a hacer la petición y, unos días después, recibió una visita del fiscal del área. Ya habían iniciado un procedimiento contra él por infracciones fiscales.

—Así que eso voy a hacer. Pero supone que no podré ajustar los salarios de mis trabajadores... a la inflación. Claro que eso no le importa a nadie.

—Yo conocí a Putin en Petersburgo —dijo Tolia.

Putin había trabajado allí como teniente de alcalde en los años noventa, antes de trasladarse a Moscú para iniciar su ascenso meteórico a la presidencia.

—De todo el mundo sabía algo malo. Así es como conseguía que la gente hiciera las cosas. Conocía las mierdas de todos.

—Es verdad —dijo Vania—. Y ahora todo el país funciona así.

—Entonces, ¿cuál es la solución? —preguntó Ilia, dirigiéndose a Serguéi.

—La democracia —dijo Serguéi inmediatamente—. Comités de empresa. Vania, ¿tus obreros son propietarios de la fábrica, junto contigo?

—Por supuesto que no —respondió Vania—. Compramos todas las acciones en los noventa.

—Pues ahí lo tienes —dijo Serguéi—. Si la fábrica fuese propiedad de los trabajadores, ningún fiscal que se presentara allí podría amenazarlos. ¿Qué iba a hacer? ¿Meter a toda la plantilla en la cárcel? Entonces no habría azúcar. Eso es peor que tener azúcar caro.

Vania lo consideró.

—¿Y yo, qué? —dijo—. Yo sé llevar una fábrica.

—No hay problema —respondió Serguéi—. La fábrica necesita un buen gerente de todos modos. Y tú aún cuentas con el respeto de tus trabajadores, aunque tu sueldo tal vez no sería tan alto.

—Y en vez de irte a España todos los fines de semana, se va toda la fábrica una vez al año —dijo Tolia.

Todos se echaron a reír. Se imaginaban a los empleados de Vania, con dientes de oro, sin educación y horriblemente vestidos, disfrutando de las cálidas playas españolas. Se rieron, pero no se burlaban: nadie pensó que fuese tan mala idea.

Mi abuela y yo habíamos llegado al final de nuestro tramo del bulevar, donde el monstruoso edificio de RussOil oscurecía nuestro camino. Me recordó a Dima, que unos días antes me había enviado un artículo sobre el rápido deterioro de los precios de la vivienda en Moscú: las propiedades residenciales habían bajado, en el centro, un cuatro por ciento desde la última vez que hablamos. «Me debes seis mil dólares», escribió. Nunca respondí a ese correo suyo.

—Si hubiera funcionado —dijo entonces mi abuela, refiriéndose al experimento soviético— hubiera estado bien.

Nos dimos la vuelta y regresamos en dirección a Krúpskaya, novia de la revolución y fiel esposa de Lenin.

7

LA FIESTA DE SERGUÉI

Si alguna vez se fijó, Yulia no hizo ningún comentario sobre mi despertar político. En las sesiones de lectura se mostraba precavida; la vi sonreír mientras yo profería, tartamudeando, alguna expresión de indignación, pero no sabría decir si su sonrisa se debía a que estaba encantada o educadamente abochornada ante mi actitud. En nuestros trayectos hasta Mayakovka siempre hablaba con Borís —casi en exclusiva— y siempre sobre Asia Central. Un par de veces Borís y Nikolái me llevaron a tomar una cerveza a una cervecería checa que no estaba lejos de Mayakovskaya, pero Yulia nunca se unió al grupo. Y de telón de fondo siempre estaba la figura de su Shipalkin. Saqué el tema una vez, mientras tomábamos una cerveza Borís, Nikolái y yo, y resultó que sobre todo a Borís no le gustaba el grupo anarquista, llamado Caos, al que se había unido Shipalkin tras abandonar Octubre. «Lo que les pasa es que no tienen una posición clara: creen que van a echar abajo el régimen pintando con espray los coches de policía», comentó Borís: eso era lo que había hecho Caos en Moscú, y después habían colgado en YouTube un vídeo de la hazaña.

—Como dijo Lenin, «el anarquismo es una enfermedad infantil» —apuntó Borís.

—Vale —dije yo—, pero ¿qué pasa entre él y Yulia?

Borís me miró como si no entendiera por qué iba a importarle a alguien una banalidad como esa cuando tenía ante sí una oportunidad de denunciar el anarquismo.

—¿En lo personal, quieres decir? No tengo ni idea. Lo que sí sé es que ella piensa del anarquismo lo mismo que yo.

Y no dijo más.

—¿Vais a hacer algo este fin de semana? —preguntó Nikolái—. Porque a mí me vendría bien una ayudita en la dacha.

Borís y yo empezamos a elaborar pretextos para convencerle de que no podíamos ir.

Un día, tras la quinta o sexta sesión de lectura, nos encontramos al salir con un dandi que parecía nervioso. Yulia se estaba riendo de algo que había dicho Borís, pero al verle se calló de pronto.

—Petia —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo —respondió el dandi.

Me di cuenta de inmediato de que era Shipalkin. Vestía un abrigo corto de lana, una bufanda por encima del hombro, guantes de piel y unas playeras Converse de bota: el uniforme del hípster

moscovita. Otra cosa que me llamó la atención de su físico es que tenía el mismo aspecto que yo: era un judío de Europa del Este, no muy alto y de piel olivácea. No es que nos pareciéramos como si fuéramos hermanos, pero aquella era la respuesta a la pregunta que tantas veces me había hecho yo: ¿se le podría pasar por la cabeza a Yulia la idea de salir con un tipo que tuviese mi aspecto?

Y otra cosa: Shipalkin dio la mano a Boris y a Nikolái y dijo *privet* a Vera. Luego me miró a mí con expresión inquisitorial, casi de hostilidad.

—Este es Andréi —dijo Yulia tranquilamente.

—Ah —respondió Shipalkin—. Ya imaginé.

En teoría podría haber un centenar de razones para que reaccionara así, pero la más simple era esta: Yulia le había hablado de mí de tal modo que ahora me consideraba una amenaza. Es decir, podría haber otras explicaciones, pero esa era plausible. Los hombres no somos tan estúpidos como parecemos. Eso lo sabe bien un marido abandonado.

Una semana después Serguéi nos invitó a unos cuantos a una fiesta en su casa. Su mujer se había ido a San Petersburgo a ver a su madre, y se había llevado al hijo de ambos, un niño de cuatro años. Serguéi se sentía solo y quería compañía.

—¿No se enfada tu mujer porque no vas con ella? —pregunté.

—Sí, creo que sí —dijo Serguéi con toda naturalidad.

Habíamos terminado de jugar al hockey y estábamos sentados en su coche.

—¿Y a ti no te importa?

—Claro que me importa —respondió—. Pero no quiero ir. Me he dado cuenta de que es mejor para mí no hacer las cosas que no quiero hacer. Es mejor para todos.

Así que fiesta. Serguéi vivía al final de una de esas zonas interminables del extrarradio. Cogí la línea gris en dirección norte, luego un autobús y tras bajar pasé caminando junto a cinco bloques idénticos de dieciséis plantas antes de llegar al sexto, que era el suyo. El vecindario era un ejemplo especialmente puro de lo que los arquitectos modernistas, con Le Corbusier a la cabeza, imaginaron una vez: bloques gigantes donde vivía la gente, que iría de uno a otro en automóvil. El terreno que separaba unos bloques de otros estaría lleno de parques, árboles y otros entretenimientos.

Menudo gilipollas, pensaba mientras caminaba aquella distancia, seis bloques, hasta llegar al de Serguéi. Porque si se supone que la gente va a ir a todas partes en su coche, ¿qué sentido tiene pasar un montón de tiempo ocupándose de los jardines que hay entre los edificios donde viven? La respuesta era que no iban a hacerlo. Y al igual que sucedió con los grandes proyectos de vivienda pública que se acometieron en Estados Unidos, los terrenos que se extendían entre los grandes bloques de apartamentos no se llenaron automáticamente de parques y arboledas y niños jugando. Puede que en la era soviética fuese distinto, pero ahora estaban llenos de basura, coches que la gente dejaba allí porque no tenía dónde aparcarlos, más basura y obras en proyecto. Creo que en el camino a casa de Serguéi pasé junto a media docena, por lo menos, de agujeros en el suelo que parecían destinados a construir un edificio, aunque no sabía que estaban excavando y de todos modos no se veía, porque ya era de noche. Los perros ladraban. La calle por la que iba andando estaba tan desolada que temí que no hubiera ni una tienda donde comprar una cerveza: al llegar al bloque de Serguéi vi, por fin, que había una en los bajos de su edificio. Compré unas cuantas y llamé a su piso. Abrió alguien. Empujé la pesada puerta metálica y entré en un portal angosto y mal iluminado. Era exactamente igual que el edificio donde vivía mi abuela, en Dubná, con una pequeña cabina acristalada para el «superintendente» del edificio, que normalmente estaba

sentado allí dentro viendo la televisión —como el del bloque de Serguéi en aquel momento— y que ponía mala cara a quien entraba. No era exactamente un portero con libro de visitas que uno firmaba al entrar, pero tampoco dejaba de ser un portero. Cometí el error de decir hola, a lo que el hombre, que parecía tener cerca de setenta años, respondió con una pregunta y sin reaccionar ante mi saludo.

—¿A quién va a visitar?

—A Serguéi Ivanov —dije.

El hombre gruñó.

—¿Es que tenéis una fiesta, o algo así?

—Bueno, una fiestecita —dije sonriendo.

No dijo nada y yo seguí andando. Pasé junto a los buzones de correo, que estaban en el mismo lugar que en el edificio de mi abuela en Dubná, y en las mismas condiciones: medio abiertos, abollados, cubiertos de pintadas. Tres escalones y el ascensor. Olía a pis. Contuve la respiración y pulsé el 9.

En cuanto llegué a su planta las cosas mejoraron. Oí la música que procedía de su apartamento y Yulia abrió la puerta.

—¡Andréi! —dijo en un tono que nunca le había oído utilizar.

Llevaba un vestido de algodón blanco con flores y estaba resplandeciente. En cuanto puse un pie dentro me dio un beso en la mejilla. Estaba bebida. Me dijo que dejara el abrigo sobre la cama y luego se fue bailando hacia el salón. Yo procesaba todo aquello mientras iba a la cocina a soltar las cervezas y coger una para mí. Allí, sentados a la mesa y bebiendo, estaban Misha y Nikolái con más gente a la que yo no conocía. Misha estaba contando una historia sobre su niñez en un barrio de las afueras de Moscú, antes de heredar el apartamento de su abuela. Cuando recorría la zona, a principios de los noventa, al pequeño Misha se le acercaban bandas de muchachos que le preguntaban «¿Grunge o metal?». Querían saber qué prefería, pero la respuesta podía ser cualquiera de las dos y, si no daba la correcta, le propinaban una paliza.

—Normalmente era metal —dijo Misha—. Decían «Ah, ¿sí? ¿Y qué grupos te gustan?». Pero podías tirarte el farol, porque ellos no tenían más acceso que tú a la información. Yo decía, por ejemplo, «Deep Purple» y ellos respondían «Ok, Deep Purple, mola». Y me dejaban en paz.

—En mi barrio era «¿Rap o metal?» —dijo Nikolái—. Y la respuesta siempre era metal, porque lo otro significaba que te gustaban los negros. Eso facilitaba las cosas. Aunque de todos modos a mí me pegaron alguna vez.

Me gustaban mucho aquellos tipos. Era como si hubieran vivido una versión corregida y aumentada de mi propia vida, donde la cultura popular occidental se filtraba lentamente, al principio en forma de rumores sobre rap y metal, pero luego iba dejando paso a la cultura literaria rusa antigua que nos habían transmitido nuestros padres. Yo, si quería encajar, tenía que aprender cultura pop estadounidense y ponerme al día. Para ellos era una especie de decisión que tenían que tomar casi a diario. Ser ruso era, en cierto modo, tener que elegir constantemente, no entre el rap y el metal, sino entre lo ruso y lo occidental: qué comías, qué música escuchabas, qué pensabas. Y Misha, Yulia, Serguéi, Borís, mis amigos, se habían convertido en una especie de híbrido muy atractivo: nadie, de todas las personas que conocí en Rusia, había estudiado la cultura occidental con tal profundidad como ellos, ni había extraído tantas ventajas de ellas sin dejar de ser fieles, por otro lado, al lugar del que venían. En su política era lo mismo. Marx era un filósofo alemán que había huido de su tierra natal y había ido a París y luego a Londres. Pero su mayor

éxito lo había cosechado en Rusia y sus estudiosos más devotos estaban en Rusia. Y allí seguían.

Me quedé en la cocina y miré por la ventana. Estábamos cerca de donde terminaba la ciudad. Un apartamento como ese, tan lejos del centro y tan lejos del metro, tenía que costar muy barato. Y aun así tenía aquella vista. Desde la cocina de Serguéi se veía la autopista, una vía de tren, una vía de suburbano elevada, una autopista elevada y otra vía de tren. En la oscuridad los coches y trenes circulaban en los dos sentidos: por un lado, era una visión de la modernidad y del futuro. Por otro, tenía un aspecto de desaliño e improvisación que era claramente el resultado de no haber hecho las cosas bien desde el principio. Daba la impresión de que uno de aquellos coches o trenes podía caerse, que estaba a punto de hacerlo y chocar contra algo. En medio de las líneas ferroviarias del futuro había edificios muy altos, como ese en el que me encontraba. Parecían estanterías que alguien ha dejado en una esquina, tambaleándose.

Cogí mi cerveza y fui por el pasillo hacia el salón, donde sonaba música de baile y había unas diez personas bailando horriblemente. Yo seguía intentando desentrañar el significado del beso de Yulia. Entré en el salón y tuve que ajustar los ojos a la oscuridad relativa de la habitación: no lograba verla. Por un instante temí que estuviera allí con Shipalkin, que esa fuera la causa de su buen humor y que estuvieran juntos, en algún rincón, en aquel momento. Entonces alguien me agarró por la manga y me atrajo hacia sí. Era Yulia. Creí ver incluso una leve sombra de impaciencia en sus ojos. Bailamos. Yo soy un bailarín terrible, pero Yulia también lo era, así que no importaba. En un determinado momento —estaba sonando *Stayin' Alive*— Yulia hizo unos pasos muy armónicos de baile disco y yo la imité. Entonces me atrajo aún más hacia sí, se estiró y me besó en los labios. Fue un beso muy breve, pero lo hizo a propósito. Y cuando me soltó me miró de una manera que parecía asegurarme que tenía claro que yo no le quitaba los ojos de encima. Seguimos bailando, nos besamos más y con más fuerza y, cuando llegó el momento de irnos, como era tarde, ella, Borís, Misha y yo compartimos un coche para regresar porque el metro había cerrado. Borís, Yulia y yo íbamos apretados en el asiento de atrás y, durante todo el viaje, ella fue dormida con la cabeza apoyada en mi hombro. La dejamos primero a ella y luego a los chicos, y a mí me dejaron el último. Le dije al conductor que me parase en la esquina de Sretenka con el Anillo de los Jardines, porque así podría comprar un pastelillo donde los azeríes del pollo. Caminé el último tramo, junto a los bloques de viviendas, comiéndomelo. Hacía frío. No estaba seguro de qué había pasado exactamente allí, entre Yulia y yo, y no sabía si ella querría continuarlo al día siguiente y los días sucesivos. Pero no me importaba. Toda Sretenka estaba iluminada aquella noche, y parecía sonreírme.

Al día siguiente mi abuela se cayó por las escaleras.

8

MI ABUELA SE CAE POR LAS ESCALERAS

Unas semanas atrás había conseguido, por fin, tener wifi en el apartamento. El nuevo semestre estaba ya en pleno apogeo. Una noche estaba yo sentado a la mesa de la cocina, respondiendo correos de algunos estudiantes que pensaban que Tolstói exageraba mucho la nota con el divorcio de Anna Karénina, cuando entró mi abuela y me preguntó si quería un té y unas tortitas. Mientras lo preparaba, yo seguí trabajando (¿Era el fin del mundo elegir el amor por encima de tus hijos? Sí, amigos. Era el fin del mundo. Al menos, de un cierto mundo...) y cuando ella terminó, dejé el portátil en el alféizar de la ventana con gesto perezoso en lugar de llevarlo a mi habitación. Al hacerlo apareció un mensaje en pantalla con el icono de la wifi, diciendo que tenía señal. No me emocioné mucho —al principio de mi estancia allí, cuando intentaba conectarme a la wifi, recibí muchas señales prometedoras— pero cuando probé, abrí el navegador y tecleé la dirección de internet del *New York Times*, apareció de pronto la Dama Gris contándome las noticias. ¡Tenía internet! La señal se perdió en cuanto quité el portátil del alféizar. Pero si dejaba el ordenador allí podía manejarlo sentado a horcajadas en la silla, con el respaldo contra la pared: así no perdía la conexión. Tenía internet.

Aquello cambió mi vida. No tenía que pasar cinco horas diarias en El Molinillo, si no quería. Ya no tenía que descargarme todo antes de salir de allí y volver a casa, ni que escribir todos mis mensajes en un procesador de textos, en casa, y cortarlos y pegarlos para enviarlos cuando llegaba al café. Casi sin darme cuenta, con el paso de los meses, había desarrollado todo un sistema específico —que funcionaba con alambre y cuerda y se alimentaba de mi propio sistema nervioso — para comunicarme con el mundo. Ya podía deshacerme de él.

Seguí yendo a El Moli prácticamente a diario, pero no pasaba tantas horas allí. Comencé a pasar más tiempo en la cocina, trabajando desde el alféizar. Y eso significaba que estaba más tiempo en casa.

—¿Te vas a trabajar? —preguntó mi abuela una mañana, acostumbrada a lo que habían sido mis hábitos.

—Me voy a quedar aquí —respondí—. Si no te molesta...

—¡Claro que no! —dijo mi abuela, encantada.

Pero tener internet en el alféizar hizo que prestase menos atención a mi abuela. Los correos de mis alumnos parecían no tener fin. Y aparte de eso, había muchas cosas que quería leer. En el grupo de Octubre teníamos una lista de correo a la que no paraban de enviar cosas: artículos, propuestas de manifestaciones, debates. Había un anarquista, un colega de Shipalkin, que escribía

de vez en cuando y reprochaba a los octubristas que tuvieran tendencias dictatoriales, y un comunista que les acusaba de sectarismo. Los debates, largos pero casi siempre interesantes, a veces duraban varios días. Yo los leía desde mi alféizar, mordisqueando una galleta de avena o un *sushki* y bebiendo un tazón tras otro de café instantáneo. Aunque a medida que transcurría el día y se acercaba la noche me iba convirtiendo al té.

La noche que siguió a la fiesta de Serguéi estaba yo leyendo un debate desde mi alféizar —no me acuerdo ahora mismo de qué se trataba— cuando vino mi abuela a decirme que iba a dar un paseo. Nevaba débilmente y el suelo estaba algo resbaladizo, eso se veía desde la ventana, pero no me pareció que fuera mucho. A pesar del frío mi abuela ya había salido aquel día, más temprano, a comprar comida. Y no había pasado nada. Pensé que quizá debía ir con ella, pero quería seguir leyendo. ¿Es que tenía que reducir mi existencia a acompañar a mi abuela cada vez que ella quisiera salir? Aquello no era vida. Así que me acerqué, le di un beso en la frente y le dije que disfrutara del paseo.

No habían pasado ni treinta minutos cuando oí un grito agudo en el portal. Al principio pensé que había sido un perro, o un niño, pero luego me di cuenta de qué era exactamente. Salí corriendo al rellano y vi a mi abuela tendida al pie de la escalera. Estaba boca arriba y tenía los ojos abiertos, se tocaba la nuca y me miró asustada. Bajé las escaleras —que estaban muy resbaladizas porque la gente, al salir y entrar, había ido metiendo la nieve de la calle— y la ayudé a levantarse. Su grueso abrigo rosa había amortiguado la caída, pero cuando me fijé en la zona de la cabeza que se estaba tocando vi que tenía sangre.

—Ay, Andriushenka —dijo mientras la ayudaba, lentamente, a subir las escaleras—. Qué tonta soy. Qué tonta soy. Me da vueltas la cabeza.

La llevé a casa, la ayudé con sus cosas, la dejé sobre la cama y corrí al ordenador del alféizar a buscar un número de emergencias para llamar a una ambulancia. Era el 03. Lo marqué y expliqué que mi abuela se había dado un golpe en la cabeza. La mujer que me atendió me preguntó si pensaba que corría peligro. Yo no tenía ni idea. «¿Está consciente?», preguntó, y yo le respondí que sí. Parece ser que esto le ayudaría a decidir adónde enviarnos. Dijo que la ambulancia llegaría dentro de veinte minutos, y así fue.

Si lo pienso ahora, no sé qué tendría que haber hecho: he preguntado a varios médicos y algunos me han dicho que un golpe como el que se dio mi abuela pudo hacerle daño, pero no poner su vida en peligro. Otros me han dicho que a su edad se pudieron producir una serie de hemorragias arriesgadas para ella, y que hice bien en llevarla al hospital. No lo sé, insisto. Llegó la ambulancia, bajaron dos jóvenes muy pálidos con pijama de enfermero que llevaban una camilla y, según colocaron en ella a mi abuela, yo me lancé a preparar algunas cosas de aseo y mudas de ropa y unos libros que a ella le gustaban. Que yo supiera, mi abuela no tenía bolsas de viaje, así que entré en mi habitación y vacié la mochila de C[OPT] donde llevaba las cosas de hockey y metí en ella algo de ropa de mi abuela, su cepillo de dientes y sus gafas. Luego nos fuimos.

Nunca olvidaré la vista de Moscú desde la parte trasera de aquella ambulancia, cuando parábamos y volvíamos a ponernos en marcha, en medio del tráfico del Anillo de los Jardines. Al cabo de un rato mi abuela se quedó dormida en la camilla de la ambulancia, a mi lado, y yo pregunté a uno de los paramédicos, que iba sentado atrás con nosotros jugando con el teléfono móvil, si era bueno para ella que se durmiera: me respondió que sí. Observé la ciudad desde la ventana trasera: estaba cubierta por una fina capa de nieve, la misma nieve sobre la que mi abuela

había resbalado mientras yo estaba sentado al ordenador leyendo mis correos. Dentro de la ambulancia se notaba el frío que hacía. La gente iba caminando, enfundada en abrigos negros, gorros negros y zapatos negros, intentando mantenerse cerca de los edificios, donde hacía algo más de calor. El atasco de tráfico era importante y, al parar en una intersección, dos coches chocaron levemente. Sin mediar pausa los dos conductores salieron de los coches y se dirigieron uno al otro; uno era alto, pero el bajito era más ágil: le propinó un par de ganchos y el alto se agarró la cabeza, dolorido. Y fin. Se volvieron a sus coches, donde estarían calentitos, y esperaron a que el atasco se disolviera para continuar.

Cuando por fin salimos del Anillo de los Jardines y entramos en la autovía de Kiev pregunté al paramédico que iba sentado a mi lado cuánto tardaríamos en llegar.

—Alrededor de una hora —dijo.

—¿Una hora? ¿Es que no hay un hospital más cercano?

—Nos han dicho que la llevemos al hospital neurológico, porque tiene una herida en la cabeza —me explicó—. No se preocupe. Es un buen hospital.

Seguimos circulando, atravesando los vecindarios industriales y los bosques del sur de la ciudad. El hospital al que por fin llegó la ambulancia estaba en el bosque. A la débil luz del camino se veía un edificio antiguo de ladrillo, alargado, de cuatro plantas; por la distancia que lo separaba de la ciudad puede que fuese un hospital rural de antes de la Revolución. O de después. Quién sabe. Los paramédicos cogieron a mi abuela con cuidado, la cubrieron con una manta caliente, la sacaron de la ambulancia y la metieron en el hospital. Se había despertado, y no parecía perturbada por tanto movimiento. De hecho, parecía gustarle. Su salud le había estado dando quebraderos de cabeza, y ahora estaba en manos de alguien que la iba a tomar en serio.

—Gracias —decía sin parar a los paramédicos—. Gracias.

Por dentro el hospital parecía aún más viejo. Un ascensor desvencijado nos llevó hasta el piso superior; luego caminamos por un corredor alumbrado con una luz mortecina. Se estaba haciendo tarde, y la mayoría de las puertas de las habitaciones estaban cerradas. En el vestíbulo había sillas de madera, baratas y viejas, que sugerían la presencia de visitantes en las horas diurnas.

Llegamos a una sala que tenía la puerta abierta y en la que un joven con el uniforme verde del hospital y grandes ojeras fumaba un cigarrillo, sentado. Resultó ser el neurólogo.

—Hola, Arkadi Ivanovich —dijo uno de mis paramédicos—. Esta mujer se ha caído, se ha golpeado en la cabeza y ha sangrado un poco. Nos han dicho en la central que vengamos aquí.

—Llévenla a la sala cuatro diez, por favor, para examinarla —dijo el neurólogo.

Fuimos para allá, seguidos por él. Yo me sentía un poco como supongo que se sentía mi abuela: era un alivio que estuviese, por fin, en manos de profesionales que cuidarían de su salud, pero también sentía cierta aprensión. Aquel sitio estaba sucio y muy lejos de casa. Yo no sabía si aquella gente era de fiar. Por algún motivo que yo no alcanzaba a entender los paramédicos se quedaron remoloneando a la puerta de la sala de reconocimiento cuando mi abuela ya estaba tumbada en la camilla del hospital y les habían devuelto la suya. El médico se dio cuenta y me miró.

—No les pagan muy bien, ¿sabe? —me dijo en voz baja.

—Ah —respondí.

Saqué la cartera, vi que llevaba quinientos rublos y se los di al paramédico que había ido en la parte trasera de la ambulancia, conmigo.

—Gracias —dijo, y se fueron por fin.

En la sala de reconocimiento el joven doctor examinó a mi abuela, observó la parte posterior de la cabeza, le acercó una linterna a los ojos y le hizo algunas preguntas. Cuando terminó me dijo que estaba bien, pero que no estaría de más observarla un poco y, ya que estábamos, hacerle algunas pruebas.

—¿Qué le parece, Seva Efraimovna? —le preguntó con amabilidad.

Mi abuela se giró hacia mí.

—Lo que crea Andriusha que es mejor —respondió.

Me incorporé.

—¿Podremos volver a casa mañana? —pregunté.

—No —respondió el médico—. Las pruebas nos llevarán una semana.

¿Una semana? En Estados Unidos me hubiera preocupado pensar en lo que costaría. En Rusia era distinto, porque la sanidad era gratuita. Pero me preocupaba dejar a mi abuela allí tanto tiempo. Eché un vistazo a la habitación, con sus techos altos y su pintura azul descascarillada. Me preocupaba dejarla allí.

El médico se dio cuenta de que yo estaba mirando.

—Ya sé que no lo parece, pero este es un buen hospital —dijo—. Aun así, no puedo obligarle a que se quede. A veces, en casos de caídas como esta, las hemorragias craneales no dan la cara inmediatamente. Pero puede ser que no haya hemorragia. Es decisión suya.

Sentí la presión de los conocimientos del experto: si mi abuela se moría, o sufría algún daño cerebral o le quedaba alguna secuela —parecía decir— sólo porque tú te crees que esa pared desconchada significa que no tenemos ni idea de medicina, habrá sido culpa tuya, y no mía.

—Abuela —dije—. ¿Quieres quedarte aquí unos días para que te hagan más pruebas?

—Bueno —respondió mi abuela—. Si crees que debería, me quedaré.

No sabía qué pensar. Tenía la impresión de que no había muchas alternativas.

—Lo creo —dije.

—Entonces está bien.

—Está bien —dijo el médico—. Las horas de visita son desde las doce del mediodía hasta las ocho. Diré a una enfermera que la acompañe a su habitación.

Y salió. Unos minutos después entró una enfermera con una silla de ruedas; ayudé a mi abuela a sentarse y la enfermera la llevó hasta su cama, en una gran habitación de aquel pasillo. Las luces de la habitación estaban muy bajas, y había una cortina que separaba su cama, al parecer, de la de otro paciente. La enfermera me indicó que levantásemos a mi abuela de la silla para ponerla en la cama. Era increíblemente liviana.

La enfermera era una mujerona rubia de cuarenta y tantos años. Se mostró muy cuidadosa con mi abuela y parecía que sabía lo que hacía. Cuando acostamos a mi abuela, se marchó.

Desde que llegamos mi abuela había estado consciente, aunque algo apagada. Saqué sus cosas de aseo y sus ropas de la bolsa y las coloqué en la mesita de noche. Le escribí mi número de teléfono.

—Volveré mañana —le dije.

—Muy bien —respondió—. ¿Tienes la llave de mi apartamento?

—Claro.

—De acuerdo. Quedó algo de sopa: tómatela, ¿eh?

—Vale —dije.

La besé en la frente y me marché.

* * *

Cuando salí de allí el metro ya estaba cerrado. Tuve que coger un taxi para volver a casa, y me costó veinticinco dólares. Al entrar en el piso vacío tuve que poner en orden todo lo que había revuelto cuando hice el equipaje de mi abuela. Luego puse a calentar la sopa de patata y abrí el ordenador. En la barra del chat estaba encendida la lucecita verde de Dima. Le envié un mensaje.

—Abuela está en el hospital —dije.

Respondió enseguida.

—¿¿Qué??

—Se cayó por las escaleras y se dio un golpe en la cabeza. El médico dice que no corre peligro.

—¿Y dónde estabas tú?

—En casa.

—¡Te dije lo de esas escaleras!

No respondí.

—¿Estás en casa ahora? —preguntó Dima.

—Sí.

—Te llamo.

Un minuto después sonó el teléfono.

—¿En qué hospital está? —preguntó Dima.

—En el Neurológico Número Ocho —respondí: había cogido una tarjeta y me había informado—. Al final de la autovía de Kiev.

—¡Joder! —gritó Dima—. Es un hospital estatal. Tienen hospitales privados donde a uno lo tratan como es debido.

No dije nada. Naturalmente, no tenía ni idea. Tendría que haber llamado a Dima enseguida, pero todo sucedió muy rápido.

—¿No puedes cambiarla? —preguntó Dima.

—Ese hospital está bien —dije—. No es un mal hospital. Y es un centro especializado en neurología.

—Llévala al Hospital Americano —dijo Dima—. Está cerca de Prospekt Mira. Puedes ir andando.

—¿Y cuánto va a costar?

—Yo lo pagaré —dijo Dima.

—Lo pensaré —respondí.

No quería volver a meter a mi abuela en una ambulancia y tenerla dos horas allí, todavía con una herida en la cabeza. Y no quería que pagara Dima.

—Si no la sacas de ese sitio, por lo menos da algo de dinero al médico —dijo—. Dale tres mil rublos (eso eran cien dólares). Y quinientos a la enfermera. Eso ayudará.

—Muy bien —dije.

—Sólo tenías que hacer una cosa —dijo Dima—. Una puta cosa. Nada más.

No dije nada.

—Increíble —dijo Dima, y colgó.

Mi sopa había roto a hervir y se había desbordado de la cazuela. Me comí lo que quedaba y pasé una hora en internet leyendo artículos sobre los traumatismos craneoencefálicos. Luego me fui a la cama. Por primera vez en la vida tenía el apartamento de la familia para mí solo. Dormí muy mal.

* * *

A lo largo de la semana siguiente, en el hospital, sometieron a mi abuela a pruebas para detectar todos los problemas neurológicos posibles. La metieron en máquinas, la conectaron a monitores y le pidieron que leyera números y letras que había en un gran tablero. Ella, obediente, hizo todo lo que le mandaban y se quedó muy tranquila al ver que, por fin, alguien creía que estaba enferma.

Pasé la semana en el autobús que iba desde el hospital hasta la estación de metro más cercana, ida y vuelta. Al parecer el autobús no tenía un horario regular y, algunas veces, sólo por huir del frío, me subía en uno que iba en dirección contraria: era el único que hacía aquella ruta, así que de todos modos acabaría dando la vuelta para ir en la dirección que me interesaba. En el autobús hacía más calor que en la calle, aunque nunca un calor suficiente.

Decidí no trasladar a mi abuela. Estaba cómoda en su habitación, y bien atendida. A mí me angustiaba un poco lo de dar dinero al médico, pero lo cierto es que funcionó. No conseguí encontrar un sobre sin usar en el apartamento de mi abuela, así que doblé mis tres billetes de mil rublos, los envolví en una hoja que arranqué de uno de mis cuadernos y formé un paquete que quedaba un poco ridículo. Cuando fui al minúsculo despacho del director, a dárselo, él puso reparos. Yo insistí. «Por favor», rogué. Al final lo aceptó, abrió el cajón de arriba de su escritorio y guardó el sobre de fabricación casera, me miró y con gesto de dignidad dijo: «No es necesario, pero se lo agradezco».

Y eso fue todo. No hubo factura ni intercambio de mercancías. Después regresé a la habitación de mi abuela y tuve la impresión de que lo del pago había funcionado, al menos para mí. Me sentía como si hubiera comprado una parte del hospital. Ya no me sentía allí como un extraño. Después de pagar también a las enfermeras observé que mi abuela tenía una manta más y le habían puesto un televisor en su habitación.

La compañera de cuarto de mi abuela resultó ser una mujer muy parlanchina, llamada Vladlenna. Tenía algunos años menos que mi abuela, pero era grandona —mi abuela era menuda— y muy habladora —mi abuela era muy callada. La primera mañana, cuando fui a visitarla, me encontré a mi abuela en la cama y a Vladlenna deleitándole con su historial médico.

—Ah, mira, Vladlenna Viktorovna. Este es mi nieto Andréi —dijo mi abuela.

—Encantada de conocerte, Andriusha —dijo Vladlenna a gritos desde su cama.

Tenía en el regazo una cosa a medio tejer, de color amarillo, y seguía tejiendo mientras hablaba. Debía pesar noventa kilos.

—Seva —gritó—. ¿Está casado el chico?

—Me temo que no —respondió mi abuela.

—Bueno, bueno. Pues habrá que arreglar eso —dijo Vladlenna—. Yo conozco a montones de

muchachas.

Y empezó a reír a carcajadas. Yo sonreí educadamente. Lo cierto era que si no hubiera sido por el reciente advenimiento de Yulia, probablemente habría pedido a Vladlenna el número de teléfono de alguna de aquellas chicas.

Habían puesto a mi abuela un camisón verde del hospital, y seguía llevando un vendaje en la cabeza, aunque no podía decir si estaba recién puesto. Aparte de eso, tenía buen aspecto y conservaba su energía habitual. Sonrió al verme.

—¿Qué tal os dan de comer? —pregunté.

Mi abuela meneó la cabeza, como diciendo que la comida era tan mala que no podía describirla con palabras.

—Bastante bien —gritó Vladlenna desde su lado de la habitación—. Esta mañana nos dieron avena con mermelada y un té muy bueno.

—¿Es eso cierto? —pregunté a mi abuela.

Pareció confundida.

—Ya sabes lo que me pasa —dijo—. No me acuerdo.

—¡Ja! —exclamó Vladlenna—. Bueno, no puede decirse que haya sido una comida memorable, de las que recuerda uno el resto de su vida, no. ¡Ja, ja!

Estuve sentado un rato con ellas y luego fui a la cafetería. Tomé un tazón de *borsch* y un plato de *kasha* y *kotleti*, todo ello por tres dólares. Luego compré unas tartitas que tenían en la caja para llevárselas a mi abuela y a Vladlenna. Me quedé allí hasta las ocho, salía de vez en cuando, trabajaba un poco en el portátil cuando mi abuela daba una cabezada, o intercambiaba piropos con Vladlenna. Y al fin abordé el largo, y frío, camino de regreso a casa.

Y así todos los días. Conseguía adelantar algo de trabajo por la mañana, ir en metro hasta el autobús, y pasar el resto del tiempo (me llevaba casi dos horas llegar al hospital) con mi abuela y su compañera. El TAC no mostraba signos de hemorragia interna, pero después le hicieron una serie completa de pruebas neurológicas para detectar otros posibles daños, según dijeron, «ya que estaba allí». Todo salió negativo. Mi abuela gozaba de buena salud.

—¿Está usted seguro? —pregunté al médico el último día, cuando me entregó los informes; yo insistí—: Olvida muchas cosas, constantemente. Cosas básicas.

—¿Qué edad tiene?

—Ochenta y nueve años.

—Exacto. Tiene demencia senil. En fase intermedia. Para su edad, y después de la vida que ha llevado, no está mal. Está por encima de lo normal.

—¿Y no puede tomar algún medicamento? Está muy deprimida.

Antes, cuando el médico me preguntó por estos síntomas, yo les había quitado importancia. Pero ahora que quería darle el alta sin más, quise pelearlo.

—Usted vive en Estados Unidos, ¿verdad? —me preguntó.

Asentí.

—Yo sé que allí prescriben una medicación para este tipo de dolencia, y quizá hagan bien. Pero son fármacos muy fuertes, y tienen efectos secundarios. Aquí somos más cautos. Mi consejo es que mantenga a su abuela ocupada, intelectualmente. Hable con ella. Discuta con ella. Acabará perdiendo la memoria, pero puede usted ralentizar el proceso. Y ella puede disfrutar aún de su familia. Puede disfrutar de salir al aire libre. Estos fármacos, que logran ralentizar algunos de los

procesos, también pueden ocasionar otros fallos en su cerebro o en su organismo. Yo los evitaría.

Luego asintió, como queriendo decir «Es suficiente». Nunca me había dicho tantas palabras seguidas, y yo me quedé sorprendido pero se lo agradecí. Luego añadió: «*Vot tak*». «Es lo que hay.»

—Buena suerte —dijo, y me tendió la mano.

Todo eso, por quinientos dólares.

Era hora de irse. Llamé a un taxi y fui a recoger a mi abuela, que ya estaba vestida con su ropa habitual, y la ayudé a levantarse de la cama.

Casi se me cae. La enfermera, que estaba allí, lo vio.

—Lleva casi una semana en cama —dijo—. Es normal que esté más débil durante unos días. Pero se recuperará.

Nos despedimos de Vladlenna, que nos dio un trozo de papel con su número de teléfono, y yo ayudé a mi abuela a recorrer el pasillo y a montar en el ascensor. El joven médico vino a despedirse de nosotros.

—Ha sido un placer tenerla aquí, Seva Efraimovna —dijo.

—Gracias, respondió mi abuela sonriente.

Me pareció que eran sinceros, que la habían cuidado bien y que sentían que se fuera.

Pero entonces sucedió algo terrible. Obligar a una anciana que estaba acostumbrada a caminar unos cuantos kilómetros diarios, aunque sólo fuera recorriendo su piso de un lado a otro, a estar en cama por un período prolongado de tiempo podía resultar muy destructivo. Naturalmente, no habían querido hacerle daño, pero mi abuela entró allí con una herida en la cabeza y salió con una cojera. Al salir tuve que comprarle un bastón en la tienda del hospital.

En el taxi pregunté a mi abuela si tenía intención de llamar alguna vez a su nueva amiga, a Vladlenna.

—¿Esa mujer? —dijo mi abuela—. No la pienso llamar. Es antisemita.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —respondió mi abuela—. Se sabe por cómo pronunciaba «Seva Efraimovna». Déjame ver su número.

Le di la hoja de papel. Mi abuela la arrugó y, antes de que pudiera detenerla, bajó un poco la ventana y la tiró.

—¡Eh! —dijo el taxista—. Si me ponen una multa, la paga usted.

Mi abuela no le oyó. Yo me quedé loco.

—¿Me ha oído? —dijo el taxista.

—Sí —le respondí—. No se preocupe.

Seguimos. Mi abuela había sobrevivido a todos sus amigos, pero eso no significaba que estuviera en el mercado, buscando otros nuevos.

9

AMO DE CASA

En todo el tiempo que mi abuela pasó en el hospital no vi a Yulia. Nos escribimos algún mensaje de texto —yo nunca había enviado mensajes en ruso, y me resultó muy divertido: cuando mi Samsung empezó a hacer tonterías me hice con un teléfono ruso muy barato que me corregía las faltas— pero no podía obligarla a ir hasta el hospital. Y yo no tenía tiempo para más. En el autobús en el que iba y venía del hospital me lancé varias veces a imaginar cómo sería nuestra próxima cita, pero en cuanto mi abuela volvió a casa me tuve que enfrentar a otro problema.

A la mañana siguiente a nuestro regreso, cuando me desperté, vi a mi abuela en la cocina rallándose una manzana, como solía. La besé en la parte posterior de la cabeza, que había sanado perfectamente, aunque aún llevaba un pequeño apósito.

—Ay, Andriush —dijo, girándose: el bastón que habíamos comprado en el hospital estaba apoyado contra la pared, junto a su silla—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué vamos a comer?

—Yo hago el desayuno —dije.

—¿Y de comida?

—Para comer vamos a ir a un café.

Lo decidí sobre la marcha: iríamos a El Molinillo. Sería una ocasión excelente para que mi abuela hiciera un poco de ejercicio y para que viera el lugar donde yo pasaba tantas horas. Ella podría tomar un sándwich de atún. En otra ocasión, en uno de nuestros paseos, paramos a comer en un café y dijo que la comida era incomedible, pero seguramente en El Molinillo era distinto. Era una solución un poco cara para un período de tiempo prolongado, pero nos arreglaría ese día y, al siguiente, cocinaría yo.

—¿A un café? —preguntó mi abuela incrédula: lo dijo en un tono que me indujo a pensar que imaginó un mostrador pequeño, un par de mesitas y una máquina de expreso—. En un café no tienen nada de comer.

—Bueno... es más bien una especie de restaurante. Vamos a un restaurante.

—¿Un restaurante?

Se imaginó entonces un local de banquetes, una comida de varios platos, mucho vodka, música muy alta y algo de baile, seguramente. Aquello se podía hacer una vez al año, para celebrar un cumpleaños o una boda.

—Eso es muy caro.

—Nada de eso.

—¡Cómo no va a ser caro un restaurante!

—Es un restaurante... especial, pequeño. Es como una cantina.

—Ah, una cantina.

Ahí pensó en una sala amplia y se vio cogiendo una bandeja para que le sirvieran un poco de *kasha* y *kotleti* o de sopa. Como en las cárceles americanas de las películas.

—De acuerdo.

Así que fuimos a la cafetería. Estaba a cinco minutos andando por Bolshaya Lubianka, seis quizá. Mi abuela pasó todo el camino haciendo aspavientos de dolor y de preocupación, intentando no resbalarse con el suelo helado. Yo la llevaba bien sujeta por el brazo, y ella empezó a utilizar el bastón con cautela. Pasamos junto a una galería de arte que habían abierto hacía poco: en la puerta había algunas chicas fumando, sin abrigo.

—Fíjate en esas chicas —dijo mi abuela en voz alta en referencia a las fumadoras desabrigadas—. ¡No llevan nada puesto!

Estaba más débil y cojeaba, pero volvía a ser la de siempre.

Yo iba con la cabeza baja. Llegamos, por fin, y entramos en El Molinillo. La atractiva camarera nos saludó animadamente desde el otro extremo de la sala, como hacía con todo el mundo, y yo llevé a mi abuela a una mesa, para que se sentara. Se me hacía raro estar allí con ella: me sentía intranquilo, como si al no gustarle a ella El Molinillo fuera a dejar de gustarme a mí. Tenía que asegurarme de que no viera los precios, así que le pedí que se quedara quieta mientras iba a pedir la comida. Aceptó. Pedí té, dos pasteles de col pequeños y dos sándwiches de atún. Me costó todo veinticinco dólares. Pagué a toda prisa y me metí el cambio en el bolsillo. Mi abuela, que seguía sentada a nuestra mesa, no se dio cuenta de cuánto había pagado. Luego, para mi sorpresa, se comió todo sin proferir una queja. Tal vez en el hospital su nivel de exigencia había sufrido un reajuste.

—Andriush —dijo mientras tomábamos el té de después de comer—. Eres muy buena persona. No te vas a quedar aquí, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

No estaba seguro de que quisiera oír la respuesta.

—En este país. No te quedes en este país. Es un país terrible. Las buenas personas se vuelven malas personas, o les suceden cosas malas.

Se inclinó despacio y dio un sorbo al té, que aún estaba caliente. Algunas veces, cuando el té estaba muy caliente, lo vertía en un plato y lo tomaba de ahí. Y eso fue lo que hizo.

—¿Te he contado alguna vez lo de la empresa de Leva? —me preguntó.

—Algo me has contado —respondí.

—Tuvo una idea estupenda y montó una empresa con unos amigos. Gente en la que confiaba. Y de repente —dijo, como si se esforzara en recordar— sucedió algo malo.

No recordaba la historia, pero sí la lección.

—Él confiaba en los otros, pero lo traicionaron —dijo al fin—. Eso es lo que pasó.

Asentí. Aquello fue, básicamente, lo que había ocurrido, y aparte de todo lo demás lo que más me entristecía del asunto era que mi abuela se estaba pasando los últimos años de su vida pensando en ello.

—Así que —concluyó mi abuela— no te quedes en este país. Es un país terrible.

Terminó de tomarse el té y se reclinó un poco en la silla. Sí, pensé. Es un país terrible la mayor parte del tiempo, pero aquí estamos, enfrente nada menos del edificio de la KGB, y no estamos tan mal. Se pueden encontrar pequeños oasis en este país, pequeñas islas de paz. Y luego, antes de que yo pudiera pensar en una forma de detenerla, mi abuela se sacó la dentadura y la dejó sobre el plato en el que había vertido el té. Nunca la había visto hacer aquello en público, aunque naturalmente apenas habíamos comido fuera los dos juntos. Miré a mi alrededor. Había escogido una mesita en un rincón, apartado del ambiente del café, y nadie parecía estar fijándose en nosotros. Así que me relajé.

Nos quedamos un rato allí sentados tranquilamente, en silencio. Mi abuela había perdido mucho peso en el hospital y estaba pálida. Bueno, ya arreglaríamos eso. Retiré los platos y, cuando los llevé al mostrador, oí a mi espalda un llanto: era un crío pequeño, de unos tres años, que estaba sentado con su madre a la mesa de enfrente de la nuestra. Mientras la madre le ponía el abrigo para salir, él se fijó en mi abuela y su dentadura, y empezó a señalar en su dirección.

—¡Mamá! —gritó, horrorizado—. ¿Por qué están ahí sus dientes?

Me volví hacia mi abuela: no entendía por qué gritaba el niño, y había empezado a hacerle muecas con la boca desdentada, para que el chico se riera. Le encantaban los niños. Pero cuantas más muecas hacía, más fuerte gritaba el crío. Yo no sabía qué hacer: fui corriendo hacia mi abuela y me quedé de pie, a su lado, como un pasmarote. La madre terminó de vestir al niño y me lanzó una mirada de desaprobación. Cogió a su hijo y salieron de El Molinillo. Mi abuela, que no se había enterado de nada, se volvió a colocar la dentadura y dijo que era hora de irse.

Cuando íbamos hacia la puerta la atractiva camarera que nos había saludado al llegar se acercó a nosotros y, en un tono lo suficientemente bajo para que mi abuela no lo oyese, me dijo que no volviera a llevarla.

Mi abuela le hizo un gesto amable y dijo:

—Muchísimas gracias.

Yo estaba indignado.

—¿Vengo aquí a diario, y ahora me dice que no puedo traer a mi abuela?

La camarera me observó impávida.

—Tenemos que mantener cierto nivel. En cuanto a usted, lo siento mucho, pero viene todos los días y adquiere lo más barato que tenemos para pasarse cinco horas ahí sentado con el ordenador.

Aquello era demasiado.

—¿Sabe una cosa? No les molestaré más.

—Estupendo —dijo la camarera haciendo una leve inclinación de cabeza.

—Y sus capuchinos son imbebibles.

Volvió a inclinar la cabeza, pero me di cuenta de que se había puesto colorada.

Me dirigí a la puerta, con mi abuela.

—Andriusha —dijo, una vez que estuvimos fuera—. Gracias por esta comida. Para cenar podemos tomar un poco de queso fresco con mermelada. Pero ¿y mañana?

Yo iba echando humo. Mi abuela no tendría que haberse quitado la dentadura, de acuerdo. Pero tampoco era que fuese todos los días al café y se quitase los dientes. Había sido una emergencia. Y en cuanto a mí, era cierto que iba a diario y me pasaba allí cinco horas. Pero, a fin de cuentas, para eso es un café, para que la gente vaya y pase allí un rato sentada.

—Andriush —volvió a decir mi abuela—. ¿Qué haremos mañana?

—Cocinaré yo —dije, un poco seco.

—Pero ¿sabes? —preguntó ella.

—Tú me enseñas.

—Muy bien —respondió, y me dio unos golpecitos nerviosos en el brazo.

Subimos por Bolshaya Lubianka.

—¿Sabes una cosa? —preguntó mi abuela señalando el edificio de la KGB, al otro lado de la calle—. Ese edificio da mucho miedo. Pero ahí —indicó con un gesto otro edificio, del siglo XIX, pequeño, coqueto y de color verde— es donde llevaban a cabo la mayoría de las ejecuciones.

—¿De verdad? —pregunté sorprendido: siempre creí que había sido en el edificio grande.

—Sí —respondió en tono imparcial—. El once de Bolshaya Lubianka. Ahí era.

Y seguimos andando.

* * *

A la mañana siguiente, al despertar, me encontré a mi abuela preocupada.

—Andriush, ¿qué vamos a hacer?

Le recordé que iba cocinar yo, y me dispuse a preparar unos huevos y un poco de café instantáneo. Pero en términos generales, mi abuela tenía razón. Aunque encontrásemos algo que comer, ¿qué íbamos a hacer? En general. Con nuestras vidas. No tenía ni idea.

Yo nunca aprendí a cocinar, y nunca sentí aquella falta como una carencia moral. Ahora sí. Muchos factores habían contribuido a ella: había pasado gran parte de mi vida en la universidad, entre cantinas, noches de pizza y tardes de canapés en alguna conferencia. Había vivido en Nueva York, donde uno siempre puede comprarse un perrito caliente o una brocheta de pollo. Y si vivías en una zona de la ciudad donde te cobraran mucho, siempre podías regatear. Había salido con chicas que cocinaban bien, y si no había nadie que cocinara y no tenía dinero para comprarme un sándwich me iba a cualquier tienda, compraba una lata de garbanzos y otra de atún y un paquete de pasta. Unos garbanzos con atún y un poco de aceite era una ensalada. La pasta con mantequilla era un entrante. Yo podía alimentarme así, aunque no se me habría ocurrido dárselo a comer a otro. También es cierto que nunca tuve que hacerlo.

Mi abuela había crecido en un país en el que, con todas sus promesas de vida comunal, había pocos lugares públicos donde comer algo. Si no sabías cocinar y cocinabas de cualquier manera, con lo que había en la despensa pasabas hambre. Para no morir de inanición tenías que cocinar.

Así que era mi oportunidad de cambiar. Después del desayuno le di a mi abuela papel y lápiz y le pedí que me hiciera una lista de la compra. Iba a preparar *kotleti* y patatas, además de la sopa de patata. Con aquello tendríamos para comer dos o tres días, según la prisa que nos diéramos con las *kotleti*. Cuando se acabara, prepararía más.

Mi abuela confeccionó la lista con su caligrafía grande y redonda: un kilo de carne del carnicero del bajo, en Sretenka. Preferiblemente que no tuviera mucha grasa. Una barra de pan y leche. El pan en la panadería del bulevar, dijo mi abuela, que era donde estaba más barato. La leche sin embargo era más barata en el sitio aquel que llamaban mercado. Y para la sopa de patata hacía falta un cuarto de litro de leche y dos kilos de patatas, que también eran más baratas en el mercado. Cebollas y harina teníamos en casa.

Pensé en desobedecerla y no seguir sus instrucciones respecto a dónde comprar cada cosa, pero sabía que se daría cuenta. Así que fui al carnicero de Sretenka, a la panadería del bulevar y, por último, al mercado. Al regresar puse todo encima de la mesa, satisfecho. Sentada en su silla de la cocina mi abuela me dio instrucciones para picar la carne: tenía que cortarla en trozos pequeños y retirar toda la grasa posible, algo que era muy complicado porque estaba entreverada con la parte magra. Después de cortar todo con el cuchillo y de cortarme también cierta cantidad de carne de los dedos, me di por vencido. Comencé a picar la carne mezclada con pan y con un poco de leche. La picadora era manual, es decir, tenía que ir girando una manivela, como en los viejos tiempos. Me resultó divertido durante un rato, hasta que a mitad más o menos de la tarea la picadora empezó a funcionar más despacio. Luego se paró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi abuela—. Claro, se ha atascado con la grasa. Tienes que desmontarla.

Desmonté el aparato y, con paciencia, fui retirando la grasa. Luego lavé la picadora y la volví a montar. Tenía pocas piezas, así que no era muy complicado pero volver a poner en su sitio todos aquellos accesorios metálicos diminutos me llevó un rato.

Al fin conseguí picar todo el kilo de carne, media barra de pan blanco, algo de leche y una cebolla, todo mezclado. Aquella resultó ser la parte más fácil. A continuación espolvoreé la encimera y mis propias manos con harina, como si fuera un levantador de pesas olímpico, y con las manos enharinadas formé unas bolitas de carne.

—No tienen que ser ni muy pequeñas ni muy compactas —explicó mi abuela.

Por desgracia, no resultaron lo bastante compactas, y cuando las eché a la sartén empezaron a deshacerse. Las miré anonadado y, con una cuchara de madera, intenté compactar los trozos que se estaban desprendiendo, pero no pude.

En medio de todas aquellas actividades, o al terminarlas, mi abuela intentó enseñarme a preparar *kasha*. Yo no tenía ni idea. También llamado *grechka*, el alforfón o trigo sarraceno es la base de la dieta rusa. Se toma por la mañana con leche, por la tarde con *kotleti* y por la noche en pastelillos, con un poco de suerte. Sin *kasha* no hay comida, y hasta ese momento yo no sabía prepararlo.

Pero era más sencillo que las *kotleti*: se cogía una taza de *kasha* y se echaba en una cazuela pequeña. Se añadía agua fría para que tanto el polvillo como los trozos de *kasha* que se quemaran durante el proceso de tueste subieran a la superficie; se escurría el agua; se volvían a remojar y luego se añadía dos veces su volumen de agua. En esta primera ocasión y varias posteriores, le enseñé a mi abuela cómo había quedado y su veredicto fue que mostraba un buen nivel. Luego había que ponerlo al fuego para que hirviera durante tres minutos aproximadamente, se mezclaba con mantequilla y sal y se ponía a fuego lento otros quince o veinte minutos. Y ya estaba, ¡perfecto!

Ser espectador de este proceso, y la vía por la que el *kasha* llega al mundo después de toda la vida comiéndolo... ¿cómo podría describirlo? Tolstói lo tomaba. Chéjov lo tomaba. Tenía el poder de la *kasha* en mis manos: ya no dependería de nadie. A fecha de hoy, sigo preparando *kasha* casi a diario.

Pero aquel fue mi único éxito. El preparado para *kotleti* se me desmoronó, como he dicho. Y la receta de sopa de patata de mi abuela, que era sencillísima —patatas, un poco de agua, alguna cebolla y un poco de leche—, me quedó aguada. Sin embargo, seamos justos, preparé la sopa. Comimos tranquilamente y en silencio. Antes de sentarnos a la mesa, cuando terminé de limpiar

todos los restos de harina de la cocina, miré el reloj. Pasaban unos minutos de las cuatro. Había empezado todo el proceso cuando salí a comprar, a las nueve de la mañana. Completarlo me había llevado siete horas. Y aquellas *kotleti* desmigajadas y la sopa aguada nos durarían tres días; dos, para ser realistas, si llegaba a casa con hambre después de jugar al hockey. Luego tendría que ir otra vez a comprar comida.

Mi abuela comió con apetito.

—Tengo que recuperar fuerzas —dijo—. Y la única manera de hacerlo es comiendo más.

Hacía tiempo que no la veía tan animada. Pero una sombra de preocupación volvió a cruzar su rostro.

—Andriush —dijo—. Esto nos durará dos días. ¿Qué vamos a hacer?

Aquella noche busqué un antiguo mensaje de Dima en el correo electrónico. Había una mujer que se llamaba Serafima Mijailovna que le hacía la casa y la comida cuando se divorció de su primera mujer, antes de casarse con la segunda. Busqué su teléfono. Serafima Mijailovna dijo que podía venir dos días después. Resultó ser una antigua profesora de matemáticas ucraniana y nos preparó un perol estupendo de *kotleti*, puré de patatas y *borsch* que nos durarían tres días. Luego vendría de nuevo. Las *kotleti* que preparaba eran buenas, pero el *borsch* era aún mejor. Cobraba quinientos rublos por visita, unos dieciséis dólares, y los ingredientes —que traía ella— aparte. Era un buen arreglo. Al principio era un poco incómodo para mi abuela que hubiera una persona extraña en la casa, haciendo lo que solía hacer ella sola y teniendo que supervisarla. Al menos así lo sentía mi abuela.

—Es agotador —se quejaba—. Cocinar y limpiar uno mismo es insoportable, pero que lo haga otro es agotador.

Pero se acostumbró. Y mientras Serafima Mijailovna estuvo viniendo a casa a cocinar y a limpiar, mi abuela nunca preguntó qué comeríamos luego. Siempre había comida en la nevera. Estaba todo controlado. Aquel fue el final de mi experimento como amo de casa. Aparte de preparar *kasha*, sigo sin saber cocinar.

10

SHIPALKIN ME CHAFA LOS PLANES

Habían transcurrido ya dos semanas desde la fiesta de Serguéi. No es que creyera que Yulia me había olvidado, o no exactamente... pero me preocupaba que, si pasaba más tiempo, pudiera romperse el hechizo, desaparecer la ilusión que ella se hubiera hecho: en definitiva, aquello que le impulsó a besarme en la fiesta. Y se rompió. Una mañana de viernes, el primer día tras el advenimiento de Serafima Mijailovna, escribí a Yulia un mensaje de texto preguntándole si quería que nos viéramos al día siguiente, que era sábado. Y como me pareció muy frío, le sugerí a continuación que fuésemos al museo Tretyakov.

Yulia tardó en responder, y miré entonces mi correo en el portátil, desde el alféizar de la ventana. Lo primero que vi fue un mensaje de Misha para la lista de Octubre con la palabra «Urgente» en el asunto. Lo abrí. «Compañeros: anoche nuestro antiguo camarada Petia Shipalkin fue arrestado durante una actuación contra el FSB. Sé que hemos tenido nuestras diferencias con él, pero eso ahora no importa. Lo tienen en la comisaría de Sretenka. Los que podáis, acudid allí al mediodía para mostrarle nuestro apoyo. Habrá algunos de Caos... procuremos mantenernos al margen de cualquier debate por ahora, y limitarnos a mostrar nuestra solidaridad.»

A aquel mensaje de Misha, de una seriedad nada habitual, le siguieron otros en los que se explicaba la logística y se daban los números de teléfono. Los escribí en una libreta, pero no podía dejar de pensar «Shipalkin. Puto Shipalkin.» Aquella era la razón por la que Yulia no me había respondido. Si lo hubiera hecho, si me hubiera escrito diciendo lo que había pasado, hubiera sido una cosa. Pero no lo había hecho.

Trabajé sin poder concentrarme demasiado durante un par de horas. Vi que mi abuela estaba descansando después de un desayuno tardío y copioso y luego me puse tres jerséis y mi chaqueta del Gulag y me lancé al frío. «El activista Piótr Shipalkin fue arrestado anoche en Lubianka, en medio de una protesta contra la violencia política», oí que decían en Eco de Moscú mientras me vestía. Lo estaban convirtiendo en un héroe.

Llegué a la comisaría de policía justo después de las doce. Fuera había una multitud de dimensiones sorprendentes, quizá cincuenta personas allí congregadas que parecían distribuirse en tres grupos distintos: en uno estaban Serguéi, Misha, Borís y los demás (Yulia no había llegado) con sus plumíferos baratos y sus gorros viejos. Mi gente. Luego había un grupo más reducido de tipos con pinta de cultuquetas, algunos de ellos con chaquetas de cuero, incluso pantalones de cuero, todos de negro y todos con mucho estilo. Debían de ser los de Caos. Y luego un grupo más grande y con gente mejor vestida, entre los que reconocí a los amigos de Dima de la fiesta de

cumpleaños de Maxim. Por último, empuñando un micrófono y entrevistando a alguien, Elena del Eco de Moscú.

Me vio y se acercó a mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Vivo aquí cerca —dije—. ¿Y tú?

Levantó el micrófono, como diciendo que estaba trabajando.

—¿Conoces al tipo? —preguntó.

—La verdad es que no —respondí.

—Mmm —dijo Elena, aparentemente perdiendo interés en mí y buscando entre la multitud otro posible sujeto que sí lo tuviera.

—Creo que esos son los suyos —dije, señalando a los de Caos.

—¿Ah, sí? —dijo Elena—. Gracias.

Y se fue hacia ellos.

No me importó. El hechizo de Elena lo había roto definitivamente Yulia, y durante un momento me permití divagar un poco y preguntarme si la ausencia de Yulia de aquel amago de protesta significaba que su reacción ante la detención de Shipalkin había sido distinta de lo que yo esperaba. Quizá seguía pensando que Shipalkin era un idiota, o que era más noble visitar a la abuela de uno, que estaba en el hospital, que jugarse el pelo delante de la KGB. Fue entonces cuando Misha me dijo que Yulia estaba dentro del edificio, con el abogado de Shipalkin. Supe entonces que no íbamos a vernos a corto plazo: Yulia había estado tratando de olvidar a Shipalkin. Con aquello, él lo había hecho imposible.

Según contó Misha, Shipalkin —borracho— se había apuntado ese tanto presentándose la noche anterior en Lubianka con un bote de salsa de tomate. Empezó a esparcir la salsa por la fachada del enorme edificio del FSB, con la mano, gritando «¡Manos fuera de la salsa!». Para sorpresa de sus compañeros de Caos que observaron aquella «acción», nadie salió del edificio de Lubianka a reprobarle. Pero al cabo de unos minutos llegó un coche de policía y unos cuantos agentes le detuvieron. Pasó la noche en comisaría, y lo que ocurriera a partir de ese momento dependería de si consideraban que había hecho aquello porque formaba parte de un movimiento político o, simplemente, porque estaba bebido. Esto último era lo que más le convenía para salir de allí.

Todo aquello era absurdo, pensé. En Rusia había un régimen que sistemáticamente menoscababa los derechos de los trabajadores, había apoyado guerras atroces —la más reciente, en Georgia— y encarcelado a activistas obreros y disidentes. Un régimen que fomentaba el extremismo de derechas. Y Shipalkin pretendía echarlo abajo lanzando salsa de tomate a la fachada del FSB. Era una coña. Boris —y Yulia— tenían razón.

Salió Yulia por fin, con el abogado, y se acercó a donde estaba Misha con los demás integrantes de Octubre. Nos abrazó a todos, sin distinción. Tenía aspecto de haber estado llorando. Yo no supe qué decir.

El abogado nos pidió que prestáramos atención, y los tres grupos se acercaron para escucharle. Dijo que habían acusado a Shipalkin de extremismo político.

—Hemos estado intentando convencerles de que no es así, pero esto puede ponerse feo —dijo—. Os ruego a todos que, en la medida de lo posible, tengáis mucho cuidado con lo que decís estos días en redes sociales y en la prensa. Si queréis que liberen pronto a Petia, no podéis

convertirlo en un mártir político.

—¿Cómo que un mártir? —me oí decir—. ¿Qué pasa si decimos que es un idiota sin el menor sentido común y con cero capacidad de análisis político?

El abogado me miró unos instantes.

—Pues, la verdad: desde el punto de vista jurídico eso sería perfecto —admitió.

Pero mi comentario causó una verdadera conmoción.

—¿Quién es ese gilipollas? —dijo uno de Caos que estaba a mi espalda: lo dijo bien alto, para que yo lo oyera.

Me di la vuelta dispuesto a presentarme, pero en ese momento salió del edificio un policía joven.

—Lo siento, pero no pueden estar aquí o tendremos que considerar esto una manifestación no autorizada.

—Nos vamos ya —dijo el abogado—. ¿Verdad, chicos?

Los tres grupos, Octubre, Caos y los liberales, que se habían aglutinado para oír hablar al abogado, se separaron en un momento y decidieron irse.

—Podríamos ir a El Molinillo —propuso uno.

—Es muy caro —dijo uno de Caos.

—No tienen camareros —dijo Misha—. Podemos pedir un capuchino para todos y listo.

Se aprobó la moción. De camino a el Moli alguno me lanzó una miradita asesina, pero la cosa no pasó de ahí.

Sin decirme nada, Yulia se fue con ellos.

—Eh —le dije, adelantándome para alcanzarla—. Voy a volver a casa para ver cómo está mi abuela.

—Perfecto —dijo, mirando al suelo.

—¿Puedo verte en breve? —le pregunté.

Entonces me miró y vi que estaba enfadada.

—¿Por qué has dicho eso de Petia?

Justa o injustamente, yo me volví a cabrear.

—El anarquismo es una enfermedad infantil —grité—. Tú también lo pensabas.

Yulia me miró a la cara.

—En primer lugar, haz el favor de no decirme lo que yo pensaba o dejaba de pensar. Y en segundo, ¿cómo te atreves? Sea lo que sea lo que piensas de las ideas políticas de Petia, ahora él está ahí dentro y nosotros aquí fuera. Es más: tú, dentro de nada, estarás allá —señaló por encima de su hombro, como indicando América—. No es decente criticar a una persona en cuya situación no vas a verte nunca.

Me desarmó. Hacía un mes yo no tenía ni idea de que el anarquismo era una enfermedad infantil, y ahora lo proclamaba a los cuatro vientos. Y aunque también podía proclamar a los cuatro vientos, y a Dima y a mi abuela y a mí mismo, que me iba a quedar, en el fondo sabía que acabaría yéndome.

—¿Y bien? —dijo Yulia, dándome la oportunidad de replicar.

No dije nada.

—Estupendo. Te veo en el grupo de estudio.

Y eso fue todo. Se fue hacia El Molinillo. Yo me di la vuelta y me topé con Elena. Me estaba mirando fijamente, como si acabara de descubrir algo en mí.

—Lo que has dicho de ese tipo ha sido realmente interesante. ¿Quieres decirlo en antena?

En ese momento yo ya no tenía el menor interés en Elena.

—No —respondí—. No quiero.

Y me fui a casa.

A la semana siguiente, no sé por qué motivo, la reunión del grupo de estudios marxistas se trasladó al miércoles, lo que entraba en conflicto con la partida de hockey. Llamé a Serguéi, para ver qué pensaba él.

—Creo que vamos a jugar al hockey —dijo—. El marxismo ya no va a ningún lado.

Me mostré de acuerdo. El resultado de la decisión fue que no vi a Yulia hasta la semana siguiente, casi dos después de la detención de Shipalkin. Shipalkin seguía en la cárcel, ahora en Lefortovo, que era una prisión especial del FSB. Parte del debate de aquella sesión giró en torno a lo que podíamos hacer por él. Yulia había ido a visitarle: como aún estaban legalmente casados, le estaba permitido. Dijo que Shipalkin parecía asustado y abatido. En el trayecto por Tveskaya con Borís y Nikolái nos sentimos incómodos: Yulia y yo nos comportamos como completos desconocidos. No podía ser de otro modo. Lefortovo era algo serio. Era allí adonde llevaban a los terroristas, a los que habían cometido algún delito grave, a los oligarcas caídos y a otros elementos a los que querían dejar un tiempo fuera de la circulación. A otro activista al que habían detenido por hacer pintadas en un edificio del gobierno (un dibujo de Medvédev chupándose a Putin en la fachada de una comisaría de Novosibirsk) le habían caído tres años de cárcel. ¿Tendría Yulia que esperar todo ese tiempo? No sonaba imposible. Tenía una expresión triste, y yo no podía hacer nada.

11

NOS VAMOS DE COMPRAS PARA ANIMARNOS UN POCO

Por fin había encontrado a una persona —y no una persona cualquiera, sino Yulia— con la que estaba a gusto, y la había perdido. Rusia me la había quitado. Mi abuela tenía razón.

Redoblé mis esfuerzos por avanzar algo con lo del puesto de Watson. Escribí a quien podía recomendarme, les puse al tanto de mis actividades en Rusia para que lo incorporasen a las actualizaciones que tuvieran pensado enviar al comité de selección y leí lo que pude sobre los viejos grupúsculos marxistas para poder comparar su actividad con la de Octubre. Si presentaba mi artículo a uno de los periódicos rusos sin tardar mucho, podría estar a tiempo de conseguir la plaza antes de que en Watson se pronunciaran: se habían demorado un poco con los trámites e iban con retraso, así que no creí que dijeran nada antes de mayo.

Mi abuela estaba mejorando y empeorando al mismo tiempo. Estaba recuperando su energía de siempre. Recorría el apartamento casi como antes y comía con normalidad. Pero con las fuerzas de siempre también volvió su depresión. Era como si tras vencer la mayor parte de los obstáculos físicos a los que se enfrentaba, volviera también su preocupación por los espirituales. Comenzó a hablar con frecuencia del suicidio.

—¿Sabes? —dijo un día después de comer—. No aguanto más.

Por cómo lo dijo yo sabía bien a qué se refería, pero me pareció terapéutico que lo verbalizara.

—¿Qué es lo que no aguantas más?

—Todo esto. La vida —dijo—. Ya he vivido bastante.

—Bueno —dije, sin saber bien qué decirle—. Tendrás que aguantar un poco más.

—Sí —respondió mi abuela—. Supongo que eso es lo que me toca.

Hice cuanto pude por ella. Un día que no hacía demasiado frío la llevé a unos grandes almacenes que había frente a la estación de metro de Estanques Limpios. A pesar de que me habían dejado sólo con tres grupos de PMOOC me las había arreglado para ahorrar un poco reduciendo los gastos de hockey y gracias al boicot de El Molinillo, así que pensé que era una buena idea comprar a mi abuela un jersey rosa nuevo, porque el que tenía estaba muy desgastado y se le había hecho un agujero en el hombro que se notaba mucho. La salida no tuvo éxito. No hicimos más que entrar en los grandes almacenes cuando mi abuela empezó a recordar las compras de la era soviética.

—Era imposible encontrar nada —dijo—. Pero si lo encontrabas, podías comprarlo. Todo era

asequible. Naturalmente, eso importaba poco, porque no encontrabas nada. La mayoría de mis prendas venían de América.

—¿Qué quieres decir con «América»?

—Que me las mandaban de allí.

—¿Quién? ¿Mi madre? —pregunté—. ¿Tu hija?

—¿Mi hija?

—Tenías una hija en Estados Unidos.

—¿Yelochka?

—Sí.

—Pues sí, sería ella. Se murió, ya lo sabes.

Caminamos en silencio. El centro comercial, salvo por el guardia de seguridad de grandes dimensiones que había en la puerta, estaba desierto. La gente seguía sufriendo los efectos de la crisis. Y la tienda no era barata. No era una locura, como aquellas otras de ropa de lujo que había en las inmediaciones del Kremlin, pero los precios eran realmente excesivos. Yo sabía que aquello iba a pasar, pero no había previsto el efecto que causaría en mi abuela —tendría que haberlo hecho. Cuando nos dirigimos a la sección de jerséis y encontré uno rosa que pensé que le gustaría, se fue inmediatamente a buscar el precio en la etiqueta. Eran cinco mil rublos. Ciento sesenta dólares.

—¡Ay, Dios mío! —gritó, y soltó la etiqueta como si quemara.

Y yo tuve una curiosa reacción: yo había sido el que se quejaba de que los precios eran altos en muchas ocasiones, en muchas tiendas, restaurantes y cafeterías. En todas partes. Especialmente en Rusia, donde algunos precios eran más que razonables —en consonancia con los sueldos— y otras veces eran desorbitados, en línea más bien con el saqueo masivo que estaban llevando a cabo los de la parte superior de la pirámide. Era imposible no quejarse. Quiero decir, mi abuela tenía razón: era un jersey de treinta dólares. Lo curioso de mi reacción fue que me puse del lado del vendedor.

—Es lo que vale ese jersey —le dije—. Es un jersey estupendo.

—No, gracias —respondió mi abuela.

—Pruébatelo, al menos.

—¿Para qué?

Tiene que haber una sección de liquidación, pensé. Tendría que haberla buscado y llevar a mi abuela hasta allí. Idiota.

—Espera —dije—. Voy a buscar jerséis más baratos. Vuelvo enseguida.

Mi abuela había seguido andando hasta llegar a la sección de lencería y estaba cogiendo de aquí y de allá una serie de braguitas diminutas —la verdad era que tenían muy poca tela— y mirando la etiqueta para ver cuánto costaban. Se rió horrorizada.

—¡Tres mil rublos! —me gritó, enarbolando un tanga azul muy pequeño.

Dejé que se entretuviera un poco y yo recorrí la tienda a toda prisa. Tenían abrigos carísimos de Suecia, sombreros de invierno carísimos de Noruega, unos vaqueros que no eran tan horriblemente caros, o al menos no más caros que un vaquero normal, pero que estaban salpicados de una especie de abalorios brillantes. ¿Por qué era todo tan caro? No era porque todos los componentes de la cadena estuvieran percibiendo un salario justo, porque no era así: yo sabía por Michael, el inquilino, que trabajaba en logística, que las carreteras rusas eran malas, el sistema

ferroviario bueno pero estaba saturado, y los aranceles desproporcionados. Moscú estaba en el interior, así que en el mejor de los casos era difícil llevar las mercancías hasta allí. Y tener uno de los sistemas económicos más corruptos del planeta no mejoraba las cosas. Así que al final tenías que pagar cinco mil rublos por un jerseyecillo de algodón rosa. Terminé mi excursión por la tienda. No había sección de liquidación.

Cuando regresé a la sección de lencería mi abuela ya no estaba allí. Tampoco había vuelto donde los jerséis. ¿Habría ocurrido algo? Al final la encontré de pie frente al enorme vigilante.

—Dígame una cosa —le estaba diciendo—. ¿Viene mucha gente a esta tienda? Porque es carísima...

La mole se encogió de hombros. ¿Cómo iba a saberlo él? Lo único que sabía era que, si alguien intentaba robar algo, le jodería bien.

—Bueno —mi abuela no se rendía—. No parece que haya muchos clientes, ¿verdad?

Señaló hacia el interior de la tienda vacía.

La expresión de la mole cambió y durante un segundo me pareció incluso que estaba desafiando a mi diminuta abuela. ¿Estaba intentando robar algo, y tendría que joderla? En aquel país ocurrían cosas muy extrañas.

Cogí a mi abuela con firmeza por el brazo.

—¿Nos vamos? —le dije.

—De acuerdo —respondió.

Nos fuimos andando a casa. Durante las dos semanas siguientes, cada vez que mi abuela llamaba a Emma Abramovna se quejaba de los precios de la tienda. Al principio aquello hería mis sentimientos: me sentía como si se estuviera quejando de mí. Luego me di cuenta de que con la excursión a la tienda, mi abuela tenía algo que contar. Siguió poniéndose el jersey con el agujero. A fin de cuentas, era un agujero pequeño. Podía valer.

* * *

Emma Abramovna nos habló de un documental sobre Tsvietáieva del que había leído algo. ¿Lo habíamos visto? No, nosotros no.

—Nosotros no vamos ya al cine —se lamentó mi abuela—. Andrei está muy ocupado.

—¡No estoy muy ocupado! —protesté.

Era cierto que había pasado mucho tiempo con Serguéi mientras daba clase como voluntario, pero aún me quedaban libres las tardes. Y de todos modos, aquella no era la razón por la que ya no íbamos al cine.

—A ti no te gusta ninguna de las películas que vemos —dije a mi abuela.

—Pues esta me gustaría —replicó ella.

—¡Genial! —dije—. Pues vamos a verla.

Así que unos días después, una tarde que yo no iba a jugar al hockey, nos vestimos con ropa de abrigo y nos lanzamos a la noche moscovita. Una vez en el bulevar mi abuela empezó a hacer señas a los coches. Mercedes tras Mercedes, Audi tras Audi, pasaban a toda velocidad junto a nosotros sin hacerle el menor caso.

—Ese coche no nos va a parar —decía yo constantemente.

Mi pobre abuela me ignoraba, salía un poco a la calzada y regresaba a los pocos segundos,

descorazonada.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque es un Mercedes.

Vi entonces un viejo Zhiguli que avanzaba torpemente hacia nosotros.

—Pero ese otro, sí —dije alzando la mano.

Y tal como lo dije, el viejo cacharro se apartó para recogerlos y el conductor nos preguntó adónde íbamos. Mi abuela me miró como si yo tuviera poderes mágicos o adivinatorios. Pasamos dentro del coche unos veinte minutos, en un atasco de tráfico. Lo cierto era que el bulevar no se había construido para los automóviles, pero los automóviles no tenían una ruta alternativa. Habríamos llegado antes caminando, aunque así al menos estábamos sentados. Mi abuela, que iba sentada junto al conductor, pasó la mayor parte del trayecto hablando de lo vieja que era y de que todos sus amigos habían muerto. El conductor asentía amablemente y, de vez en cuando, emitía un sonido de solidaridad. Cuando por fin llegamos mi abuela le dio cincuenta rublos: no era suficiente. Por suerte, yo ya había previsto que aquello podía ocurrir y le di otros cincuenta.

Llegamos al cine cuando las luces ya estaban apagadas. Mi abuela no se soltaba de mí: juntos fuimos maniobrando hasta llegar a un par de asientos libres que había en la primera fila. Así podría estirar las piernas. Llegamos, por fin, y la imagen surgió ante nosotros. La vida de Tsvietáieva antes de la revolución, una vida feliz entre la *intelligentsia* moscovita. Su padre fue profesor y fundador de la colección de arte que se convertiría en el Museo Pushkin. La familia vivía con todas las comodidades y tenían criados, pero no eran aristócratas ni parásitos. Eran lo mejor de un mundo que la Revolución destruyó. El documental tenía una buena parte de imágenes de archivo. Gran parte de la historia se desarrollaba cerca de donde estábamos sentados: Tsvietáieva se había criado prácticamente a la vuelta de la esquina, en Tres Estanques.

—Andriush —dijo mi abuela en voz muy alta, volviéndose hacia mí—. ¿Hemos comprado las entradas?

—Sí.

—¿Estás seguro?

Le aseguré que habíamos comprado las entradas.

—Perdonen —dijo una voz, queriendo decir que nos callásemos.

Tsvietáieva triunfó como poetisa a una edad muy temprana y comenzó su historia de amor con el que se convertiría en su marido, Serguéi Efron, y con la poetisa Sofía Parnok. Después los bolcheviques se hicieron con el poder. Tsvietáieva tuvo que separarse de Efron, que fue a luchar contra los bolcheviques en Crimea, mientras ella se quedaba en Moscú con sus dos hijas pequeñas.

—Andriush —dijo mi abuela—. Tengo que ir al baño.

Le di la mano y la ayudé a salir al vestíbulo. Una vez que estuvimos lo suficientemente cerca de los aseos la dejé sola. La miré mientras iba hacia el aseo de señoras: parecía asustada, apresurada. Esperé a que saliera en el café del cine, vacío y decorado sin el menor gusto. Tardó un rato y, cuando salió, mi pobre abuela, parecía muy cansada.

Nos habíamos perdido la guerra civil, la terrible muerte —de hambre— de la hija de Tsvietáieva y su marcha a Praga para reunirse con su marido, que había llegado allí huyendo de los bolcheviques.

Tsvietáieva vivió feliz en Praga, donde tuvo un hijo. Luego vivió infeliz en París, escribió

algunos de los mejores poemas en lengua rusa del siglo XX y luchó por llegar a fin de mes. Mientras, su marido no hizo nada. Bueno, iba a clase. Fue mucho a clase. En Praga, a los treinta años, Efron se matriculó en la universidad y fundó una revista literaria. Unos años después, cuando se trasladaron a París, Efron se volvió a matricular en la universidad para estudiar cinematografía. Yo empezaba a percibir aquel documental como una especie de crítica hacia mí mismo.

Serguéi Efron no consiguió un empleo hasta 1934, cuando tenía cuarenta y dos años. Empezó a trabajar para el NKVD. Al principio lo único que tenía que hacer era elogiar a la URSS ante la comunidad de emigrantes antisoviéticos de París, algo que Efron —que se había convertido recientemente al comunismo soviético— podía gestionar sin mala conciencia. Pero al final su cargo incluía llevar a cabo algunos asesinatos políticos: eso es lo que pasa cuando trabaja uno para el NKVD. Efron ayudó a organizar los asesinatos del agente soviético Nathan Poretski, que había desertado y, seguramente, de Lev Trotski y su hijo Lev Sedov. Efron no hizo un buen trabajo y, con la policía pisándole los talones, huyó a Moscú. No tardó en seguirle la otra hija del matrimonio, Ariadna, que lo adoraba.

Y aquí mi abuela tuvo que ir de nuevo al baño. Yo me quedé en la puerta de la sala hasta que salió, para seguir viendo el documental mientras la esperaba.

Tsvietáieva estaba sola en París con su hijo adolescente, Mur, sin dinero y rodeada de una comunidad emigrante que le era hostil y que creía que estaba aliada con su marido y, por extensión, con el NKVD. Sabía bastante bien lo que estaba sucediendo en la Rusia de Stalin, aunque era difícil que alguien que no estuviera allí lo supiera de verdad. En París, en 1935, había tenido un funesto encuentro con Pasternak que, en lenguaje codificado —estaba demasiado asustado para hablar libremente— intentó prevenirla. Pero ella no lo entendió. Lo único que sabía era que su familia la había abandonado; sus amigos le habían retirado el saludo. La Alemania nazi estaba subiendo como la espuma en el este y Francia se estaba preparando —aunque con demasiada lentitud— para entrar en la guerra. ¿Debía volver a la URSS? Unos años antes había escrito uno de sus poemas más grandes. Empezaba así: «Nostalgia del hogar, ¡qué bobada!». Nunca se libraría de un cierto desarraigo de lo que consideró su madre patria. Pero su esposo y su hija estaban allí.

Después de un período terrible de indecisión Tsvietáieva tomó el tren a Moscú en 1938. Se encontró con un país acobardado. Sus antiguos amigos la evitaban, hasta su hermanastra se negó a verla. Su hermana Anastasia Tsvietáieva ya estaba en el Gulag. Efron y Ariadna estaban a salvo, en una casa de la NKVD a las afueras de Moscú adonde fueron Tsvietáieva y Mur a reunirse con ellos. Pero al cabo de seis meses Efron y Ariadna fueron detenidos y Tsvietáieva y su hijo obligados a abandonar la casa. Estuvieron buscando un sitio para vivir entre los familiares que les quedaban en Moscú. Mientras, Mur, un joven consentido que apenas hablaba ruso, tenía problemas para adaptarse a la vida soviética. Empeoró una situación que ya era mala de por sí y no tardaron en unirse a la masa de evacuados que se produjo ante el avance alemán. Su vida se volvía cada vez más dura y solitaria. Al final Tsvietáieva no pudo aguantarlo más y, dos años después de su llegada a Rusia, se ahorcó. Efron, su estudioso marido, murió de un disparo del NKVD ese mismo año. Su hijo, de apenas veinte años, murió en el frente unos años después, en 1944. Sólo sobrevivió Ariadna, su hija, que tantos años había pasado en el Gulag.

Mi abuela salió del aseo y entramos los dos de nuevo en la sala. ¿Cuántas de aquellas cosas había vivido ella también? Unas cuantas, sin duda. También estaba en Moscú cuando llegaron los

alemanes, y también fue evacuada al interior de la Unión Soviética. Su padre estaba enfermo y ella embarazada de mi madre, pero cuando Stalin lo pedía la gente iba y, en todo caso, los alemanes estaban cerca. También ella perdió a su marido en aquellos años. Pero tenía treinta años menos que Tsvietáieva. Sus dificultades fueron menos. Y sobrevivió.

Terminó la película y encendieron las luces. Para mi sorpresa, aquel documental era de una sutileza admirable, estaba escrupulosamente documentado y era inteligente y humano.

Cuando salíamos mi abuela se volvió hacia mí y con una expresión algo agria en la cara me preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Me ha parecido fantástico —susurré.

—A mí no. Me ha parecido aburrido e inane.

—¿Qué? —dije en voz mucho más alta de lo que yo mismo esperaba—. ¿Cómo puedes decir eso?

Mi abuela hizo un mohín y meneó la cabeza. Reconocí aquel gesto porque yo lo había heredado, supuestamente a través de mi madre, y también lo hacía cuando me obligaban contra mi voluntad (eso decía el gesto) a señalar que una película o un programa de televisión o un libro al que se estaba ponderando mucho a mí me parecía una birria.

—No lo sé —dijo mi abuela—. Pero sencillamente, no lo he entendido.

Se estaba comportando como una esnob con aquel documental que describía la vida de Tsvietáieva con tanto cuidado, que resucitaba y rendía homenaje al sufrimiento de toda una generación: un sufrimiento por el que ella, mi abuela, también había pasado. Yo me sentía ofendido, y no me lo explicaba: a fin de cuentas, no era mi sufrimiento. Mi sufrimiento se reducía a un trayecto en coche un poco incómodo y salir de unas cuantas veces de la sala de cine para acompañar a mi abuela al lavabo (¿Era por algo que habíamos comido?). ¡Pero si fue ella la que quiso ir a verlo!

—¿Sabes una cosa? —dije—. Si no te ha gustado este documental, no volveremos a ir al cine. No tiene sentido.

Me oyó perfectamente. Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Andriush —dijo con toda calma—, no te cabrees. No he entendido de qué trataba. ¿De qué trataba?

Yo sentía la cara ardiendo, y luego derritiéndose. Mi pobre abuela. No oía. Ni siquiera en una sala de cine y con aquellos altavoces gigantescos. Debió de resultarle tremendamente difícil entender lo que estaba pasando. Y tenía una memoria terrible. ¿Cómo iba a seguir la historia si no podía recordar lo que había pasado hacía un minuto? Por supuesto que no disfrutó del documental.

—Era de Tsvietáieva —dije.

—¿Tsvietáieva? Es una poeta maravillosa.

—Sí. Era un documental de su vida.

—Se ahorcó —dijo mi abuela; luego añadió—: Durante la guerra.

Mi abuela todavía recordaba resmas enteras de poesía rusa. Recitó algunos versos:

Ningún cielo extranjero me ha protegido,
ningún ala ajena me ha cubierto el rostro.
He sido testigo de todo lo ordinario,

superviviente de ese tiempo, de ese lugar.

—Sí —dijo mi abuela—. Superviviente de ese tiempo, de ese lugar.

Me dejó algo confundido.

—¿Es eso de Tsvietaieva? —pregunté.

—No. Es de Ajmátova.

Esta vez dejó que fuese yo quien detuviera el coche. Eran casi las diez, las calles estaban prácticamente vacías y no encontramos mucho tráfico en nuestro camino de regreso a casa.

12

ME HAGO MILITANTE

Lo que pasaba conmigo, en el hockey, era que yo no era bueno. No era malo, era competente, pero si se comparaba con mi pasión por el deporte, mi habilidad era insignificante. En aquel GAP radicaba mi decepción. Era un jugador del montón. Y quería ser mejor.

Hacía lo que podía. En hockey hay dos tipos de jugadores: los jugadores con habilidad y los que pican piedra. Yo pertenecía al segundo grupo. Nunca había sido muy buen tirador, ni siquiera en el instituto, y el palo mierdero de Anton no me lo ponía muy fácil. No había desarrollado un movimiento que me permitiera crear el espacio y el tiempo suficientes para llevar a cabo mi propia actuación en momentos críticos. Se me daba muy bien anticipar dónde había que intervenir y llegar hasta allí, aunque no era bueno manejando el palo con la cabeza erguida: una lástima, porque eso me hubiera permitido ver mejor y anticiparme a más jugadas. Aquel año había marcado algunos goles, pero sólo recuerdo tres hazañas memorables: un buen pase que serví a Oleg o Anton, una ocasión en que logré golpear a Grisha por la espalda cuando se encontraba en nuestra marca azul, poniendo en pie con una ovación a todo nuestro banquillo, y otra en que logré interceptar a Aliosha, también del equipo blanco, cuando él iba con el puck directo a nuestra portería.

Pero yo no era jugador profesional, ni lo sería nunca. A medida que mi vida se iba volviendo más complicada tuve que ir reduciendo el hockey al mínimo. Seguía jugando contra el equipo blanco los miércoles y viernes, pero dejé de ir a la pista infernal que había junto al gaseoducto, y también a la que tenía los vestuarios en unos cobertizos, en el aparcamiento.

Decidí centrar mi artículo en la salida de Serguéi de la universidad y en sus actividades posteriores, sobre todo sus actividades docentes. Había inventado lo que llamó aulas móviles, aunque la parte móvil de la cuestión se reducía a que Serguéi iba a todas partes en su viejo Lada. Se había pasado varios meses repartiendo folletos por Moscú, anunciándose como profesor universitario que dirigía seminarios de literatura sin cobrar por ello. Le llevó un tiempo, me dijo, pero al final había conseguido formar seis o siete grupos con los que se reunía una vez por semana.

Para mi sorpresa sus alumnos eran, sobre todo, hombres sin mucha formación que querían hablar de sus experiencias en un mundo que estaba cambiando ante sus ojos. Serguéi facilitaba aquel intercambio e insertaba las enseñanzas de literatura con las obras que estuvieran leyendo, cuando era necesario, y en otras ocasiones les dejaba hablar. También daba clase a alumnos de instituto cuyos padres no podían permitirse pagar un tutor que les preparase para el examen de

acceso a la universidad, y enseñaba ruso a trabajadores de Asia Central. Solía dar dos o tres clases diarias, organizándolas de tal modo que no tuviera que desplazarse mucho entre una y otra. Pero Moscú era una ciudad grande, y conducía un montón. Yo fui con él una semana y al final estaba tan cansado que no podía ni dormir. Pero Serguéi no parecía acusar el agotamiento. Ninguno de sus alumnos le pagaba, aunque con frecuencia le daban de comer en las reuniones y, en las de la tarde, una cerveza. En una de las clases a las que fui con él, en el barracón donde dormían unos obreros de Tayikistán, los hombres le regalaron una pandereta tradicional de su tierra en señal de agradecimiento: en ese momento llevaba dándoles clase exactamente un año.

No se trataba de una especie de montaje llevado a cabo tras ver un documental inspirador sobre educación radical. La mitad de las clases a las que asistí tenían pocos alumnos: dos o tres. En una de las reuniones cuatro tíos de mediana edad y con muchas agallas que habían decidido embarcarse en un programa de enriquecimiento personal querían saber por qué Serguéi les había mandado leer a Tsvietáieva, a la que los tíos llamaban «esa guarra», a pesar de que Serguéi les explicó por qué estaban equivocados. Pero quizá el peor incidente que presencié fue cuando la madre de un chaval al que Serguéi estaba preparando para examinarse junto a otro chico y sin cobrar nada comenzó a importunar a Serguéi por la naturaleza teórica de las discusiones de aquel pequeño grupo. ¿Es que no podía ceñirse sólo a las preguntas que les fueran a poner en el examen? Serguéi intentó explicar a la mujer que los chicos tenían que aprender a pensar en la literatura, pero la madre no se quedó convencida. No se apaciguó hasta que él le dijo que aprender a pensar en la literatura en el plano teórico permitiría a su hijo responder preguntas sobre libros que ni siquiera había leído.

—Entonces, ¿no tendrá que leerse todos esos libros? —inquirió.

—N-n-n-n-n-n-no, claro que tiene que leerlos —respondió Serguéi—. Pero en el examen podrían caer libros que no tenemos aquí.

La madre, una mujer delgada con grandes ojos azules que vivía con su hijo adolescente en aquel piso limpio, pero decrepito, asintió con gesto suspicaz y se metió a la cocina.

Aun así, fue todo increíble: no sólo porque era agotador, decepcionante, mentalmente extenuante e incluso, posiblemente, peligroso, sino porque además no le pagaban. Su mujer trabajaba como editora en Lenta.ru, una gran empresa de comunicación, y ganaba un sueldo modesto, pero suficiente. El único dinero que aportaba Serguéi era el que ganaba jugando como portero en distintas ligas masculinas: le pagaban veinte dólares cada vez que salía, que era unas tres veces por semana. En cierto modo no era la enseñanza lo que me impresionaba, aunque también, sino la disposición a vivir de su mujer. Serguéi admitía que aquello era una fuente de tensiones en el seno de la familia:

—Es como si se hubiera casado con una persona, y ahora estuviese viviendo con otra distinta —dijo Serguéi de su mujer—. Y piensa que esa persona nueva se preocupa más por sus ideas políticas que por su propia hija.

—¿Es eso cierto?

—No. Puede que sí. No lo sé. Yo quiero que mi hija viva en un país justo. Pero mi mujer quiere que busque un trabajo.

Todo aquello le hacía sentir mal, pero no iba a cambiar. Cada cual había de dar lo que podía y recibir lo que necesitaba. Aquel postulado tenía tanta fuerza como si estuviera escrito en la Biblia. Y así era como vivía Serguéi.

Nos estábamos adentrando en marzo, y Dima cada vez se comunicaba más conmigo.

—Entonces, definitivamente te marchas después del verano, ¿no? —me preguntó un día por el chat.

—No lo sé —respondí.

No hacía mucho me había enterado de que mi némesis, Fishman, también era candidato al puesto de Watson. En una universidad mediocre, aislada, donde la atracción cultural más cercana era una prisión federal gigantesca... Pero el mercado de trabajo no estaba fácil, y al menos en Watson no te obligaban a enseñar alemán. Fue entonces cuando mi consejero me comunicó, para mi sorpresa y disgusto, que habían elegido a Richard Sutherland de Princeton, el hombre que me había pedido que le llevara agua mineral con gas al aeropuerto, para encabezar el comité de selección. «Querían a alguien que no supiera nada que pudiera confundir a quienes no sabían nada», dijo mi consejero. Ambos sabíamos lo que eso significaba: que Fishman tenía pista libre para acceder al puesto.

Pero en ese momento, chateando con Dima, intenté poner buena cara.

—He presentado una solicitud de empleo para el otoño —le expliqué—. Y espero que me lo den. Si no me lo dan, creo que me quedaré aquí.

—¿Haciendo qué?

—Lo que estoy haciendo.

—¡Eso es ridículo! —escribió Dima—. La abuela se irá poniendo cada vez peor. Va a llegar un momento en que tengas que ayudarla a ducharse. Y no querrá que lo hagas. Vamos a necesitar a una enfermera, vamos a necesitar dinero, y yo no tengo dinero si no vendo la casa.

Pero hay cosas que uno no hace por dinero, pensé yo. Estaba sentado en el alféizar. Era viernes, después de medianoche, acababa de volver de un partido de hockey y me estaba tomando una Zhigulovskoye con un poco de *sushki*. Mientras discutíamos por el chat mi abuela salió de su habitación con la bata puesta y se fue al baño. Su caída y la estancia en el hospital le habían perturbado los patrones de sueño: me daba la impresión de que ahora se levantaba más veces por las noches. Me vio y yo la saludé.

Hay cosas que uno no hace por dinero. Tienen que distribuirse aplicando los principios comunistas: cada cual ha de dar lo que puede y recibir lo que necesita. Y que escribiera Dima lo que le diera la gana. Yo estaba en mis trece.

Tras acompañar a Serguéi durante un tiempo decidí que ya tenía suficiente material y me senté a escribir. Inserté su trabajo en el contexto de los quijotescos intentos de los rusos por reorganizar el mundo. Serguéi me parecía un personaje de Tolstói, ese tipo de persona que lo deja todo para recorrer la tierra siguiendo los dictados de su conciencia. En ese momento estaba recorriendo Moscú, no la tierra, y no con los pies descalzos sino a bordo de un Lada cochambroso. No me parecía que Serguéi fuera un santo. Me parecía un chalado, sí. Un chalado sublime. Estaba haciendo lo que queríamos hacer todos nosotros pero éramos demasiado cautos, demasiado prácticos, demasiado gallinas para hacerlo.

Escribí el artículo y se lo envié a Serguéi y a la *Slavic Review*. Era largo. Había enviado ya un montón de artículos a aquella revista, a lo largo de los años. Nunca me habían publicado ninguno. Este era mejor, pero no había motivos para pensar que por eso fuera a tener más éxito. La *Slavic Review* quedaba muy lejos, pero Octubre, Serguéi, mi equipo de hockey, mi abuela y al final también Yulia —esperaba— estaban allí.

* * *

No mucho después de enviar mi artículo al periódico Serguéi me preguntó con cierta formalidad si podíamos vernos. Lo primero que pensé fue que le había molestado el artículo. Lo segundo fue más oscuro: él, u Octubre, o ambos, estaban enfadados por lo de Yulia. Yo la había besado y había hecho aquel comentario sobre Shipalkin a la puerta de la comisaría. ¿Había permitido que mis sentimientos hacia Yulia empañaran mis opiniones políticas? Había continuado viendo a Yulia después, en los seminarios sobre marxismo, y ella no parecía seguir enfadada conmigo, pero tampoco parecía muy predispuesta a charlar. Y Shipalkin, su marido, todavía estaba en Lefortovo.

Serguéi y yo quedamos en vernos en el café Mu-Mu, a un kilómetro y medio de mi casa. Si se había enfadado por el artículo, podía gestionarlo. Otra posibilidad era que, entregado el artículo, ya no había motivos para que yo siguiera viéndoles y me pedirían que abandonara el grupo. Pero no quería irme. Me gustaba lo que estaba haciendo. Incluso sin Yulia me sentía muy apegado a todos los miembros de Octubre.

Barajé todas las alternativas en mi mente, las peores, de camino al Mu-Mu. Mu-Mu, que se llama como el sonido que hacen las vacas, estaba en un sótano: era un café estilo cantina, muy barato y bastante bueno. Si hubiera estado un poco más cerca de casa podría haber llevado a mi abuela cada vez que no tuviéramos comida. Me encontré a Serguéi sentado ante un cuenco de *borsch*. Pedí uno para mí y me senté con él. Serguéi fue directo al grano.

—Mira —dijo—. No s-s-s-sé qué planes tienes, ni cómo te sientes ahora que has terminado el artículo, pero hay algo que quiero preguntarte.

Asentí.

—Nuestro grupo... Octubre... queremos poner en marcha una página web. Necesitamos tener un foro para debatir sobre la política de izquierdas, la teoría de la educación, los eventos culturales y todas esas cosas. Creemos que es importante para la izquierda contar con una plataforma de esas características.

—Suena bien.

No parecía tener intención de echarme del grupo.

—Y creemos que una buena parte (no todo, desde luego, pero los temas más interesantes) tendría que traducirse al inglés: es la forma de construir la solidaridad internacional, porque uno de los problemas de la izquierda rusa de las últimas décadas es que ha estado aislada de Occidente. Tenemos que poner fin a eso. Así que lo hemos hablado unos cuantos, y sé que estás implicado en varias cosas de investigación, pero nos gustaría de verdad que tú fueses uno de los encargados de las traducciones. Tú entiendes lo que estamos haciendo. Y dominas el inglés.

—Ah —dije, terriblemente aliviado—. Me encantaría.

—Pero no podemos pagarte.

—No os lo pediría —dije.

Era sincero: por poco dinero que tuviera yo, aquellos chicos tenían menos.

—Vale, muy bien, estupendo.

Serguéi se inclinó y hundió la cuchara en el *borsch*, la llenó y se la metió en la boca.

—Y otra cosa. ¿Querías unirme a Octubre? Creo que eso haría más fácil y agradable el trabajo.

Aquello no me lo esperaba.

—Lo consideraría un honor —dije—. ¿Qué tengo que hacer?

—Bueno... —comenzó Serguéi, ligeramente alterado—. Hay que prestar juramento. Hace unos años, cuando empezamos, discutimos mucho sobre esta cuestión, pero al final decidimos que era lo correcto, porque con eso quedan claras las responsabilidades del partido hacia ti, y tuyas hacia el partido.

—Bien —dije—. ¿De qué se trata?

Era un juramento breve: «Me comprometo a hacer lo mejor para el partido según dicte mi conciencia, a intentar llevar una vida honesta que redunde en provecho del partido. El partido, a su vez, se compromete a ayudarme, aconsejarme y apoyarme si necesitara apoyo».

Y ahí Serguéi hizo una pausa y dijo:

—Ya está.

Lo hicimos allí mismo, en ese momento, en el Mu-Mu. Con eso yo ya era miembro de Octubre. Durante las siguientes semanas empezaron a llegar los primeros textos que tenía que traducir al inglés. Mientras, seguí asistiendo al grupo de lectura. Mi entrada en Octubre supuso que la gente confiara más en mí. Misha me habló de sus problemas con la bebida, Borís me contó que su madre quería que se marchara de allí y se casara. Serguéi siempre había sido sincero conmigo, pero ahora que su matrimonio había entrado en agonía tuve la sensación de que yo era su único confidente. Su mujer le había dicho que no podía seguir viviendo así, y él había respondido que él no podía vivir de otro modo. Estaban en un callejón sin salida. Serguéi tenía la sensación de que no había modo de solventarlo, pero estaba preocupado —igual que su mujer— por su hija. «Es normal que la gente cambie. Nos casamos cuando estábamos todavía en la universidad. Claro que hemos cambiado. Pero una criatura eso no lo entiende. Si hubiera una manera de decirles, desde el principio, que lo de papá y mamá no es para siempre... Que cada uno de nosotros estará ahí siempre para ellos, pero no necesariamente juntos. Tiene que haber una manera, porque cualquier otra cosa es engañarlos.» Se encontraba en un lío en el que él mismo se había metido, pero eso no lo hacía menos doloroso, a mi modo de ver.

Yulia seguía tratándome con cierta cautela, y yo lo entendía. Su marido estaba en la cárcel y ella pasaba mucho tiempo pensando en él, haciendo cola para verle, hablando con los abogados de su caso. Sí, nos habíamos besado. Pero de eso hacía mucho tiempo. Yo encontraría a quien besar, seguramente. Howard, por ejemplo: después de meses acostándose con esas chicas de la web de putas, había conocido por casualidad a una muchacha que trabajaba en el *Esquire* ruso y estaba saliendo con ella. Y ya me había insinuado que tenía amigas solteras. Y Oleg también. Un día, en los vestuarios, me preguntó si tenía novia.

—No —respondí.

—Mi chica tiene una amiga que podría interesarte —dijo Oleg.

La palabra que utilizó, en ruso, cuando dijo «mi chica» fue *telka*, que significa ternera. En ese contexto habría que traducirlo por «mi amante». Y al cabo de unos días me encontraba sentado en un café carísimo y muy chabacano al lado de Estanques Limpios con Oleg, la ternera de Oleg y la amiga de la ternera de Oleg, llamada Polina. La ternera de Oleg era una chica callada y tímida que no dejaba de jugar con el teléfono móvil. Pero Polina era una mujer de veinticinco años, alta, con aspecto sanote y muy atractiva. Trabajaban las dos en un salón de belleza. Unos meses antes hubiera saltado de alegría ante aquella ocasión, pero ahora no encontraba dentro de mí el menor entusiasmo. Cuando Oleg sugirió que fuésemos todos a un club a seguir la velada, dije que tenía que volver a casa para ver cómo estaba mi abuela.

—Muy bien —dijo Oleg, y ni siquiera intentó retenerme.

Una noche, poco después de aquello, mientras mi abuela me estaba dando la consabida paliza con los anagramas, recibí un mensaje de texto. Era de Yulia.

—¿Puedes salir un rato? —decía.

Era viernes, eran las ocho de la tarde y tenía partida. Pero podía saltármela. Parecía que Yulia quería decirme lo que no me había dicho Serguéi: que quería que saliera del grupo de lectura. Quizá pudiera hacerle cambiar de opinión. Respondí al mensaje diciendo que encantado y, en un despliegue de valor, le envié una carita sonriente. Los rusos lo hacían poniendo un montón de paréntesis, así:))). Era un modo muy extraño de formar una cara, porque no había ojos, pero en contrapartida podías utilizar todos los paréntesis que quisieras para indicar una supersonrisa. Yo utilicé cuatro. Pero a medida que me acercaba a la cervecería checa que había cerca de su casa me iba sintiendo, cada vez más, como un condenado a muerte camino de su ejecución.

Yulia ya estaba allí cuando llegué: pálida, bella y nerviosa. Y estaba bebiendo una copa de vino.

—*Privet* —dije.

—*Privet* —respondió ella.

Parecía abatida. Yo no dije nada, ella me preguntó amablemente por mi abuela y luego añadió:

—Tenías razón con Petia.

Petia era Shipalkin. Lo dijo con una expresión muy triste.

—¿Ah, sí?

—Lo han soltado —dijo Yulia.

—Eso es estupendo —dije yo, y en parte lo sentía así.

Pero Yulia no pareció oírme.

—Los ha abandonado —dijo.

—¿Qué?

—Que los ha delatado. A todos.

—No puedes saber eso.

—Lo sé. Su abogado me dijo que estaba intentando que le echaran cinco años, que no había esperanza a menos que colaborase con la investigación y diera los nombres de los demás miembros de Caos.

—¿Acaso no tiene la policía los nombres de los demás miembros de Caos?

—Pues eso parece. No lo sé. Pero a Petia le soltaron hace dos días; ayer pillaron a dos y otro cogió un tren a Kiev.

—Vaya —dije.

Parecía que sí, que alguien había dado los nombres de aquellos tipos. ¿Y por qué me contaba Yulia aquello?

—Bueno —dije, sin saber qué decir—. ¿Qué va a hacer ahora?

—No lo sé —respondió Yulia—. Ni me importa.

Tomó un sorbo de vino.

—¿Me harías un favor, Andréi?

Asentí.

—¿Te emborrachas conmigo?

Así que nos emborrachamos. Durante el proceso yo intenté no pensar mucho en lo que estaba haciendo. ¿Estaba Yulia en situación vulnerable en ese momento, debido al comportamiento vergonzante de su exmarido? ¿Y yo, que no había dejado de rondarla mientras ella estaba en situación vulnerable, me estaba aprovechando? ¿Significaba todo aquello —no podía evitar pensarlo— que una vez que ya no se encontrase en ese estado volvería a perder el interés por mí? Yulia llevaba unos vaqueros blancos muy ajustados y un jerseicito negro de algodón que se le ceñía al cuerpo. Era delgada y muy pálida. Sus grandes ojos verdes, en una cara como la suya, le daban un aspecto como de pena. Las chicas rusas, incluso las intelectuales marxistas, se mataban de hambre. Pero en el caso de Yulia no importaba. Me gustaba. No que se matara de hambre, claro. Me encantaba su aspecto.

Después de tres copas de vino ella ya estaba borracha mientras yo, con el mismo número de cervezas, no estaba más que un poco chispa. La acompañé a su casa, un bloque de doce alturas no muy lejos del Estanque del Patriarca, y nos detuvimos en la puerta.

—Buenas noches, Andréi —dijo, y me abrazó.

Hubiera preferido que me besara, pero parecía tan abatida, tan infeliz, que yo lo único que intenté fue que lo estuviera un poco menos. Nos dijimos adiós y entró en el portal.

Después de aquello empezamos a escribirnos mensajes de texto y luego a ir al cine. Era todo bastante inocente, en el sentido de que no íbamos al cine, necesariamente, en plan romántico. Yo no quería meterle prisa. Pero quería impresionarla y, al principio, al igual que me pasaba con mi abuela, intentaba hacerlo llevándola a ver películas artísticas. Luego me confesó que a ella no le importaba ir a ver algo menos elevado y le hice caso, aliviado. Vimos la versión rusa de *Titanic*, llamada *Almirante*, que trataba del almirante ruso blanco Kolchak, que luchó contra los bolcheviques, y una especie de *Flashdance* rusa llamada *Stiliagi*, algo así como «Los estilosos», sobre un grupo de rebeldes moscovitas de los años cincuenta con una estética colorida en cuanto a la ropa y música de jazz como forma de protesta contra el asfixiante conformismo sartorial del estalinismo. Esa fue la película que vimos Yulia y yo la noche que me invitó a subir a su apartamento.

Aquella noche Moscú cambió para siempre a mis ojos. Dejó de ser el lugar terrible donde yo había nacido y comenzó a ser... otra cosa. Yo quería estar en casa cuando mi abuela se despertara, así que en plena noche susurré un buenas noches a Yulia y salí a la calle. Eran las tres de la mañana, mediados de marzo, y en Moscú hacía todavía mucho frío. El metro estaba cerrado y si no quería ir andando tendría que coger un taxi. Pero no quería compartir mis sentimientos, mi gozo y mi sensación de pertenencia con nadie. Así que caminé. Estaría a unos dos kilómetros de mi casa y durante el trayecto, en medio del frío y de la calma de la noche por aquellas calles que se acercan a la autopista enorme y horrible que es el Anillo de los Jardines, sentí la libertad impresionante de aquel lugar: era una fortaleza colocada en un entorno hostil. Por un lado, los mongoles; por otro, los alemanes, los bálticos y los vikingos. Los rusos habían construido aquella fortaleza en un meandro del río Yauza y confiaron en que funcionara. La construyeron porque tenían miedo. Aquel era un país gigantesco e incluso ahora, en el siglo XXI, estaba casi sin gobierno. Se podía hacer cualquier cosa. Cualquiera en absoluto. Y en medio de esa libertad, de esa anarquía, la gente se conocía, se enamoraba e intentaban consolarse unos a otros.

En nuestras últimas citas, pero sobre todo cuando estábamos juntos en la cama, Yulia me contaba cosas de su familia. Se había criado en Kiev. Era hija única —la mayoría de los de su generación eran hijos únicos, porque todo el mundo era pobre—; sus padres eran ambos

ingenieros. Cuando el país empezó a desmoronarse vieron con toda claridad que como el padre de Yulia era judío podrían emigrar a Israel, y así lo decidieron. Yulia tenía once años cuando el padre se marchó a tantear el terreno y buscar trabajo mientras la madre vendía sus pertenencias y preparaban la mudanza. Al principio se comunicaban bastante, y su padre contaba lo difícil que era acomodarse a su nueva vida siendo emigrante, se quejaba del resto de emigrantes, le preocupaba no encontrar trabajo; pero no tardó en estar muy ocupado, y la comunicación empezó a distanciarse. A pesar de todo la madre de Yulia siguió vendiendo sus pertenencias, porque no iban a llevarse el televisor a Israel, o el sofá, por poner un ejemplo. Apenas unos días después de vender el televisor la madre de Yulia supo a través de un conocido de ambos que a su marido le habían visto por las calles de Haifa con otra mujer. La madre de Yulia lo llamó y le pidió cuentas por teléfono. Él confesó, pero dijo que quería que fueran a Israel, que seguían estando casados, que él se ocuparía de todos los trámites y cuando estuvieran allí, con todo en orden, podrían pedir el divorcio. La madre de Yulia empezó a gritar —Yulia estaba en su habitación, leyendo tranquilamente— y colgó. El padre continuó intentando mandarles dinero a través de conocidos que iban y venían, pero la madre lo rechazaba constantemente. En consecuencia Yulia creció en la pobreza, en un lugar donde todo el mundo era pobre, sí, pero sin un sofá o un televisor que le ayudaran a pasar el tiempo.

Su madre nunca lo superó. Logró recuperar su puesto, pero estaba en un centro de investigación y aquello no era un empleo propiamente dicho. Puso todas sus energías en Yulia, estableciendo con ella una relación en ocasiones tóxica, en ocasiones maravillosa, siempre profunda e intensa. En la trifulca de sus padres Yulia siempre había tomado partido por su madre. Al final pudo ir a la universidad en Kiev y estudiar teoría de la literatura. En una de sus clases conoció a Shipalkin y no tardaron en casarse, como la mayoría de sus conocidos. Luego Shipalkin encontró trabajo como diseñador gráfico en Moscú y Yulia presentó una solicitud para entrar en la escuela de posgrado, donde la aceptaron. Se mudaron. Justo antes de irse de Kiev su tía, una hermana de su madre y su mejor amiga, murió en un accidente de coche. Yulia siempre se había sentido culpable por marcharse y muchas veces pensaba en volver.

Ya en Moscú su matrimonio empezó a hacer aguas. Se habían conocido cuando ambos eran dos jóvenes complicados que intentaban ajustarse a la vida universitaria; pero entonces Shipalkin descubrió que había otras opciones: «Había muchas chicas guapas, y él ya no era un muchacho que no sabía ni abrocharse la camisa. Así que cambió radicalmente», dijo Yulia. Comenzó a llegar a casa tarde, después del trabajo y en una ocasión admitió que se había acostado con una de las diseñadoras de su empresa. Yulia lo echó. Se quedó en el apartamento, o mejor dicho en su habitación del apartamento, con otras dos inquilinas: no tardó en comprobar que no podía pagar la habitación ella sola, e invitó a una amiga de Kiev a compartirla con ella. Katia trabajaba en una productora de televisión y tenía turno de noche, así que la mayor parte de las veces Yulia estaba sola por la noche y Katia por el día. Al principio era complicado y confuso, pero luego se habían habituado. Y también se había habituado a Moscú, según dijo. O al menos estaba empezando a habituarse.

—Para mi madre fue muy duro que me marchara —dijo—. Y yo siempre pensé que, después de separarme de Shipalkin, regresaría. Pero en Kiev no hay trabajo. Están saqueando esa ciudad. Aquí al menos gano dinero y puedo mandar algo a mi madre.

Daba clase a chicos que se preparaban para los exámenes y hacía de negro para los funcionarios del gobierno, a los que escribía sus tesis doctorales: precisamente la razón por la que

Serguéi había abandonado el mundo académico. Iba a visitar a su madre una vez al mes. Hacía el trayecto en tren, por la noche.

Todo era el doble de difícil que en Nueva York, iba yo pensando aquella primera noche mientras regresaba a casa después de estar con Yulia, en medio del frío del invierno. Era más difícil salir adelante, era más difícil comprar un jersey, era más difícil conseguir un asiento en el metro, era más difícil encontrar algo que comer o un lugar donde vivir... Los estudiantes de posgrado tenían problemas para llegar a fin de mes también en Nueva York, pero yo nunca había oído que dos personas que no tuvieran una relación amorosa compartieran cama. Y aquel sitio era mucho más injusto, mucho más. No hacía mucho en Sad, el sitio donde me había visto con Sonia —habíamos quedado por internet—, un hombre había disparado a una mujer cuando ella le dijo que le pidiera disculpas por haberle tirado encima la bebida. El tipo respondió que era una vaca gorda y le disparó en la pierna. Al parecer trabajaba en RussOil, como la mitad del país. Y se iría de rositas.

Fue Shipalkin quien introdujo a la pareja en el círculo de Serguéi y en Octubre, pero fue Yulia la que se comprometió con ellos. Estaba muy impresionada por la crítica de Serguéi contra la privatización de la educación universitaria y ella, aunque no se consideraba una persona extrovertida, tenía un sexto sentido para detectar a los inquietos. Había conocido a Borís en unas conferencias públicas en las que él hizo una pregunta muy agresiva, y a Misha durante una campaña de protestas en la universidad a la que iba.

—Y, por supuesto, a ti.

—¿A mí?

—¿No te acuerdas de que te escribí después de la cena?

—¡Claro que me acuerdo! Pero nunca entendí por qué lo hiciste.

—Bueno, me dio la impresión de que no estabas muy contento con el sistema educativo estadounidense, y de que no te gustaba Fishman —dijo—. Y me pareció que era una combinación interesante. Tú tenías pinta de confundido, pero parecías dispuesto a defender tus opiniones.

Me pregunté si aquello era cierto. Esperaba que sí. Cerca ya del bulevar Tsvetnoi, cerca de nuestra casa, vi un Kroshka Kartoshka. Era una pequeña construcción de plástico del tamaño de un puesto de comida para llevar, con un gran mostrador y algunas sillas y mesas. Lo habían plantado en medio del bulevar, como si fuera una cabaña en el corazón de la ciudad (sin duda, porque alguien había sobornado a un burócrata). «Kroshka Kartoshka» significa «patata pequeña», y eso era lo que servían: patatas cocidas. Les cortaban la parte superior y las rellenaban de lo que quisieras: champiñones, ensalada de pollo, queso, o alguna combinación de esos ingredientes. Los rusos llevaban generaciones enteras haciendo eso con las patatas. Quizá resultaba un poco burdo verlo allí, en esa especie de cabaña en mitad del bulevar Tsvetnoi: no quedaba bonito, era como si algo vergonzante se hiciera público. Pero era nuestra vergüenza nacional, compartida por todos nosotros. En el puesto de Kroshka Kartoshka había un cartel que decía: «Nos gusta cocer patatas y meter dentro cosas que hacen que sepan mejor». Había una cadena de aquellas pequeñas cabañas por toda la ciudad. Entré en el puesto. Pedí una patata rellena de cebolla y beicon y pagué por ella cincuenta centavos. Luego me la comí con actitud contemplativa sentado en una de aquellas mesitas de plástico, sin quitarme el abrigo. Después me fui a casa. Eran las cuatro de la mañana. Mi abuela no tardaría en levantarse, pero yo podría dormir hasta las diez, y a ella no le importaría.

TERCERA PARTE

1

YULIA

Empecé a salir con Yulia. Durante el día ella estaba casi siempre en la universidad y yo leyendo las entradas sobre *Tío Vania* que los alumnos dejaban en el blog y acompañando a mi abuela hasta que se iba a la cama. Pero a partir de ahí, Moscú era nuestro. Era una ciudad que se acostaba tarde. El metro cerraba pronto, pero los bares, los cafés y los cines seguían abiertos, e incluso después de las once podía llegar a casa de Yulia en cosa de diez minutos: el trayecto en coche por el bulevar Rozhdéstvenski me costaba unos cien rublos. Y en el regreso a casa empleaba más o menos el mismo tiempo, aunque normalmente volvía por el Anillo de los Jardines. A esas horas de la noche los taxis bajaban el Anillo a una velocidad de vértigo.

¿Qué hacíamos, los dos juntos? Pues, casi siempre, lo normal. Poco después de que Yulia y yo empezáramos a salir a Katia, su compañera de piso, le cambiaron el horario y pasaba más tiempo en casa. En esas condiciones, quedarse en casa de Yulia no era el plan más atractivo. Así que íbamos al cine o a algún café. Vivir Moscú con Yulia era algo completamente nuevo para mí. Pero no porque con ella me sintiera transportado, aislado de la ciudad: al contrario, caminando a su lado pude al fin entender parte de aquella violencia latente de Moscú, la forma en que los hombres agresivos se adueñaban de los espacios públicos. En los demás aspectos seguía siendo la misma ciudad, cara y severa. Pero me fijaba en Yulia, y en cómo se enfrentaba a todo ello: era extraordinariamente cortés, casi formal, con la gente que no conocía (en eso reconocía la cortesía y la formalidad de mi abuela, la que siempre aplicaba a las personas que conocía, porque había olvidado que las conocía). Yulia dominaba el arte de disimular su aprobación. Fuera de su círculo de amistades llevaba siempre un escudo protector, pero dentro de ese círculo reducido, dentro de esa otra ciudad que su grupo había construido en el seno de la ciudad real, había otro mundo muy diferente. Los octubristas habían trazado un itinerario para recorrer Moscú que les permitía disfrutar de ella. Ninguno de ellos tenía mucho dinero; alguno no tenía nada. No eran ciudadanos de pleno derecho en aquel paraíso consumista en el que se había convertido Moscú. Pero quedaban pequeños cafés, librerías y cafés-librerías donde uno podía sentarse durante horas sin que nadie lo molestara y tomar un té o una cerveza por un par de dólares mientras leía a Derrida. Incluso la teoría crítica, que había pasado de moda en Estados Unidos, allí seguía estando en boga. Era el Moscú que yo siempre había creído que existía, pero nunca había logrado encontrar: ahí estaba.

Para Yulia —no tardé en darme cuenta— el mundo se dividía en dos tipos de personas: su gente y los demás. Los buenos y los malos. Los hombres eran mayoritariamente malos, y las

mujeres eran sus aliadas en la lucha contra los hombres: o eso, o eran traidoras. Algunas eran traidoras por debilidad, otras por perfidia. Y en la teoría al menos algunos hombres también eran aliados. Borís, que no era muy masculino y sexualmente era neutro, estaba bien; igual que Nikolái, raro, patético, con su quijotesca dacha que nadie quería ayudarle a construir. A Misha y Serguéi los miraba con suspicacia: a Misha, por sus problemas con la bebida y porque no había tratado muy bien a Masha, compañera de piso de Yulia, y a Serguéi por razones más complicadas.

—Lleva dando largas a su mujer, la pobre, desde que lo conozco. No puede soportar la idea de romper su familia, pero ha elegido su camino y tiene que recorrerlo.

—No quiere hacer daño —dije.

—No quiere tener cargos de conciencia. Es diferente.

Independientemente de cuál fuese la opinión negativa que ya tenía respecto a los hombres, empezando por su padre, Shipalkin la confirmó punto por punto: «Era un chico estupendo cuando nos conocimos, pero era débil», dijo en una ocasión; en otra: «¿Viste la bufanda que llevaba puesta cuando vino al grupo de lectura? Le encanta esa bufanda. Se la dio Fishman, y está convencido de que es el último grito en Estados Unidos».

Podía ser increíblemente cortante, incluso cruel. Pero si estabas de su parte, estabas salvado.

—¿Tú no eres así, ¿verdad? —dijo una vez cuando estábamos hablando de los depredadores, de Misha en ese caso, que siempre se emborrachaba y engañaba a Masha.

—Pues no lo sé —respondí.

—No, no eres así. Seguro.

Ser elegido para luchar en el bando del bien y contra el mal, aunque no lo merecieras del todo, era embriagador. Y yo no quería salir nunca de allí.

Ahora, en retrospectiva, veo que había ciertos elementos fastidiosos en la base de todo lo que hacíamos. No vivíamos tan lejos uno del otro, pero tampoco teníamos, ninguno de los dos, un espacio privado y propio, así que al final pasábamos mucho tiempo caminando de un lado a otro. Ella tenía un ex que aún aparecía de vez en cuando: Shipalkin se había quedado en Moscú tras la detención de sus amigos, escribiendo entradas en su página de *LiveJournal* donde justificaba su actuación. Yulia no quería volver a verlo y, por lo que yo sé, siempre se mantuvo en sus trece. Pero incluso sin Shipalkin su vida no era sencilla. Tenía una madre en Kiev que necesitaba ayuda y atención. Vivía en una habitación que tenía alquilada por turnos, con lo que tenía que cambiar constantemente las sábanas de la cama. Y encima, cuando empezamos a salir, todavía hacía frío. Recuerdo una noche de finales de marzo, después de ver otra película: íbamos andando por la calle Pokrovka, por una acera en la que apenas quedaba nieve pero sí bastante hielo; íbamos haciendo todo lo posible por no caernos y pasamos junto a varios cafés iluminados y acogedores. Si hubiéramos tenido algo de dinero podríamos haber entrado en uno, pero en aquellos sitios te cobraban doce dólares por un té. Así que seguimos andando. Yo estaba avergonzado: me causaba una profunda impotencia no poder rescatar del frío a mi novia, pero Yulia parecía no ver aquellos cafés. Al final llegamos a uno con precios razonables y nos sentamos allí, tiritando, durante al menos quince minutos. Olvidamos el terrible trayecto que acabábamos de recorrer y compartimos un pastel de crema. Las dificultades para estar juntos, quedarnos juntos e incluso llegar a juntarnos me hacían sentir que si pudiéramos superar aquella situación, o la siguiente, estaríamos bastante bien para siempre jamás.

La situación laboral de Yulia era deplorable: el presidente de su universidad era un corrupto, el jefe de su departamento era aún más corrupto y, en cierto modo, como resultado de toda esa

corrupción, el personal docente tenía que trabajar más. No confiaban en la gente que no participaba de su corrupción, aunque Yulia, con sus clases particulares y sus actividades como negra participaba de ella más de lo que hubiera querido. Lo hacía porque no le quedaba otro remedio, pero también, como yo, porque no podía soportar dejarlo.

—Tengo alumnos maravillosos —dijo—. Me encanta hablar con ellos de Avvakum.

Se refería a uno de aquellos monjes de la antigüedad, a los que estudiaba. Y añadía:

—¿Quién, si no, iba a hacer eso?

La respuesta de Serguéi —hazlo gratis, en la comunidad, en tu tiempo libre— no era una opción. Necesitaba el dinero. Estaba atrapada.

Pasábamos horas caminando por Moscú —seguía haciendo frío bien entrado abril— buscando un lugar donde sentarnos y tomar un té. Yo nunca había salido con una chica como Yulia, y en Rusia nunca había salido con nadie antes que con ella. Al principio me pareció sencillo: sólo tenía que sentarme y, feliz, contemplarla mientras ella hablaba. No hacía falta que yo dijera nada. Pero luego empezaron a surgir las dificultades: cuando me acusaba de algo, con mi vocabulario limitado yo no podía defenderme. Mi mente cortocircuitaba, y me enfadaba.

—Tú no tienes ni idea de cómo vivimos aquí —dijo una vez.

Habíamos parado a comer unos *dumplings* en la cafetería de los bajos de un edificio cercano a la universidad. La comida era barata y muy buena, y el único problema era que, como estaba en un sótano, era muy oscura. Además, cuando íbamos hacia allí, casi nos cae encima un carámbano de hielo que se desprendió. A principios de abril, durante el día, la temperatura solía subir por encima de los cero grados y el sol salía y derretía la nieve del invierno; pero por la noche volvía a bajar, congelando los carámbanos gigantescos de agua que habían empezado a colgar de los tejados. Y a medida que el tiempo se iba volviendo más templado aquellos enormes trozos de hielo tan afilados empezaban a desprenderse y a caer sobre la gente, matando a muchos. En aquella ocasión acabábamos de sobrevivir precisamente a ese peligro: yo no estaba de muy buen humor con respecto a Rusia y a Moscú y no tardé en soltar alguna crítica sobre la iluminación de aquella cafetería del sótano. Yulia se enfadó muchísimo.

—Tú no tienes ni idea de cómo vivimos aquí. No tienes ni idea de lo valioso que es un lugar como este.

Tenía razón. Y a mí el sitio me gustaba: no tenía que haber desplazado hacia la cafetería mi odio por los carámbanos. Estoy seguro de que en inglés podría habérmelas arreglado para defenderme del ataque de Yulia porque, aunque había sido muy serio de niño, luego desarrollé una actitud mucho más irónica y nada me afectaba demasiado. Había personas a las que esa forma mía de comportarme le echaban para atrás, pero en una situación como la de la cafetería me habría venido muy bien, porque me habría permitido disipar su indignación con una broma.

En ruso no sabía cómo hacerlo, y sus palabras me hirieron. Levanté las manos en señal de rendición. Me sentía en un callejón sin salida: tenía la impresión de que no había ya nada que pudiera decir sin ser atacado y decidí no decir nada. Me puse a cocer en silencio durante un rato, hasta que Yulia aplacó su enfado y me perdonó. Pero aquello me pasaba con cierta frecuencia. Yulia era una persona muy seria que a veces se lo tomaba todo muy a pecho, y yo nunca estaba seguro de poder desviar nuestras conversaciones en el sentido adecuado, como lo hubiera hecho si habláramos en inglés. En ruso no podía hacerlo.

Pero tampoco aquello tenía importancia. La misma incapacidad para bromear, para parar y desviar el tiro, me hizo más amable. A veces me impacientaba, otras me enfadaba mucho, pero

dejé de ser cortante, nunca era sarcástico y jamás hice un chiste que tardara un segundo en soltar y seis meses en arrepentirme.

Durante algún tiempo me alteraba mucho pensar en presentar a Yulia a mi abuela. Me preocupaba que pudiera quebrar el delicado equilibrio que había logrado, al fin, en nuestro hogar. Por otra parte... ¿no me había estado animando ella a casarme? No es que Yulia estuviese muy interesada en casarse conmigo, apenas habíamos empezado a salir... pero yo sí lo pensaba. Incluso le había preguntado si se vendría a Estados Unidos.

—No —respondió inmediatamente—. Mi madre vive en Kiev y yo soy lo único que tiene. Ya es bastante malo que viva en Moscú. Si me marcho a Estados Unidos se muere.

—A lo mejor puede venirse ella también —dije.

Me imaginé a todos —Yulia, su madre, mi abuela y yo— viviendo en un gran apartamento en Brooklyn, dando grandes paseos por Prospect Park, saludando a otros rusos, yendo al cine a la gran sala que había en la esquina del parque.

—Perfecto —dijo Yulia—. ¿Y vamos a ir volando en un helicóptero de oro?

Tenía razón. Pero en aquel momento cualquier cosa parecía posible.

—Piénsalo —dije.

Deseaba de verdad presentársela a mi abuela. Y no tenía motivo alguno para preocuparme.

—Yulia —dijo mi abuela la tarde que llevé a Yulia a casa—. Es un nombre muy bonito.

Se rió mucho cuando los dos nos quitamos las botas y los abrigos: parecía realmente contenta. Nos sentamos a tomar un té.

* * *

Pero, en general, mi abuela sufría. La estancia en el hospital había deteriorado su movilidad. Antes recorría el apartamento como una atleta que se preparaba para una prueba de resistencia; tras regresar de allí iba arrastrando los pies de su dormitorio a la cocina, de la cocina a su dormitorio. A veces cogía el bastón, otras no, como si quisiera dejar claro que no le era imprescindible. Pero sin él perdía el equilibrio y tenía que apoyarse en las paredes o en los muebles. Sabía de memoria dónde estaba todo y daba igual la hora del día o de la noche: siempre lograba agarrarse a algo. Aquello hizo que no saliéramos mucho. De momento no importó, porque con tanto carámbano como caía de vez en cuando en la cabeza de alguien era mejor quedarse en casa, pero yo me preguntaba si querría volver a salir cuando el tiempo cambiara.

Dejó incluso de ver las noticias de la televisión. Ya no disfrutaba de ello. Una noche le encendí el televisor de la habitación del fondo y me fui a la cocina, a trabajar en el alféizar. Al cabo de unos minutos oí que me llamaba.

—¡Andriush! ¡Andriush! —gritó.

Por el tono parecía realmente angustiada, así que fui corriendo.

Mi abuela estaba donde yo la había dejado, en el sofá cama verde, delante del televisor.

—¿Todo bien? —dije.

—Uy, uy, uy —dijo mi abuela señalando hacia el televisor—. ¿Quién es ese hombre?

Ese hombre era Putin.

—¿Quién es?

—Es el primer ministro.

—Uy, uy, uy, qué cara más horrible. Quítalo de ahí —dijo mi abuela.

Fui pasando de canal y encontré una película policíaca rusa.

—¿Te parece bien esto? —pregunté.

—Sí —dijo mi abuela.

Regresé a la cocina. Quince minutos después oí un golpe en la habitación del fondo. Fui corriendo hacia allí. Mi abuela estaba de pie con expresión horrorizada junto a la mesa del televisor. El televisor se había caído y estaba en el suelo patas arriba, pero había sobrevivido a la caída y mostraba a Putin en una visita a una fábrica de camiones en Nizhni Nóvgorod. Al parecer había terminado el programa de la policía y habían empezado las noticias.

—Andriush, lo siento —dijo mi abuela aterrada, como si yo fuera a enfadarme porque hubiera tirado su propio televisor—. Estaba intentando cambiar de canal.

Estaba intentando cambiar de canal, por lo que deduje, empujando el televisor para que se cayera al suelo. El aparato estaba bien, seguía funcionando, pero como el peligro de que saliera Putin estaba ahí, a partir de ese momento me tuve que quedar allí con ella para poder cambiar de canal. A fin de cuentas, la próxima vez el televisor podría caerle en un pie.

No sirvió de nada. Intenté ponerle alguna película, pero no le gustaba ninguna de las que ponían; no podíamos salir a la calle, y yo no siempre podía jugar a los anagramas.

Fue Serguéi quien, sin quererlo, me dio la solución. Una noche, cuando me llevaba a casa al terminar la partida de hockey, dijo:

—Siempre que pensamos en la Unión Soviética recordamos sus errores y sus crímenes. Los campos de trabajo, la falta de preparación para la guerra, el confinamiento psiquiátrico forzado de los disidentes. Pero para mucha gente era un buen sitio en el que vivir. Había sanidad gratuita, vivienda gratuita, educación gratuita. Y sobre todo, había una producción cultural. Cine, sobre todo. Ya has visto que, al contrario de lo que vaticinaron los primeros teóricos del cine, este no es un sector excesivamente ideologizado. Es un entretenimiento de masas. Y para ser un entretenimiento de masas tiene que basarse, necesariamente, en la realidad. No hicieron películas soviéticas sobre el Gulag, pero había películas soviéticas muy buenas. Una de las cosas de las que el Estado de los trabajadores no tiene por qué avergonzarse.

¿Sería aquello cierto? Había un quiosco al salir de la boca de metro de Estanques Limpios donde vendían DVD. Yo había comprado algunas películas rusas para verlas con mi abuela, pero la mayoría eran infumables. Incluso las buenas eran excesivamente violentas. Aquella era la nueva realidad rusa, y los cineastas hacían películas que reflejaban la realidad. A mi abuela no le gustaron, y yo no podía reprochárselo.

Pero ¿y las películas soviéticas? No sabía por qué no se me había ocurrido poner películas antiguas a mi abuela. Tampoco es que yo supiera mucho de aquel tipo de cine. En el colegio habíamos visto los clásicos de después de la Revolución, y luego las grandes obras del movimiento alternativo del final de la era soviética. Pero aparte de *La ironía del destino* —un clásico de los setenta sobre un médico que, muy borracho, se mete por error en un avión a Leningrado y luego coge un taxi para ir a su casa: da su dirección de Moscú, y acaba en un apartamento exactamente igual que el suyo donde vive una mujer muy distinta de su prometida; todos los rusos veían esa película el día de Nochevieja, mis padres incluidos—, la filmografía popular soviética no era algo de lo que yo supiera mucho. Pregunté a Yulia si tenía alguna sugerencia.

—Prueba con *Oseni Marafon* —dijo.

Maratón de otoño. La tenían en el quiosco de Estanques Limpios, así que unos días después mi abuela y yo nos sentamos en la habitación del fondo y nos preparamos para verla.

—¡Ay! —exclamó mi abuela en la primera escena—. ¡Leningrado!

Habíamos visto muchas películas postsoviéticas que tenían lugar en San Petersburgo, pero mi abuela nunca se dio cuenta. Aquellas películas no mostraban la ciudad como ella la entendía. *Maratón de otoño* sí.

La película trata de un profesor universitario y traductor que vive en el Leningrado soviético y que tiene una aventura. Se dedica a reescribir las malas traducciones de su colega, pasa las horas muertas con un profesor visitante de Dinamarca, ayudándole a entender a Lérmtov; sucumbe ante la insistencia de su vecino borracho, que se empeña en que el danés y él lo acompañen a buscar setas y a beber un poco de vodka. Y, cuando su esposa, que lleva mucho tiempo sufriendo, le echa en cara la aventura, se siente fatal y le promete que romperá con su amante, pero entonces esta amenaza con suicidarse, y él vuelve con ella. En medio de todo esto tiene que bregar con los puentes basculantes de Leningrado, que todas las noches se levantan a determinada hora dejando el casco viejo de la ciudad (donde él trabaja y donde vive su amante) aislado de la zona nueva, donde viven él y su esposa. Todas las mañanas sale a correr con el danés, pero también corre constantemente para coger el autobús y cruzar el puente antes de que se levante; a veces no lo logra. De ahí el título de maratón de otoño. Hacia la mitad de la película decide cambiar su vida; al final de la película vemos que su resolución ha quedado en nada y sabemos que todo va a seguir como está.

—Es una película muy buena —dijo mi abuela cuando terminó.

Me mostré de acuerdo. Esa noche pregunté a Yulia por más películas así.

—No hay ninguna tan buena como *Osenni Marafon* —reconoció—, pero déjame pensar.

Al día siguiente me envió una lista por correo electrónico.

A partir de entonces, con ayuda de la lista de Yulia, mi abuela y yo fuimos viendo películas soviéticas, antiguas o no tanto. A ella le gustaban todas, incluso las que no eran muy buenas (lo cierto era que algunas lo eran bastante). Todas le recordaban algo. No importaba que mi abuela no oyera bien o que no pudiera seguir el argumento de principio a fin: para empezar, muchas las había visto ya. Pero lo que importaba era que, en cualquier fase de la trama, en cualquier momento de la película en que su atención se fijara en algo, allí estaba la URSS. Las imágenes mismas, la forma de presentar esas imágenes, lo que decían los protagonistas y su forma de desenvolverse en ese escenario... Todo hablaba de unos valores en los que ella creía, valores de la era soviética que, sin embargo, se habían ignorado. Y yo me hice tan amigo de los tipos del quiosco que si no tenían alguna película me decían que «me la encargaban». Yo estaba seguro de que lo que hacían era piratear las películas y tostar un DVD, y esto me llamó mucho la atención: servicio al cliente de primera categoría.

* * *

A pesar de haber conocido ya a mi abuela y de llevarse bien con ella, Yulia no quería quedarse a dormir en mi casa; puede que fuera una revolucionaria marxista, pero también era una buena chica de Kiev y no consideraba decente quedarse a dormir en casa de un hombre con el que no estaba casada, sobre todo si ese hombre vivía con su abuela, que podía no ver la situación con buenos

ojos. Así que, de repente, me vi pasando cada vez más tiempo en casa de Yulia. Lo que tenía que haber sido la sala de estar de un apartamento americano se había convertido, en el suyo, en un dormitorio; la zona común se quedó reducida a la diminuta cocina y, cuando hacía buen tiempo, a la pequeña terraza. Las compañeras de piso de Yulia, Masha y Sonia (que vivían allí además de Katia) se pasaban horas en la cocina tomando un té, leyendo o charlando. Todas estaban habituadas a vivir en sitios pequeños y se abstraían con facilidad de las conversaciones ajenas, así que yo nunca me sentía invasor cuando Yulia y yo nos metíamos, también, en la cocina.

Estaban, además, increíblemente unidas. El arreglo de Yulia y Katia me sorprendió, cuando supe de él, y me pareció que rayaba la locura. Pero Yulia parecía encontrarlo bastante razonable. ¿Por qué iban a pagar todo aquel dinero por una habitación que sólo utilizaban la mitad del tiempo? ¿Por qué no aprovecharlo, si podía ocuparlo otra persona? Siempre trataban de organizar sus horarios de manera que cada una pudiera utilizar la habitación durante el mayor tiempo posible ella sola, pero lo cierto era que muchas veces tenían que dormir juntas en aquella cama grande y, si Yulia y yo nos habíamos acostado en ella, teníamos que cambiar las sábanas. Al final, me acabé acostumbrando. Ninguna de las chicas tenía mucho dinero y su guardarropa era reducido, pero se prestaban la ropa unas a otras y daba la sensación de que tenían un armario variado. Yulia conocía a una mujer que cosía, y a veces las chicas reunían dinero y compraban entre todas un jersey o un chal. Recuerdo haber leído que Raisa Gorbachov, famosa por su glamur en el vestir, se sintió incómoda en una de las primeras cumbres de las superpotencias porque se quedó sin nada que ponerse, mientras Nancy Reagan parecía tener un conjunto (de firma, además) para cada ocasión. Eso mismo les ocurría a Yulia y sus amigas, pero no parecía incomodarlas.

Misha era un habitual en aquel apartamento. Iba a ver a Masha, pero también a comer (porque el otro Misha, declaró este Misha con descaro, no sabía cocinar una mierda). Decir que Misha era un invitado no era del todo preciso: era más bien un acontecimiento. Podría ir a cenar, cortés y gregario, o aparecer a altas horas totalmente borracho y terminar durmiendo en una silla de la cocina porque Masha no quería que se le meara en la cama, como había ocurrido alguna vez. A mí me gustaba mucho Misha, independientemente de que a veces se emborrachase durante la cena y empezara a perseguirme para que le acompañara a conseguir más bebida. Le habían expulsado de la escuela de posgrado por organizar protestas cuando su universidad contrató a un profesor tremendamente reaccionario, partidario de Putin. En aquel momento estaba escribiendo una tesis sobre la oposición de la clase trabajadora de los años veinte para una universidad alemana. Para ser un intelectual independiente y alcohólico estaba muy interesado en la política del mundo académico. Una vez, en una cena, declaró: «Sólo hay dos países donde se está haciendo un trabajo histórico serio en estos momentos: Alemania y Estados Unidos. Pero en Alemania la gente enseguida se pone sentimental: los de izquierdas siguen culpando a los rusos ¡de la muerte de Rosa Luxemburgo! Eso podría reducir mis posibilidades de conseguir un trabajo».

—¿No te gustaría dar clase en Rusia? —pregunté.

—Claro que me gustaría. Pero primero necesito que me den un puesto en otro sitio. Las universidades rusas no quieren contratar a un profesor si ese va a ser su primer empleo. Y desde luego no pagan nada, así que te tienes que trabajar el sistema internacional de becas, que vuelve a ser el alemán y el norteamericano.

—Misha —dijo Masha—. ¿No te parece que ya está bien? La gente está intentando cenar.

—Yo no se lo impido —respondió Misha.

—Tu cháchara sobre la solicitud de becas le provoca indigestión a cualquiera —dijo Masha.

—Vale —dijo Misha, reculando—. No lo sabía.

Se quedó callado unos instantes. Luego empezó a interrogarme a mí —no era la primera vez que lo hacía— sobre los procedimientos de solicitud en Estados Unidos.

En casa de Yulia pasaban muchas cosas que yo me perdía: hacía todo lo posible por estar en casa de mi abuela cuando ella se acostaba, así que normalmente salía tarde. E intentaba volver antes de que mi abuela se despertara y viera que no estaba, así que rara vez amanecía en casa de Yulia. Yo nunca lo presencié, pero me dijeron que Serguéi había dormido allí más de una vez, cuando su matrimonio empezó a ir a peor. Y Masha le dijo a Misha que si no se espabilaba lo dejaría. Y la relación de Yulia con Katia no siempre era perfecta y armónica. Así que tal vez mi percepción del asunto era demasiado de color de rosa. Pero me encantaba. Era una especie de comunismo primitivo, por necesidad pero también por elección. Y les causaba placer, me parecía, que funcionase.

Además de pasar más y más tiempo en casa de Yulia, cada vez estaba más implicado en las actividades de Octubre. Aún no estaba todo listo para lanzar la página web, pero seguían enviándome artículos para traducir. Eran análisis de la situación política del país desde una perspectiva marxista. Era, en buena medida, todo lo que Serguéi y Yulia y los demás llevaban meses diciéndome: que el autoritarismo del régimen sólo podía entenderse en un contexto de capitalismo internacional, y no postsoviético. Que el régimen no mandaba a la cárcel a los opositores no porque eso les recordara los métodos de la era soviética, sino porque quería seguir haciendo dinero para sus clientes, los oligarcas. El dinero, como en todas partes, era el objetivo. Una vez que uno entendía eso aparecía la Rusia moderna con toda claridad: y tenía sentido.

Traduje los artículos al inglés con placer y, a medida que el invierno se fue volviendo más benigno, cada vez se organizaban más protestas y eventos de todo tipo a los que había que asistir. Nos manifestamos ante la embajada kazaja porque la policía había disparado a los trabajadores del petróleo de una de las ciudades más prósperas del Caspio, en Kazajistán. Protestamos ante el banco que apoyaba a Norilsk Nickel cuando salió a la luz un informe donde decía que Norilsk era la ciudad más contaminada del planeta. Protestamos ante el Ministerio de Educación por el nuevo examen de acceso a la universidad, que iba a convertir a los muchachos rusos en pequeños drones de preparación de exámenes, como lo eran los norteamericanos, y protestamos ante el Duma cuando votó una ley para reducir los presupuestos de educación.

Las protestas siempre fueron pacíficas y estaban organizadas de tal modo que nos evitarían ser detenidos: o bien estaban autorizadas o las hacíamos individualmente, para que no nos acusaran de asociación ilícita, o íbamos sin eslogan para que no se considerasen protestas políticas.

—Llegará un momento en que tengamos que desarrollar las contradicciones pero primero tenemos que organizar un movimiento —dijo Borís.

Algunos días los pasábamos repartiendo octavillas a la puerta de las fábricas, apoyando a los sindicatos independientes e invitando a los trabajadores a unirse a nosotros, haciéndose socios de Octubre. Aparte de unos cuantos encontronazos con los de seguridad, nunca nos molestaron ni nos hostigaron por hacer lo que hacíamos. De hecho, creo que el estar en Moscú, concentrados en problemas de alcance nacional —y no en cuestiones locales, siempre más polémicas— o el hecho de que nadie supiera en realidad qué hacer con un grupo de jóvenes socialistas amables que aparecían a la puerta de una fábrica o una embajada, nos protegió durante un tiempo de la atención de las autoridades. Octubre era demasiado insignificante y demasiado extraño para que alguien lo percibiera como amenaza. La aparente excepción fue la protesta del verano anterior, contra la

autopista que atravesaría el bosque: aquella que mi hermano fue acusado de instigar. Las autoridades seguían muy enfadadas por aquel asunto y llevaban meses intentando averiguar quiénes habían tomado parte. Me enteré por Misha que había sido una protesta conjunta con Caos, el grupo al que se había unido Shipalkin, y que fueron los de Caos los que tuvieron la idea de destrozarse una de las máquinas. A pesar del recelo de algunos, los miembros de Octubre siguieron adelante y les secundaron. Luego se vio que había sido un gran error.

Un día Serguéi invitó a un conocido suyo, un viejo marxista de pelo cano que había estado en la cárcel en los setenta por pedir el retorno al leninismo, a darnos una breve charla sobre lo que debíamos hacer si nos detenían. La esencia del mensaje era que mantuviéramos la boca cerrada. «Cuando entras en el calabozo te puedes considerar sordo, mudo y ciego, porque es lo que eres en realidad. No tienes ni idea de por qué te preguntan lo que te preguntan, ni de qué pueden hacer con esa información, adónde conduce. Nada de lo que digas podrá mejorar tu situación, pero sí empeorarla. Así que chitón. Te identificas, y se acabó.»

El hombre llevaba una ropa casi harapienta y le faltaban varios dientes. Tenía mal aliento. A pesar de todo, había cierto romanticismo en conocer a un auténtico veterano de la lucha contra la tiranía rusa. Yo me preguntaba si podría escribir un artículo a modo de secuela del que había publicado sobre la vida de aquel tipo.

Naturalmente, nunca me puse a ello. Había tantas cosas, y nunca me puse a ellas...

Un domingo de finales de abril Yulia y yo fuimos, por fin, a la dacha de Nikolái. Quedamos en la estación de metro de Novokuznetskaya y cogimos la línea naranja en dirección sur hasta el final. Luego cogimos un autobús e hicimos un trayecto de media hora por un erial tras otro, nos bajamos, caminamos kilómetro y medio por una carretera llena de parches hasta que llegamos a la finca de Nikolái y, finalmente, a la dacha.

Estaba a medio construir, pero la estructura de la casa —colonial, dos plantas— estaba terminada. Tenía puestas puertas y ventanas e incluso construida la escalera, pero faltaban el baño y la cocina, la escalera no tenía barandilla y las paredes estaban sin pintar: aquella iba a ser nuestra tarea, pintarlas. Y se acercaba la temporada de la dacha. El patio era un desastre, con un montón de árboles, arbustos y hierbajos que chocaban unos con otros. No estaba claro que Nikolái fuera a terminarlo todo antes del comienzo de la temporada. Ni siquiera antes del otoño.

La ubicación dejaba mucho que desear. No podía decirse que estuviera en plena naturaleza: no había bosque, ni lago, ni río. Había una enorme cantera abandonada, pero no estaba llena de agua. Se podía escalar entera, y esa era toda la diversión. Alrededor había campo, sí, pero no era más que una enorme extensión de barro.

—Bueno, chicos, ¿qué os parece? —preguntó Nikolái con aspecto feliz, después de enseñarnos el sitio: al parecer fuimos los primeros en ir.

—¿Está casi terminada? —preguntó Yulia, amable.

—¡Sí! Tendríais que haberla visto el año pasado —dijo Nikolái con entusiasmo—. No era más que un agujero en el suelo.

—Ahora es un agujero colocado encima del suelo —me susurró Yulia.

En ruso «agujero» significa un hueco en el terreno, pero también un vertedero. Era difícil imaginar que la dacha de Nikolái pudiera llegar a ser otra cosa.

Pasamos el día pintando las paredes de una de las habitaciones de arriba. Era un trabajo duro y fuera todavía hacía frío, por lo que no abrimos mucho las ventanas. Pero los vapores de la pintura eran muy molestos, de modo que tampoco podíamos cerrarlas del todo. Nikolái trató de

entretenernos poniendo música con el teléfono móvil, pero la calidad del sonido era muy mala, y Yulia y yo no parábamos de pedirle que saltara una canción u otra. Era casi de noche cuando terminamos. Nikolái había acercado un viejo banco de madera y una silla que a saber de dónde había sacado y los colocó en el bosque de hierbajos de la parte trasera: cuando terminamos nos sentamos allí y tomamos un poco de vodka, pan negro y salami que había llevado para la ocasión. Estaba conmovido.

—Es la primera habitación que pintamos; quedan dos más arriba, los pasillos y vestíbulos y toda la planta baja. Eso son siete días más como hoy —dijo—. Pero antes de pintar la parte de abajo tenemos que hacer la cocina y el baño. —Contó con los dedos—. ¡A lo mejor para junio hemos terminado!

Había pasado allí muchos fines de semana, durmiendo en el suelo y trabajando todo el tiempo que pudo. En aquellos tiempos Nikolái trabajaba de programador en una organización que perpetraba distintas estafas por internet vinculadas a publicidad para obtener ingresos en juegos de azar. Decía que su «*target*» eran sobre todo las grandes corporaciones y que lograría derribar el capitalismo. Seguramente era el que más dinero ganaba de todos los que componían Octubre, y en aquel momento se lo estaba gastando todo en la dacha. Pero no le importaba.

—Es la herencia que me dejó mi padre —decía—. No hay más. Un trozo de tierra y la planta de una dacha de mierda en un sitio al que es difícil llegar. Pero era todo lo que tenía, y me lo dio a mí. Cuando la terminemos podremos usarla todos. Hasta podemos organizar aquí algún retiro para el grupo. Coño, y si vienen mal dadas, tenemos un refugio.

—Si es un lugar de reuniones no puede ser un refugio —dijo Yulia, con cierta dulzura—. O es oficial, o es secreto. Y como lleva tu nombre, seguramente no pueda mantenerse en secreto.

—Vale, vale —dijo Nikolái—. Pero las cosas no tienen por qué ir mal.

Cuando salimos de allí ya había oscurecido. Nikolái nos acompañó a la parada de autobús y él se volvió a la dacha, a seguir trabajando.

—Es impresionante que haya avanzado tanto —dije, ya en el autobús cochambroso, cuando Nikolái hubo desaparecido en la lejanía.

—Ya veremos si la termina —dijo Yulia—. Dios, qué cansada estoy.

Llegamos a su casa sobre las diez, los dos tan cansados que nos tumbamos en la cama vestidos. Yo me desperté al filo de la medianoche, cuando se suponía que iba a llegar Katia. Di un beso de despedida a Yulia y me marché a casa.

* * *

Unos días después Dima me contó por el chat que se había celebrado la última sesión de su caso y lo había perdido; era lo que esperaba, pero ahora que era firme tenía que poner punto final a su proyecto de las estaciones de servicio.

—Se acabó —dijo—. Tengo que agilizar lo de los pisos.

—¿Cuándo?

—De aquí a dos meses —dijo.

—¿Los dos apartamentos?

—Sí. —Hizo una pausa—. Lo siento.

—No —escribí antes de que le diera tiempo a pensárselo mejor—. A Abuela no la sacamos

de aquí. Está muy débil, y en este piso puede desenvolverse porque sabe dónde está todo.

Había una cosa que no mencioné: hacía dos meses que había presentado la solicitud a la Watson y seis semanas que había enviado el artículo a *Slavic Review*, y en ese tiempo no habían dicho ni mu, ni unos ni otros.

—Muy bien —dijo Dima—. ¿Cuánto tiempo más crees que va a poder subir esas escaleras?

—Ahora las sube bien, con mi ayuda.

—¿Y te vas a quedar ahí indefinidamente para ayudarla a subir las escaleras?

—Sí —dije.

—¿Lo dices en serio? —Dima escribía a toda velocidad—. ¿Has mirado por la ventana últimamente? ¡No tienes ni puta idea de lo que está pasando en ese país!

—He mirado por la ventana —dije.

—No tienes ni idea —repitió Dima.

También en eso se equivocaba. Me gustaba estar allí. Y no iba a permitir que desahuciara a mi abuela.

Una semana después de tener esta conversación escribí para decir que tenía un comprador interesado sólo en el piso de nuestra abuela, que si me importaba enseñarle la casa. Si luego hacía una oferta, ya decidiríamos. Pero a mí no me interesaba. Pedí a los del grupo de lectura marxista que vinieran a casa para hacer una pequeña manifestación en el patio. Les encantó la propuesta. Prepararon unas pequeñas pancartas que decían ¡DEJAD EN PAZ A NUESTRAS ABUELAS! y AQUÍ LOS NUEVOS RICOS NO SON BIENVENIDOS. Cuando apareció el comprador y vio aquello, ni siquiera se bajó del Mercedes. Le vi desde la ventana del dormitorio de mi abuela. Aquella noche Dima me envió un breve mensaje por correo electrónico: «Eres un capullo. Hemos perdido al comprador. Apáñatelas como puedas».

Estupendo, pensé. Estupendo.

Una semana después vendió su propio apartamento a un traficante de armas búlgaro que se llamaba Miklos, el que anteriormente quiso comprar los dos. «Cuatrocientos de los grandes —escribió Dima—. Dice el de la agencia que hemos tenido suerte. Y si nos empeñamos en conservar el piso de Abuela el mercado se va a hundir debajo de nuestros propios culos.»

—Lo siento, pero yo no me voy —le respondí.

—Pues vale —dijo Dima.

Miklos dijo a los soldados que podían quedarse hasta finales de verano.

Me iba a dar pena que se fueran.

2

MI ABUELA DA UNA FIESTA

Llegó por fin la primavera. La nieve se derritió y durante unas semanas estuvo todo embarrado, pero lucía el sol, hacía calorcito y mi abuela y yo empezamos a salir de nuevo a pasear. Yo había rechazado instintivamente el plan de Dima de vender el apartamento, pero no tenía ni idea de qué hacer a continuación: si pensaba quedarme en Moscú, Yulia y yo tendríamos que irnos a vivir juntos. Podría desalojar a Katia y trasladarme a casa de Yulia, pero aquella habitación era la que había compartido con Shipalkin antes de separarse. No era buena idea. También podría venir ella a vivir con mi abuela y conmigo: podía cambiar las literas, o desmontarlas y poner una junto a otra. Pero tal vez no fuera tan fácil, dado que nunca nos habíamos quedado a pasar la noche en aquella casa. Un día, mientras paseaba con mi abuela bulevar arriba, bulevar abajo, le iba dando vueltas.

Se acercaba su noventa cumpleaños. Yo no estaba seguro de si le apetecía celebrarlo, pero un día, transcurridos unos cuantos del follón con Dima, me dijo:

—¿Sabes una cosa? Estoy a punto de cumplir cien años.

—Bueno, casi —dijo—. Estás a punto de cumplir noventa.

—No puede ser —respondió.

—A ver, ¿en qué año naciste?

—En 1919.

—Y estamos en 2009. Así que tienes noventa.

Mi abuela me miró. No parecía muy convencida.

—Puede —dijo.

De todos modos, aquello parecía importante, así que decidimos celebrarlo y dar una fiesta. Me aseguré de que podía venir Emma Abramovna e invité a Yulia y a sus compañeras de piso, a los del grupo de lectura, a Serguéi y a los soldados.

—He invitado a unas cuantas personas a tu cumpleaños —dijo a mi abuela.

—¿Ah, sí? Pero ¿qué les vamos a dar de comer?

—Serafima Mijailovna preparará una comida estupenda —respondí.

Mi abuela se mostró de acuerdo, aunque no lo estaba del todo. Al día siguiente, al final de la mañana, empezó a arreglarse para salir.

—Tengo que ir a comprar unas cosas para la fiesta de cumpleaños —anunció.

—¿Como por ejemplo...?

—Pues... ¡de todo! —respondió mi abuela.

Decidí acompañarla. Fuimos juntos al mercado. El suelo seguía estando algo húmedo por la nieve derretida, pero brillaba el sol y era muy agradable.

Ya en el mercado mi abuela fue a un establecimiento donde vendían productos horneados.

—¿Te parece que les gustará este pastel? —dijo, señalando su pastel favorito, el de semillas de amapola.

—Seguramente. Pero quedan dos semanas para la fiesta. ¿Por qué no lo compramos más adelante? Estará más fresco...

—No, vamos a comprarlo ya y así podemos despreocuparnos —dijo mi abuela.

Decidí no discutir. Al día siguiente no la acompañé a comprar cosas para la fiesta. Desde la ventana de su dormitorio la vi marchar: lenta pero segura, a veces apoyándose en el bastón y otras ignorándolo, cruzó el patio en dirección al mercado. La fiesta de cumpleaños había impulsado a mi abuela a salir de casa, y yo no podía oponerme aunque algunas de las cosas que compró —las uvas, por ejemplo—, no iban a aguantar hasta la fecha de la celebración. A veces me comía lo que había traído. O se lo comía ella, porque olvidaba para qué lo había comprado. Tuve que empezar a planteármelo como una fiesta de cumpleaños que iba a durar dos semanas, y no como el desgaste de energía que era en realidad.

¿Por qué no? A fin de cuentas, uno sólo cumple noventa una vez en la vida. Especialmente si cree que tiene cien. Cuando por fin llegó el día de la celebración me levanté pronto y envié un email a todos los invitados, para recordárselo. También llamé a Emma Abramovna y hablé con ella y con su cuidadora, Valia, para asegurarme de que venían. Claro que, para entonces, mi abuela ya la había llamado en numerosas ocasiones: «Voy a cumplir cien», decía mi abuela. Y, tras una pausa: «No, claro que he hecho la cuenta». Otra pausa. «¿Estás segura? A ver, ¿tú cuántos años tienes?» Emma Abramovna tenía ochenta y siete. «¿De verdad?», preguntaba mi abuela. Ella no podía ser trece años mayor que Emma Abramovna.

Después de enviar los correos a todos desayuné y comencé a lavar los platos. Me di cuenta de que el fregadero no tragaba. Esto ya había ocurrido antes, pero le di un poco con una ventosa y logré desatascarlo. Volví a hacer lo mismo y pareció mejorar un poco, pero cuando entré en el baño vi que el lavabo tampoco tragaba. Ambos aparatos estaban conectados y, al parecer, lo que hice fue transferir el problema de un lado a otro.

Di con la ventosa también al lavabo. Empezó a tragar. Pero cuando regresé a la cocina el fregadero se había atascado de nuevo. En ese momento entró mi abuela en la cocina y vio que algo no marchaba.

—¿Qué pasa, Andriush?

—El fregadero no traga. Voy a desatascarlo.

—¿Sabes cómo hacerlo?

—Sí —dije, y me metí en mi habitación.

No sabía cómo hacerlo. Ya eran las diez. Serafima Mijailovna llegaría al mediodía y los invitados a las cinco. Estábamos en un atolladero.

Llamé a Stepan, el manitas de Dima. Cogió el teléfono al segundo timbrazo.

—Estoy en Irkutsk —dijo—. He venido a ver a la familia. Mira, tú tienes estudios. Seguro que das con ello. Hay un hurón debajo del fregadero. Úsalo.

—Gracias —le dije.

—De nada —dijo Stepan, y colgó.

La confianza de Stepan en mí, aunque fuese irónica, me lanzó de nuevo a la cocina. Mi abuela se había sentado para contemplar mi cruzada contra el atasco.

En varias ocasiones, al agacharme para coger un trapo con el que repasar el suelo, había visto que debajo del fregadero había un artefacto que parecía un alambre grueso y que siempre pensé que era una pieza de la fontanería. Lo saqué. Era como un cable enrollado con una especie de manivela en el extremo. El hurón. Era una guía que se introducía en el desagüe y se empujaba hasta llegar al atasco. Pero el desagüe del fregadero estaba cubierto con una rejilla metálica que habían soldado al fregadero, y no se podía introducir el hurón. ¿Habría otra manera de acceder? Volví a agacharme a mirar debajo del fregadero. El agua traspasaba la pared a través de varios tramos de tubería de plástico. Del desagüe del fregadero bajaba una tubería que conectaba con otra en forma de U; esta conectaba, a su vez, con otra tubería que volvía a meterse en la pared. Tres tuberías en total. Pero ¿qué sentido tenía obligar al agua a recorrer una U, es decir, a bajar y volver a subir, antes de meterse de nuevo en la pared? Quizá ese era el problema, que la U estaba atascada. Al menos parecía que la U se podía desmontar. Estaba unida a las otras dos tuberías por unas piezas que se montaban mediante rosca y que se aflojaban girándolas hacia la izquierda. Aflojé una y la pieza en forma de U se soltó ligeramente de la tubería que bajaba por la pared. Luego aflojé la otra y la pieza en forma de U se desmontó por completo. De repente me cayó encima una cascada de agua procedente del fregadero. Me aparté de un salto y vertí el agua que se había quedado en la pieza en forma de U: estaba asquerosa, salobre. Cogí mi pieza en forma de U y la llevé al baño: la vacié del todo en el inodoro y regresé a la cocina, a poner unos trapos para secar el agua que se había derramado.

Mi abuela estaba espantada.

—¡Qué horror! —dijo—. ¡Qué horror! ¿Qué vamos a hacer? Estamos acabados. ¿Estamos acabados?

Intenté no perder los nervios. A fin de cuentas, mi abuela tenía razón: yo estaba cubierto de mierda y acababa de desmembrar un fregadero sin contar con un plan de actuación. No tenía ni idea de fontanería. Lo ignoraba todo sobre el mundo físico. Vivía en un apartamento, pero ¿cómo habían construido aquel apartamento? ¿Con qué materiales? ¿Por qué nos protegía del frío? ¿Cómo llegaba el calor? ¿Y el agua? ¿Adónde iba el agua del fregadero tras recorrer todas aquellas tuberías de plástico?

—Andriush —dijo mi abuela—. ¿Crees que tendremos que suspender la fiesta?

Miré a mi abuela. Parecía preocupada. Ya nunca se arreglaba para estar en casa y casi siempre llevaba su bata rosa, muy desgastada. Pero aún quería celebrar su fiesta, eso estaba claro.

—Está todo en orden —mentí—. Sé lo que me hago. Dame una hora, ¿de acuerdo? Si en una hora no lo consigo arreglar, entonces suspendemos la fiesta.

Mi abuela aceptó el trato y se fue a su habitación a descansar un rato. Yo volví al fregadero.

Había estado leyendo a Marx, un hombre que se había entregado a examinar con todo detalle hasta la última pieza del entramado socioeconómico y que acabó descubriendo las leyes por las que funcionaba la sociedad capitalista. Pero ¿había un Marx de la física? Claro que lo había. Era Newton. En el siglo XVII Newton había descubierto las leyes básicas del movimiento: la inercia, la gravedad. Toda acción tiene una reacción igual y opuesta. Antes la gente simplemente había visto cómo caían los objetos; ahora entendían por qué caían. De hecho, no era tanto que Newton fuese el Marx del mundo físico como que Marx había intentado ser el Newton del mundo social.

¿Lo había logrado? Quizá no. Las leyes de la economía eran más complejas que las leyes del movimiento.

Pensé en llamar a Yulia y preguntarle si entendía de fregaderos, pero me daba la impresión de que no. Serguéi estaría ocupado, probablemente dando clase en algún sitio. Tampoco es que supiera mucho de fontanería. De los octubristas, Nikolái era el único que podía saber algo de fontanería, pero llamarle para pedirle ayuda sería la promesa implícita de que volvería a ir a echarle una mano con su absurda dacha. Además, no le había invitado a la fiesta. Me sequé las manos en una toalla y marqué su número de teléfono. No respondió, y yo regresé al fregadero.

Lo más sencillo era comprobar si la U estaba atascada. El que yo hubiera tirado el agua que había en su interior no significaba que ya la hubiera desatascado: miré dentro y sólo vi negrura. Llevé la U a la bañera y eché un poco de agua del grifo de abajo. El agua entró en la U por un lado y rápidamente comenzó a salir por el otro. La U no estaba atascada. Regresé a la cocina y vi a mi abuela consultando su listín de teléfonos.

—Andriush —dijo—, tenemos que llamar a todo el mundo y decirles que no vengan.

—¿Por qué? —pregunté.

—Bueno, mira... —dijo señalando el fregadero.

La zona de alrededor del fregadero daba miedo: trapos asquerosos empapados de agua, un batiburrillo de productos de limpieza y bolsas de plástico viejas, las puertecillas rojas del armario de debajo de la pila abiertas de par en par, dejando bien claro que alguien había arrancado las tuberías... Estaba claro por qué mi abuela pensaba que no estábamos en condiciones de recibir huéspedes.

—Dijiste que me dabas una hora y sólo han pasado veinte minutos. Puedo arreglarlo.

La hice salir de la cocina y puse bajo el fregadero la cacerola más profunda que teníamos; eché un poco de agua en un vaso y comencé a verterlo poco a poco por el desagüe. No tardó en aparecer por el otro extremo de la tubería y caer a la cacerola. De modo que no había nada ni en el fregadero ni en la tubería. Y en la U tampoco.

Nos quedaba la tubería que se introducía en la pared, formando un ligero ángulo. Con el vaso de agua inclinado vertí un poco en el interior de la tubería. Entraba, pero yo no veía el otro extremo. ¿Dónde estaba el otro extremo? ¿En la calle? ¿Debajo de nuestro piso?

Ambos. Quiero decir que la respuesta tenía que ser que estaba en ambos lugares, fuera y debajo de la casa, entre las paredes y los suelos. El otro extremo tenía que conectar con una tubería de mayor tamaño, por debajo de la calle. No había otra posibilidad. Y las tuberías de la calle iban... Ni idea. Con aquello yo alcanzaba mi nivel de incompetencia. ¿Al río, quizá? Qué importaba. Yo tenía que desatascar aquello.

Introduje el hurón por la tubería de la pared y comencé a girar la manivela. Al principio no encontré resistencia, después un poco. Pero seguí girando la manivela y la guía entró más. ¿Había deshecho el atasco? ¿O se trataba de un ángulo de la tubería? Sospeché que era lo segundo, y seguí. Me quedé sorprendido ante la longitud de la guía: no había forma de saber a qué ritmo la estaba introduciendo y, naturalmente, no podía medirla. Pero debía de tener, ya estirada, cerca de cinco metros. Luego chocó con algo y se detuvo en seco: una especie de muro, o una roca. Al principio pensé que ya estaba, que había llegado al final de la tubería. Si aquello era el final de la tubería y aún no me había topado con el atasco, allí había un misterio. O el atasco se había disuelto sin que yo me enterase... tal vez porque mi hurón era muy fuerte. Empecé a enrollarlo. Tenía que volver a montar las tuberías y probar el fregadero.

Pero... ¿significaba eso que la tubería terminaba allí? Dejé de enrollar la guía. La tubería no podía terminar. Si la tubería terminaba ¿dónde iría el agua? No, nuestra tubería tendría que desaguar en una tubería mayor, que desaguaría a su vez en una tubería aún mayor, en la calle, como yo pensaba. Esa era la única forma de que aquello funcionara.

Si mi hurón había entrado en una tubería mayor, ¿por qué se había detenido? No. Empecé a introducirlo de nuevo en la misma dirección que antes y lo hice avanzar hasta que volvió a chocar con la roca. Y en esa ocasión seguí presionando. Si había una roca en mi tubería, tenía que quitarla de en medio. Según giraba la guía sentía, o creía sentir, que la roca se movía. También podía ser que la estuviera girando en vano, pero yo tenía la impresión de que algo estaba pasando.

Seguí girando hasta que me convencí del todo de que, por mucho que a veces pareciera algo inamovible, aquello no era una roca sino un atasco. Mi atasco. Un revoltillo de pelos y verduras y champú y *kasha*. Empujé otra vez e imaginé qué aspecto tendría la masa de pelo y *kasha*. Me sorprendía mucho que por allí hubiera logrado pasar algo de agua, pero ya se sabe que el agua siempre encuentra un camino. Y, a fin de cuentas, yo me encontraba en aquella tesitura porque, de repente, el agua no podía pasar. Por eso estaba yo con aquel lío.

Y fue entonces cuando sentí que mi atasco caía al vacío y mi hurón quedaba libre. Giré la manivela unas cuantas veces más, pero ya no hacía falta. ¡Se había quitado el atasco! ¡Lo sabía! ¡Puto atasco! Me hubiera gustado verle la cara cuando cayó a la tubería grande, ver cómo era arrastrado hacia algún río, al océano, o donde fuera. Que te jodan, atasco. Lo único que siento es no haberte podido mirar a esa cara de mierda.

Volví a montar las tuberías de debajo del fregadero, abrí el grifo y vi cómo se iba el agua por el desagüe. Nunca había estado tan impresionado. El simple fluir del agua por el desagüe del fregadero nunca me había parecido tan elegante.

—¡Bábushka! —grité.

Mi abuela estaba en su habitación y cuando entré a buscarla estaba mirando por la ventana en dirección al patio.

—Bábushka, ven que te enseñe una cosa.

La llevé a la cocina.

—¡Oh, Dios mío! —gritó al ver el desastre que había en el suelo, que yo no había limpiado aún.

—No, eso no. Mira —dijo, abriendo el grifo. Funcionaba perfectamente.

Me preocupaba que se hubiera olvidado de todo y preguntara qué era lo que iba a enseñarle, pero no lo hizo.

—¿Lo has arreglado? —preguntó.

Yo asentí.

—Sabía que lo harías —dijo, y regresó a su habitación.

Poco después me sonó el teléfono. Era Nikolái.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Ah, nada. Quería consultarte un tema de fontanería, pero lo he arreglado ya.

—¿Has hecho un arreglo de fontanería?

—Sí.

—Estupendo —respondió, y se produjo una pausa.

Me pareció que sabía que íbamos a celebrar el cumpleaños y que no lo había invitado, así que

lo invité.

—Estaré encantado de ir —dijo Nikolái.

No tardó en llegar Serafima Mijailovna. Preparó un banquete monumental. Luego empezaron a venir los invitados. Llegó Emma Abramovna con su cuidadora; los soldados y la novia de Howard, que era muy guapa y encantadora. Y los octubristas. Mis compañeros del hockey, Anton y Oleg, en representación del equipo: hasta aquel momento no me había fijado en lo corpulentos que eran. Llenaban el apartamento de mi abuela. Claro que la fiesta tuvo momentos tensos, como cuando Misha preguntó a Oleg en qué trabajaba y Oleg dijo que se dedicaba al negocio inmobiliario. Misha le preguntó entonces si eso significaba que se dedicaba a chupar el tuétano a la ciudad y Oleg, muy animado, le respondió:

—Exacto.

Misha se quedó perplejo unos instantes ante la amoralidad de Oleg, pero luego levantó la copa en su honor y le dijo:

—Eres mi enemigo y lo sabes.

A partir de ese momento se llevaron bien. Había alcohol y comida de sobra. No me había dado cuenta hasta entonces, pero tanto Anton como Katia estaban solteros y, al final de la velada, él le pidió el teléfono.

Para la cena lo llevamos todo a la habitación del fondo y sentamos a mi abuela en un sitio donde no tuviera que levantarse a coger nada. Le pareció bien. Me preocupaba que empezase a tantear a Emma Abramovna con el tema de la dacha, pero no lo sacó a colación. De cuando en cuando preguntaba, si se producía un silencio, de quién era la fiesta. Pero parecía que lo hacía sólo para meterse con nosotros.

—¡Pero si es tu fiesta! —le respondimos, y ella dijo entonces:

—¿Mi fiesta?

—Sí —contestamos todos.

—Ah, muy bien.

Se quedó hasta que se fueron los invitados y, cuando nos vio a Yulia y a mí recoger la casa, declaró que no íbamos a volver a invitar a nadie, que era demasiado cansado. Pero lo dijo en tono triunfante.

3

ME HACEN UNA ENTREVISTA

A mediados de mayo, un par de semanas después de la fiesta de mi abuela, recibí una noticia increíble. Los de *Slavic Review* habían aceptado mi artículo sobre el programa radical de reeducación de Serguéi. Envié una breve nota al comité de selección del Watson College informando de esto y el copresidente del comité (junto al que pudo ser mi jefe, Richard Sutherland), una profesora de alemán de Watson llamada Constanza Kotz, me respondió diciendo que aquella era una noticia estupenda y que si podía enviarles el texto. Lo hice. La profesora Kotz volvió a escribirme para informarme de que el comité deseaba incluirme en la reducida lista de candidatos y que si podía facilitarles algunas fechas en las que estaría disponible para hacer una visita al campus y celebrar una entrevista. Si no me era posible podíamos hacerlo por Skype, dijo. Y añadió, en una nota privada, que el comité estaba impresionado ante mi compromiso con la enseñanza y mis anteriores contribuciones al Watson College, aunque les preocupaba que no hubiera publicado mucho. Seguían preocupados por este detalle, aunque algo menos ahora que la *Slavic Review* había aceptado publicar mi artículo, y esperaban poder conocerme en persona o bien por Skype, según fuese posible.

Estaba yo en el alféizar cuando recibí el correo y di un respingo en la silla. Era más fácil hacerlo como estaba, sentado a horcajadas, que sentado en posición normal. Levanté el puño como si acabara de cosechar una gran victoria. En cierto modo, así era. Se lo debía todo a Serguéi y a los octubristas. Aquella noche no teníamos partida de hockey, pero a la siguiente sí, y no podía esperar a verlo en persona para contárselo.

Pero la primera en saberlo fue Yulia, que al parecer no se sentía tan feliz como yo con la noticia.

—Así que nos has utilizado, a Serguéi y a los demás, para conseguir una entrevista de trabajo en Estados Unidos —dijo.

—¿Qué?

Estábamos en la cocina de su casa. Yulia había preparado unos perritos calientes y los estábamos tomando con un poco de pan negro y una cerveza cuando le conté lo de la entrevista. La cocina era lo bastante amplia como para alojar una mesita con tapa de aluminio, y tenía salida a la terraza.

—Has convertido nuestra labor en capital cultural —dijo Yulia—. ¿Tengo razón, o no?

Su expresión se había endurecido, y no me miró cuando dijo aquello.

—Bueno, supongo que en cierto modo sí. Pero es a eso a lo que me dedico. Escribo sobre las

cosas —dije—. ¿Está mal escribir sobre las cosas? Era lo que hacía Karl Marx.

Yo estaba comiendo tan tranquilo y no entendía que Yulia estuviese tan cabreada.

—Marx escribió para cambiar el mundo —dijo—. Tú escribes para conseguir un puesto de trabajo en una universidad con una pradera muy bonita.

—¿Quién dice que tiene una pradera muy bonita?

—Lo miré en internet.

El campus tenía un pequeño patio interior a la antigua usanza, pero no me parecía que fuese aquel su rasgo más llamativo.

—Y está al lado de la cárcel federal —respondí.

—Estupendo —dijo Yulia—. Así podrás tranquilizar tu conciencia pensando que estás enseñando a los presos.

No había visto nunca esa faceta de Yulia: no hasta ese momento, aunque siempre supe que existía. La había visto dirigida contra la injusticia económica, su padre y Shipalkin. Pero nunca contra mí. Dejé el tenedor sobre la mesa.

—Mira —repliqué—: ya se me había pasado por la cabeza que podíais pensar esto. Cuando empecé con ello me lo imaginé. Pero después me uní a Octubre. He traducido montones de artículos para una web que aún no existe. He participado en todas las protestas. Que me digas eso ahora me parece tremendamente injusto.

Yulia no respondió.

—De todos modos —continué: ya no podía detenerme—, no voy a aceptar el trabajo.

—Vamos, sería una locura. Tienes que aceptarlo.

—Si lo acepto, ¿vendrías conmigo?

—Ya te dije que no.

—Entonces no lo aceptaré.

—Tienes que aceptarlo. Es un buen trabajo, tú mismo lo has dicho.

Habíamos hablado de ello un par de veces, y yo casi siempre había dicho que seguramente no me lo dieran.

—No es lo bastante bueno.

—¿Ah, no?

—Si tú no vienes, no.

—Muy bien. No te hagas el héroe, ¿vale? Ya veremos si lo aceptas o no, y luego hablamos del resto.

Respondí que sí, porque así me lo parecía: no había razón alguna para montar una bronca por algo que podía no suceder. Pero al mismo tiempo me sentía herido.

—¿De verdad piensas eso? —le pregunté esa misma noche, un poco más tarde.

—Que si pienso qué.

—Que os he estado utilizando a Serguéi y a ti para impulsar mi carrera docente.

—Pues no lo sé —dijo Yulia—. Dímelo tú.

Aquella respuesta me puso furioso. Me levanté de la cama y me puse los vaqueros. Me preparé para salir.

—¿Adónde vas? —dijo Yulia—. Katia no vuelve hasta por la mañana.

Se había ido con Anton a pasar el fin de semana a Suzdal.

—Me voy a casa —respondí—. El metro cierra dentro de nada y quiero estar cuando mi abuela se despierte. ¿O también crees que estoy utilizando a mi abuela?

Yulia se encogió de hombros. Tenía la misma expresión que cuando me habló de Shipalkin, después de que le soltaran. Era una expresión de profunda decepción y disgusto ante las debilidades humanas, especialmente las debilidades humanas masculinas. Las mujeres lo tenían mucho, mucho peor que los hombres, y se las apañaban. ¿Por qué nosotros no? ¿Por qué éramos tan blandos? Aquello era lo que quería decir con su expresión. Y, obviamente, hablando en plata, tenía razón. Pero en aquel momento me pareció injusto que me mirase así.

Salí sin decir nada más, y ella me dejó ir. Me llamó cuando iba en el metro, pero no cogí el teléfono. Me llamó de nuevo cuando llegué a casa y entonces respondí.

—Andriushik —dijo cuando respondí: estaba llorando—. Lo siento mucho. No sé por qué he reaccionado así. Quiero decir, sí que lo sé. No quiero que me dejes. No quiero que te vayas a Estados Unidos. Pero he sido injusta. Si te dan el puesto deberías aceptarlo.

—No me lo van a dar. Pero si me lo dan, vente conmigo.

—¿No puedo! —dijo, y lloró con más intensidad—. No puedo dejar a mi madre. ¿No lo entiendes?

Pensé entonces en mi abuela, que tampoco tenía a nadie.

Había algo contagioso en el llanto de Yulia. Yo nunca la había visto ni oído llorar hasta entonces. Empecé a llorar yo también.

—Yul —dije—. Te quiero.

—Y yo a ti —respondió.

—Ya veremos qué podemos hacer —dije.

Ella sollozó.

—¿Me lo prometes?

La escena era patética. Estaba llenando el teléfono de lágrimas y de mocos. ¿Cómo podía prometer nada? No tenía dinero, vivía con mi abuela y lo mejor que me había pasado hasta el momento —la promesa de una entrevista por Skype con la Watson— resultaba que era lo peor que me podía pasar. Sin embargo, estaba seguro de que había una solución. Pensaría algo.

—Te lo prometo —respondí.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —preguntó Yulia.

—¿Ahora?

—Puedo llamar a un taxi. A esta hora no será caro.

—Vale —dije—. Llama cuando estés llegando y bajo a buscarte.

Aquella noche durmió en mi casa, y a la mañana siguiente desayunamos los tres juntos.

—Yulia —decía mi abuela sin parar, olvidando que lo decía—. Yulia, qué nombre tan bonito.

Yo estaba de acuerdo con ella.

* * *

Y tras tantas esperanzas y discusiones, por fin se celebró la entrevista. Quizá no tendría que haberla hecho por Skype, pero no tenía setecientos dólares para coger un avión y largarme a Estados Unidos. Y la conexión desde el alféizar era buena. Aquel no era el problema.

El problema era yo. Llevaba muchos años preocupándome porque esta oportunidad ya no me llegaría y los nervios me vencieron. No cesaba de interrumpir a los amables profesores que se limitaban a hacer preguntas en absoluto comprometedoras, y luego interrumpiéndome a mí mismo. Lo peor llegó cuando me preguntaron cómo abordaría la reducción de las inscripciones en literatura rusa y yo comencé a dar un discurso en el que no creía sobre la relevancia en la cultura pop de ciertos escritores rusos. Dije incluso cosas como «Pushkin era un personaje como Tupac». Se hizo una pausa.

—Ya saben a qué me refiero: tenía gancho.

Se produjo una enorme consternación en el comité de selección: mientras intentaban dilucidar si yo estaba de coña —ojalá hubiera estado de coña— entró mi abuela en la cocina, en albornoz. Me giré y ella saludó con la mano. Me volví hacia la pantalla, preguntándome si aquellas personas del estado de Nueva York la habrían visto... Por la expresión de su cara me pareció que sí.

—Andrew, muchas gracias por dedicarnos su tiempo y celebrar esta entrevista —balbució Sutherland—. Sabemos que allí es tarde.

Asentí.

—Tendrá noticias nuestras —dijo, y le vi dirigirse a la pantalla con una expresión extrañamente amenazadora. Entonces desapareció Watson College y me vi contemplando el icono enorme y vacío de Skype.

Dos semanas después, mientras buscaba en la web de empleo de Estudios Eslavos, vi el nombre de Alex Fishman. Lo vi antes de fijarme en el resto. Estaba leyendo de derecha a izquierda. Había aceptado la oferta de Watson College.

A veces uno sabe que va a suceder algo malo, pero eso no ayuda mucho: es como vivir la misma experiencia dos veces. Me metí en Facebook. Incluso después de nuestra enganchada en aquella cena yo no había tenido agallas para borrar a Fishman de mis amigos: simplemente, no me parecía necesario, porque él ya sabía lo que me inspiraba. Pero había conseguido ignorar sus publicaciones. Sin embargo, cuando vi una foto de Fishman sonriendo, haciendo gestitos de complicidad y el nombre de un colegio en el que yo había esperado entrar a trabajar de profesor, no pude evitar leer la actualización de su estado. Decía «¡Me mandan al norte! (Voy a dar clases de literatura en el Watson College)».

Me pregunté si podía hacer algún comentario que, de un modo u otro, afectara a la elevada concepción que Fishman tenía de sí mismo. ¿Sabía lo estúpido que resultaba hacer esos gestos, como si todos fuéramos de su banda? ¿Sabía que en Watson, en invierno, hacía un frío pelón? No se me ocurría nada que no dejara entrever lo celoso que estaba, y lo patético que resultaba.

Y en ese momento, por primera vez, tuve que enfrentarme a la realidad. Nunca conseguiría un trabajo. ¿Y por qué digo por primera vez? No lo sé. Siempre había pensado que podía lograrlo, incluso ante la evidencia, cada vez más notable, de que no tenía posibilidad alguna. Ya saldría algo. Ya cambiaría mi suerte. Al final, lo lograría. Pero ahora ya parecía que no, que nunca lo lograría.

Y tal vez eso era lo mejor: podía quedarme en Rusia. Yulia y yo podríamos irnos a vivir juntos. O Yulia venirse a vivir a mi casa, con mi abuela y conmigo. O... quizá pudiera conservar mis clases de PMOOCal año siguiente, y así tendría algún ingreso. Yulia también tenía sus propios ingresos. No había hablado de esto con ella todavía, pero pensé que había llegado el momento.

4

ME ENFRENTO A EMMA ABRAMOVNA

Pero lo pospuse. No es que dudara de Yulia, en absoluto. Dudaba de mí mismo. Yo seguía en Moscú porque... ¿Por qué? Porque no podía conseguir un puesto de trabajo en Estados Unidos y porque quería desbaratar el malvado plan de Dima de vender el apartamento de nuestra abuela. Aparte de eso, nada: todo aquello parecía negativo, reactivo, como la política exterior rusa. Tenía la sensación de haber perdido el rumbo, el camino que me llevaría hacia la vida de Yulia. Había fracasado. ¿Eran esos los cimientos adecuados sobre los que construir un futuro?

Mi visado tenía validez para un año: caducaba a mediados de agosto, no faltaba mucho. Así que tenía que salir del país para gestionar otro. Probablemente tendría que volver a Nueva York. Y si volvía a Nueva York, lo más sensato era pasar un mes allí y ver si podía encontrar algún trabajo. En cualquier caso, en lo único que pensaba en aquel momento era en el verano.

Era casi junio y mi abuela todavía no había contado a Emma Abramovna sus sueños con la dacha. O mejor dicho, se lo había dejado caer más de una vez, pero Emma Abramovna no había pillado la indirecta. Al final decidí ir a verla y preguntarle.

Emma Abramovna era una de esas personas que intimidan. Había escapado de Hitler, se había exiliado a Siberia como ciudadana polaca y había mantenido un aspecto físico glamuroso que atraía mucho la atención masculina no deseada, incluida la del NKVD. Sobresalía incluso en una generación como la de mi abuela o Tío Lev. En resumen: allí estaba yo sentado frente a ella, que estaba medio tumbada en su diván con una manta echada sobre el regazo. Yo, en un sillón, me encontraba ante alguien que a pesar de su edad y condición, seguía siendo formidable.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo en Moscú? —preguntó.

Le conté lo de mi trabajo con Octubre y nuestra web, a punto de lanzarse.

—Y esos, ¿qué son? ¿Comunistas? —preguntó.

—Socialistas —respondí.

—¡Idiotas! —dijo ella—. En este país ya hemos probado el socialismo. Yo ya lo he vivido, toda mi vida. Y puedo decirte que sólo hay una cosa peor: el fascismo.

—Proponen cosas diferentes —dije.

—Todos proponen cosas diferentes, pero al final es todo lo mismo. Mira China, Cuba, Camboya. Da igual donde vayas: en el mundo socialista enseguida montan los campos y... a veces, peor aún. No, gracias.

Empezó a contarme la historia de cómo la habían expulsado del Partido en 1948 por negarse a

cuestionar la lealtad de los ciudadanos judíos que apoyaban a Israel. Stalin estaba convencido de que con la creación del Estado de Israel los judíos se convertirían en una especie de quinta columna dentro de la URSS. Yo ya había oído esa historia antes. Pero la tuve que oír una vez más.

—Este grupo es antiestalinista —dijo cuando ella terminó.

—Bueno, pues demos gracias a Dios por ello —dijo.

Emma Abramovna no estaba dispuesta a que yo la convenciera de volver al socialismo.

Al final fui al grano y saqué el tema por el que había ido a su casa.

—Emma Abramovna —comencé—: como sabe, Baba Seva perdió su dacha en los noventa. Todos los años se pone francamente triste cuando llega el verano y no tiene adónde ir.

—Ya lo sé —dijo Emma Abramovna—. Siempre me lo dice.

—Bien. Pues estaba yo pensando... Tal vez podría ir con usted a pasar unos días a Peredélkino. Eso le haría el verano más llevadero.

—No creo que sea buena idea —dijo enseguida Emma Abramovna.

No parecía en absoluto sorprendida por la sugerencia. Parecía haberse dado perfecta cuenta de las indirectas de mi abuela, pero había decidido ignorarlas. Yo, sin embargo, sí que estaba sorprendido.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Vienen mucho Boria y Arcadi con sus familias —dijo Emma Abramovna—. Y lo cierto es que no tenemos mucho espacio.

—¿No habrá ni siquiera una semana en la que tenga sitio? —le pregunté, rogando—. ¡Usted es su mejor amiga!

—Bueno —dijo Abramovna poniendo la boca de una manera que no era propia de ella, pero hablando con una franqueza brutal y absoluta—. Ella no es mi mejor amiga.

Y eso fue todo. Me quedé callado, y luego Emma Abramovna sugirió que cambiáramos de tema. Su cuidadora, Valia, sacó un poco de té y unas galletas y yo me lo eché al coleteo lo más rápido que pude y me despedí con la mayor cortesía de la que fui capaz. Pero estaba destrozado. Era como si una puerta de la vida de mi abuela se hubiera cerrado de un portazo, sin que ella lo supiese.

* * *

Cuando iba camino de casa llamé a Yulia para contárselo.

—¡Qué pena! —dijo.

—Sí —respondí—. *Starost' ne radost*. ¿Sabes de alguien que tenga una dacha?

—Mi madre va a una residencia a las afueras de Kiev. Va todos los veranos. ¿Crees que a tu abuela le gustaría?

—Quizá el sitio sí, pero el viaje a Kiev, no estoy tan seguro. La verdad es que creo que se negaría a hacer ese trayecto.

—Bueno, quizá Kolia haya terminado la suya para entonces.

Lo dijo medio en broma, pero no era mala idea en absoluto.

—No se me había ocurrido —dije.

—Claro que, aunque la termine, allí no hay mucho que ver —dijo Yulia—. No hay donde ir a

nadar, por ejemplo.

—Mi abuela ya no nada mucho. ¿Crees que podríamos preguntarle?

—No veo por qué no. Siempre puede negarse. Pero le hemos echado una mano con las obras.

Colgué el teléfono cuando iba bajando las escaleras del paso subterráneo de la plaza Pushkin. Caminé ese tramo con el teléfono en la mano. Era de día y había mucha gente, algunos corrían de regreso a casa, otros se entretenían delante de alguno de los quioscos. Había pequeños centros comerciales muy atractivos por todo Moscú, pero era más sencillo y más cómodo y más barato comprar las cosas en un paso subterráneo. Unos años atrás un terrorista checheno había puesto una bomba en aquel paso: mató a una docena de personas. Durante un tiempo la gente evitó pasar por él, pero ya habían vuelto a utilizarlo. ¿Qué iban a hacer si no? Era el centro mismo de la ciudad. Sentí un impulso solidario hacia todas aquellas personas a las que les importaba poco si Chechenia era independiente y si era islámica o no, pero tenían que preocuparse por sí, al pasar bajo la plaza Pushkin, a alguien se le ocurría hacerles saltar por los aires. Pasé junto a un puesto de pasteles en el que alguna vez me había comprado uno de albaricoque por treinta rublos. Lamenté haber comido tantas galletas en casa de Emma Abramovna: ahora estaba demasiado lleno para tomarme uno.

Emergí justo al lado de Pushkin. Con sus patillas y su sombrero de copa se alzaba al menos a tres metros y medio de altura, todo verde, sobre la plaza. ¿Por qué era tan grande? Pushkin había sido un hombre de corta estatura. Pero era un genio. Era el bisnieto de un esclavo africano al que llevaron a Rusia para entretener a la corte del zar, y a los dieciocho años ya estaba escribiendo poemas claramente superiores a cualquier otro que se hubiera escrito en ruso hasta el momento. En sus tiempos no existía el ruso literario. La mayoría de los rusos que tenían estudios escribían en francés, y sólo tenían estudios los rusos muy ricos. La única literatura llevaba la marca de ese doble alejamiento de la vida real y Pushkin consiguió cambiarlo. Su poesía era exquisita y sonaba a rusa. Incluso ahora, doscientos años después, era perfectamente clara y comprensible. Su talento, al final, se reveló enorme. El propio zar fue el censor de su obra. Un halo de intriga lo rodeaba. Un joven oficial francés que intentó seducir a su esposa lo mató en un duelo antes de que cumpliera los cuarenta.

Llamé a Nikolái, que respondió enseguida.

—Escucha —le dije—. Quisiera sacar a mi abuela de Moscú este verano, unos días. Y no se me ocurre un sitio donde llevarla. Estaba pensando si nos prestarías tu dacha una semana.

—¡Por supuesto! —respondió—. Sería un honor para mí ofrecer refugio a una mujer cuya dacha le fue arrebatada por unos capitalistas sin escrúpulos.

Hizo una pausa.

—Pero para que esté acabada en verano voy a necesitar algo de ayuda.

Así que durante unos cuantos fines de semana seguidos hice aquel viaje interminable hasta la dacha, pinté, lijé y ayudé a los constructores uzbekos a descargar sus camionetillas y construir el baño y la cocina. Y quedamos en que pasaríamos una semana en la dacha, a mediados de julio.

* * *

Pero mi abuela estaba cada vez más abatida. Estaba mermando desde el punto de vista físico, pero también en cuanto al carácter. Cada vez quedaba menos de su naturaleza interior. Se estaba

convirtiendo, y cada vez era más notorio, en lo que había sido de niña: la hija obediente de una madre autoritaria. Yo había intuido aquello por las historias que contaba de su niñez, y ahora lo veía en la persona que tenía ante mí: una señora de noventa años con un bastón.

El semestre iba ya hacia la recta final y aquello suponía que llegaban los trabajos finales: recibía decenas, si no centenas, de correos en los que los alumnos pedían que les aclarase qué representaba exactamente el trabajo final, qué buscaba yo exactamente y si tenía muestras de trabajos que les pudieran servir de ejemplo. Pude hacer todo aquello desde el alféizar: mi abuela controlaba mejor sus incursiones y ya no me interrumpía. Creo que era el hecho de tenerme allí, a la vista, sentado al ordenador, lo que la hacía sentirse segura y convencida de que yo estaba en casa, estaba haciendo algo, y había que dejarme tranquilo.

Por las noches seguía viendo películas soviéticas y disfrutando de ellas. A veces se unía a nosotros Yulia, que seguía siendo nuestra principal asesora en la materia. Otras veces iba a verla después de la película. En esa época se quedaba muchas veces a dormir en casa, y a mi abuela no parecía molestarle la situación. Era como si tuviera una nueva familia.

Pero después de comer, antes de que cayera la tarde, había días que hablaba de suicidio.

—¿Sabes una cosa? —me dijo un día cuando estábamos tomando el té—. He pedido a una de las farmacéuticas que me dé un veneno. Le di el dinero y todo, pero ahora no quiere dármelo.

—¿Qué? ¿Quién?

—La farmacéutica.

—¿De dónde?

—De ahí. —Señaló hacia la calle.

—¿Qué tipo de veneno? —le pregunté.

—Le pedí algo que me matara. Y dijo que tenía una cosa que valía.

No podría asegurar si aquello había sucedido realmente. Me imaginé entrando en la farmacia y exigiendo una explicación, a través del cristal, de si habían prometido a mi abuela venderle un veneno.

—En un país de Europa hay un lugar donde puedes ir —continuó mi abuela—. Es una casa. Es una casa donde vas si quieres morir, y ellos te ayudan.

Estaba hablando del suicidio asistido por un médico. Eutanasia. Lo practicaban en Holanda. Tal vez lo había visto en las noticias.

—¿Verdad que está bien? —continuó—. Si quieres ir, puedes hacerlo.

No quería discutir con ella de aquel tema. Le dije que sí, que estaba bien. Por desgracia, le dije, en Rusia no era posible.

—No —dijo mi abuela—. En Rusia, no.

Mi abuela soñaba con quitarse la vida. Su médico había dicho que no era conveniente que tomara antidepresivos, así que intenté darle un poco de hierba de san Juan. Pero no reaccionó bien: le provocaba mucha excitación y paranoia. Se despertaba varias veces por la noche y me decía que había oído ruidos por su ventana. Yo tenía que ir a sentarme en el sillón de su dormitorio, junto a su cama, mientras ella dormía. Tiré la hierba de san Juan. Siguió deprimida. Me sentía como si me estuviera pidiendo que la matara y yo no fuera capaz de hacerlo.

Quizá una persona mejor que yo lo hubiera hecho. O alguien con más valor. Estaba empezando a pensar que yo no era esa persona mejor ni más valerosa que ella necesitaba. Allí había llegado a ser un poco mejor persona. Había dejado de mirar constantemente Facebook, había dejado de

tener tanta envidia de mis compañeros de clase. Me estaba portando bien con Yulia y, aparte de negarme a asfixiar a mi abuela con una almohada, la estaba tratando bien. Pero en comparación con lo que había esperado que llegaría a ser, la verdad era que no había andado mucho camino. En cualquier momento podía retroceder y desandararlo, volver a ser el que era antes. De hecho, seguramente lo único que necesitaba para que tuviera lugar ese retroceso era volver a Estados Unidos.

Había empezado a tener dudas sobre Yulia. No quería tenerlas, pero las tenía. Ella también estaba un poco deprimida. E increíblemente sensible. Yo no estaba seguro de cuánto aguantaría en aquella situación: me encontraba, constantemente, en presencia de una persona muy exigente en el aspecto moral. No contaba con ser capaz de alcanzar su rasero. De hecho, estaba seguro de que no lograría alcanzarlo.

Y además, ¿de verdad quería quedarme en Moscú para siempre? Por un lado, la idea me atraía. No me importaba mucho lo del buen café, y la comida me gustaba. Pero el desgaste de la vida diaria era otra cuestión: hacer cualquier cosa —afilarse las cuchillas de los patines, conseguir un libro de la biblioteca, ir de un lado a otro de la ciudad— era un engorro insostenible. Lo que en Nueva York se tardaba veinte minutos en hacer, aquí se tardaba una hora. Lo que en Nueva York se hacía en una hora aquí llevaba el día entero. Era agotador. Las caras malhumoradas de la gente me deprimían. Las mentiras de la televisión, al cabo de un tiempo, también le deprimían a uno.

Algunas noches, cuando se iba a la cama, mi abuela me pedía que me sentara con ella mientras leía. Se echaba en su camita, con las gafas en la punta de la nariz y cogía un puñado de páginas que había arrancado de algún libro y las leía mientras yo, sentado en la butaca que había junto a su cama, leía lo que tuviera entre manos en ese momento. Al final se dormía; yo le quitaba las gafas despacio, le tapaba con la ropa de cama y apagaba la luz. Una noche, esa primavera, se quedó dormida y yo me pregunté durante unos instantes si debía hacerlo. Mi abuela sufría. No era un sufrimiento físico, aunque también lo fuera en cierto modo, sino emocional. Estaba aburrida, se sentía inútil, estaba triste. Estaba allí echada, con la boca abierta y los dientes quitados. Mi abuela, la madre de mi madre, roncando suavemente. Tenía una almohada bajo las rodillas que yo podía sacarle con cuidado, sin despertarla, y ponérsela sobre la cara —ya le había quitado las gafas— y, quizá, si lo hacía con el cuidado suficiente, no la despertaría. Eso era lo que quería fervientemente, no despertar. Solía decir «Leva se fue a dormir una noche, nada más que eso, y se murió», contaba de Tío Lev. Pero si yo intentaba asfixiarla con una almohada ella se despertaría, naturalmente. Me la imaginaba luchando contra mí, instintivamente, aunque racionalmente hubiera querido que llegara ese final. Y además, ¿qué diría yo exactamente a la policía? ¿Que me lo había pedido ella? Me imaginaba al policía con cara de niño con el que había hablado cuando mi abuela se perdió. ¿Lo entendería? ¿Podría sobornarlo? ¿O sería aquello una admisión implícita de mi culpa?

No importaba. No iba a hacerlo. No estaba en mi ánimo. Creo que alguien que fuese mejor persona que yo lo hubiera hecho. Serguéi lo hubiera hecho. Unos días antes me había dicho que al final se separaba de su mujer. «Es lo más duro que he hecho en mi vida, pero es lo mejor.» Su problema: no era capaz de mentir. Y a mí me pareció que si alguien mayor, una abuelita abatida por el dolor, le pidiera que la matara, él lo haría. Pero yo no podía.

Me estaba empezando a preguntar si había prometido a los que me rodeaban más de lo que podía dar. Si me había mostrado ante ellos como una persona mejor de la que podría llegar a ser. Y no podía quitarme de encima la sensación, que me invadía de vez en cuando, de estar

sobrepasado.

5

PROMESAS

Y sin embargo, sin embargo, sin embargo... A mí me encantaba aquello. Me encantaba la *kasha* y las *kotleti*, me encantaba el idioma y los tipos con los que jugaba al hockey, me encantaban incluso algunas de las personas que veía por la calle. Me encantaba pasear por Sretenka con mis trastos de hockey metidos en mi mochila soviética, coger el metro en cualquier estación y llegar a Prospekt Mira y luego ir caminando hasta el estadio y, pasando el McDonald's, la iglesia ortodoxa y el mercado donde no encontramos las zapatillas para mi abuela, alcanzar por fin la pista. Y ya de noche, de regreso a casa, me encantaba comprar alguna vez medio pollo donde los azeríes, que siempre me saludaban diciendo «¡Nuestro amigo el del hockey!». Y las noches que iba a ver a Yulia me encantaba coger un coche por tres dólares... Cien rublos, por redondear. Una vez cogí uno para volver a casa después de estar con Yulia. Subimos por el Anillo de los Jardines a las dos de la mañana. El conductor tenía veintipocos años y era de una etnia indeterminada. Cuando me subí al coche quitó el teléfono móvil del soporte de la radio, por si acaso era yo un policía o algo así pero una vez que me senté lo volvió a colocar allí y, mientras íbamos por el Anillo de los Jardines a toda velocidad me di cuenta de que estaba viendo una película, *Los 300*, creo, sobre la batalla de los espartanos y los persas en el año 480 a. C. Íbamos por el Anillo de los Jardines mi chófer y yo mirando de vez en cuando cómo frenaban al avance del ejército de Jerjes los espartanos en *chroma key*.

Una noche de primeros de junio Yulia decidió dar una fiesta, una cena. Invitó al grupo de lectura marxista y a dos de sus amigas del programa de posgrado que no eran marxistas. De camino a su casa pasé por la tienda de comestibles que había cerca de la KGB. Tenían una sección entera dedicada al vodka. Aquel era uno de los estereotipos que se han difundido sobre los rusos que, sin embargo, suelen preferir la cerveza; pero también era realista: además de la cerveza les gustaba el vodka. Era un tema geográfico. En Rusia hacía demasiado frío para cultivar uvas y el clima era demasiado seco para dejar envejecer adecuadamente el whisky en un barril. Así que los rusos, como los finlandeses, los suecos y los polacos, tomaban ese licor transparente con base de trigo o de patata. Es decir, tomaban vodka. En el supermercado moderno que había al lado de la KGB la sección de vodka cubría todo un espectro que iba desde el obscuramente barato hasta el moderadamente barato. El gobierno mantenía muy bajos los impuestos al vodka porque sabía que si lo encarecían mucho la gente empezaría a destilarlo en la bañera de su casa y a morirse. Desde el más barato hasta el más caro, las botellas de vodka eran de cristal transparente. Yo iba por el pasillo eligiendo uno, como Superman en aquella cámara de Krypton donde se reunían los más

viejos de la tribu antes de que su planeta fuera destruido. Una vez elegido mi vodka cogí unos arenques de buena calidad, y pagué por todo quince dólares.

—Vaya, tiene una fiesta —dijo la cajera de mediana edad con el pelo teñido de rojo mientras escaneaba los artículos.

—Bueno... una reunión de amigos —respondí.

—*Bon appétit.*

—Gracias.

Salí de la tienda en un estado casi de exaltación. Nunca había experimentado un intercambio tan agradable con un cajero ruso, pero en las últimas semanas situaciones como esa eran cada vez más habituales. Pensé que quizá cuando era un recién llegado olían mi miedo, mi preocupación. Percibían que me sentía desplazado. Pero me había quitado de encima todo eso. Era un emigrante que se había ido de allí y ahora regresaba. La noche anterior, en el partido de hockey, Oleg salió de la pista muy enfadado porque yo había fallado un pase desde el rincón. Cuando hice el pase, yo había tenido que sacudirme a dos defensas del equipo blanco y todavía tenía a Grisha en la chepa.

—Andréi —dijo Oleg—, ¿qué te ha dado con ese pase?

—¡La madre que te parió, Oleg! —grité cuando lo perdí—. ¡Deja de poner esa cara y juega al hockey! Y si el puck no viene a ti, ve tú a buscarlo. ¡Puto vago!

Me quedé ligeramente espantado ante mi estallido, sobre todo porque Oleg no lo había pasado muy bien últimamente: los tipos a los que había alquilado el local, y frente a los que ya le había prevenido el resto del equipo, habían dejado de pagarle la renta y le habían informado de que pensaban quedarse allí sin pagar, como si fueran los dueños. Pero después de mi exabrupto Oleg se echó a reír.

—Antosha —dijo volviéndose a Anton—. ¿Has oído eso? ¡Andréi ya ha aprendido a berrear como nosotros!

Me sentí muy orgulloso. Y en ese momento, cuando salí del supermercado, decidí coger un coche: se me estaba haciendo tarde, las calles estaban despejadas y no había buena combinación de metro para ir desde allí a casa de Yulia. Enseguida paró uno y me senté en el asiento delantero. Mi conductor era de algún lugar del Cáucaso (la mayor parte de los tipos que transportaban personas en coches particulares ya no eran rusos, aunque condujeran coches rusos: eran de otros países más pobres, al sur de Rusia) y cuando íbamos por la plaza Pushkin se giró hacia mí y me dijo:

—¿De dónde es? ¿De Argentina?

Aquella pregunta, de dónde era yo, era la que más me cabreaba siempre que me hicieran, desde el momento en que llegué. Le respondí, simplemente:

—Soy de aquí. —Era cierto—. Pero soy judío.

—Ah, ¿sí? —dijo el conductor—. Yo también. ¿Ha oído hablar de los judíos de las montañas de Georgia?

No, no había oído hablar de ellos.

—Pues llevamos miles de años allí —respondió, y luego preguntó—: ¿Habla usted yidis?

—No.

—Yo sí. Allá, en las montañas, nos enseñan yidis.

—¡Anda! —dije yo, y mi sorpresa era sincera.

Cuando llegué a casa de Yulia iba de un humor excelente. Eran más de las diez, pero no había

problema. Los rusos cenaban tarde: no les parece mal empezar a cenar a las diez. Sobre todo en esa época en que el aire empezaba a ser algo más cálido y había más horas de luz.

Aún no se había servido la cena. La gente estaba fuera, en la terracita, fumando y tomando unas cervezas. Yulia llevaba aquel vestido tan bonito de algodón blanco con flores. Me dio un beso y me señaló la terraza. Allí estaba Serguéi hablando de una rama nueva de Octubre que había establecido en Sarátov. «Los camaradas de Sarátov», los llamó. Al parecer, aquellos camaradas procedían del movimiento antifa, que pasaba parte del tiempo enredado en peleas callejeras con los neonazis y, aunque este grupo había decidido hacerse socialista, habían introducido en Octubre algunas de sus viejas costumbres.

—Si no fuera por todas esas luchas a navaja —resumió Serguéi— los camaradas de Sarátov valdrían su peso en oro.

Tras separarse de su mujer había vuelto a vivir con sus padres, y parecía muy feliz.

Yulia tendía a compensar la falta de calidad de sus guisos con cantidad. Ella y sus compañeras de piso, algunas de las cuales cocinaban bastante bien, habían preparado patatas, *kotleti*, ensalada y hasta pastel de col. Bebimos el vodka que yo había llevado —todos los demás llevaron cerveza o vino— e hicimos varios brindis.

En un momento dado la gente empezó a hablar de si se marcharían del país.

—Yo sí me marcharía, creo —dijo Misha—. Desde el punto de vista académico lo que puedo lograr aquí es limitado. Si quiero hacer un trabajo serio tengo que irme a Alemania o a Gran Bretaña o a Estados Unidos. Pero creo que acabaría volviendo aquí.

—Como Lenin —comentó Borís.

Todos se rieron. Supongo que aquello era lo normal: la gente estaba dispuesta a irse por un tiempo pero, como Lenin, tenían intención de volver. Yo esperé que Yulia dijera algo. Me pregunté si en ese contexto manifestaría un punto de vista diferente al que me había expresado a mí. Pero se quedó en silencio.

—Yo no me marcho —dijo Serguéi—. He decidido que mi destino está asociado al destino de este país. Pase lo que pase.

—¿Aunque vuelva Putin? —preguntó Katia.

Aunque Putin volviera a ser presidente, quería decir. Había una sensación generalizada —de la que no participaban los octubristas, pero Katia no era octubrista— de que el régimen de Medvédev era más liberal y que el retorno a Putin pondrá el punto final a esa situación.

—Pase lo que pase —repitió Serguéi.

Se hizo el silencio entre los comensales. Serguéi lo había dicho con toda naturalidad, sin dramatismos innecesarios, y aun así tuvo sobre los demás un claro efecto: les hizo sentir que su apego a Rusia no era el adecuado.

—Yo siento lo mismo —dijo Yulia tranquilamente.

Se volvieron a quedar todos en silencio, un silencio que esta vez fue más incómodo. A mí me dio la impresión de que todos me miraban, como si Yulia estuviera rompiendo conmigo. Y en cierto modo lo estaba haciendo. Yo era americano, a fin de cuentas. Si ella no pensaba irse de Rusia, lo nuestro no podía ser.

A menos que...

—Muy bien —dije yo dirigiéndome a ella, que estaba sentada a mi lado, pero también al resto de los comensales—. Entonces yo tampoco me iré.

Se produjo una pausa momentánea y todo el mundo se rió. Brindamos por que me quedase. Yulia me dio un beso en la mejilla.

—No seas idiota —me dijo en un susurro.

—No quiero ir a ningún sitio sin ti —dije yo.

Me volvió a besar.

Lo decía completamente en serio: ellos eran mi gente. A América, que le dieran. Yo me quedaba allí.

6

VERANO

Aquel verano fue mágico. El tiempo era cada vez más cálido hasta que llegó a serlo, quizá, demasiado. Pero estaba bien. La gente iba en chanclas y pantalón corto por la calle y se tomaba las cosas con calma. A mí me encantaba ir andando a jugar al hockey con aquel calor, sentir el frescor del hielo y luego volver a salir al verano. Después del hockey Serguéi me dejaba en Trubnaya y yo compraba una Zhigulovskoye y luego, cargado con los trastos de hockey, me iba a sentar a uno de los bancos del bulevar, a relajarme un poco. El calor de Moscú era muy seco, como el de Jerusalén. Allí sentado pensé en la pista de hockey, en el conductor del Zamboni que, en la oscura noche moscovita, estaría alisando el hielo por última vez para que al día siguiente tuviéramos a nuestra disposición una lámina impoluta. Algunas veces, en noches como esas, me sonaba el teléfono dentro del bolsillo y era Yulia. Preguntaba si quería ir a verla. Y yo siempre decía que sí.

Ahora que el tiempo era tan bueno podíamos pasar más tiempo fuera. Resultó que había más ciudades dentro de la ciudad. La ciudad que yo había visto siempre era una antigua ciudad europea borrada y reescrita por el comunismo. Y había algo de verdad en esa creencia. Pero con los años muchos de los edificios que hubieran captado la atención de un turista corriente, aquellos antiguos edificios de tonos suaves que parecían pasteles, habían sido rehabilitados y tenían aspecto de nuevos, mientras los de los primeros tiempos de la escuela soviética, que incluían muchas obras maestras del Constructivismo, habían quedado abandonados al deterioro. Caminar con Yulia me ayudaba a comprender el gran experimento utópico que habían intentado llevar a cabo en aquel país a través de la construcción de edificios antes de quedar definitivamente abandonado, en manos del olvido.

Y aprendí otra cosa que no tenía que nada que ver con el comunismo. O no directamente. La ciudad que yo conocía era la ciudad de las avenidas y las calles laterales. Las avenidas eran autopistas inmensas. Las calles laterales eran tranquilas y laberínticas. Pero era allí, entre las calles laterales, donde estaban los patios de manzana a los que uno podía entrar y sentarse en un banco a tomarse una cerveza. Yo había visto a la gente hacerlo en nuestro patio, y lo encontraba muy molesto. Pero ahora que lo hacía con Yulia, o con Yulia y Misha y Masha, o con Serguéi, me parecía fantástico. Había muchos de esos patios cerca de casa de mi abuela, al borde de Pechatnikov, que eran tranquilos y parecían antiguos. Los edificios que los rodeaban tenían descascarillada la pintura pastel pero había árboles viejos y, en algunos, habían intentado sembrar flores. Ninguno de los patios era especialmente bonito ni estaba bien cuidado, pero yo encontraba

en ellos cierta belleza. Eran oasis que quedaban encerrados en el interior de la metrópolis gigantesca. Y gradualmente, incluso en aquel tiempo que pasé allí, los estaban exterminando. Igual que los viejos edificios de Pechatnikov, derruidos y sustituidos por réplicas casi exactas de sí mismos. Los nuevos dueños siempre se aseguraban de que se instalaran puertas recias para que sólo pudieran acceder a ellos sus residentes adinerados. La ciudad se estaba cerrando para protegerse de sí misma. Pero de momento quedaban lugares a los que se podía ir.

El tiempo cálido también era bueno para nuestra actividad política. Octubre puso en marcha su «Universidad de la Calle», que consistía en que varios conferenciantes iban a dar una breve charla al aire libre. La idea no era tanto atraer a los transeúntes de modo aleatorio como reclamar el espacio público para el debate público. También aumentó el ritmo general de nuestras reuniones, protestas y otras actividades, lanzamos al fin la página web, Yulia organizó una fiestecita en Falanster para celebrarlo y yo tuve más trabajo traduciendo textos, lo que me llenaba de alegría.

La distensión meteorológica fue acompañada de una distensión política de otra índole: Medvédev era ligeramente más liberal que Putin, pero el verdadero cambio fue que el grifo de dinero del petróleo se secó por fin. El precio del crudo cayó en todo el mundo a causa de la crisis financiera global. En Rusia, después de diez años de crecimiento económico en ocasiones asombroso, la economía entró en recesión. Se puede engañar a todo el mundo durante un tiempo, y a mucha gente todo el tiempo, pero mientras la temperatura seguía subiendo la economía seguía sin mejorar, el rublo había perdido valor y los sueldos no se habían ajustado a la inflación. Fue como si alguien hubiera levantado una tapadera. En una ciudad petrolera de Siberia los obreros, cuyos sueldos llevaban sin ajustarse a la inflación un año entero —un período durante el cual el rublo había perdido un veinte por ciento de su valor frente al dólar, lo que significaba que habían tenido que tragarse lo que a todos los efectos era un recorte del veinte por ciento de su sueldo—, comenzaron a organizarse para hacer frente a su patrón, la todopoderosa RussOil. El responsable de su comité organizador fue arrestado y enviado a la cárcel, supuestamente por llevar encima una bolsa con heroína. Como los obreros no cesaron de organizarse, otro de sus líderes recibió una paliza que lo dejó con un pie en la tumba. Cuando los trabajadores salieron a la calle a protestar fueron atacados por los de seguridad, que procedieron a apalearlos debidamente con unos bates de béisbol. Algunos lograron grabar un vídeo con el teléfono móvil, no de muy buena calidad, y Misha nos lo envió a todos por la lista de correo: era surrealista ver a aquellos tipos rusos con bates de béisbol apaleando a un grupo de trabajadores. La situación era tan terrible que el propio Putin tomó las riendas y exigió que se ajustaran los salarios. RussOil tuvo que cumplir la orden, aunque fuese a regañadientes.

Serguéi y los demás estaban emocionadísimos. La agitación de la clase trabajadora estaba en el núcleo de su concepto de acción política. «Los liberales nunca han intentado hablar con esta gente; de hecho, lo único que sienten por ellos es desprecio —escribió Serguéi en la web de Octubre—. Los llaman *sovok*. Pero lo cierto es que estos *sovok* son los que tienen el poder y el derecho de aniquilar este régimen.» La protesta contra RussOil, entre otras, representaba un motivo para la esperanza: «Nosotros no estamos en situación de revolución —me explicó Serguéi una noche que nos quedamos sentados dentro de su coche, en Trubnaya—. No estamos ni siquiera cerca de una situación de revolución. Pero podemos empezar a utilizar su lenguaje.»

Durante todo el verano pusimos piquetes para apoyar a los trabajadores que protestaban, repartíamos octavillas en las fábricas de Moscú y publicamos en la web animados reportajes en

los que analizábamos la situación y predecíamos más agitación en el futuro.

Yo seguía sacando tiempo para jugar al hockey un par de noches por semana. Nuestra suerte no había cambiado mucho: quizá una vez al mes ganábamos al equipo blanco, pero durante una semana de ese verano, antes de volver a casa, a Seattle, para casarse y establecerse, nuestro vecino Michael recibió la visita de dos amigos de la universidad. Había estudiado en Vancouver y sus amigos eran canadienses, y ante mi insistencia les había pedido que se trajeran su equipación de hockey. Lo habían hecho, encantados, y yo les llevé a donde yo jugaba. Eran tipos normales, sencillos, ni altos ni bajos, ni gordos ni delgados, y yo podría afirmar que cuando aparecí con ellos los de mi equipo no se quedaron muy impresionados con «los canadienses». Pero cuando salieron al hielo «los canadienses» eran increíbles. Llevaban el hockey en el ADN. Les pusimos a formar línea con Oleg y debieron marcar seis o siete goles. Los del equipo blanco estaban tan sorprendidos que no se molestaron ni siquiera en lesionarlos. Ganamos las dos partidas en las que jugaron ellos. El equipo estaba emocionado y Serguéi les hizo algunas preguntas sobre el sistema sanitario canadiense.

Y pasó otra cosa que me pareció muy interesante. En el equipo blanco, aunque era un conjunto muy cohesionado, a veces invitaban a un amigo o un cliente suyo a unirse al equipo en una partida. Un miércoles por la noche tenían jugando con ellos a un chaval nuevo. Cuando le vi en el calentamiento sentí inmediatamente una reacción violenta y profundamente desagradable. Como no lograba recordar de qué me sonaba, empecé a patinar a su lado: era joven, con los ojos azules y los rasgos cincelados que me eran familiares. Supe que no me gustaba. Era una reacción que había experimentado otras veces en Nueva York, cuando veía por la calle a algún actor que interpretaba a un malo en la televisión. ¿Habría salido aquel tipo en una de las películas que había visto con Yulia? Empecé a preguntarme en cuál podría ser. Una vez en el banquillo, al comenzar el juego, le pregunté a Anton si el tipo aquel era actor.

—¿Actor? —dijo Anton—. Qué va. Es gilipollas y ya. Su padre es del Duma.

Entonces supe quién era. Era el tipo que me había sacudido con la pistola en la puerta del Teatr. Y en aquel momento estaba en el hielo. No podía creerlo. No me tocaba jugar, pero avisé de que entraba a la pista en el puesto del próximo que saliera y nadie se opuso. Una vez sobre el hielo, como el tipo todavía estaba allí, fui patinando hasta llegar a su altura y le di con el palo en la pierna. Me miró sorprendido.

—¿Te acuerdas de mí? —chillé.

Puso cara de no acordarse y de no importarle lo más mínimo, y me dijo:

—Vete a tomar por culo.

Entonces perdí lo papeles. Una cosa era que un tío me pegara con una pistola sin motivo aparente. Quiero decir, bastante malo era ya. Pero que se presentara donde yo jugaba al hockey, fuera patinando por ahí como si nada y luego hiciera como que no le importaba si sabía o no quién era yo... aquello era demasiado. Sin soltar el palo le pegué un buen golpe en el casco, por la parte posterior de la cabeza. Se cayó de morros sobre el hielo. Quise darle una patada pero no pude, por los patines. Así que solté el palo y me quité los guantes, y me lancé sobre él para quitarle el casco. No había manera de sacárselo porque estaba tumbado en el suelo, así que empecé a darle puñetazos encima. Sé que era absurdo, pero creo que algún efecto tuvo.

—Vale —le oí decir—. Ya está bien.

En ese momento ya había varios jugadores, de ambos equipos, que habían dejado de jugar y se habían acercado patinando para intentar apartarme de él. Les dejé. El tipo no se defendió. No era

buen patinador, llevaba las almohadillas protectoras nuevecitas y, al parecer, no se sentía tan seguro de sí mismo en el hielo como en la calle. Yo, sin embargo, estaba en mi elemento.

—Andriush, ¿qué coño pasa aquí?

Fedia, del equipo blanco, estaba frente a mí. Llevaba meses dando pases míos a Aliosha, con quien formaba línea, y no se había dignado ni sonreírme; no me había dedicado la menor atención desde el momento en que nos conocimos, aunque era verdad que unas semanas atrás me había golpeado accidentalmente en la cara con el palo y me había pedido perdón.

—Este tipo me pegó con una pistola en la puerta de un club de Estanques Limpios. Sin motivo alguno. Se acercó y me sacudió —dije.

Fedia se volvió hacia el rubio, que estaba recogiendo todas las piezas de la equipación que se le habían ido cayendo por ahí cuando yo le pegué.

—Alexéi, ¿es cierto eso?

—No me acuerdo —respondió el tipo—. Puede. Estaba hablando con mi novia.

—¡Que te den por culo! —chillé, literalmente: le dediqué aquel deseo con total conocimiento de causa—. No le dije ni una palabra. Y tú tenías una pistola.

Fedia se giró hacia el tipo y le dijo:

—Largo.

El tipo asintió y, sin mirarme, salió patinando de la pista con los guantes y el palo agarrados contra el pecho como un niño pequeño. Yo me quedé. Cuando terminamos la partida me acerqué a Fedia para darle las gracias.

—No es nada —dijo—. Tú tenías razón y él no. No lo volveremos a invitar.

Y así fue. En la siguiente partida que jugamos Fedia no dio señas de ser mi amigo. Pero lo que había ocurrido, había ocurrido. Los tipos del hockey eran de ley.

* * *

Sin embargo, no todo fueron triunfos y victorias durante aquel período. Una noche, cuando volvía de casa de Yulia, vi un fuego. Era el puesto de pollos y repostería de los azeríes. Estaba en llamas. Un grupo de personas se había congregado a su alrededor, y lo contemplaban. Llegó un camión de bomberos y lanzó un poco de agua sobre el puesto. No hubo ningún herido, pero según leí en internet unos días después, no fue accidental: aquella noche se incendiaron en Moscú varios puestos de los azeríes, en venganza porque en uno de los mercados, un empleado azerí había apuñalado a un joven ruso. Durante un par de semanas permaneció allí el cascarón chamuscado del puesto de pollos; luego lo retiraron. Los azeríes no volvieron.

Había algo turbio en el ambiente. Un domingo los ponentes de la Universidad de la Calle iban a ser dos comunistas italianos —«camaradas de Negri», según dijo Borís en el aviso que envió por correo electrónico, en referencia al preso político comunista italiano Antonio Negri— y el lugar de su intervención iba a estar a la vuelta de la esquina de mi casa, donde la estatua de Krúpskaya. Como mi abuela se encontraba bastante bien ese día, la invité a venir conmigo.

Los italianos eran unos tipos muy majos, estudiantes de posgrado de treinta y tantos años. Hablaban en inglés, Borís traducía y yo le ayudaba. Los italianos querían hablar de «capitalismo cognitivo», un concepto que desarrolló Negri para explicar el hecho de que el capitalismo físico había funcionado bien entre los trabajadores europeos: percibían sueldos decentes y podían

adquirir propiedades, y ya no estaban interesados en hacer la revolución. Pero Negri se quejaba de que estaban colonizando sus mentes. No sólo sus cuerpos, como había dicho Marx: también sus mentes.

A mí me gustaron los italianos, pero no pude evitar pensar que aquello era un poco prematuro para Rusia, donde aún se explotaba a la clase trabajadora a la antigua usanza. No ganaban un sueldo decente, no podían permitirse el lujo de adquirir una propiedad, no tenían protección. No había necesidad de aparecer con una teoría nueva cuando las viejas seguían siendo obvias y reales.

Iba pensando esto cuando apareció un grupo de cabezas rapadas por el bulevar, a lo lejos, en dirección a la estatua de Krúpskaya. Llevaban botas de combate y pantalones y chaquetas de excedentes del ejército. Eran cinco o seis. Yo nunca había visto cabezas rapadas de verdad en el centro de Moscú. Pensé que quizá eran de los buenos. Se plantaron junto al pedestal de la estatua, a menos de cinco metros de nosotros, y empezaron a tontear a nuestro alrededor y a hacerse fotos con la viuda de Lenin de fondo. «¡Fuera judíos! ¡Salvemos Rusia!», gritaban. Clic. Y luego *¡Heil, Hitler!*. Clic. No, no eran de los buenos. Iban tras los italianos, que no parecían darse cuenta de lo que estaba pasando y seguían con lo del capitalismo cognitivo. Borís seguía traduciendo sin chistar, aunque de vez en cuando se volvía a mirar a su espalda.

Calibré nuestro grupo. Éramos siete: los dos italianos, Borís, Vera, Yulia, mi abuela y yo. De los siete, yo era el único que tenía aspecto de hacer ejercicio regularmente. No teníamos la menor opción en una pelea contra ellos.

—*Sieg heil!* —gritaron los rapados.

—Una cosa —dijo Borís, dirigiéndose a los italianos—: vamos a entrar en el parque, nos pondremos un poco más allá. Estaremos más tranquilos.

Eso hicimos. Por un momento pensé que los rapados se preguntarían qué pasaba, incluso que se habían acercado tanto al grupo deliberadamente, para gritar sus consignas. Pero no nos prestaron atención. Estaban muy ocupados haciéndose fotos y posando con sus gestos nazis. Quizá acababan de rediseñar su web y necesitaban contenidos nuevos. Un poco más allá, en el bulevar, vimos una zona sombreada que nos venía bien y los italianos terminaron su charla sobre el capitalismo cognitivo. Cuando mi abuela, Yulia y yo volvimos a casa, los cabezas rapadas se habían marchado.

Unos días después volvíamos mi abuela y yo del mercado cuando me fijé, y no era la primera vez, en el grupo de señoras mayores que solían sentarse en el parque infantil del patio que había entre nuestro edificio y el mercado. Eran las mujeres a las que mi abuela despreciaba por ser antisemitas, pero desde el incidente de Vladlenna yo siempre me preguntaba si no eran imaginaciones suyas. Y si eran un poco antisemitas, a quién le importaba. Las señoras, sentadas en un banco, estaban dando de comer a las palomas y echando una ojeada al vecindario en lo que habría sido una escena normal de todos los patios de manzana soviéticos y postsoviéticos. En el centro de Moscú, en la era de los elevados precios del crudo, casi habían desaparecido. Y sin embargo allí, a un patio de distancia de nosotros, quedaba una pequeña bolsa de resistencia. Tenía una oportunidad ante mis ojos y quería aprovecharla: aún quedaba mucho verano, y me pareció que mi abuela podría disfrutar de él allí mismo, con señoras de su edad, discutiendo los problemas del momento.

Antes de que mi abuela o mi natural timidez pudieran detenerme, me dirigí a las señoras.

—Hola —dije, llevando a mi abuela hacia donde estaban: al acercarnos, varias palomas de

las que estaban alimentando las mujeres se dispersaron en todas direcciones—. Hola —repetí cuando se hubieron apartado las palomas—. Me llamo Andréi y esta es Seva.

Las señoras asintieron —eran tres— y esperaron a que yo continuase.

—Díganme —dije, sin saber qué otra cosa decir—, ¿qué planes tienen para el verano?

Las señoras se miraron unas a otras con expresión de sorpresa. Entonces una de ellas, la que estaba sentada en medio con media barra de pan blanco en la mano, respondió:

—Pues venir a sentarnos aquí, no podemos hacer mucho más —dijo—. No como otros, que seguramente se irán a pasar el verano a Israel.

La súbita invocación de Israel me borró la sonrisa de la cara. Supongo que era eso lo que buscaban.

—¿Y eso? —pregunté—. ¿Por qué a Israel?

—Bueno, ¿no es a Israel a donde va a ir Seva *Efraimovna*? —dijo la mujer, haciendo mucho hincapié en el patronímico, obviamente judío, de mi abuela. Las otras dos mujeres hicieron un gesto de aprobación.

—No —dije yo—. No tiene allí ningún pariente.

—¿Ah, no? —contraatacó la mujer—. Entonces a lo mejor se va a América. Allí hay muchos de los vuestros, ¿verdad?

Las otras dos mujeres se estaban divirtiendo mucho. Una de ellas hasta aplaudió, complacida. El corazón me latía a toda máquina. Nunca me había encontrado, en la vida real, con un auténtico antisemita. Hasta ese momento. Sentía a mi abuela junto a mí. No podría asegurar si había oído aquello ni cuánto había oído, pero sí que percibía la hostilidad de aquellas mujeres y que sabía de qué hablaban. Yo, por mi parte, no daba crédito. ¿Qué podía hacer? ¿Me quedaba allí y les gritaba? ¿Me enfrentaba a ellas?

Me quedé allí unos instantes, mirándolas fijamente. Luego, sin decir nada, me volví hacia mi abuela, que me llevaba agarrado por un brazo y, sin soltarnos, nos alejamos de allí.

—¡Adiós, judíos! —nos gritaron las mujeres riéndose.

* * *

Aun así, fue un verano precioso. Un domingo de junio Serguéi nos prestó el coche y fuimos Misha, Borís, Yulia y yo de excursión a un sitio llamado Petrovo, a unas horas de Moscú en dirección sur. Misha y Borís lo habían señalado al azar en un mapa. Dijeron que lo hacían por mí, para que yo pudiera ver «la auténtica Rusia», pero también ellos querían conocerlo. En Petrovo encontramos una ciudad soviética sencilla, con los edificios de apartamentos de cinco plantas típicos de los cincuenta, llamados *Khrushchevki*, una tienda de ultramarinos que vendía vodka hecho allí, unos grandes almacenes donde aún se podían comprar las ollas y sartenes y abrelatas de toda la vida, fabricados en Rusia, que llenaban el piso de mi abuela. «Son utensilios rusos auténticos», dijo Misha cuando pasamos por los almacenes, y cuando entramos en una cafetería anticuada a comer un poco de *borsch* frío y una ensalada de pepino, nos informó de que aquella era «una cafetería rusa auténtica con cocina rusa auténtica».

—Y eso te va a dar un auténtico dolor de estómago ruso —dijo Yulia.

Todos se rieron. Yo me di cuenta de cuánto tenía en común con todos ellos: más de lo que creía. Ellos recordaban aquel mundo soviético de su niñez exactamente igual que yo. Y en cierto

modo sentían la misma nostalgia que sentía yo. En el camino de regreso a casa tuvimos que parar para que Misha —que se había tomado unas cuantas cervezas en la cafetería— fuese al baño. La carretera en la que estábamos era tan estrecha que no podíamos girar, así que tuvimos que seguir avanzando hasta que encontramos sitio para detenernos: era el portón de una vieja escuela soviética. Abandonada, por supuesto. ESCUELANÚMERO 3, rezaba el cartel de la entrada. Cuando llegamos allí se estaba poniendo el sol, y las ventanas rotas y la basura que se apilaba en el entorno de la escuela daban a todo el conjunto un aspecto fantasmagórico.

—¿Sabes una cosa? —dijo Borís—. La mayor parte del país está en estas condiciones.

Giró el coche y regresamos a la carretera principal.

Unas semanas después Yulia me llevó a Kiev para presentarme a su madre. Sofia Nikolayevna vivía sola en uno de esos bloques tan altos de la Orilla Derecha, medio en ruinas. Tenía casi sesenta años y llevaba sin trabajar más de una década. Yulia ya me había advertido de que, en su soledad y decepción, su madre había sido víctima de la guerra informativa entre Rusia y Ucrania que, en el curso de unos años, acabaría siendo una guerra en toda regla. Sofia Nikolayevna era de etnia rusa. En Ucrania, esta circunstancia no tenía importancia alguna en otros tiempos, pero ahora podía tenerla si uno lo permitía. Y ella lo había permitido viendo la televisión rusa, que la avisaba de que la lengua rusa no tardaría en estar prohibida en Ucrania. Algunas veces decía a Yulia, según me contó ella, que tenía miedo de salir de casa porque creía que la denunciarían por ser rusa.

—Si empieza a despotricar contra el gobierno, ignórala —dijo Yulia cuando cogimos el metro para llegar al piso donde había pasado su niñez.

El metro de Kiev era prácticamente idéntico al de Moscú en todo, pero más viejo y más cutre (y unas cinco veces más barato) y los avisos se daban en ucraniano: aquello fue lo único que oí decir en ucraniano en Kiev a pesar de los temores de Sofia Nikolayevna, que alabó mi dominio del ruso (lo que viniendo de ella, una valerosa defensora de la lengua rusa, significó mucho para mí) y se guardó para sí sus diatribas contra el gobierno. De todos modos, me pareció algo distante.

—Gracias por venir a visitarme, amigo —dijo—. No era necesario.

No sé si el comentario se debía a que no se sentía digna de recibir mi visita o era una expresión de escepticismo hacia mi compromiso con su hija. O una combinación de ambos.

—Estoy encantado de conocerla, por fin —dije.

—Gracias, amigo —respondió Sofia Nikolayevna.

La habitación que había sido de Yulia de niña estaba llena de libros, y las paredes cubiertas de dibujos pintados con témperas de cuando era adolescente. El apartamento, en una sexta planta, era pequeño —tres habitaciones, techos bajos, cocina diminuta— pero estaba limpio y era acogedor. El edificio y el vecindario eran otra historia. El ascensor olía como si se hubiera muerto alguien allí dentro. La entrada estaba llena de pintadas, unas encima de otras. Los edificios de alrededor eran idénticos; había alguna tiendecita de alimentación y un puesto de comida rápida y pollo para llevar. Allí fuimos Yulia y yo a comer.

—Esto estaba muy bien cuando yo me criaba —dijo Yulia—. Estaba lleno de niños. Todos los inviernos ponían una pista de hielo delante de nuestro bloque y allí patinábamos.

Para llegar al puesto de los pollos teníamos que caminar por lo que parecían solares abandonados y llenos de basura y cristales rotos, aunque no había muebles: los ucranianos eran demasiado pobres como para tirar muebles. Tiempo atrás aquello se pensó como zona de juego

infantil, rodeada de árboles. Era difícil de imaginar, tal y como estaba en ese momento.

—Las cosas eran muy distintas —dijo Yulia—. No sólo físicamente: también moralmente. La gente tenía trabajo, no se avergonzaban de sí mismos. Eran pobres, cierto. Pero la pobreza es relativa. ¿Recuerdas la tesis sobre el empobrecimiento? «A medida que se acumula el capital la situación del trabajador, esté bien o mal pagado, tiene que empeorar.» Pues al revés sucede lo mismo. La gente puede ser pobre y no sufrir, pero no tiene que sentirse abandonada. Mi madre era pobre con el comunismo, pero tenía un trabajo, acceso al sistema sanitario, podía mirarme a mí a los ojos y decirme que todo iba bien convencida de que decía la verdad. Era feliz. Esa persona que has visto ya no es ella.

Al día siguiente Yulia me llevó a dar una vuelta por la ciudad. Me enseñó el Maidán, donde se reunió la gente para organizar la Revolución naranja de 2004, y las grandes iglesias de las colinas. Y por último, la casa museo de Mijaíl Bulgákov, a quien Yulia adoraba.

—No era socialista y no le gustaban los judíos —dijo—. Pero era un buen escritor y no era mala persona. Y eso es importante.

Kiev era una ciudad de natural más bella que Moscú. También más tranquila. Tenía cinco millones de habitantes, pero no sentía uno el estrés ni la prisa. También era más pobre. Ucrania tenía pocos recursos naturales y había recorrido la transición postsoviética a duras penas. Para alguien que llegaba de fuera aquello significaba que todo era barato. Caminamos por los alrededores de la iglesia y tomamos un helado. Yulia parecía feliz y relajada de un modo que en Moscú no era nada habitual.

Yo tenía la sensación de que al traerme a Kiev para presentarme a su madre y enseñarme la ciudad estaba intentando decirme algo. Quizá sólo era: «¿Ves? Por esto no puedo marcharme: sería una cobardía». O tal vez estaba diciendo: «Esto es serio. Ya lo sabes todo de mí: da el paso». Cuando estábamos en el puesto de pollos y me hablaba de su infancia, o mientras caminábamos por entre las iglesias del siglo XIII, en las colinas que rodeaban la ciudad, o cuando fuimos a su bar favorito, el Kupidon, donde me tomé una cerveza ucraniana gigantesca, yo no dejaba de pensar que tendría que declararme y pedirle que uniéramos nuestras vidas. Tal vez Sofía Nikolayevna podía trasladarse a Moscú. Ella y mi abuela se harían compañía mutuamente. O podíamos irnos todos a Kiev. En aquel Kiev tan empobrecido podíamos vivir como reyes. En todos los lugares que visitamos yo no dejaba de pensar cómo verbalizarlo, o si debía hacerlo. Imaginaba qué respondería ella.

Pero no lo hice. En cierto modo, seguía esperando que surgiera algo, que me llegara un golpe de suerte. Quería demostrar a mi abuela y a Yulia que yo no era un fracasado y que podía cuidar de nosotros de cualquier forma que no pasara por vender el apartamento de mi abuela. Así que esperé, y esperé. Y sí, las cosas cambiaron de ritmo por sí mismas.

* * *

Lo mejor del verano fue nuestro viaje a la dacha de Nikolái. Se habían producido algunos retrasos y gastos extra, pero para mediados de julio estaba terminada. Nikolái pasó una semana en ella para disfrutar del triunfo, y luego nos la prestó otra semana a nosotros.

No podía obligar a mi abuela a recorrer el trayecto a la dacha en transporte público: era un infierno. Así que pedí a Serguéi su viejo Lada cochambroso. Tenía que conducir yo. Nunca había conducido por Moscú, y lo cierto es que fue una experiencia aterradora. Moscú no sólo era una

gran ciudad: en ella era todo muy liso. Las calles laterales eran estrechas; las avenidas radiales, enormes; en determinados tramos de las principales avenidas habían eliminado los semáforos, con lo que era imposible girar a la izquierda. Conduje por primera vez una noche al volver de hockey: Serguéi me dio las llaves y en el Anillo de los Jardines me salté el giro que hay a la izquierda para entrar en el bulevar de Tsvetnoi. No sabía cómo cambiar de sentido. Intenté girar a la derecha, otra vez a la derecha y otra vez a la derecha: así volvería al Anillo y podría girar a la izquierda para llegar de nuevo al punto de partida. Pero acabé en el carril equivocado y tuve que volver a girar a la derecha. Decidí que lo mejor era quedarme en el Anillo y seguir recto. Era tarde y no había mucho tráfico, así que sólo tardé cuarenta minutos en volver al bulevar Tsvetnoi y girar a la puñetera izquierda, por fin.

Otro factor al que tuve que enfrentarme, una vez que conseguí meter en el coche todo el equipaje y a mi abuela, fue que los coches iban a diferente velocidad: en Nueva York la mayoría de los conductores son agresivos, pero una vez que te acostumbras puedes anticiparte a sus reacciones. En Moscú los conductores son igual de agresivos, pero era difícil anticiparse a sus reacciones porque los coches tenían diferentes potencias. Había muchos Mercedes y Audi, que eran coches veloces. En el otro lado del espectro estaban los viejos coches rusos, como el mío, con una capacidad de aceleración limitada. Y en medio, los coches rusos nuevos: algunos tenían aspecto de acelerar bien, pero luego todo quedaba en nada. Así que todo el mundo quería ser un temerario (o un capullo) y no todo el mundo iba a la misma velocidad, lo que añadía un plus de complejidad a una situación ya de por sí complicada.

No sé cómo, pero llegamos a la dacha sin incidentes. Hacía unas semanas que yo no iba por allí, y Nikolái había seguido mejorándola. Lo principal era que había limpiado el patio. Hierbajos y matorrales habían desaparecido dejando un espacio limpio, aún no cubierto del todo de césped, y unos cuantos arbustos escogidos y ya más crecidos. Mi abuela, al verlo, exclamó inmediatamente: «¡Frambuesas!». Tenía razón. Se acercó y comenzó a arrancar las frambuesas y a comérselas.

Así pasamos la semana. En el piso bajo había una cama plegable donde podía dormir mi abuela: de ese modo no tenía que subir y bajar las escaleras. Aunque había una tiendecita de alimentación que pillaba un poco lejos para ir andando podíamos acercarnos en coche todas las mañanas a comprar lo que necesitáramos: patatas, remolacha, repollo y pan. Día sí y día no un agricultor de la zona ponía un puestecillo de frutas y hortalizas a la puerta de la tienda, y ahí comprábamos tomates, pepinos y algunas verduras. Y por último, siguiendo los consejos de Nikolái, Yulia y yo fuimos un día a comprar huevos a un pueblo que estaba a una hora de coche. Teníamos que ir llamando puerta por puerta para comprarlos porque lo máximo que nos vendían en cada casa era dos huevos. Parece que no tenían más. Así que recorrimos casa tras casa hasta juntar veinte huevos. Una mujer nos vendió, además, un poco de queso fresco. Entre los dos, y gracias a la intervención conceptual de mi abuela, logramos preparar comida suficiente para alimentarnos todos, y todos quedamos satisfechos.

Por heroico que hubiera sido el esfuerzo de Nikolái a la hora de construir la dacha, había un factor que no podía alterar: el hecho de que estuviera en medio de la nada. No nos despertaba el sonido de un arroyo burbujeante, ni el aroma fresco del rocío en los árboles o en la hierba, al sol de la mañana. Pero tampoco estábamos en Moscú. Uno de los vecinos tenía gallinas, porque por las mañanas se oía cantar un gallo. La primera vez que lo oí vi que Yulia ya estaba despierta, y me sonreía. «Cariño, ya no estamos en Moscú», me dijo sin dejar de sonreír. Era un fragmento de una

antigua anécdota sobre una familia americana que va de viaje a la Unión Soviética, desde Chicago, y cuya hija mayor no cesa de quejarse de los hoteles. Los padres le dicen: «Cariño, ya no estamos en Chicago». Era verdad. Ya no estábamos en Moscú. Y eso significaba que estábamos de vacaciones.

Nikolái había puesto wifi en la casa, de manera que Yulia y yo podíamos trabajar por las mañanas. Yo había cogido tres PMOOC de verano: la economía estadounidense seguía en recesión y gracias, en parte, a eso en el PMOOC se produjeron menos recortes de lo esperado. Por la tarde, solíamos ir a dar un paseo por la cantera abandonada. A mi abuela no le apetecía apuntarse a las caminatas, y se quedaba sentada en el patio trasero con su pamela, encantada de la vida. De vez en cuando se levantaba para comerse unas frambuesas de aquella mata aparentemente inagotable. Una mañana, cuando nos levantamos Yulia y yo, mi abuela ya estaba en el patio cogiendo frambuesas. En las últimas semanas ya casi no soltaba el bastón: lo usaba siempre para caminar. Pero al menos para ir a coger frambuesas caminaba erguida casi por completo.

—Parece un osezno —comentó Yulia.

Yo me había llevado un montón de películas soviéticas antiguas: eran DVD pirata del quiosco de Estanques Limpios, y por las noches las veíamos juntos los tres. Vimos *Idilio de oficina*, sobre una ejecutiva mandona que se enamora de su subordinado, pazuato pero encantador, y *Cinco tardes*, una película de Nikita Mijalkov sobre un hombre que regresa de pronto de un lugar desconocido para pasar una semana (cinco tardes) con su antiguo amor y el sobrino adolescente de ella, cuya madre ha muerto durante la guerra. Aunque la película era de los setenta, el director, Mijalkov aún estaba vivo y en activo y, como se había convertido en un nacionalista asqueroso, Yulia se negó a verla con nosotros y se fue a la habitación. Pero mi abuela y yo no teníamos tales prejuicios, y no nos decepcionó: la película se centra en los intentos de un hombre por recuperar un antiguo amor ejerciendo su influencia masculina en el sobrino de ella, un joven rebelde. La acción tiene lugar a mediados de los cincuenta y no queda claro por qué el hombre ha estado ausente un tiempo: no se sabe si ha estado en la cárcel, si sencillamente se ha marchado, o qué. Su antigua novia, Tamara, se muestra un poco recelosa, pero no hostil. El sobrino, sin embargo, lo rechaza abiertamente desde el principio. Al final de la película Sasha ha conseguido vencer en parte la resistencia del chico y los tres pasan algún tiempo juntos. Pero es una película implacable y gris. En la última escena Tamara abandona la actitud hostil que ha estado manteniendo frente a Sasha. Sabremos por fin cuál es la razón por la que se separó la pareja (es posible que para el espectador ruso de la época eso resultara obvio): la guerra hizo que cada uno terminara en un extremo del imperio y Sasha no ha podido regresar hasta ese momento. Cuando se queda dormido en el regazo de Tamara ella comienza a planear de nuevo un futuro junto a él, y empieza a recitar una especie de letanía: «No dejes que haya otra guerra —dice—. No dejes que haya otra guerra».

—Eso —dijo mi abuela—. No dejéis que haya otra guerra.

Aquella frase que, durante la época soviética, se había convertido en una especie de eslogan, al salir de su boca significaba muchas cosas. Su marido, mi abuelo, había muerto en el frente; sus padres se habían visto obligados a salir de Moscú evacuados, a pesar de que su padre estaba mal de salud. Y en medio de todo eso, su embarazo y el nacimiento de mi madre. No dejéis que haya otra guerra. Era una mezcla de miedo y esperanza.

Estábamos los dos sentados en el sofá que, al retirar los cojines, se convertía en su cama. Si su marido, mi abuelo, hubiera sobrevivido a la guerra, quizá hubieran tenido más hijos. O si ella se hubiera vuelto a casar antes, no tan tarde como lo hizo. Si hubiera tenido más hijos uno de ellos

podría estar allí en ese momento y habría tenido más nietos, seguramente, no sólo a Dima y a mí.

—Pero a uno no le dicen de antemano cómo va a ser su vida —dijo mi abuela de pronto.

Aquello era cierto. Algo me impulsó a cogerle la mano. Para ser una abuela tan pequeña tenía unas manos sorprendentemente grandes.

7

EL FINAL DE UNA ERA ESTUPENDA

Aquel fue, realmente, el final de todo para mí. Aquella, la última cosa buena que me sucedió. Cuando regresamos de la dacha, todo empezó a desmoronarse.

Un día, a finales de julio, Howard tocó el viejo timbre de nuestra casa. Parecía abatido.

—¿Un té? —le ofrecí.

—Los rusos y los británicos pueden tomar el té haga el tiempo que haga —dijo—. Pero para mí hace demasiado calor.

Yo tenía algunas botellas de medio litro de cerveza Zhigulovskoye en la nevera y, como mi abuela estaba en su habitación echando una siesta, nos sentamos en la cocina a bebérnoslas.

—Necesito tu consejo —empezó a decir Howard—. Conocí a una chica por internet y quedamos. Estaba imponente. Y...

—Espera —dije—. ¿Y la que trabajaba en *Esquire*?

—¿Vera? Se fue. Bueno, está todo relacionado. En fin, esta chica estaba imponente. Y tenía su propio piso, lo que es bastante poco usual.

Howard hizo una pausa para comprobar si yo estaba enfadado por lo de Vera o si estaba escuchando. Estaba escuchando.

—Vale. Ahora, visto en perspectiva, creo que su piso era un poco raro. No sé, poco personal, tal como estaba puesto todo. Era como... anónimo, ¿sabes lo que quiero decir?

Asentí.

—Así que ya sabes. Salimos, yo pagué, nos fuimos a su casa y ya está. Luego Vera volvió, y yo intenté quitarme a esta chica de la cabeza. Pero entonces me llama un tío de lo más frío que me dice: «Howard, me llamo Vitali. Tenemos que vernos. Tengo cierta información sobre Natasha (se llamaba así la chica) que tengo que darte». Así que yo me acojono, claro, pero voy a encontrarme con este tío. Quedamos para comer, el tío muy majo, muy bien vestido, callado, me cuenta que trabaja para una agencia de consultoría de comunicación. Me da un *pen drive* y me dice: «El otro día nos han mandado esto con tus datos de contacto y quería que supieras que lo tenemos, por si hay algo que no quieres que salga a la luz». Tenía una puta grabación donde se me veía a mí con Natasha, en su habitación, follando como locos.

—Jo, jo, jo —grité—. *Kompromat!* Flipante.

—Sí, ¿verdad? Vamos. Aquí hay un par de cosas. O tres.

—Vera —dije yo.

—Sí, pero en realidad ella es muy comprensiva con esto. Sabe que no soy la persona más dotada para la abstinencia.

—Aun así.

—Sí, cierto.

—¿Y el *Moscow Times*? —le pregunté, intentando ganarme mi puesto de asesor.

—Sí, pero la verdad es que eso no me importa. Llevo tres años allí y no me importa irme ya. Además, siendo free lance... Quiero decir: no es que sea un héroe sexual, pero si esto sale a la luz, me convertiría en una especie de héroe, ¿no?

Aquella era una pregunta directa.

—¿Un héroe del sexo? —dije.

—Sí, ya sabes. Si estoy en una cinta porno...

—Muy bien —dije—. Vamos a suponer que sí.

Howard asintió y me miró expectante.

—Entonces Vera te perdona y tú eres un héroe sexual. ¿Dónde está el problema?

—Bueno, por eso quería preguntarte. No creo que mi amigo Vitali pertenezca en realidad a una empresa privada de seguridad en las comunicaciones, ¿verdad que no parece?

—No, no creo —respondí.

Howard quería decir, y no le faltaba razón, que era del FSB.

—Así que mi pregunta es: si llegan a tomarse la molestia de hacer eso... ¿qué más podrían hacer?

—Es una buena pregunta —dije yo.

Howard había estado trabajando en un reportaje sobre unos atentados con bomba que se produjeron en unos apartamentos de Moscú poco antes de que Putin llegara a primer ministro la primera vez. Se cumplían diez años del suceso. Culparon inmediatamente al terrorismo checheno y, en represalia, Putin declaró la segunda guerra chechena prometiendo, en un momento muy célebre de su mandato, que borraría al enemigo checheno de la faz de Rusia, poco importaba dónde se escondiera. Aunque se metieran en el fondo de una letrina. Aquella guerra lo convirtió automáticamente en la figura política más popular de Rusia, y gracias a ello fue elegido a la presidencia a principios de la década de 2000. Desde entonces no había dejado de cosechar éxitos.

Pero con el tiempo empezaron a surgir preguntas sobre los atentados. Los terroristas sospechosos no aparecieron nunca. Algunos de ellos murieron, supuestamente, cuando intentaban detenerlos. El Duma intentó poner en marcha una investigación independiente: dos de sus miembros resultaron muertos. Dos exagentes del FSB que manifestaron públicamente sus sospechas de que el Estado pudiera estar implicado en los atentados fueron detenidos: uno acabó emigrando, insistió en sus opiniones y fue envenenado en Londres con polonio. A medida que pasaba el tiempo, como no se aclaraba nada sobre quién había organizado los atentados, cada vez más gente creyó con razón o sin ella que el autor había sido el gobierno.

—¿Estoy en peligro? —preguntó Howard.

—¿Cómo voy a saberlo? —le dije.

—No tengo ni idea —dijo Howard—. Pero parece que sabes historia de Rusia.

Claro que sabía historia de Rusia. Y eso no era bueno.

—Te voy a decir lo que diría mi abuela —le dije—. Que este es un país terrible y que

deberías marcharte.

Howard pareció aliviado.

—¿Sabes? —dijo—. Estaba pensando exactamente lo mismo.

Unos días después vino a despedirse. Fue extraordinariamente atento con mi abuela, que parecía muy conmovida por su actitud y que, cuando se fue, preguntó enseguida quién era. No había pasado mucho tiempo cuando alguien con muy buena puntería pasó por allí y tiró una piedra a la ventana del dormitorio de Howard.

* * *

Luego dispararon a Oleg. Me enteré por Anton, que se enteró por la esposa de Oleg. Había ido a una reunión en el centro de Moscú y se estaba metiendo en el coche para ir al hockey cuando un tipo enmascarado se acercó a la ventanilla del conductor y comenzó a dispararle. Le disparó tres veces en el torso y luego levantó la pistola para dispararle en la cabeza. Cuando Oleg lo vio se dejó caer, instintivamente, hacia el lado del pasajero. Así salvó la vida. La bala le entró por la cabeza sesgada: sólo le tocó el cerebro por un lado y los médicos pudieron extraérsela. Sobrevivió.

Hasta cierto punto estaba seguro de que los responsables de aquello eran sus inquilinos. Después de decirle que no iban a pagar el alquiler Oleg había intentado negociar con ellos y, cuando vio que no funcionaba, fue a la policía. Fue un error.

Tras el tiroteo lo llevaron a la clínica Sklifosovski, cerca de mi casa. Anton y yo fuimos a visitarlo un par de veces antes de que estuviera en condiciones de recibirnos, aproximadamente una semana después del incidente. Tenía la cabeza vendada, lo habían operado y hablaba con dificultad: los médicos dijeron que iría mejorando poco a poco. Por lo demás, estaba bien y parecía animado. Creo que pensó que iba a morir y luego estaba encantado porque no había muerto. Tras el tiroteo decidió seguir adelante y ceder su propiedad a los inquilinos delincuentes. Tenía más locales para alquilar y un montón de dinero guardado: no necesitaba aquellas experiencias tan desquiciadas. Pensó marcharse a España una temporada en cuanto pudiera viajar. Anton y yo le dijimos que era una buena idea.

—Váis a necesitar un extremo izquierdo, tíos —dijo Oleg arrastrando las palabras.

Anton y yo le dijimos que no se preocupara por eso, que le guardaríamos el puesto todo el tiempo que hiciera falta.

Cuando salíamos del hospital Anton dijo:

—No va a volver a jugar al hockey.

Tenía razón. Oleg mejoró mucho y se fue a España, pero le habían metido un balazo en la cadera y el hockey quedaba fuera del programa.

* * *

Después de lo de Oleg recibí un correo de Dima. Los otros soldados habían salido del país detrás de Howard, cada uno por sus propias razones, y Miklos el traficante de armas quería empezar la remodelación del piso cuanto antes. Si queríamos venderle también el apartamento de Abuela era el momento, antes de que gastara demasiado con las obras. Pensé en ello —lo de que hubieran

disparado a Oleg parecía un mal presagio— pero volví a decirle que no. Que Abuela no se iba de allí.

Pero terminó por irse, de todos modos. Y fue culpa mía.

Empezaré por el principio.

A principios de agosto Serguéi escribió a la lista de correo de Octubre para decir que el organizador sindical encarcelado a petición de RussOil no había sido liberado aún y se había puesto en huelga de hambre. De aquello no se decía nada o casi nada en los periódicos: los que eran partidarios de Putin lo silenciaban y los liberales no tenían ningún interés en las luchas obreras. «Como los trabajadores de RussOil no tienen iPhone, no les importa», escribió Serguéi. ¿Qué podíamos hacer? ¿Podíamos planear alguna actuación que llamase la atención para que el mundo se fijara en los trabajadores de RussOil y la empresa se avergonzase? ¿Querría alguien organizar un encuentro a las puertas de RussOil, cerca de Estanques Limpios? Por ejemplo, podíamos vestirnos como si fuéramos trabajadores enfermos y llevar pancartas que dijeran algo como *RUSSOIL ESTÁ CHUPANDO LA SANGRE A LA TIERRA RUSA*. ¿Creía la gente que eso iba a tener repercusión?

En la lista de correo hubo debate con el eslogan. ¿Era antisemita? Había que tener en cuenta que muchos ejecutivos del petróleo eran judíos. ¿Era innecesariamente nacionalista? ¿Convertía a Rusia en un cuerpo físico cuya sangre se estaba chupando, en lugar de considerarse un terreno social compactado y formado por personas libres sin ninguna manifestación física particular? En todo caso, nada que tuviera aquel sentido de lo sagrado que evocaba «la tierra rusa»... Pero había otras objeciones, de índole estratégica. RussOil era uno de los jugadores más sucios de la arena política rusa. Habían salido de la escena criminal de los noventa y se habían adaptado con brillantez a cualquier cosa que tuviera que ver con la cleptocracia. Tenían buenas conexiones con la mafia, con el Kremlin y con el fiscal general. Encima, seguían muy cabreados con lo de su bulldozer y se rumoreaba que habían sido la fuerza motriz que dio impulso a la persecución de los de Caos. «Podríamos encontrarnos de pronto ante un linchamiento digital», escribió Borís.

La opinión pública no era insensible a esos argumentos. ¿Debíamos aparcarnos el asunto? ¿Hacer algo que no requiriese tanta confrontación?

Sin embargo yo, cuanto más pensaba en ello, más decidido estaba. Había vivido un año entero—yo un año, mi abuela muchos— a la sombra de aquel edificio gigantesco de RussOil. Cada vez que lo veía recordaba lo que habían hecho a su adorado marido. Que les den a esos tíos, pensé. Y por primera vez en mi vida escribí a la lista. Conté la historia de mi abuela y de Tío Lev y RussOil. Dije que fue una de las razones por las que me había unido a Octubre. Pensé que les debíamos dar en los morros y hacer saber lo que pensábamos. Mandé el correo. Lo cierto fue que pensé que la gente se admiraría ante mi apasionamiento y diría que yo no entendía en realidad la situación de allí, y que tendríamos que proceder con cautela. Pero no fue así. Mi correo prendió la mecha y empezamos a preparar la manifestación.

El día de la protesta, 7 de agosto, pegué un par de hojas de papel e hice una pancarta (*RUSSOIL SUCKS*, decía, en inglés: era un juego de palabras entre «apestar» y «chupar»). Luego fui a la farmacia donde compraba mi abuela sus medicinas y compré unas vendas. Mi abuela se había hecho daño en un hombro unos días atrás y aún teníamos el cabestrillo en casa. Me pasé un buen rato en el baño, disfrazándome de trabajador herido. Vino mi abuela y, al verme, preguntó qué estaba haciendo.

—Voy a participar en una protesta —dije.

—Ah —dijo mi abuela—. Muy bien, pero ten cuidado. A la policía no le gustan los manifestantes.

Y se marchó. Un minuto después, volvía.

—Andriush, ¿de verdad tienes que ir? —preguntó—. Creo que es peligroso.

—Está bien —respondí—. Tendré cuidado. Yulia también viene.

—¿Ah, sí? —preguntó mi abuela.

Si lo hacía Yulia, en el libro de mi abuela significaba que estaba bien.

Unos minutos después sonó el timbre y era Yulia. Llevaba la cabeza vendada y se había puesto un poco de ketchup. Me puso un poco a mí. Menuda pareja hacíamos.

Mi abuela se echó a reír. La besé en la frente y nos dirigimos a la puerta. Era un día de sol, caluroso, seco y polvoriento. El camino al edificio de RussOil con nuestros disfraces —era un trayecto de cuatro minutos, y lo habíamos recorrido una infinidad de veces— fue entretenido: la gente nos miraba intentando dilucidar si éramos actores (había muchos teatros en la zona), si íbamos a una performance o si habíamos tenido un accidente grave. Nosotros sonreíamos a todo el mundo y seguíamos caminando.

Nos reunimos todos en la franja peatonal que había frente a RussOil. Éramos diez, con disfraces que sugerían heridas de diversa consideración. Serguéi llevaba una camiseta blanca cubierta de algo rojo mucho más parecido a la sangre que el ketchup. Misha le preguntó si era sangre de verdad y dijo que era zumo de remolacha.

—Pues parece sangre —dijo Misha con admiración.

El coloso de RussOil estaba un poco separado de la calle, con lo que delante del edificio se formaba una pequeña plaza algo elevada sobre el nivel de la acera y rodeada por un vallado de material transparente y, seguramente, a prueba de balas. La entrada a la plaza estaba muy protegida. Los empleados, de traje, mostraban su identificación para poder entrar. Como la plaza estaba más alta lo único que se veía desde la acera eran sus zapatos.

—¿Listos? —preguntó Serguéi cuando ya estuvimos todos reunidos.

Estábamos listos. Cruzamos caminando al otro lado de la calle y ocupamos nuestros puestos, en una formación en U, rodeando el vallado transparente y a unos diez metros uno de otro, tal como habíamos acordado. Así no se nos podía acusar de asociación ilícita. Estábamos mirando hacia fuera, en dirección a la calle. Yulia y Serguéi constituían la parte central de la U y estaban justo frente a la plaza; el resto de nosotros estábamos cuatro a cada lado, colocados desplegados al hilo de las dos calles perpendiculares. Aquella separación entre uno y otro suponía que la última persona de la formación quedaba ya fuera de la valla, pero no importaba. Yo decidí que, como novato en aquellas lides, me quedaría en el extremo. Así que estaba ya en el bulevar Rozhdéstvenski, a más de treinta metros de Serguéi.

La calle hacía esquina con la avenida Sájarov, llamada así en 1995 en honor al premio Nobel de la Paz que había intentado reducir la tensión nuclear entre la Unión Soviética y Occidente. Antes se llamó avenida de los Sindicatos, y en ella estaba el Ministerio de Comercio, diseñado a finales de los años veinte por el mismísimo Le Corbusier, uno de los grandes monumentos del modernismo posrevolucionario de aquel período. Ante mí estaba lo que en los ochenta fue un centro comercial y ahora unos apartamentos de lujo y esa tienda horrible donde mi abuela y yo no habíamos conseguido encontrar un jersey. Unos cuantos metros más allá se encontraba la estatua de Krúpskaya y el lugar donde huimos de los cabezas rapadas. Al doblar la esquina, la farmacia

donde yo sospechaba que mi abuela había acordado con la farmacéutica que le suministrara el veneno.

Ahora ya todo me resultaba familiar.

Mantuve la pancarta en alto y contemplé los rostros de la gente que pasaba, caminando, junto a mí. La mayoría miraba hacia otro lado, pero algunos nos miraban a nosotros y leían nuestros carteles. En general, cuanto mejor vestido iba alguien más probable era que apretara el paso y cuanto peor vestidos iban, más se entretenían a mirar qué pasaba.

No llevábamos allí más de diez minutos cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Enseguida llegó un coche de la policía. Dos agentes se dirigieron a Serguéi. Yo no oía lo que decían, pero supuse que les estaba explicando que era una manifestación legal. Los dos policías se apartaron de él y sacaron los teléfonos, seguramente para pedir instrucciones. Entonces llegaron más policías y se colocaron junto a nosotros, bordeando el perímetro que describíamos, sin dejar de mirarnos.

En ese momento vi a Grisha, el defensa calvo del equipo blanco, que era tan violento. Iba con otro tipo, ambos de traje. Yo sabía que Grisha trabajaba en una petrolera, pero no en cuál. Vio que lo estaba mirando y me miró a su vez, con expresión sorprendida.

—¿Andriush? —dijo sonriendo mientras se acercaba y me daba la mano—. ¿Qué haces aquí?

—Es una protesta.

—¿Contra nosotros?

—Sí. RussOil cogió a un líder sindicalista en Tiúmén y estamos intentando llamar la atención sobre este asunto.

—Ah, sí. Lo he oído. —Meneó la cabeza y chistó—. ¿Te paga alguien por hacer esto?

—No. Llevamos ya un tiempo con ello. Serguéi está allí.

Lo señalé.

—¡Me cago en la leche! —Se rió—. Pero ¿qué pasa? ¿Eres comunista?

—No del todo. Pero casi.

—Muy bien. No tenía ni idea. ¿Vienes luego al hockey?

—No me lo pierdo.

—¡Ja! —dijo, y me volvió a estrechar la mano—. Luego te veo, agente internacional.

Y se marchó con su amigo; se fueron andando los dos hacia el edificio de RussOil.

A mi izquierda, Misha estaba contemplando la escena como diciendo: «¿Y eso?».

—Lo conozco del hockey —dije, y apenas había terminado la frase llegaron dos policías y me agarraron por los brazos.

—Ven con nosotros —dijeron.

—Vale —dije yo, intentando no resistirme—. ¿Qué ha pasado?

—Acabas de hablar con tu amigo. Eso convierte este asunto en reunión pública.

—Está usted de broma.

—¿Tengo pinta de estar de broma?

Me llevaron a un jeep de la policía y me metieron dentro a empujones, en un compartimento enano con un banco de madera. Cuando entré cerraron la puerta de un golpe: aparte de unos cuantos respiraderos que había en el techo y por los que se colaba el sol, estaba todo a oscuras.

Me apoyé en el banco y pensé en mi situación. Hacía sólo unos minutos estaba en la calle y era

libre para hacer lo que me diera la gana y, de pronto, estaba metido en aquel jeep. Eran las cuatro. Como no me dejaran salir enseguida me iba a perder la cena, pero el hockey no empezaba hasta las nueve, así que aún podía llegar a tiempo. Si tardaba mucho en salir tendría que llamar a mi abuela e inventarme una mentira para explicar por qué iba a llegar tarde y que se quedara tranquila. En eso iba pensando.

Oía a Serguéi hablar, fuera del coche. Discutía con la policía.

—Es ciudadano estadounidense —decía—. ¿Quieren detener a un estadounidense por protestar contra RussOil? Va a salir en todos los periódicos.

—Como si es de Portugal —dijo uno de los policías—. Hay unas leyes y tenemos que cumplirlas.

—Hagan lo que quieran —dijo Serguéi—. Este sigue siendo su país.

—¿Qué significa eso?

—Ya lo veremos —dijo Serguéi.

Se acercó al jeep y golpeó en la puerta con la palma de la mano.

—Andréi, soy Serguéi. ¿Estás bien ahí dentro?

—Sí —respondí.

—Escúchame bien. Te van a llevar a la comisaría. Te tendrán un rato allí metido e intentarán acojonarte. Enseguida te sacamos y nos vamos a tomar algo, ¿de acuerdo?

—Sí —respondí.

Luego oí a Yulia.

—Andriushik —dijo: su voz venía de muy cerca de la de Serguéi—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —dije.

—No dejes que te asusten —dijo—. Vamos a montar un pollo y te tendrán que soltar enseguida.

—Vale. ¿Querrías tranquilizar a mi abuela y decirle que llegaré tarde a cenar?

—Claro.

—¡Vámonos! —oí decir a alguien.

Entonces se abrieron y cerraron las dos puertas delanteras, arrancó el motor y empezamos a movernos. Conducían rápido y yo me iba tambaleando un poco: no había conseguido sentarme de tal modo que no fuera a los tumbos contra el portón trasero cuando nos detuvimos y vi que abrían las puertas delanteras. Luego abrieron la mía. Lo primero que vi fue la tienda de Hugo Boss. Pensé que estaba alucinando, pero luego me di cuenta de que me habían llevado a la comisaría de Sretenka. Estaba a dos minutos de mi casa.

He pensado mucho en lo que pasó a continuación, aunque quizá no todo lo que debía. Es difícil asegurar si lo que yo dije a la policía tuvo algo que ver con lo que les pasó a Serguéi y a los otros, pero no puedo evitar pensar que sí. Entonces y ahora.

Durante un momento pensé que me iban a soltar sin más, después de asustarme un poco. Pero no fue así. Los dos oficiales que me habían detenido, uno eslavo con los ojos azules y el otro con rasgos asiáticos, ambos de veintitantos años, se pusieron uno a cada lado de mí y me llevaron al piso de arriba, a la comisaría. Yo había estado allí cuando se perdió mi abuela, y esperaba ver de servicio al policía que me había atendido aquella vez. Pero no estaba. De todos modos, habría sido difícil que me reconociera. Este policía nos mandó pasar por el torniquete al interior de la comisaría, donde había una sala de espera con unos bancos. Allí nos detuvimos un momento y el

oficial eslavo me pidió mi teléfono y mi «documentación».

Llevaba encima el pasaporte, precisamente por si sucedía aquello. Así que lo saqué y se lo di. Meses atrás había comprado una funda de piel para que no se estropeará de llevarlo en el bolsillo y sentarme encima, así que lo primero que vio el poli fue la tapa negra del pasaporte con la palabra «Rusia» escrita encima. Al parecer no estaba presente cuando Serguéi dijo a uno de los agentes que me dejaran libre porque yo era estadounidense, y hasta que abrió el pasaporte no se dio cuenta de que yo no era ruso. Puso cara de póker un momento, luego se relajó.

—¿Americano? —dijo incrédulo y, creo, con cierta ira.

—Sí.

—Hijo de puta.

Se volvió hacia su compañero, que se había metido en una sala contigua y ahora regresaba con unos impresos.

—Marat, este tío es un puto espía.

—¿Hemos cogido a un espía? —dijo Marat sorprendido.

—Creo que sí, Marat.

El poli me miró con dureza, se metió mi pasaporte y mi teléfono en el bolsillo de la camisa y me cogió por el brazo para llevarme a una sala de espera adyacente. En aquella sala había otro tipo en situación mucho peor que la mía; estaba sentado en el banco con los codos sobre las rodillas e inclinado como si le doliera el estómago.

—Espera aquí —dijo el poli, y me empujó hacia el banco de enfrente del tipo.

Me di cuenta enseguida de que el otro estaba muy borracho. Llevaba puestos unos vaqueros muy guarros y una camisa, y tenía la cara roja, como de estar siempre en la calle. Empezó a mirarme de arriba abajo y en ese momento me pregunté si yo tendría la fortaleza necesaria para durar en la cárcel. Sin embargo, mi compañero de celda no hizo ningún ademán violento. Simplemente dijo:

—¿A ti también te han trincado, eh?

Yo asentí.

—Cabrones —dijo a gritos—. ¡Chupasangres! —gritó.

Me cago en la leche, pensé. Es el tipo de los contenedores. Pero no respondió nadie, y él volvió a su nido. Nos quedamos allí un rato más, aunque la puerta de la sala —que era una puerta normal de madera, como la de cualquier otro edificio oficial ruso— se abrió unas cuantas veces. Primero la abrieron dos tipos de mediana edad, bajos y musculosos, vestidos con vaqueros negros y camisa. Se quedaron en el umbral. Me miraron un momento y luego uno de ellos, en un tono de agresividad que no se molestó en disimular, preguntó:

—Con que agente internacional, ¿eh?

Me quedé muy sorprendido.

—No —dije sonriendo, pensando que tal vez estaba de broma.

No estaba de broma. Cerró la puerta de golpe y después llegaron dos tipos más jóvenes, más altos, más delgados con ropa de calle más cara y zapatos de mejor calidad. Abrieron la puerta, me lanzaron una ojeada rápida y asintieron con expresión cortés. Me sonaban vagamente. Cuando se fueron pasé varios minutos intentando averiguar de qué me sonaban. ¿La tele? ¿El hockey? ¿El barrio? Hasta que di con ello. ¡De El Molinillo! Los había visto en El Molinillo. Eran funcionarios del FSB. Todo encajaba. Los viejos eran detectives; estos eran del FSB.

Seguía sin saber qué estaba pasando. Pensé que me acusarían de perturbar el orden público o de participar en una manifestación no autorizada y, quizá, me pondrían una multa, pero me dejarían marchar enseguida. Para mí estaba claro lo que había hecho, y seguramente para ellos también. Si yo era un espía no tenía mucho sentido que me presentara en una manifestación con una pancarta y me plantara delante de RussOil: más bien habría intentado infiltrarme en RussOil. Pensé que serían casi las cinco y me iba a perder la cena, aunque si todo se resolvía a tiempo al menos llegaría al hockey.

No tardaron en llegar los agentes que me habían detenido. Dejé a mi amigo, el borracho que buscaba en los cubos de basura, donde lo había encontrado y seguí a los policías a una oficina donde, estaba seguro, las cosas se aclararían por fin.

Era un despacho normal, rectangular, con dos mesas pequeñas al fondo y una gran mesa de reuniones en el centro. Los dos detectives, los funcionarios de El Molinillo y otro oficial mayor, uniformado, estaban ya en la sala cuando entré. Dijeron a los policías que se marcharan y me pidieron que me sentara.

Después pensaría yo en todos los libros que se han escrito sobre los interrogatorios en los años treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta y setenta. Los disidentes de los sesenta y los setenta, y los semidisidentes, como Brodsky, tenían todos su historia de cómo les habían sentado en las dependencias de la KGB y les habían hecho hablar. Yo no tenía motivos para dudar de su palabra, pero aquello no fue lo que me sucedió a mí.

Solzhenitsyn comienza su obra *Archipiélago Gulag* enumerando todas las torturas a las que se sometía a la gente que estaba detenida en el NKVD. Es una lista larga, impresionante e ingeniosa. Y si aquellas torturas, por cualquier motivo, no bastaban, el NKVD siempre podía —y a veces lo hacía— ofrecerse a invitar a los miembros de la familia del torturado y torturarlos también. Bajo aquella presión, ¿quién iba a resistirse? Sin embargo, Solzhenitsyn daba algunos consejos para cualquier persona a la que de pronto cogían por la calle o detenían en su casa en plena noche y quería sobrevivir al interrogatorio. Era muy simple: ahora estás muerto. No tienes familia, ni casa, ni pertenencias. ESTÁS MUERTO. Si puedes convencerte de ello, no habrá nada que tus verdugos puedan decir o hacer que te induzca a derrumbarte. «Ante una persona así, los inquisidores tiemblan», escribe Solzhenitsyn.

Y allí estaba yo, preguntándome si llegaría a tiempo al hockey.

* * *

—¿Es Androo? —preguntó el oficial uniformado mirando mi pasaporte—. ¿O Androov?

—Andréi —respondí.

—Ah —dijo el oficial educadamente—. Andréi. Estupendo. ¿Por qué pone aquí Androo?

—Es el equivalente en inglés. Mis padres lo cambiaron cuando nos fuimos a vivir a Estados Unidos.

—Entiendo —dijo el oficial—. Bien, Andréi. Estos hombres le van a hacer algunas preguntas sobre lo sucedido hoy, y lo que está usted haciendo en Rusia, cuáles son sus planes, todo eso. Luego podremos irnos todos a casa. Cuanto más les ayude, más rápido irá todo. Son buena gente. No lo van a torturar ni a apalear ni ninguna de esas cosas que ve usted en las películas de Hollywood. Le van a hacer unas preguntas, eso es todo. ¿De acuerdo?

—Claro —dije.

—Estupendo —dijo el oficial, que se puso en pie para salir y tendió mi pasaporte a uno de los tipos del FSB.

Tenía la sensación de que estaban montando toda aquella escena por mí, pero no lograba entender de qué iba. Lo que me hizo darme cuenta de mi situación fue ver al oficial salir de la habitación: él podía salir y yo no. A mí no se me permitía salir de allí. Al otro lado del vestíbulo estaba la puerta que daba a Sretenka, a la casa de mi abuela, a una calle en la que podía parar a un coche para ir a casa de Yulia por cien rublos a cualquier hora del día o de la noche. Pero a este lado de la puerta estaba yo, y estaban aquellos hombres: cuatro, los detectives mayores que yo y los del FSB, más o menos de mi edad. Y podían retenerme. No era una situación aterradora, pero era extraña. Aunque no lo fuera aquello tenía pinta de reunión: estaba sentado en una oficina corriente, manteniendo una conversación, si bien no la podía calificar de amistosa. Todos éramos personas, pero las otras personas podían cruzar la puerta y marcharse y yo no.

Se me pasó por la cabeza que podría hacer cualquier cosa para llegar al otro lado de la puerta, a Sretenka, fuera de las paredes de aquella comisaría y lejos de aquella gente... y no tener que volver a pensar en ellos.

—De modo que, Andréi, por favor —dijo uno de los jóvenes oficiales del FSB—. Háblenos de usted.

Aunque aquella pregunta parecía totalmente inocente, me pregunté si debía responderla. Recordaba la charla sobre formación en caso de detención que nos había dado aquel viejo marxista. No digáis nada. Pero también dijo que teníamos que confirmar nuestra identidad. Así que respondí. Les conté que mis padres eran emigrantes, que me había criado a las afueras de Boston y que había estudiado literatura rusa. Uno de los detectives dijo que no me creía y entonces uno de los del FSB sacó un iPhone y se ofreció a buscar mi perfil en la web de la universidad. Hacía meses que no entraba en la web, y por un instante me pregunté si aún estaría allí. Pero allí estaba. Había incluso una foto mía, y el tipo del FSB le mostró al otro el iPhone, poniéndolo al lado de mi cara como si quisiera compararla con la de la foto.

—Creo que es él —dijo mostrando el teléfono al detective escéptico.

El detective asintió, mostrando su acuerdo.

Entonces el otro oficial del FSB, el que había cogido mi pasaporte, dijo:

—Andréi, entonces es usted una persona con estudios. ¿Cómo ha podido involucrarse con este grupo de extremistas?

Me eché a reír.

—¿De extremistas? —dije—. No, no son extremistas. Los conocí jugando al hockey.

Esto no era del todo exacto, pero incluso en ese momento sentía que no podía implicar a Yulia, y añadí:

—Serguéi Ivanov, que pertenece a Octubre, es nuestro guardameta. Y es un buen guardameta.

Lo dije en un tono que parecía dejar claro, o eso esperaba yo, que uno que juega al hockey no puede ser extremista.

—Ah —dijo el oficial del FSB.

—Sí —afirmé—. La mayoría son estudiantes. Y son gente educada.

—Ah —repitió el oficial del FSB mientras tomaba notas sin levantar la vista.

—Sí.

Miré a los demás para ver qué cara ponían y recordé a aquel marxista de pelo cano que nos dijo que mantuviéramos la boca cerrada. Pero aquello era un consejo de la era soviética. Lo de estos tipos era muy distinto: aún podía aclarar la situación. Si lograba convencerles de que Octubre era un grupo inofensivo, aquella charada tocaría a su fin. Así que seguí hablando.

—Tienen un grupo de lectura —dije—. Normalmente se reúne en casa de Misha. Hablan de temas de actualidad en un grupo de correo electrónico y a veces organizan una protesta para atraer la atención sobre algún asunto concreto. No son extremistas.

—¿Se refiere a Misha Vorobiev? —dijo el tipo del FSB.

Hice una pausa y lo miré. Sabían el nombre de Misha. Sabían lo que era Octubre. Así que sabían que no eran extremistas.

Dudé antes de responder.

—Vorobiev, ¿no? —repitió el tipo del FSB.

—Sí —respondí.

—Si no son extremistas —dijo el detective escéptico—, ¿qué son, según usted?

—Son europeos socialdemócratas comunes y corrientes.

—¿Y eso qué es, en relación con Rusia? Nosotros, a fin de cuentas, no somos exactamente europeos.

—¿Qué quiere decir? —pregunté: no lo entendía.

—Ilumínenos —respondió el detective.

—Bien —comencé.

De pronto eran todo oídos. A fin de cuentas, Serguéi me había enseñado que podíamos convencer a cualquiera de que la causa de Octubre era justa si nos poníamos en su situación y explicábamos las cosas con sensatez. Aquellos eran hombres jóvenes que vivían en un país corrupto y moribundo. Probablemente querían que las cosas mejorasen.

—Bien —repetí—. Creo que todos estamos de acuerdo en que Rusia está en una situación complicada. Produce mucho gas y petróleo, pero su economía no está diversificada. Todo el país es rehén de los altibajos del precio del crudo. Durante los últimos veinte años ha estado sobreviviendo por la infraestructura que se construyó en la era soviética, que ahora se está empezando a deteriorar. La fe en las instituciones públicas es escasa.

Miré a mi alrededor. El oficial del FSB seguía tomando notas, y yo lo interpreté como una invitación a continuar.

—La reacción del gobierno ante esta situación parece tener dos vías: por un lado, una mayor liberalización de la economía y, al mismo tiempo, más represión de la disidencia política. No se ofendan.

Todos asintieron: no se ofendían.

—Así que, lo que dice Octubre es lo siguiente: la respuesta a la crisis no es retirar la financiación a las escuelas, hospitales y proyectos de infraestructura y pasarlos al sector privado, donde los capitalistas pueden quedarse con el dinero, sino hacer que sea responsabilidad del gobierno proteger a la gente. A toda la gente. Y mientras el gobierno no haga eso Rusia continuará sufriendo, y sus habitantes también. Y habrá infelicidad y malestar.

Volví a mirarles a todos.

—Quizá tenga razón —dijo el oficial del FSB que tenía el iPhone.

Yo sonreí. Estaba muy complacido.

—Quizá —afirmé en tono humilde.

—Sin embargo, hay una cuestión —dijo el otro oficial del FSB pensativo, mirando sus notas—. Aquí teníamos un gobierno comunista que ya no tenemos. Y cualquier sugerencia de que el país podría volver a tener un gobierno comunista puede ser interpretada por ciertas personas, apasionadas, como una llamada a derrocar el régimen actual.

—Nunca he oído decir a nadie de Octubre que había que derrocar el régimen actual —dije rápidamente.

Esto no era del todo cierto, técnicamente. Octubre se definía como un «partido revolucionario», así que en ese sentido sí abogaban por derrocar el régimen actual. Y resultó que mis nuevas amistades ya sabían todo eso.

—Aquí dice —expuso el tipo del iPhone, mostrándome la web de Octubre— que son un partido revolucionario. Entonces, ¿quieren una revolución, o no?

—Eso no es más que una figura lingüística —dije—. Todo es revolucionario hoy en día. La gente dice que la del iPhone es tecnología revolucionaria. ¿Le convierte eso a usted en un revolucionario?

—De acuerdo —dijo el tipo del FSB que tomaba las notas—. No nos pongamos nerviosos. Yo creo que podemos liquidar este asunto ya. ¿Me equivoco?

Se dirigía al señor iPhone.

Este asintió.

—Estupendo —dijo el otro.

Me dieron las gracias ambos y me tendieron la mano para que se la estrechara. Yo, sin saber qué hacer, les di la mano.

—Ah, una pregunta más —dijo el tipo del FSB que tenía el iPhone, como si acabara de acordarse—. ¿Cuál de sus amigos estaba presente cuando destruyeron el bulldozer en el bosque?

—No lo sé —dije—. No estaba allí.

—¿Nunca han hablado de ello?

—No delante de mí —dije.

Era mentira, y seguramente ellos lo sabían. Pero me dejaron marchar. Parecía que tenían lo que buscaban. Me volvieron a dar las gracias y salieron de la sala.

* * *

Y entonces se acabó. Los detectives me dieron el pasaporte y el teléfono. Me dijeron, incluso, que pasara a verlos si alguna vez andaba por la zona. Yo salí a la calle: volvía a Sretenka ya como hombre libre. No eran ni siquiera las siete. Había pasado menos de tres horas allí retenido.

Al otro lado de la calle, frente a la comisaría, había un grupo de gente: Yulia, Serguéi y todos los de Octubre, Elena y algún otro joven bien vestido, un tipo del *Moscow Times* al que me había presentado Howard y otro de una agencia de noticias. Los miembros de Octubre charlaban entre ellos mientras los periodistas mantenían intensas conversaciones telefónicas por sus móviles. No se dieron cuenta de que salía, y cuando me vi en las escaleras tuve un fuerte impulso de empezar a andar en silencio y doblar la esquina antes de que se enterasen, con la intención de no volver a hablar con ninguno de ellos.

Durante el tiempo que pasé en aquella habitación pensé que, una vez fuera, apreciaría las

cosas de un modo diferente: la librería de mierda con el club de striptease en el segundo piso, la tienda de Hugo Boss, los coches aparcados en la acera y, por supuesto, mi abuela y todo lo demás. Pero no fue así; una vez fuera no era así como me sentía. Tenía la impresión de que en aquella habitación había sucedido algo que yo no había entendido, y eso me provocaba cierto malestar.

Alguno del grupo me vio y me llamó por mi nombre; se acercaron todos juntos, todos hablando a la vez. Parecían estar muy contentos de verme y sentirse afortunados por ello. Yulia me dio un abrazo tan apretado que me causó cierto apuro, dada la suavidad con la que me habían tratado allí. Los octubristas, por su parte, se turnaron para darme cada uno un solemne apretón de manos.

Serguéi fue el primero en hablar:

—¿Todo bien? —preguntó.

—Creo que sí —respondí.

Pero algo en la forma en que respondí debió poner en guardia a Serguéi, porque insistió:

—¿Seguro?

Parecía que quería constatar que yo estaba seguro de que todo había ido bien. Pero era obvio que no lo estaba.

—Me preguntaron qué era Octubre —dije—. Y les dije que un grupo de debate.

—Muy bien —dijo Serguéi.

—Dijeron que eran extremistas, pero les dije que era ridículo, que el grupo no tenía ninguna intención de derrocar al gobierno.

—Muy bien —dijo Serguéi, más despacio que la vez anterior.

—Les dije que te había conocido en el hockey y que nos reuníamos para hablar de la obra de Marx en casa de Misha. Eso fue todo.

—Muy bien —volvió a decir Serguéi, con aspecto pensativo—. Creí que habíamos acordado entre todos que no diríamos nada a la policía.

—Sí —dije—. Pero me parecieron gente muy normal. Tuve la sensación de que podría ganarlos para la causa, la verdad.

Serguéi pareció considerarlo.

—Podemos ganarnos al ejército, pero no a la policía —dijo sin inmutarse, como si estuviera recitando el catecismo.

Luego volvió a hablar con normalidad.

—Estoy seguro de que lo has hecho bien —dijo—. ¿Vamos a tomar algo, todos juntos?

A mí, la verdad, no me apetecía tomar nada. Me apetecía irme a mi casa y darme una ducha. Todavía tenía ketchup en el pelo. Se lo dije a Serguéi, y él asintió.

—Mañana, entonces —dijo, y yo asentí.

Yulia lo había oído todo.

—Voy contigo —me dijo, y asentí también.

En ese momento se acercaron a mí Elena y el tipo del *Moscow Times*. Respetuosamente me preguntaron si podían hablar conmigo. Les dije que sí pero seguí andando en dirección a casa de mi abuela, como queriendo avisarles de que no tenía muchas ganas de hablar. Elena me acercó el micrófono a la cara y el amigo de Howard sacó una libreta. Les dije que todo había sido bastante inofensivo y que no tenía la impresión de haber caído bajo las ruedas del régimen. Que, de hecho, me había encantado poder informarles de las actividades de Octubre. Y que eso había sido todo. Me pareció bien poder meter la cuña publicitaria para hablar de Octubre en el Eco.

Yulia y yo hicimos solos el resto del trayecto.

—Me llamó Katia —dijo—. Dice que hay ya un montón de artículos en internet sobre el académico americano detenido en una protesta delante de RussOil.

Había cierta amargura en su forma de decirlo. Yo no respondí.

—¿Te han pegado? —preguntó.

—No. En absoluto.

—Entonces, ¿por qué les hablaste de Octubre?

—Ya lo sabían todo —respondí.

Lo dije en un tono como de ruego. En la web de Octubre se decía, literalmente, que era una organización revolucionaria. ¿Qué había dicho yo a aquellos tipos que ellos no supieran ya?

—Ay, Andriush —dijo Yulia—. Anda, vamos a ver cómo está Seva Efraimovna.

—Muy bien —dije.

Y caminamos el resto del tiempo en silencio.

* * *

Mi abuela estaba sentada a la mesa, comiendo sola, cuando llegué.

—¿Andriush! —exclamó—. ¡Yulia! ¿Dónde habéis estado?

—Lo siento, abuela —dije—. Nos hemos retrasado. Todo bien.

—Estaréis muertos de hambre —dijo—. Os preparo algo de comer.

Seguía diciendo que preparaba algo de comer cuando lo que hacía, sobre todo, era calentar lo que hubiera cocinado y dejado en la nevera Serafima Mijailovna.

Yulia y yo dijimos que sí, que comeríamos algo, pero insistimos en que ella se quedara sentada mientras calentábamos la comida.

Mi ordenador estaba en el alféizar.

—Deja, yo lo hago —dijo Yulia, refiriéndose a la comida—. Tú echa un vistazo.

Hice lo que me decía. Era cierto que había un montón de artículos sobre el académico americano detenido por aquel régimen déspota. En Facebook todo el mundo me preguntaba si estaba bien, hasta Fishman. Me hizo sentir como un valeroso mártir, lo que me causaba cierto apuro. Quizá era aquello por lo que Yulia estaba enfadada. Si yo había sido tan valiente y tan mártir, ¿por qué me había dejado salir la policía tan pronto, y con tanta sonrisa?

Entonces me sonó el teléfono. Era mi consejero.

—¿Ya estás fuera? —preguntó.

—Sí —dije—. Acabo de llegar a casa.

—Menos mal, Jesús, menudo susto nos has dado. Escucha. Acabo de recibir una llamada de Phil Nelson de lo más extraña. Ahora mismo. Ha visto las noticias y me ha preguntado por ti. Me dice que a lo mejor hay un puesto para ti en el reconstituido DLLGE.

Así llamaba mi consejero al departamento de Literatura y Lenguas Germánicas y Eslavas.

—Vaya —dije—. ¿Y a qué debo el honor?

—Quién sabe. Quiero decir, Columbia acaba de hacer algunos fichajes muy llamativos. Y ya conoces a Phil. Le encanta abrazar a los bebés y liberar a los prisioneros. Y nuestras finanzas no han sufrido un descalabro tan gordo como cabría esperar, me da la impresión. Quizá hasta nos

toque algo del dinero de los incentivos de Obama. Como quiera que sea, cuando llamó preguntando por ti le dije que tenías un artículo estupendo que va a publicar *Slavic Review*, y que tendrían que haberte dado el puesto de Watson. Así que, estate atento. Si llama con una oferta, asegúrate de que es un puesto fijo, no asociado. Y pregúntale por el alojamiento.

—¿Lo dices en serio?

El alojamiento era un apartamento subvencionado. No eran pisos de lujo, pero eran espaciosos y estaban en Manhattan. De hecho, era lo más cercano al socialismo que uno podía experimentar en Nueva York.

—Leche, pues claro, ¿por qué no? —dijo mi consejero—. Si quiere contratarte para hacerse publicidad, que te contrate en condiciones, ¿no te parece?

—Claro —dije—. Gracias.

Había salido de la cocina para hablar con él y cuando regresé Yulia estaba sentada junto a mi abuela. Le había cogido la mano.

—¿Sabes? —decía mi abuela—. Todos mis amigos se han muerto. Todos mis parientes se han muerto. Todos muertos, menos yo. ¿Qué sentido tiene?

—Lo sé, Seva Efraimovna —decía Yulia—. Lo sé.

Cuando entré me miró con cara de interrogación, como queriendo preguntarme con quién había estado hablando. Yo me encogí de hombros, como queriendo responderle que no tenía importancia. Que se habían equivocado de número. Que no era nada.

Y sentía de verdad que no hacía falta hablar de ello, porque podía quedar en nada. Igual que el puesto de Watson. Mi consejero tenía mucho instinto para estas cosas, pero el presidente Nelson era un tipo que cambiaba mucho de parecer.

—¿Quién ha llamado, Andriush? —preguntó mi abuela.

—Nadie —dije—. Un amigo americano.

—Ah, América —dijo mi abuela—. Yo estuve una vez. No me gustó.

—Estaba usted en lo cierto, Seva Efraimovna. Estaba en lo cierto —dijo Yulia.

Estaba allí de pie y me sorprendió lo que hizo a continuación: acercó los labios a la frente de mi abuela y le dio un beso.

—Gracias por todo, Seva Efraimovna —dijo—. Gracias por invitarme a su casa. Estoy muy agradecida. Sea fuerte.

Mi abuela no entendía por qué lo decía pero le encantaban las caricias, así que se rió, feliz.

—Gracias —dijo a Yulia, que se dirigía ya a la puerta de la casa.

Me pareció que se estaba despidiendo de mi abuela. Fui tras ella.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No pasa nada —respondió con frialdad.

—¿Por qué acabas de despedirte de mi abuela?

—Porque no sé si voy a volver a verla.

—¿Y por qué no? —pregunté; insistí—: ¿Qué pasa?

Y sin dejarse llevar por ninguna emoción, igual que antes, respondió a mi pregunta con otra pregunta:

—¿Qué dijiste a la policía?

—¡Nada! No les dije nada que no supieran ya.

—Sabes que no funciona así.

—Que no funciona cómo.

—Fueron amables contigo e hicieron como que lo que les contabas les parecía interesante, ¿verdad? Y entonces tú empezaste a hablar sin parar, ¿verdad?

Así había sido más o menos, sí. Mi silencio lo confirmó.

—Ay, Andriush. No has aprendido nada aquí, ¿a que no? Sigues siendo tan americano... sigues creyendo en las palabras.

—Pero ¿qué hay de malo en eso? —dije—. ¿En qué se supone que debo creer?

—¿Quién te ha llamado por teléfono? —preguntó Yulia.

—Mi consejero.

Lo dije en ruso. En ruso es más largo. *Nauchny rukovoditel'*, que significa supervisor académico. La abreviatura es *nauchruk*, y eso fue lo que respondí.

—*Nauchruk*.

—¿Y qué te ha dicho, que tenía un trabajo para ti? —preguntó Yulia.

—Que posiblemente lo tenga, sí —dije.

—Lo sabía —dijo Yulia, como para sí.

—No lo voy a aceptar. Si es que existe tal puesto.

—No, Andriush. Tienes que aceptarlo.

—Yu —dije—. ¿Qué está pasando?

—No lo sé —respondió—. Ya veremos. Podría estar equivocada. Espero estar equivocada. Pero seguramente no lo estoy. Adiós, Andréi.

Me besó en la mejilla, no en la boca. Como aquella vez que me besó en la mejilla en la fiesta de Serguéi, pero al revés. Parecía que habían pasado años desde aquello.

Abrió la puerta y se fue. Yo la dejé ir. Estaba enfadado y hecho un lío, pero también tenía miedo de que tuviera razón.

Eran las ocho de la tarde: aún estaba a tiempo de ir a jugar al hockey, pero no me apetecía. Lavé los platos y jugué un par de partidas a los anagramas con mi abuela. Luego respondí tantos mensajes de correo y de teléfono como pude, de todos los que había recibido. Todo aquello me hacía sentir incómodo. Algo había sucedido, y yo no sabía qué era.

* * *

A la mañana siguiente, sábado, detuvieron a Serguéi y a Misha y los acusaron de extremismo. Me enteré por Borís, que llamó para preguntarme si sabía algo.

—*Blyad* —dije.

¿Había sido por mí? ¿Por algo que yo había dicho?

—No lo sé —dijo Borís fríamente—. No tengo ni idea de lo que dijiste ni lo que dejaste de decir. Así que la respuesta es: no lo sé.

Intenté hablar con Yulia. No respondía. Seguí llamándola y ella seguía sin responder. Al final me vestí y salí, cogí un coche para ir a su casa. Fui a su apartamento y me abrió Katia.

—Yulia no quiere verte —dijo.

—Pero ¿está ahí?

—Sí, está ahí.

Le pregunté si se había enterado de lo de las detenciones y me dijo que sí.

Y eso fue todo. Intenté localizar a Nikolái, pero parecía tener el teléfono apagado. Llamé a Borís otra vez y le pregunté si sabía algo de Nikolái o de los demás; me dijo que no, y que no tendríamos que hablar por teléfono. Le dije que estaba cerca de Mayakovskaya y le pregunté si quería que nos viéramos, pero dijo que no. Como si yo fuera un espía.

Fui andando hasta el Estanque del Patriarca y me senté en uno de los bancos. Era uno de los rincones más bonitos de Moscú. Un pequeño estanque dentro de un pequeño parque, con bancos y un paseo sombreado por viejos árboles, todo rodeado de edificios —no demasiado feos en su mayoría— de principios del siglo XX. Yulia y yo habíamos ido unas cuantas veces cuando empezó a hacer buen tiempo. Allí rara vez había borrachos montando bronca.

Ahora me parecía un lugar inútil, estéril y amargo. Dos buenos amigos míos estaban en la cárcel por mi culpa, Yulia no quería verme e incluso Borís, hierático y frío como el hielo, estaba enfadado. Sentía que había hecho mal y que había perjudicado a otros.

Llamé a Anton, el del hockey, y le pregunté si podíamos vernos. Anton era abogado especializado en temas fiscales, pero abogado al fin. El único que conocía. Estaba en su despacho, cerca de allí, y me dijo que nos podíamos ver dentro de media hora en el Starlite Diner. Le dije lo que había pasado. No me culpó, pero lo noté afectado.

—Tenemos que decírselo a los chicos —dijo—. Es nuestro guardameta.

Cogió el teléfono y en nada de tiempo teníamos a seis tipos del hockey —incluidos Fedia y Grisha, del equipo blanco— sentados con nosotros a la mesa en la cafetería. Anton y yo los vimos llegar uno tras otro en sus Mercedes y sus BMW y aparcar a una distancia conveniente de la cafetería, casi sin saltarse las normas. Al verles llegar con sus elegantes coches negros, maniobrar lentamente para aparcarlos, oí a Anton decir: «Ese es Tolia. Ese es Fedia». Verles entrar en la cafetería vestidos de fin de semana, todos más grandes de lo que yo los recordaba... me produjo una sensación instantánea de orgullo: había llegado muy lejos en el último año. Aquella congregación me resultaba extremadamente sorprendente, aunque también era cierto que se reunía porque yo me las había apañado para meter a nuestro portero en la cárcel. Cada uno de aquellos tipos entró, dio la mano a todos los presentes, pidió algo de comer y luego nos escucharon a Anton y a mí. Después, cada uno de ellos llamó por teléfono a algún conocido suyo. Grisha a sus amigos directivos de RussOil. Fedia y Vania tenían contactos en las fuerzas de seguridad. Tolia llamó a alguno de sus amigos banqueros, por si acaso. La mayoría no consiguió nada, pero Grisha y Fedia hablaron con gente que sabía lo que había pasado.

—Esto viene de muy arriba —dijo Grisha—. Siguen cabreados por el asunto del bulldozer del bosque. Está fuera de mi alcance. Les he dicho que necesitamos un portero y me han dicho que vaya preguntando por las escuelas deportivas.

—¿Y tú qué les has dicho?

—He colgado.

—Joder —dijo Anton.

Los chicos se quedaron un rato más, tratando de recordar a quién podían llamar. Pero estaba claro que habían hecho lo que podían. Se marcharon, y se acabó.

—¿Es que no conocemos a nadie que nos pueda echar una mano con esto? —dije.

—Andréi, he hablado con el asistente del presidente de la compañía —dijo Grisha—. Dijo

que el jefe se ha tomado esto como algo personal, y que los quiere a todos en la cárcel. Y eso es la cúspide. Está fuera de nuestro alcance.

Dio un bocado a la hamburguesa.

—Ha dicho también que van a detener a más. Ha dicho que había una chica implicada.

Mierda, pensé. No. No.

—Grish —dije—. Escúchame: es Yulia. ¿Te acuerdas de ella? Vino a uno de los partidos.

Yulia había venido un día y nos había visto jugar desde las gradas. Los chicos habían sido todos muy amables con ella.

—¿No puedes volver a llamar a tu amigo? Dile que si detienen a Yulia, voy a la embajada.

No tenía ni idea de qué serviría eso, pero sonaba bien. Grisha adoptó una expresión pensativa y volvió a coger el teléfono. La mayoría de los chicos tenían teléfonos normales, antiguos, y el de Grisha parecía diminuto entre sus manos enormes.

—Sash, escúchame —dijo—. La chica que has mencionado antes... Es la chica del americano. Están haciendo planes para casarse. Creo que si la cogen el americano va a montar un pollo del demonio, y no nos lo vamos a quitar de encima así como así. Sí. Lo entiendo. Pero tenlo en cuenta.

Grisha colgó, me miró y dijo:

—He hecho lo que he podido. A ver qué pasa.

Después, con aspecto manso y derrotado todos se terminaron la hamburguesa, volvieron a darse la mano y se marcharon. Anton y yo nos quedamos allí, delante de un montón de patatas fritas que nadie se había comido.

Salí a la calle —no había conseguido adquirir el hábito ruso de hablar por teléfono delante de la gente— y llamé de nuevo a Borís para decirle que se esperaban más detenciones.

—De acuerdo —dijo, y colgó.

Después me enteré de que había cogido el primer tren a Kiev. No logré localizar a Nikolái, pero me diría algún tiempo después que, cuando se enteró de lo de los arrestos, se había ido a pasar un día en la dacha, como siempre había pensado que haría en esos casos, y luego tomó un tren a Estonia. Después de intentar una y otra vez localizar a Yulia, sin conseguirlo, le envié un mensaje de texto advirtiéndole de las nuevas detenciones. Esta vez sí respondió.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo.

Me llenó de entusiasmo saber de ella por fin, aunque lo que dijo no era nada nuevo: ya me lo había dicho una docena de veces, que se quedaría. Y cuando intenté llamarla, de nuevo, no contestó. Volví a entrar en la cafetería, donde estaba Anton.

—Andréi —dijo—. No te lo tomes así. No es culpa tuya. Serguéi sabía lo que hacía.

—Gracias —dije.

Se lo agradecía de verdad. Pero eso no cambiaba nada: claro que era culpa mía.

* * *

Aquella tarde recibí una llamada de Phil Nelson. Habíamos cruzado unas palabras en un par de ocasiones, durante el tiempo que pasé en la universidad. Pero me saludó como si fuera un viejo amigo. Dijo que siempre le había impresionado mi trabajo y que le encantaba mi artículo para *Slavic Review* (que no podía haber leído) y luego, como había predicho mi consejero, me ofreció un puesto. Llevaba un tiempo dándole vueltas y, sí, la universidad tenía que empezar a pensar

sistemáticamente en la experiencia histórica del Gulag, tanto en la Rusia soviética como en otros lugares y, dados mis intereses en materia de investigación, además de mi reciente enganchada con el totalitarismo ruso, ¿me gustaría ocupar la primera cátedra de Estudios del Gulag en nuestra universidad?

Había esperado la llamada, claro, pero no con todos los detalles. Había esperado que mi instinto dijera que no. Pero no fue así. Mi instinto quería decir que sí. Intenté diferirlo un poco.

—Tengo muchas cosas ahora —dije tranquilamente—. Muchos proyectos en marcha, ahora mismo.

—Claro, no me cabe duda —dijo Nelson—. Pero creo que un presupuesto para investigación de quince mil dólares podría ayudarte a centrarte. ¿Qué te parece?

Cristo, que si iba bien. Cogía un avión a la semana siguiente, sin duda.

Intenté formular una respuesta a la proposición de Nelson, pero él debió interpretar mi silencio como tozudez, y dijo:

—Mira, ya que estamos hablando de cifras, ¿te parece bien cien para empezar? Eso sin incluir seguro médico ni otros beneficios.

Me quedé sin habla. La mayoría de la gente a la que conocía ganaban sesenta y cinco o setenta. Pero no había terminado.

—Y otra cosa. Es complicado encontrar un piso en Nueva York, sobre todo si estás en Moscú. Así que déjame ver si puedo conseguirte algo. Quizá en las nuevas instalaciones, para que puedas ir andando al campus.

La universidad acababa de construir un edificio nuevo en el East Village. Me ofrecía un alojamiento, y yo ni siquiera había tenido que pedirlo. Solté una risita de incredulidad, que Nelson debió interpretar, correctamente, como mi rendición.

Decidió no hacer presión, aprovechándose de su ventaja.

—Mira a ver qué te parece. Tómate un día, date un par de vueltas a la manzana y piénsalo bien. Hablamos mañana, ¿de acuerdo? Creo que podemos ponernos de acuerdo.

Y colgó. Al día siguiente volvió a llamar y confirmó su oferta de un apartamento de un dormitorio en el edificio nuevo, cerca de Astor Place. Después de todo lo que yo había dicho y pensado de las desigualdades del mercado académico, de los progresos que había hecho, montándome una vida nueva en Moscú, de todas las promesas de que no dejaría allí a mi abuela sola, y después de todo y de mucho más, cuando por fin llegó el momento de actuar según mis supuestas convicciones no lo hice. Acepté el trabajo y los fondos para la investigación y el apartamento.

De ese modo no tendría que vender el apartamento de mi abuela. Iba a tener un sueldo y podría contribuir al pago de una cuidadora, como había dicho que haría. Con todo lo fanfarrón que era, Dima no sería capaz de venderlo sin mi consentimiento. Pero ya no tenía ningún pretexto en el que escudarme. Dima tendría que dejar sola a nuestra abuela porque habían iniciado un procedimiento judicial contra él. Y yo dependía exclusivamente de mi propia voluntad. ¿Quién era yo para decirle a Dima que no podía vender si necesitaba el dinero? En eso, como en otras cosas, tiré por la calle de en medio. Desde el alféizar escribí a mi hermano y le dije: «Por mí podemos vender».

Tardó veinte segundos en responderme.

—¡Por fin!

Y eso fue todo. Al día siguiente vino Miklos y me ofreció dos ochenta. Acepté. Le pregunté a

Serafima Mijailovna si quería ir a vivir con mi abuela para cuidar de ella, una vez que encontráramos un piso nuevo.

Dijo que sí.

* * *

Miklos dijo que las obras en el piso de Dima durarían al menos un mes más, así que si queríamos tomarnos ese tiempo para trasladar a nuestra abuela, podíamos hacerlo. Pero yo no quería. Quería dejarlo todo zanjado. Me quedaban diez días para que caducara el visado y pasé los primeros buscando un apartamento en nuestro barrio con un agente inmobiliario que me recomendó Anton. Pero no encontré nada. La mayoría de los edificios de nuestro vecindario eran viejos y, aunque los apartamentos que visité estaban remodelados, no tenían ascensor y había todo tipo de escaleras por las que podía caerse mi abuela. Al final Dima supo de un piso a través de un amigo: estaba en una barriada tranquila, al otro lado del río, y tenía una terracita donde podía sentarse mi abuela. Y, sobre todo, tenía ascensor. El alquiler era de quinientos dólares al mes. Dima necesitaba cien mil de la venta del apartamento para hacer frente a los gastos del juicio, lo que significaba que nos quedaban ciento ochenta. Si pagábamos mil a Serafima Mijailovna y apartábamos otros mil para lo que surgiera, no tendríamos que preocuparnos por los gastos durante los próximos cuatro años. Así que cogimos el apartamento y tres días después llegó Dima para echar una mano con la mudanza.

También en esa ocasión se quedó en nuestro cuarto, y en silencio total empaquetamos los libros de mi abuela, su ropa, todas las fotos y cacharritos que tenía, sus medicinas y sus cartas. Le dijimos que el traslado era temporal, mientras reformaban su casa, y lo aceptó. Luego lo olvidó, lo volvió a aceptar, lo volvió a olvidar y lo aceptó de nuevo. Nos llevó tres días largos y difíciles, además de calurosos, meter todo el piso en cajas. Transcurridos esos tres días llegaron dos tíos con un camión, pequeño pero suficiente; mientras el conductor esperaba fumando sentado en su asiento, su socio nos ayudó a cargar las cosas de mi abuela, incluidos los muebles de su dormitorio, para que pudiéramos recrear uno exactamente igual en el piso nuevo. Allá fuimos. Pensamos que nos llevaría dos o tres viajes, pero todas las cosas de mi abuela cabían en el camión, así que sólo hicimos uno. Serafima Mijailovna ya estaba en el apartamento cuando llegamos y, después de descargar el camión, dejé allí a Dima y a ella desembalando y regresé a nuestro piso a hacer compañía a mi abuela en su casa ya casi vacía. Cuando regresé estaba sentada en la única silla que quedaba en la cocina, mirando uno de sus listines telefónicos. En lugar de contemplar el apartamento asolado salimos a dar un paseo y nos sentamos en uno de los patios de manzana del vecindario, a tomar el sol. Era media tarde. Me sonó el teléfono: era Dima, que regresaba en el pequeño Nissan que había alquilado en el aeropuerto. Era hora de marcharse.

Yo iba sentado atrás, mi abuela delante y Dima conduciendo. Era un trayecto de diez minutos en coche, pero se me hizo muy largo. Al salir de nuestro patio al bulevar Dima tenía que girar a la derecha y, según bajábamos por Trubnaya, durante un instante se extendió ante nosotros la vista de Moscú: las agujas doradas de las iglesias que brillaban al sol, unas cuantas torres de cristal, y el cielo azul sobre la ciudad.

—Ah —dijo mi abuela—. ¡Qué bonito! ¡Mirad! Mirad qué bonito es.

Salimos a Trubnaya y Dima tomó un cambio de sentido.

—¿Por qué giras? —preguntó mi abuela—. ¿Adónde vamos?

Al girar a la derecha debió pensar que íbamos donde Emma Abramovna, por la dirección que habíamos tomado. Allí era donde íbamos normalmente cuando hacíamos aquel trayecto en coche.

—Vamos al nuevo apartamento —dijo Dima.

—El nuevo apartamento —dijo mi abuela.

Era, en cierto modo, una pregunta a medias, pero no le respondimos.

Todo permaneció tranquilo unos instantes, pero luego pasamos Estanques Limpios y mi abuela sospechó que pasaba algo.

—Mira —le dijo a Dima como si se le acabara de ocurrir—. Vamos a volver. Es casi hora de volver.

—Está bien —dijo Dima—. Estamos casi allí.

Mi abuela vio que no volvíamos, e intentó mirar el paisaje con interés. Pasábamos por Estanques Limpios, una de las zonas más bonitas de Moscú, y era un día de verano cálido, sin mucho tráfico, así que íbamos deprisa.

Yo creí que iba a echarme a llorar. ¿Qué estábamos haciendo? Ya se le habían borrado muchos de sus recuerdos. Gran parte de la ciudad que ella había conocido también había sido borrada. Y en ese momento nosotros estábamos borrando la conexión física que tenía con el lugar donde había vivido cincuenta años.

Cruzamos el puente sobre el río Yauza, a la sombra de uno de los grandes rascacielos de la era estalinista, y allí mi abuela lo volvió a intentar.

—¿Sabes una cosa? —dijo como si nada—. Deberíamos volver. ¿No te parece que es hora de volver?

—Abuela —dijo Dima.

La miré cuando oí su tono de voz. Estaba llorando. Y yo, en el asiento de atrás, empecé a llorar también. Entonces Dima dijo:

—Ya casi estamos.

Y en efecto, en pocos minutos llegamos. Cuando bajamos del coche ya habíamos dejado de llorar.

* * *

Dima y Serafima Mijailovna habían hecho un trabajo excelente: el dormitorio estaba colocado casi exactamente igual al de mi abuela: su cama plegable, el viejo escritorio y todas sus fotos nuestras o de Tío Lev organizadas en un estante sobre la cama. Al lado, el sillón verde en el que yo me sentaba mientras ella leía. Del salón habíamos conservado el sofá cama verde y, en un acto heroico, el armario. Pero mi abuela estaba confusa. Estaba cansada del trayecto, y la llevamos al dormitorio para que pudiera echarse. Reconoció su cama y las sábanas y dijo:

—Es mi cama.

—Sí —respondimos.

Se echó y nosotros salimos, pero al cabo de un rato salió ella también y preguntó con mucha educación, como si fuera un huésped, dónde estaba el baño. La acompañé. Luego entró en la salita, donde seguíamos desembalando cajas, y exclamó:

—¡Qué horror! Andriush, dime. ¿Dónde vivo?

La acompañé a unos pasos de allí, a su dormitorio. Lo reconoció de nuevo. Luego se giró para

preguntarme:

—Esa es mi habitación, ¿verdad?

Le dije que sí.

A última hora de la tarde aún no habíamos terminado de desembalar. Intentó echar una siesta en su habitación. Cuando se despertó estaba muy desorientada. Cuando entré en su habitación para ver cómo estaba, se alegró —y se sorprendió— al verme.

—Andriushik —dijo—. Mi Andriushik.

Luego me preguntó cuándo volvíamos a Moscú.

—Estamos en Moscú —respondió.

—Ah —dijo.

Parecía confusa. Si estábamos en Moscú, ¿por qué no estábamos en su apartamento?

—Entonces dime a qué hora es el tren.

—¿Qué tren, abuela?

—El de Moscú. Dime la hora y voy.

—De acuerdo —dije.

La mudanza había provocado una gran desorientación a mi abuela. Fui a salir de la habitación, pero me volvió a llamar.

—¿A qué hora es el tren? —repitió.

—Abuela —le dije otra vez—. El tren, ¿adónde?

—A Pereyáslavl.

Era el lugar donde había nacido.

Supe que si intentaba decir algo, me echaría a llorar y eso la preocuparía. Así que no dije nada.

—Por la mañana.

—Por la mañana, ¿a qué hora?

Ahora hablaba con el tono de una mujer de negocios.

—¿Cómo vamos a organizarnos? ¿Te aviso? —Me señaló—. ¿O me avisas tú? —Se señaló a sí misma.

Esperé unos instantes antes de responder.

—Vamos a hacer una cosa —dije—. Vengo por la mañana y tomamos un té.

Era mentira. Mi vuelo salía a la mañana siguiente, muy temprano. Pero no se me ocurrió nada más que decirle. Así que dije:

—¿De acuerdo?

—¿Un té? —dijo mi abuela—. Sí, suena bien. Te veré por la mañana.

Y cerró los ojos.

Eran casi las nueve cuando acabamos de sacarlo todo de las cajas. Los libros estaban ya colocados en los estantes, las fotos enmarcadas y las pocas obras de arte que mi abuela había ido juntando con los años estaban en las paredes; los platos y la cubertería en los armarios y Serafima Mijailovna en el sofá-cama del salón, lista para dormir. Dima y yo íbamos a dormir en las literas del viejo apartamento.

Miré por última vez la habitación de mi abuela. Una ligera penumbra traspasaba la ventana. Mi abuela dormía boca arriba, como siempre, con las manos colocadas suavemente sobre el

estómago.

Nos fuimos.

* * *

Llegamos a casa y nos duchamos. Dima aporreó el ordenador enfadado durante un buen rato mientras yo hacía la maleta, mi enorme maleta roja. Me preguntó si quería ir a los Caballeros de Fortuna. No quería.

—Bueno, pues yo voy a ir, si no te importa —dijo.

No me importaba.

Terminé de hacer la maleta: no eran más que las diez. Era mi última noche en Moscú. Ya me había despedido de los del hockey y hacía una semana que no había vuelto a intentar llamar a Yulia. Había tratado de visitar a Serguéi y Misha en Lefortovo, pero me rechazaron. La lista de correo de Octubre estaba en silencio absoluto. El único que aún me hablaba era Nikolái, desde casa de su amigo en Tallin. Hablamos con un programa de mensajes encriptados, porque según él el chat de Google era una mierda —parece que Dima tenía razón— y me dijo que le gustaba mucho Tallin, que había una industria tecnológica floreciente y que pensaba que se iba a quedar allí una temporada.

—¿Y tu dacha? —pregunté.

—Volveré a ella triunfante, después de la Revolución —respondió Nikolái—. Daremos un fiestón.

—)))) —respondí.

Aquella última noche en Moscú escribí a Yulia por última vez.

—Me marcho mañana.

Esta vez sí respondió.

—Que tengas buen viaje —dijo.

Pensé en preguntarle si podía ir a verla, pero estaba casi seguro de que diría que no. Así que respondí «Gracias» y me fui a la cama.

El vuelo era a las ocho de la mañana, lo que significaba que tenía que salir de casa a las cinco y media. Decidí coger un taxi. Me suponía media hora más de sueño, y podía permitírmelo. Estaba a punto de tener un sueldo normal, de adulto, por primera vez en mi vida.

Cuando llamó el taxista para decirme que estaba en la puerta, Dima no había vuelto aún. Eché un último vistazo al apartamento de Stalin y luego dejé mis llaves bajo el felpudo de la escalera. Si alguien entraba y se llevaba el ordenador de Dima sería culpa suya, por volver tan tarde. Pero no entró nadie.

El taxi giró a la derecha en el bulevar y siguió recto cuando entramos en Trubnaya. Era tan pronto, y fin de semana además, que las calles estaban completamente vacías. El conductor giró a la derecha donde el monumento de Pushkin, cogió Tverskaya y pasó por casa de Emma Abramovna, de Yulia, y de Misha: el lugar de donde se lo habían llevado un par de días antes. El conductor y yo íbamos en silencio. Recordé lo que había sentido exactamente un año atrás cuando iba en tren a la ciudad: aquel sentimiento de miedo y de excitación y de preocupación porque podían darse cuenta de que yo era extranjero. Seguramente ya no lo parecía, ni sonaba extranjero. Y aunque fuese así, ya no me importaba. Sentado en el asiento delantero, junto al conductor, veía

la ciudad donde había nacido pasar a mi lado, un edificio decrepito tras otro, aquí y allá algún pobre diablo sin coche caminando, sorteando cristales rotos y montones de basura.

EPÍLOGO

Había creído que con el presupuesto que me habían asignado para investigación me pasaría el tiempo volando de Estados Unidos a Rusia y viceversa, pero no tardé en verme engullido por la actividad del semestre, las clases, las reuniones de la comisión y las horas de oficina. Disfrutaba de todo ello, llevaba pantalones de pana y jersey cuando iba a dar clase y hablaba del Gulag, sí, pero no tenía tiempo para mucho más. Me las arreglé para hacer un breve viaje a Moscú por Acción de Gracias. Mi abuela no se acordaba de mí.

—Es Andriusha —le dijo Serafima Mijailovna—. ¡Pero si siempre estás preguntando por él!

—No —dijo mi abuela meneando la cabeza—. No me acuerdo.

A pesar de todo nos sentamos un rato, tomamos un té y jugamos unas partidas a los anagramas. Mi abuela seguía imparable. Como no tenía sitio en su casa me alojé en un hotel bastante cutre a unas cuantas paradas de metro del Estadio Olímpico en dirección norte. Y aunque había dejado el palo de Anton en casa de mi abuela, no me había traído los patines. De todos modos, ya en Nueva York no había tenido tiempo de jugar apenas, y no quería hacer el ridículo.

El juicio de Serguéi y Misha se celebraba a principios de diciembre, en pleno fin de semestre, así que no podría escaparme. Pensé que se dilataría un poco y pillarían las vacaciones, pero los fiscales se dieron prisa y los condenaron por extremismo, tres años a cada uno en un campo de trabajo. Después de ello hice cuanto pude por llamar la atención sobre su caso, hasta escribí una carta al director del *New York Times*. El presidente Nelson me envió una nota diciendo lo mucho que le había gustado, y también la coordinadora del programa de exalumnos, pero no pareció servir de gran ayuda a Serguéi y Misha. Seguí intentándolo, pero no lograba salir de un curioso bucle en el que recibía alabanzas, me invitaban a dar charlas, me felicitaban por la valentía que mostraba al defender su causa y ellos seguían en la cárcel. Tuve noticias, en una ocasión, de Yulia, que había ido a ver a Serguéi. Serguéi había pedido a Yulia que me dijera que ni él ni Misha me culpaban por lo que había ocurrido. Había dicho: «Ya sabíamos dónde nos metíamos».

* * *

A Misha lo soltaron cuando cumplió los tres años de condena. Lo había pasado mal en las colonias. Había empezado a beber el aguardiente que algunos presos fabricaban con cáscaras de patata, y acabó por enfermar. Cuando salió se fue a Alemania, donde subsistía a base de becas. Lo

vi en la última reunión de la Asociación de Estudios Eslavos, de Europa del Este y Eurasia en DC. No tenía buen aspecto. La detención no le había reportado tantos beneficios profesionales como a mí.

En la conferencia también vi a Fishman. No le había ido bien en Watson —se había producido un escándalo con la mujer de alguien de la facultad— y había aceptado un puesto, como experto en Rusia, en uno de los laboratorios de ideas de DC. A veces publicaba una columna en el *Post* hablando de cómo Estados Unidos se había «puesto duro», al final, con Rusia. Cada vez que veía un artículo de Fishman el halcón me preguntaba qué pensaría Jake, el que en una ocasión lanzó a Fishman al otro lado de una sala.

Mientras escribo esto Serguéi continúa en el campo de trabajo. Se metió en líos también con la administración del penal por organizar a los presos y protestar contra la injusticia de las condiciones de trabajo. Cuando llegó el momento de soltarlo, no mostró arrepentimiento. «Volveré a la colonia de la prisión, o a cualquier colonia donde quieran mandarme, pero un día volveré sólo por curiosidad, para ver qué ha construido la gente sobre sus ruinas. Y sobre las ruinas de este tribunal podrido, y de este sistema podrido», declaró.

La audiencia fue pública: la vi en YouTube. A Serguéi le cayeron otros cinco años que se sumaron a su anterior sentencia.

Borís se quedó en Kiev incluso cuando cesaron las detenciones. Cuando estallaron las protestas de Maidán en 2013 criticó a los manifestantes por su tendencia neoliberal y posteriormente, para sorpresa de algunos de sus antiguos amigos, se trasladó a Donetsk y empezó a escribir alabanzas de la República Popular de Donetsk, apoyada por Rusia. Yo temía por su seguridad —en su página de Facebook decía que le habían detenido brevemente durante una de las crisis del gobierno de Donetsk—, aunque seguía estando un poco cabreado con él: tras el juicio de Misha y Serguéi se había encargado de echarme de Octubre.

No es que importara mucho. Tras las detenciones hubo que cerrar la web y sus miembros no tardaron en empezar a discutir unos con otros. Cuando al fin se produjeron las protestas contra Putin que ellos llevaban tantos años vaticinando, Serguéi y Misha seguían fuera y Octubre había dejado de existir a todos los efectos. Lo peor de todo fue que las protestas eran de índole liberal, no socialista: buscaban la libertad de expresión y el derecho al voto por encima de la justicia económica. No eran las protestas que esperaba Octubre y acabaron por ser silenciadas.

Oleg se recuperó de las heridas y se fue a vivir a España. Anton y Katia siguieron saliendo durante una temporada, pero al final rompieron y él se fue también a España para estar más cerca de su exmujer y su hijo.

Y Yulia, tras contarme que Serguéi no me culpaba por lo que había pasado, no volvió a escribirme. Supe por Nikolái que siguió visitando a Serguéi incluso cuando a él lo trasladaron a otro campo de trabajo, en el extremo oriental del país, y que se habían casado. En cierto modo me alegro por ella. Al final ha encontrado a alguien que no la decepcionará. Y me alegro también por Serguéi, porque está haciendo lo que siempre quiso. Espero que eso no acabe con él.

* * *

Mi abuela vivió en el nuevo apartamento menos de un año. Ya estaba en pleno declive, pero la mudanza lo aceleró. La última vez que la vi fue durante mis vacaciones de primavera, dos meses antes de su muerte. Ya no podía mantener una conversación. Formaba frases, pero no tenían

relación con la realidad. Emma Abramovna había muerto seis meses antes, y con ella se rompía la última conexión de mi abuela con el mundo que había conocido.

El día que murió conseguí conectar con Serafima Mijailovna por Google Talk. Ella no tenía vídeo, pero sí sonido. Llevó su ordenador a la habitación de mi abuela.

—¡Abuela! —dije.

Mi abuela gemía de dolor. Serafima Mijailovna me dijo que llevaba todo el día así.

—¡Abuela! —grité a Google Talk desde mi despacho de la universidad—. Soy Andréi. ¿Te acuerdas de mí? Soy Andriusha.

Volvió a gemir. No creo que me entendiera. Parecía estar sufriendo terriblemente.

—Abuela —dije al ordenador, llorando.

Oí llorar también a Serafima Mijailovna.

Mi abuela murió ese mismo día, algo más tarde. Serafima Mijailovna me dijo que en sus últimos momentos llamaba a Dima.

Volvíamos los dos a Moscú, a enterrar a mi abuela.

Yo no he vuelto desde entonces.

AGRADECIMIENTOS

Estoy profundamente agradecido a un pequeño grupo de personas que leyeron fragmentos de este libro una y otra vez y que no dejaron de animarme: Rebecca Curtis, Mary Hart Johnson, Eric Rosenblum y Adelaide Docx. Chad Harbach leyó un primer borrador y me aconsejó, sabiamente, que lo abreviara. Mi padre, Alexander Gessen, y su esposa, Tatyana Veselova-Gessen, y mis hermanos menores, Daniel y Philip Gessen, me dieron cobijo mientras yo lo reescribía varias veces. No puedo imaginar mejor retiro para la escritura. Además, mi padre pilló una mala traducción que había hecho de *telka*. Mi hermana, Masha Gessen, hizo algunas correcciones muy oportunas y fue siempre sabia y generosa con sus consejos. Su maravilloso libro *Esther y Ruzya* fue una valiosa ayuda para mí y, en muchos sentidos, una inspiración para escribir este. La edición final se llevó a cabo en casa de mi encantadora tía Svetlana Solodovnik, en Moscú.

Estoy también muy agradecido a los Centros para Académicos y Escritores Dorothy y Lewis B. Cullman por la oportunidad que me dieron de pasar un año leyendo libros sobre hockey, petróleo e historia de Rusia. El apoyo que recibí de Jean Strouse, Paul Delaverdac, Lauren Goldenberg, Marie d'Origny y Julia Pagmagenta no tiene precio. Estoy muy agradecido a Carlos Dada, Ayana Mathis y Michael Vasquez por quedarse hasta tarde, a Megan Marshall por sus conversaciones sobre la vida y la literatura, a Hal Foster por su humor y a Steven Pincus por explicarme el neoliberalismo.

Durante dos momentos cruciales de la escritura de este libro Brian Morton me proporcionó una fuente de ingresos. Le debo mucho a él, pero aún más a su ejemplo. Tengo el honor de considerar amigos míos, además de editores, a dos de los mejores directores de revista de nuestro tiempo: Henry Finder y Cullen Murphy. El increíble grupo que se formó en torno a *n+1*, liderado por Mark Krotov, Rachel Ossip, Cosme Del Rosario-Bell, Nikil Saval y Dayna Tortorici, me sigue inspirando con su brillantez y compromiso. Carla Blumenkranz es genial. Mark Greif está presente en todo lo que escribo. Ben Kunkel y Marco Roth son mis lectores ideales. Nell Zink me envió una nota cuando estaba escribiendo este libro que me permitió terminarlo. Elif Batuman me aseguró que esto era una novela. Eddie Joyce, novelista él, me prometió que lo leería al menos una persona. Y el compromiso de Christian Lorentzen con la literatura y con sus amigos es algo que no he visto superar a nadie.

En Moscú no hubiera sobrevivido sin mis amigos Igor Alexandrov, Scott Burns, Anatoly Karavaev, Lenka Kabrheleva, Leonid Kuragin, Kirill Medvedev, Grant Slater, Courtney Weaver y Marina Zarubin.

Estoy muy agradecido a mis jefes y colegas de la J-School por dejarme empezar tarde un semestre para poder terminar esto. Estoy muy agradecido también a mis profesores de Syracuse, Mary Karr y George Saunders, por tres años increíbles y muy valiosos y por todo el apoyo y los ánimos que me dieron.

La brillante Allison Lorentzen es la editora de este libro. Todo lo bueno que hay en él ha sido idea suya, y las partes peores las he escrito yo. Estoy muy agradecido a Diego Núñez por cambiar su dieta para hacer que este libro viera la luz. Sarah Chalfant y Rebecca Nagel, de la agencia de Wylie, han sido también un apoyo increíble y muy buenas consejeras.

Y estoy muy agradecido a mis suegros, Kate Deshler Gould y Rob Gould, por ayudar tanto con Raffi cuando era pequeño y yo estaba intentando terminar el primer borrador. Ruth Curry y sus vigorizantes monólogos sobre la ley de alquiler y la literatura, además de su generosidad, fueron fuente de inspiración y calma.

Sin Emily Gould, que aceptó un trabajo que no le gustaba para que yo pudiera seguir escribiendo, nada de esto hubiera sido posible ni tendría importancia. Sin el pequeño Raphael Konstaninovich Gessen-Gould, lo único que haríamos sería dormir.